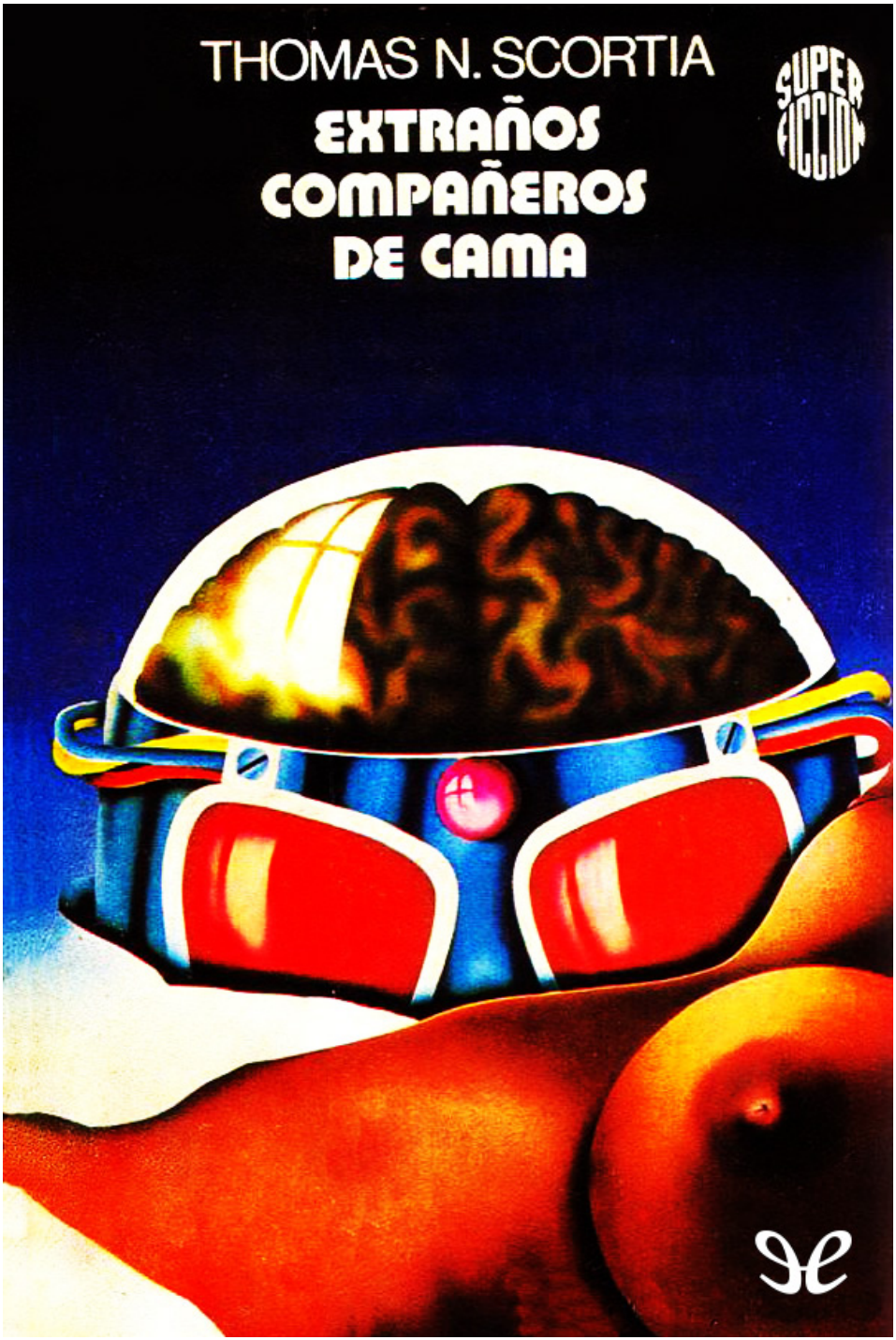
THOMAS N. SCORTIA

EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA

SUPER FICCIÓN



Un planeta cuyos habitantes son todos homosexuales. Un androide-psiquiatra forense que se deja seducir por el reo. Un adolescente dotado de poderes sobrenaturales y su primera experiencia sexual. Un extraño ser que puede convertirse en hombre o mujer según interpreta los deseos inconscientes de su pareja. Evidentemente, la sexualidad ha invadido el campo de la ciencia ficción, ¡y cómo!

En la presente antología recogemos una muestra de la temática del sexo y ciencia ficción, recopilado por **Thomas N. Scortia**.

Thomas N. Scortia

Extraños compañeros de cama

Super ficción 44

ePub r1.1
whatsername 18.11.2014

Título original: *Strange Bedfellows*
Thomas N. Scortia, 1972
Traducción: Mireia Boffil

Editor digital: whatsername
ePub base r1.2

A Irene, que entiende mucho de ambas cosas.

Introducción

Thomas N. Scortia

¿Qué se hizo de todos los desfloradores?

En aquellos queridos viejos tiempos en que Clark Gable escandalizaba al país al exclamar «maldición" en Lo que el viento se llevó y Flash Gordon con su príapo inverosímil copulaba infatigablemente con emperatrices de otros mundos en los mal impresos comics pornográficos, el pasatiempo favorito de los autores de ciencia ficción era colar algo verde en «Astoundig Science Fiction». Era la inocente época en que el lenguaje barriobajero se consideraba atrevido y el «picante» de «Spicy Detective Stories». (Novelas picantes de detectives) consistía en larguísimas descripciones de hembras hipermamíferas.

John Campbell, Jr., de «Astounding Science Fiction" (que más tarde se llamó «Analog"), le asignó a la señorita Kay Tarrant, quien sería su fiel ayudante de redacción hasta que él falleció en 1971, la imposible tarea de descubrir los párrafos secretamente escatológicos y las referencias veladas a las gatas callejeras como trampas para «ratones con pelotas».

Hacer frente a la perversa inventiva de un grupo de desenfadados escritores obligados a actuar como los colegiales traviesos, cuando garabatean palabras obscenas en las paredes de los patios, era una tarea absolutamente superior a las fuerzas de la bien educada dama. Las horas de trabajo creativo que se dedicaron en aquel periodo a «colarle una a Kay» podrían haber impulsado todo un nuevo movimiento literario. Esa época marcó tal vez el punto culminante de nuestra inocencia antes de la desfloración literaria de hoy.

No es que John Campbell fuera particularmente victoriano en sus ideas personales, las cuales eran creativamente especulativas e intelectualmente brillantes. Su inventiva al frente de la revista literalmente creó la moderna ciencia ficción, a la cual, entendía como una literatura de ideas y como un eficaz medio educativo. En este sentido, fue extraordinariamente perspicaz. La mayoría de los físicos que he conocido en mi carrera habían acusado la influencia de los editoriales de Campbell, y un número significativo de ellos incluso se habían sentido atraídos hacia una carrera científica a causa de sus escritos.

Kingsley Amis señala que el héroe de ciencia ficción de la era campbelliana era La Idea. La caracterización muchas veces era mínima y la presentación de relaciones significativas en el mejor de las casos era formularia. Las historias de amor constituían sencillamente un obstáculo para el desarrollo de La Idea. Amis comenta que «ninguna esposa debe temer que su marido esté buscando una escapatoria erótica si observa que se está convirtiendo en adicto de la ciencia ficción…».

Como dice un autor tan actual como Sam J. Lundall: «… aun cuando en las naves espaciales suele haber mujeres, en general se las trata como a una criatura de tipo inferior. No suelen favorecerse las escenas de amor entre el héroe y la heroína, si bien generalmente se insinúa una especie de felicidad matrimonial como recompensa por un fiel servicio«. En vista de ello, uno no puede dejar de preguntarse por qué las militantes feministas todavía no han montado piquetes frente a las redacciones de las revistas «Analog» o «Galaxy».

El comentario de Lundall resulta un poco fuera de lugar si lo aplicamos a las actuales realidades de la ciencia ficción norteamericana. Este autor señala que «actualmente se advierten prometedores indicios de que los autores de ciencia ficción, sobre todo los europeos, comienzan a reconocer el sexo como un tema aceptable para la ciencia ficción y confío en que éste sea el inicio de una nueva actitud más humana en tal aspecto».

Desde la década de 1950, cuando «Thrilling Wonder Stories» publicó el explosivo The Lovers (Los amantes), de Philip José Famer, los temas sexuales han ido ocupando un lugar cada vez más destacado dentro de la ciencia ficción norteamericana.

A Lundall y otros parece habérseles pasado por alto una laguna bastante evidente de este nuevo liberalismo, una laguna que tiene su origen en la inveterada preocupación de la ciencia ficción por La Idea. Incluso cuando el sexo constituye un elemento importante de la trama en la ciencia ficción moderna, éste aparece con frecuencia bajo una forma exótica o distorsionada. Se han escrito relatos de ciencia ficción en los cuales la relación hombre-mujer se aproxima a lo que ahora denominaríamos la norma estadística. Sin embargo, la mayoría de los autores parecen fascinados por variaciones poco corrientes del instinto sexual, por formidables estructuras de simbolismo sexual o por la sexualidad inteligentemente compleja de los seres extraterrestres. Ello resulta comprensible si se reconoce que un simple romance entre adolescentes suele tener mayor validez emocional fuera del contexto de la ciencia ficción. Con todo, ha habido ejemplos destacados de sencillas historias de amor y como contrapunto, algunas novelas recientes de Farmer han combinado descaradamente la ciencia ficción con un franco erotismo.

Hollywood y los modernos realizadores de cine no se han mostrado más creativos en este sentido. J. Francis McComas y Anthony Boucher comentaron sarcásticamente en cierta ocasión que la nueva fórmula de Hollywood era «Chico conoce chica. Chico pierde chica. Chico crea chica». En general, las recientes películas de ciencia ficción sólo han introducido el sexo bajo una forma distorsionada. El ejemplo más notorio es la escena de la violación con fondo musical de Cantando bajo la lluvia en La naranja mecánica, de Stanley Kubrick. Incluso la historia de amor erótico en la espléndida película Coloso: el Proyecto Forbin está subordinada a La Idea. La usual película de misterio con tema espacial sigue incluyendo a una mujer en la tripulación de la nave e ignora de manera bastante significativa los evidentes problemas físicos y personales que ello implica.

Casi nadie duda que la ciencia ficción puede decir algo especialmente significativo sobre el apetito sexual, el más obsesivo de los apetitos humanos. Sólo en los últimos tiempos hemos accedido a reconocer públicamente las notables complejidades de la conducta sexual humana. La ciencia ficción, con sus técnicas particulares de construcción de un medio artificial controlado y de

reducción al absurdo, ofrece la posibilidad de decir muchas cosas sobre la sexualidad humana, cosas que no puede expresar en cambio la literatura habitual. Ningún enfoque del tema de la creciente tendencia al unisex que se observa en nuestra sociedad, sin partir de la ciencia ficción, podría resultar tan eficaz como el de Cena con Helen, de William Carlson. Estoy contigo en Rockland, de Jack Dann, es una pavorosa proyección de un síndrome exclusivo del siglo XX: la identificación de la potencia y la virilidad con las poderosas máquinas que controlan los hombres. Los atractivos de la sexualidad más allá de la forma física aparecen inolvidablemente descritos en el poético El mar del espejo, de Laurence Yep, en tanto que George Zebrowski analiza el delicado tema de la iniciación de un niño en la vida sexual adulta contra el telón de fondo de un medio sexual totalmente extraño. Todos estos y otros relatos que el lector encontrará en las próximas páginas adquieren su especial significación por el uso del género de la ciencia ficción para enfocar el tema de la sexualidad.

La relación del hombre con su universo físico y, más aún, su prolongada y confusa comunión con su propia sexualidad, espiritual y física, están impregnadas de belleza, terror y desconcierto. Los relatos que siguen plasman los esfuerzos de una serie de escritores de talento por explorar las imbricaciones de la sexualidad cuando ésta tiene un papel significativo dentro de los mundos altamente controlados y estructurados de la ciencia ficción. Todos estos relatos poseen, a mi entender, una significación especial por el hecho de haberse concebido bajo este aspecto concreto.

Santa Clara, California, 5 de marzo de 1972.

No aprietes más

Robert Silverberg

Yo empujo… y el zapato se mueve. ¡Mira eso! ¡Se mueve realmente! Todo lo que tengo que hacer es producir un impulso interno, silencioso, sin manos, sólo desde el centro de mi mente y mi viejo y gastado zapato marrón, el izquierdo, se desliza lentamente a través del piso de mi dormitorio. Más allá de la silla, más allá de la pila de libros de texto destrozados (Geometría, Español II, Instrucción Cívica, Biología, etc.) más allá del montón de ropa transpirada recién usada. En serio, el zapato me obedece. Produce un leve silbido al engancharse con las irregularidades de las envejecidas baldosas de linóleo.

Míralo ahora, chocando suavemente contra la pared del fondo, inclinarse, detenerse Su recorrido ha terminado. Apuesto que podría hacerlo escalar la pared. Pero no te molestes chico. No en este momento. Este es un trabajo difícil. Descansa, Harry. Te tiemblan los brazos. Estás todo sudado. Quédate tranquilo por un rato. No tienes que probar todo a la vez. ¿Qué has probado, de todos modos?

Parece que puedo hacer mover cosas con la mente. ¿Qué tal, chico? ¿Te imaginaste alguna vez que tenías poderes extraños? No hasta esta misma noche. Esta misma noche podrida. Parado allí con Cindy Klein y sintiendo ese nudo terrible de tensión pulsante en la ingle como necesitando hacer pis, sólo que cincuenta veces más intenso, una zona de angustia emergiendo de alguna clase de energía temerosa, como una dinamo enloquecida implantada entre mis piernas. Y repentinamente, sin darme cuenta, encontrando una manera de parar esa energía, elevándola a través de mi cuerpo hacia la cabeza, amplificándola, y… usándola. Como acabo de hacer con mi zapato. Como lo hice con Cindy hace un par de horas atrás.

Entonces no eres un adolescente bruto y estúpido, pelotudo Harry Blaufeld. Eres alguien muy especial.

Tienes poder. Eres potente.

Qué bueno es estar aquí en la intimidad de mi propio y húmedo dormitorio y poder hacer deslizar el zapato por el piso con sólo mirarlo de ese modo especial. ¡Qué sensación de poder que me da! Genial. Soy potente. Tengo poder. Tener potencia, eso es lo que quiere decir potente, del latín potentia, derivado de posse. Ser capaz. Yo soy capaz. Puedo hacer esta cosa tan extraordinaria. Y no sólo en un estallido espasmódico e impredecible. Está bajo mi control consciente. Todo lo que tengo que hacer es penetrar en ese depósito de tensión y extraer algunos vatios de empuje. ¡Bárbaro! ¡Qué noche tan misteriosa es ésta!

Retrocedamos tres horas. Al momento en que no sabía que poseía esta potentia en mí.

Hace tres horas sólo sé de obsesión sexual. A las diez y media, estoy parado con Cindy en la entrada principal de su casa. Habíamos hecho la ida al cine, habíamos hecho la ida a tomar cappuccino después del cine y ahora quiero hacer la seducción. Estoy intentando que me invite a pasar, pues sé que sus padres se fueron afuera por el fin de semana y que no hay nadie en la casa salvo su hermano mayor, que fue a ver a su novia a Scarsdale esta noche y demorará unas cuantas horas en regresar y una vez que pasé la puerta principal, bueno, espero que me invite a entrar. (¡Qué metáfora recatada! Sabes lo que quiero decir). Entonces tres hurras para Casanova Blaufeld, que tiene un fuerte ataque de inflamación de guindas. Mírame tartamudear en busca de palabras, cambiar el peso de mi cuerpo de un pie al otro, morderme los labios, ponerme colorado. Todos mis barritos se iluminan como señales cuando me ruborizo. Vamos Blaufeld, no te desanimes.

Cambia la imagen de ti mismo. Pruébate esto: tienes veintitrés años, eres alto, fuerte, refinado, hombre de mundo, veterano de tantas camas que has perdido la cuenta. Tienes una barba enmarañada, de las que las chicas les encanta acariciar; un bigote enorme como manubrio de bicicleta. Y no le estás pidiendo ningún favor. No estás lloriqueando ni tratando de convencerla ni pidiendo por favor, Cindy, hagámoslo, porque sabes que no necesitas pedir por favor. No quieres obtener ninguna ventaja: brindas al igual que

recibes, ¿verdad?, así que es una transacción beneficiosa para ambos, ¿verdad? ¿Verdad? Mentira. Eres tan refinado como un cerdo. Quieres explotarla para satisfacer tus asquerosas necesidades. Sabes que no lo podrás hacer. Pero, al menos, trata de aparentar, Endereza los hombros, mete la panza, saca pecho. Harry Blaufeld, el seductor diabólico. Pon las manos sobre su suéter, como primer plato. No hay nadie cerca; es una noche oscura. Ataca las tetas, caliéntala. ¿No es eso lo que Jimmy el Griego te dijo que hicieras? Así que inténtalo. Riendo estúpidamente, casi pidiendo perdón con tu mirada.

Alargando los brazos. Los dedos toquetones conectándose con la tela púrpura peluda.

Su cara, encendida y de ojos grandes Su boca, ancha y de labios finos. Su voz áspera y chillona. Ella dice: No seas repugnante, Harry. No seas loco. Tonta. Alejándose de mi como si me hubiese convertido en un monstruo con ocho ojos y colmillos verdes. No seas repugnante. Trata de meterse en la casa rápidamente, antes de que la agarre otra vez.

Estoy ahí parado observándola buscar las llaves y esta rabia terrible comienza a crecer en mí. ¿Por qué repugnante? ¿Por qué loco? Lo único que quería era mostrarle mi amor, ¿verdad? Que ella me gusta realmente, que me siento ligado a ella. Una manifestación de afecto a través del contacto físico, ¿verdad? Así que me aproximé. Una pequeña caricia.

El comienzo de una tierna intimidad. No seas repugnante, dijo ella. No seas loco. La putita frívola e inmadura. Y ahora siento que la rabia aumenta. Siento ese dolor espantoso abajo, entre las piernas, esa vibrante sensación de angustia, esa tensión meramente sexual se me derrama en el estómago y se desparrama por mis entrañas como un arroyo de fuego ardiente. Se rompió una represa en algún lugar interior. Siento un fuego ardiendo en la cabeza. ¡Y ahí está! ¡El poder! ¡La fuerza! No la cuestiono. No me pregunto qué es o de dónde vino. Simplemente la empujo, con fuerza, desde tres metros, un empujón rápido y con furia. Es como una mano invisible contra sus pechos. Puedo ver cómo se le achata la parte delantera del suéter… y ella se cae hacia atrás, tratando de agarrarse del aire y se va de culo. La hice caer sin tocarla. Harry, murmura. ¿Harry?

Mi rabia se ha ido. Ahora estoy aterrorizado. ¿Qué he hecho?

¿Cómo? ¿Cómo? Se cayó de culo, bum. ¡Desde tres metros!

Corrí hasta llegar a mí casa sin mirar hacia atrás.

Pasos en el vestíbulo, tic-tac. Mi hermana regresa de su cita con Jimmy el Griego.

Este no es su nombre. En realidad él es Arístides Pappas. Así lo llama ella. Jimmy el Griego lo llamo yo, pero no en la cara. Mide dos metros setenta, tiene cabello negro y grasiento y un tremendo gancho de nariz que sale directamente de la frente. Tiene veintisiete años y ha volteado a miles de chicas. Sara se va a casar con él el año que viene. Mientras tanto, se ven tres noches por semana y cogen muchísimo. Nunca me dijo una palabra de eso, de que coge, pero yo sé. Estoy seguro que cogen. ¿Por qué no? se van a casar, ¿no? Y son adultos. Ella tiene diecinueve años, así que es legal que coja. Me faltan cuatro años y cuatro meses para los diecinueve. Pienso que es legal que coja ya. Si sólo tuviera. Si sólo tuviera con quién. Si sólo tuviera.

Tic-tac. Allí está, entrando en su habitación. Bum. Esa es su puerta que se cierra. No le importa un carajo si despierta a toda la familia. ¿Por qué ha de importarle? Está toda excitada ahora. Embriagada por el recuerdo de lo que acaba de hacer con Jimmy el Griego. Esa sensación de calidez. «El después», según el libro.

Quisiera saber cómo lo hacen cuando lo hacen.

Van al departamento de él. ¿Se sacan toda la ropa primero? ¿Hablan antes de comenzar? ¿Un trago o dos? ¿Fuman mariguana? Sara alega que no la fuma. Seguro que miente. Se desnudan. ¡Por Dios, él es tan alto, debe tener un pito de treinta centímetros de largo!. ¿No la asusta? Se recuestan juntos sobre la cama. O en el sillón. El piso ¿tal vez? ¿Una alfombra gruesa y peluda? Él le toca el cuerpo. El juego previo. He leído sobre eso. Le acaricia los pechos, excitando los pezones. Le he visto los pezones.

No son más grandes que los míos. ¿Cuánto miden cuando están excitados? ¿Dos centímetros y medio? ¿Siete centímetros y medio? ¿O parecen un par de lápices rosados? Él tiene que llevar la mano hacia abajo, también. Está esa cosa que se supone que uno tiene que tocar, ese pedacito de carne escondido allí adentro. He observado los dibujos y aún no sé dónde está. Jimmy el Griego sabe donde está, puedes estar seguro de eso. Entonces le toca eso. ¿Y después? Ella se debe calentar, ¿verdad? ¿Cómo sabe cuando llegó el

momento de penetrarla? Llega el momento. Finalmente, lo están haciendo. Sabes, no puedo imaginarlo. Él está encima de ella y se mueven hacia arriba y hacia abajo, seguro, pero todavía no me imagino cómo se unen los cuerpos, cómo se mueven realmente, cómo lo hacen.

Ella se está desvistiendo ahora, a través del pasillo. Afuera la camisa, los pantalones, el corpiño, la bombacha, lo que diablos use. La oigo moverse de aquí para allá. Me pregunto si la puerta está realmente bien cerrada. Hace mucho tiempo que no la miro en forma. Quién sabe, por ahí todavía tiene los pezones parados. Si me agacho acá abajo en la oscuridad y espío puedo ver su habitación desde la mía aunque la puerta esté abierta sólo unos centímetros.

Pero la puerta está cerrada. ¿Qué pasa si hago fuerza y le doy un empujoncito? Desde aquí. Llevo el poder a mi mente, sí… ahí va… empujo… ah… ¡sí! ¡Sí! ¡Se mueve! Dos centímetros, cinco, ocho. Ya es suficiente. Veo una tajada de su habitación. La luz está encendida. ¡Huy, ahí está! Demasiado rápido, ya no la veo.. Creo que estaba desnuda.

Ahora vuelve. Desnuda, si. Me da la espalda. ¿Sabes que tienes un lindo culo, hermanita?

Date vuelta, date vuelta, date vuelta… ah. Tiene los pezones igual que siempre. No están para nada parados. Supongo que deben volverse a bajar cuando todo termina. Tus dos pechos son como dos jóvenes gacelas que son mellizas, que se alimentan entre las lilas. (En realidad no leo mucho la Biblia, sólo las partes obscenas). Cindy las tiene más grandes que tú, hermanita, apuesto que sí. A menos que use relleno. Hoy a la noche no sabia muy bien. Estaba demasiado excitado para darme cuenta si estaba apretando carne o goma.

Sara se está poniendo la bata. Un último vistazo a los muslos y la panza, después nada más. Carajo. Al baño ahora. El ruido del agua. Se está lavando. La canilla está cerrada ahora. Y ahora… pshsh pshsh pshsh. Me la imagino ahí sentada, haciendo pis, sumida en pensamientos placenteros sobre lo que ella y Jimmy el Griego hicieron esta noche. ¡Por Dios, me duele! ¡Estoy celoso de mi propia hermana! De que ella lo haga tres veces por semana mientras yo… estoy en ninguna parte… sin nadie… ninguno… nada.

Démosle una pequeña sorpresa.

Hmm. ¿Podré hacer mover algo que esté fuera de mi campo visual? Probemos. El inodoro está en la esquina derecha del baño, debajo de la ventana. Y el botón está —déjame pensar— del lado que está más cerca de la pared, bien arriba… sí. Perfecto.

Acércate, chico. Agárralo antes que ella. Empuja… hacia abajo… empuja. ¡Siiii! ¡Escucha eso, chico! ¡Apretaste el botón por ella sin salir de tu propia habitación!

Se las va a ver negras tratando de descubrir cómo sucedió.

Domingo: un día lluvioso, un día de preocupación. No puedo sacarme de la cabeza las cosas extrañas que pasaron anoche. Este poder mío… ¿de dónde vino? ¿Para qué lo puedo utilizar? No puedo dejar de preocuparme ante la evidencia de que tendré que afrontar a Cindy de nuevo en nuestra clase de Biología mañana a primera hora. ¿Qué me dirá? ¿Se da cuenta, en realidad, de que no estaba cerca de ella cuando la hice caer? Si sabe que tengo un poder, ¿me tiene miedo? ¿Me denunciará a la Sociedad para la Prevención de Fenómenos Sobrenaturales o a quien quiera que se ocupe de esas cosas?

Estoy tentado de hacerme pasar por enfermo y faltar al colegio mañana. ¿Pero qué sentido tiene? No la podré evitar siempre.

Cuando más tenso me pongo, siento surgir el poder con más intensidad en mi interior.

Hoy es muy fuerte. (La lluvia debe tener algo que ver con eso. Cada nervio está crispado. Hay humedad en el ambiente y puede ser que eso me haga más conductor). Cuando nadie mira, hago experimentos. En el baño, parado lejos del lavatorio, desenrosco la tapa de la pasta de dientes. Abro y cierro las canillas. Abro y cierro la ventana. ¡Mi control es excelente! Hacer estas cosas representa un esfuerzo: tiemblo, transpiro, siento que se me endurecen los músculos de las mandíbulas, me duelen los dientes de atrás. Pero no puedo resistir el placer de ejercitar mis habilidades. Me vuelvo peligrosamente travieso.

En el desayuno, mi madre coloca cuatro rodajas de pan en el tostador; sentado de espaldas a éste, lo desenchufo delicadamente, así que cuando se acerca a investigar, cinco minutos después, se asombra al ver que el pan está crudo todavía. ¿Cómo se desenchufó? pregunta, pero por supuesto nadie le contesta. Más tarde, cuando estamos todos sentados leyendo el diario del

domingo, enciendo el televisor por control remoto y el estruendo repentino de un programa de dibujos animados hace saltar a todos. Y unas horas más tarde, desenrosco el foco del hall de entrada y lo saco suave, suavemente del artefacto. Lo sostengo junto al techo por un momento, luego lo hago estrellar contra el piso. ¿Qué fue eso? pregunta mi madre asustada. Mi padre revisa el hall. El foco se salió del artefacto y se hizo pedazos. Mi madre mueve la cabeza. ¿Cómo puede caerse un foco? Es imposible. Y mi padre dice: debe haber estado flojo. No parece convencido.

Debe estar pensando que un foco que está lo suficientemente flojo como para caerse al suelo no pudo haber estado encendido. Y el foco estaba encendido. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que mi hermana asocie estos acontecimientos con el episodio del inodoro que funciona solo?

El lunes ha llegado. Entro al aula por la puerta de atrás y me dirijo disimuladamente a mi asiento. Cindy no ha llegado todavía. Pero ahí viene. ¡Dios, qué hermosa está! Los resplandecientes y lustrosos cabellos rojos hasta los hombros. La piel pálida y sin imperfecciones. Los ojos brillantes y misteriosos. El suéter púrpura, el mismo del sábado a la noche. Mis manos tocaron ese suéter. Mi poder también tocó ese suéter.

Me inclino sobre el cuaderno de apuntes. No soporto mirarla. Soy un cobarde.

Me obligo a mí mismo a levantar la cabeza. Está parada en el pasillo, al frente de la clase, mirándome fijamente. Tiene una expresión extraña… ansiosa, impaciente, los labios muy apretados. Como si pensara venir a hablar conmigo, pero vacila. Cuando ve que la estoy mirando, desvía la vista y se sienta en su banco. Paso toda la hora encorvado hacia adelante, estudiando sus hombros, su nuca, los lóbulos de las orejas. Cinco bancos me separan de ella Dejo escapar un suspiro profundo y simpático. La tentación me hace cosquillas. Sería tan fácil llegar hasta esa distancia y tocarla. Acariciar suavemente su delicada mejilla con un dedo invisible. Tocarle levemente el cuello. Usar mi poder especial para decirle hola con dulzura. ¿Ves Cindy? ¿Ves lo que puedo hacer para mostrarte mi amor? Ahora que me lo imaginé, me siento incapaz de resistirme a hacerlo. Convoco la fuerza desde el fondo agitado de mis entrañas, la extraigo y al mismo tiempo hago los cálculos

automáticos de intensidad de empuje. Luego me doy cuenta de lo que estoy haciendo. ¿Estás loco, chico? Va a pegar un alarido. Va a saltar del asiento, como si la hubieran pinchado. Va a rodar por el piso y se pondrá histérica. ¡Espera, espera, tarado! A último momento conseguí desviar el impulso. Jadeando, gruñendo, tuerzo la fuerza que iba dirigida a Cindy y la arrojo ciegamente en otra dirección. Mi lanzamiento al azar barre la habitación como un látigo e intercepta el enorme cuadro del reino vegetal y animal que cuelga de la pared izquierda del aula. Se rompe en pedazos como azotado por un tornado y es impulsado siete metros en un arco diagonal que lo lleva a estrellarse contra el pizarrón. El marco se hace pedazos. Vidrios rotos se desparraman por todos lados.

Cunde el pánico en la clase. Todos gritan, corren de aquí para allá, levantan pedazos de vidrio, exclaman aterrorizados, hacen preguntas. Yo estoy sentado como una estatua.

Luego comienzo a temblar. Y Cindy, muy lentamente, se da vuelta y me mira. Una mirada escalofriante y aterrorizada endurece su rostro. Entonces, ella sabe. Piensa que soy anormal. Piensa que soy una especie de monstruo.

Poltergeist. Eso soy yo. El diccionario de ocultismo alemán de la biblioteca dice: de poltern, hacer un ruido, y geist, un espíritu. Ese soy yo, Harry Blaufeld, el chico poltergeist, espíritu ruidoso. Los poltergeist hacen estallar platos contra la pared, caer cuadros al suelo repentinamente, cerrar las puertas violentamente, volar rocas por el aire.

No estoy seguro si es correcto decir que soy un poltergeist o que sólo alojo a uno. Los verdaderos ocultistas piensan que los poltergeist son demonios o espíritus deambulantes que se alojan en los seres humanos y hacen sus picardías. Los científicos como el grupo Rhine, de Duke, consideran que el poltergeist es alguien que puede ejecutar habilidades paranormales desde su interior y mover cosas sin tocarlas. Yo mismo estoy a favor de la última opinión. Resulta más halagador pensar que tengo un don psíquico extraordinario y no que he sido poseído por un demonio merodeador. También menos temible.

Encontré muchas referencias a los poltergeist en la biblioteca. Un libro chino de más o menos cien años llamado Gossip from the Jade Hall habla de uno que perturbó la paz de un monasterio

arrojando la loza. Los monjes contrataron a un exorcista pero el ruidoso espíritu lo venció rompiéndole la ropa y echándolo Luego está el caso Clarke en Oakland, California, en 1874. Fue así: el Sr. Clarke, un reservado y austero hombre de negocios, y su esposa e hija adolescente e hijo de ocho años más dos hermanas del Sr. Clarke y dos huéspedes varones. La noche del 23 de abril, cuando todos se preparan para irse a dormir, suena el timbre de la puerta principal.

No hay nadie allí. Unos minutos más tarde vuelve a sonar. No hay nadie allí. Ruido de muebIes que se mueven en la sala. Uno de los huéspedes, un banquero llamado Bayley, inspecciona, en la oscuridad, y es golpeado por una silla. No hay nadie allí, Una caja de cubiertos de plata viene flotando escaleras abajo y aterriza con estrépito. (Poltergeist = «espíritu ruidoso»). Una pesada caja de carbón vuela seguidamente. Una silla golpea a Bayley en el codo y aterriza contra una cama. En el comedor, una silla de roble macizo se levanta a cinco centímetros del piso, gira, desciende, persigue al desafortunado Bayley por la habitación delante de tres testigos. Y así sucesivamente. Todos se acuestan muy asustados pero durante toda la noche escuchan estruendos y sonidos que retumban: por la mañana, encuentran todos los muebles de abajo desordenados. Además, la puerta principal, que estaba cerrada con llave y cerrojo, había sido arrancada de sus bisagras.

Más acontecimientos como éstos la noche siguiente. Lo mismo la siguiente culminando con un chillido de mujer, surgido de la nada, tan terrible que hace que los Clarke y sus invitados se refugien en otra casa. Nunca se obtuvo explicación de estos hechos.

Un hombre llamado Charles Fort, que murió en 1932, dedicó mucho tiempo de su vida a estudiar el fenómeno poltergeist y misterios similares. Fort escribió cuatro extensos libros que hasta ahora sólo he hojeado. Están llenos de relatos de diarios sobre cosas extrañas como la aparición repentina de varios cachorros de cocodrilo en granjas inglesas a mediados del siglo diecinueve y tormentas de lluvia en las que cayeron sobre la tierra víboras, ranas y sangre o piedras, gran cantidad de carbón y cosas y hasta seres humanos envueltos en llamas espontáneamente. Objetos luminosos flotando por el cielo.

Manos invisibles que mutilan a animales y personas. «Balas de

Phantom» que hacen pedazos las ventanas de las casas. Etcétera, etcétera, etcétera.

Hay un hecho que se repite en todos los incidentes poltergeist genuinos: un adolescente está invariablemente involucrado, o un niño en el umbral de la adolescencia.

Esta es la teoría poltergeist del «niño travieso», publicada por primera vez por Frank Podmore en 1890 en Proceeding of the Society for Physhical Research. (Ven, hice mi tarea con lujo de detalles). El niño es, por lo general, desdichado, habitualmente por cuestiones sexuales y sufre ya sea por la sensación de no ser querido o por frustración o por ambas cosas. No existen estadísticas sobre el tema pero la ciencia indica que los adolescentes involucrados en actividades poltergeist son generalmente vírgenes.

El caso Clarke en 1874, es obra, entonces, de la hija adolescente, la que —supongo— sentía atracción hacía el Sr. Bayley. La cantidad de casos citados por Fort, la mayoría datan del siglo diecinueve, muestran un montón de chicos poltergeist arrojando cosas por todos lados en una época de gran represión sexual. Esa energía ardiente tenía que canalizarse por algún lado. Yo descubrí mi propio poder poltergeist bajo un fuerte estado de palpitante lujuria hacía Cindy Klein, que no tenía ninguna parte mía. Especialmente esa parte. Pero en lugar de explotar por la mera fuerza de mis ansias reprimidas, encontré, de repente, una manera de canalizar ese impulso hacia afuera. Y empujé…

Fort nuevamente: «Cuando los niños son atávicos, puede ocurrir que estén en contacto con fuerzas que la mayoría de los seres humanos han sobrepasado«. Atavismo: extraña repetición del pasado primitivo. Quizás en la época de Neanderthal todos éramos poltergeist, pero casi todos dejamos de serlo después del milenio. Pero miren lo que dice Fort, también: «Existen, por supuesto, otras explicaciones para los poderes ocultos de los niños. Una es que éstos, en lugar de ser atávicos, pueden ocasionalmente estar mucho más avanzados que los adultos, anunciando poderes humanos que se aproximan, ya que sus mentes no están agobiadas por convencionalismos. Después de eso, van al colegio y pierden la superioridad. Unos pocos niños prodigios han sobrevivido una educación».

Me siento tranquilo sabiendo que soy sólo un dato estadístico de

una pauta de conducta paranormal establecida hace tiempo. A nadie le gusta saber que es anormal, aun cuando lo sea. Acá estoy, vírgen, torpe, lechuzón, amanerado, precoz, nervioso, inseguro, tímido, inteligente, solemne, inadaptado social, atravesando con dificultad todos los problemas normales de los años siguientes a la pubertad. Tengo barritos y sueños húmedos y esa clase de pelusa fina que no vale la pena afeitar, sólo que me la afeito de todas maneras Cindy Klein piensa que soy un loco y un repugnante. Y tengo esta coraza ardiente de furia y frustración en las entrañas que es mi gran maldición y mi gran supremacía. Soy un poltergeist, chico. Sigue así, hazme pasar un mal momento, ríete de mí, llámame loco y repugnante. La próxima vez no sólo podría hacerte caer de culo.

Podría hacerte volar hasta Plutón.

Hoy un humillante e inevitable encuentro con Cindy. A la hora del almuerzo entro a Schindler's para comer mi acostumbrado especial de tocino-lechuga-tomate; me siento en uno de los reservados de atrás y abro un libro y alguien dice, Harry, y allí está ella en el reservado de enfrente con tres de sus amigas. ¿Qué hago? ¿Me levanto y me voy? ¿La «envío» al próximo condado? Ya siento el poder crispándose en mi interior. La señora Schindler me trae el sandwich. Estoy trabado. No puedo soportar estar acá. Le pago y murmuro: Me acabo de acordar, tengo que hacer un llamado telefónico. Sandwich en mano, me voy brindándole a Cindy una estúpida mueca ruborizada. Ella me mira ferozmente. Esos profundos ojos verdes suyos me aterrorizan.

—Espera —dice ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Sale de su reservado y bloquea el pasillo del bar. Es casi tan alta como yo, y yo soy bastante alto. Me tiemblan las rodillas. Por Dios. Cindy, no me atrapes de esta forma, no soy responsable de lo que pueda llegar a hacer.

Ella dice en voz baja:

—Ayer en Biología, cuando ese cuadro se estrelló contra el pizarrón; lo hiciste tú, ¿verdad?

—No entiendo.

—Lo hiciste volar a través del aula.

—Eso es imposible —murmuro—. ¿Qué piensas que soy, un mago?

—No sé. Y el sábado a la noche, esa estúpida escena afuera de casa.

—Prefiero no hablar de eso.

—Yo sí. ¿Cómo pudiste hacerme eso, Harry? ¿Dónde aprendiste ese truco?

—¿Truco? Mira, Cindy, realmente me tengo que ir.

—Tú me empujaste. Tú sólo me miraste y yo sentí un empujón.

—Tropezaste —digo yo—. Sólo te caíste.

Ella se ríe. En ese momento parece tener más o menos diecinueve años y yo siento que tengo alrededor de nueve.

—No me mientas —dice; su voz tiene un acento profundo y sofisticado. Sus amigas nos están espiando tratando de oírnos—. Oye, esto me interesa. Estoy metida en esto. Quiero saber cómo haces esa cosa.

—¿Qué cosa? —le digo y de repente sé que tengo que escapar. Le doy un empujoncito, sin tocarla, por supuesto, sólo un empujoncito mental, ella lo recibe y retrocede y yo me escabullo miserablemente metiéndome el sandwich en la boca. Desaparezco del negocio.

Cerca de la puerta, me doy vuelta y la veo sonreírse, hacerme señas, diciéndome que vuelva.

Tengo una vida llena de fantasías. A veces soy una estrella de cine de veintidós años con un palacio en las colinas de Hollywood y doy fiestas a las que asisten Peter Fonda, Dustin Hoffman y Julie Christie y Faye Dunaway y todos agarramos y nos desnudamos y nadamos en mi pileta y luego lo hago con cinco o seis estrellitas al mismo tiempo. A veces soy un novelista famoso, autor del libro de moda que habla de Mi Generación y estoy parado en lo de Bretano con un brillante atavío de ciencia-ficción, firmando miles de autógrafos y después voy a mi lujoso altillo sobre la First Avenue y lo hago con una joven y deslumbrante editora. A veces soy un gran científico, regresado apenas hace cuatro años de la Facultad de Medicina de Harvard y ya se me aclama por mi pionera investigación sobre la reprogramación genética de niños por nacer, y cuando suena el teléfono para avisarme que gané el Premio Nobel estoy a punto de alcanzar el tercer orgasmo de la noche con una famosa soprano del Metropolitan Opera que quiere que le haga un hijo para eclipsar a Caruso y a veces… ¿Pero para qué seguir? Todo

eso es fantasía La fantasía es estúpida porque lo incita a uno a llevar una vida de autoengaño en lugar de enfrentar la realidad. Piensa en la realidad, Harry. Piensa en el artículo legítimo que es Harry Blaufeld. El artículo legítimo es algo lleno de granos y torpe, ingenuo, algo que dice a gritos con cada molécula de su delgado cuerpo que todavía no tiene quince y nunca lo ha hecho con una chica y no sabe cómo hacerlo y está terriblemente asustado de que nunca lo sabrá hacer. Mezcle partes iguales de deseo y autocompasión. Agregue un chorro de incomprensión y una gota de inseguridad. Sazone levemente con poderes extrasensoriales. Estás bastante lejos de las colinas de Hollywood, chico. ¿Existe alguna manera de utilizar mi poder para el bien de la humanidad? Qué pasaría sí esas horribles plantas de energía, que vomitan humo negro a la atmósfera pudieran clausurarse para siempre y las necesidades eléctricas de la humanidad pudieran proveerse con un cuerpo entrenado de jóvenes poltergeist, voluntarios de vida monástica, y usaran sus crispantes tensiones sexuales como combustible para hacer mover las turbinas. O tal vez la NASA quisiera una nave espacial manejada por un poltergeist. Allí estoy yo, delgado, bronceado y refinado, una figura elegante en mi blanco traje de astronauta, ocupando el asiento en la cápsula de comando del Marte I. A menos treinta segundos y empezando el conteo. Un mundo ansioso aguarda el gran momento. Cinco.

Cuatro. Tres. Dos. Uno. Despegue. Y sonrío con mi mundialmente famosa sonrisa sarcástica e impasiblemente convoco mi poder y abro la válvula mental y empujo, y la poderosa nave se eleva, queda suspendida en el aire serenamente por un momento sobre el lugar de lanzamiento, sube y se eleva penetrando el cielo azul celeste de Florida como una brillante aguja gigante, elevándose y elevándose en el primer viaje del hombre hacia el planeta rojo.

Se necesita otro experimento. Trataré de enviar una lata de cerveza a la luna. Si puedo hacerlo, podré enviar una nave espacial. Un simple proceso a la manera de Newton, un problema de lograr velocidad de empuje; y no creo que el empuje pueda ser una función cuantitativa determinante. Un empujón es un empujón, y hasta ahora no he notado un límite de masa, así que si puedo hacer elevar una lata de cerveza, debería poder lanzar cualquier cosa de cualquier peso al espacio. Pienso. De cualquier modo, hurgueteo en

la basura y salgo llevando un abollado envase de Schlitz. Una noche nublada y apacible; la luna no se ve. No importa. Apoyo la lata sobre el piso y la contemplo. Cinco. Cuatro. Tres Dos. Uno. Despegue. Sonrío con mi sonrisa mundialmente famosa. Serenamente, convoco mi poder y abro la válvula mental. Empujo. Si, la lata de cerveza se eleva.

Suspendida serenamente por un instante sobre el pavimento. Se eleva y trepa sobre si misma proyectándose como una lata de cerveza abollada a través del aire húmedo.

Arriba. Arriba. Hacia la oscuridad. Sigo empujando por bastante tiempo después que desaparece. ¿Sigo todavía en contacto? ¿Aún se eleva? No tengo manera de saberlo. Me falta la estación de localización adecuada. Quizás esté continuando su viaje a través del vacío solitario siguiendo una trayectoria lunar perfecta. O quizá ya se haya caído, en la cuadra siguiente, golpeándole la cabeza a algún policía desafortunado. Lancé al aire una lata de cerveza y cayó a la tierra no sé dónde. Me encojo de hombros y vuelvo a entrar en la casa. Suficiente para mi carrera de astronauta. Blaufeld, acabas de tener otra fantasía estúpida. Blaufeld, ¿cómo puedes soportar ser tan pelotudo?

Clic-clac. Las cuatro de la mañana. Sara acaba de regresar de su cita. Acá estoy yo despierto como un padre preocupado. Fíjense que los padres no se preocupan: apuesto que se duermen enseguida y no les importa un carajo a las horas en que llega su hija.

Mientras yo me preocupo. Sin duda, esta noche se la cogieron de nuevo. Posiblemente dos veces. Apesadumbrado, trato de reconstruir el hecho en mi imaginación. Las posiciones, los sonidos de la carne junto a la carne. Los jadeos y quejidos. ¿Cuántas veces lo han hecho hasta ahora? ¿Cien? ¿Trescientas?. Lo han estado haciendo, por lo menos, desde que tiene dieciséis. Estoy seguro de eso. Para las chicas es mucho más fácil No tienen necesidad de perseguir ni de convencer; todo lo que tienen que hacer es decir sí. Sara dice mucho que sí. Antes que Jimmy el Griego, estaba el Engominado, y antes el Espadachín Maravilloso, y antes que él.

Ahí afuera, esta noche, en esta ciudad hay, por lo bajo, tres millones de personas que acaban de hacerlo. Detesto a los adultos y su manera fácil de coger. Ellos lo menosprecian al hacerlo tanto. Sólo tienen que encimarse y agarrar un poco de carne y empiezan,

adentro y afuera, adentro y afuera, uuh uuh uuh aah. ¡Por Dios, qué aburrido debe resultar! Si sólo pudieran verlo nuevamente desde el punto de vista de un adolescente frustrado. Él vírgen hambriento allí afuera, espiando. Excluido del mundo de los que cogen. Sintiendo esa deliciosa y dulce tensión de querer y no saber cómo conseguir. El nudo ardiente del deseo sentado como una lombriz famélica en la panza devorando mi alma. Yo exagero el sexo, lo exalto. Multiplico sus maravillas, Nunca va a estar de acuerdo con mis expectativas. Pero me encanta la tensión de anticiparme y especular y no obtenerlo. En realidad, a veces pienso que me gustaría pasar toda mi vida al borde de la navaja, siempre esperando ansiosamente ser desflorado sin hacer nunca todo lo necesario para que ocurra. Un éxtasis dinámico apoyando y aumentando mi poder especial. Harry Blaufeld, vírgen y poltergeist. ¿Por qué no? Cualquiera puede coger. Los idiotas, los estúpidos, los aburridos, los horribles. Todos lo hacen. Hay magia en el renunciamiento. Si me mantengo apartado, puro, único.., Empuja…

Hago mis pequeños números poltergeist. Apilo y desapilo mis libros de texto sin dejar mi cama, Muevo mi camisa desde el suelo al respaldo de la silla. Vuelvo la silla sobre sí misma para enfrentarla a la pared. Empuja… empuja… empuja…

Ruido de agua en el baño. Sara se está lavando. ¿Cómo eres Sara? ¿Qué sientes cuando te la ponen? No hablamos mucho tú y yo. Piensas que soy un chico; me apadrinas, me haces unos lindos guiños, tu voz sube media octava. ¿Le haces guiños como esos a Jimmy el Griego? Seguro que no. Y le hablas con voz de ronco contralto.

Siéntate y háblame alguna vez, hermanita, Estoy vacilante, al borde de la masculinidad.

Guíame y sácame de mi virginidad. Dime lo que las chicas quieren que los muchachos les digan. Seguro. No vas a decirme una mierda, Sara. Tú quieres que yo siga siendo tu hermanito para siempre, porque eso aumenta tu propio sentido de haber crecido. Y coges, y coges, y coges, tú y Jimmy el Griego, y ni siquiera entiendes el significado místico del acto sexual. Para ti sólo es una buena diversión sudorosa, como ir a jugar bowling, ¿verdad? ¡Oh, puta miserable! ¡A la mierda contigo, Sara!

Un chillido desde el baño. Dios, ¿qué he hecho ahora? Mejor voy

a ver.

Sara, desnuda, se arrodilla sobre las baldosas frías. Su cabeza está dentro de la bañadera y se está enderezando con ambas manos sobre el borde de la bañadera, y tiembla con violencia.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Qué pasó?

—Como una patada en la espalda —dice con voz ronca—. Estaba junto a la pileta lavándome la cara, y me di vuelta y algo me pegó como una patada en la espalda y me tumbó.

—¿Pero estás bien, no? ¿Te lastimaste? Ayúdame a levantarme.

Está molesta pero no herida. Está tan molesta que se olvida que esta desnuda, y sin ponerse la bata me abraza temblando. Parece pequeña y frágil y asustada. Acaricio su espalda desnuda en el lugar donde supongo recibió el golpe. Y también le miro disimuladamente los pezones, sólo para ver si todavía están parados después de su cita con Jimmy el Griego. No lo están. La calmo con los dedos. Me siento muy viril y protector, aunque sólo esté protegiendo a la boluda de mi hermana.

—¿Qué pudo haber pasado? —pregunta—. ¿No estabas haciendo alguno de tus trucos, verdad?

—Estaba acostado —contestó con sinceridad.

—Muchas cosas raras han estado ocurriendo en esta casa últimamente —dice ella.

Cindy me sorprende en el pasillo entre Geometría y Español:

—¿Cómo es que no me has vuelto a llamar?

—He estado ocupado.

—¿Ocupado, en qué?

—Ocupado.

—Supongo que sí —dice ella—. Parece como si no hubieras dormido durante una semana. ¿Cómo se llama ella?

—¿Ella? Ninguna ella. Sólo he estado ocupado. —Trato de escaparme. ¿Tengo que empujarla de nuevo?—. Un proyecto de investigación.

—Podrías tomarte algún tiempo para descansar. Encontrarte con los viejos amigos.

—¿Amigos? ¿Qué clase de amiga eres tú? Dijiste que estaba loco. Dijiste que soy repugnante. ¿Te acuerdas, Cindy?

—Emociones del momento. Estaba desequilibrada Quiero decir, psicológicamente. Mira, hablemos de todo esto en otro momento,

Harry. En otro momento, y pronto.

—Puede ser.

—Si no tienes nada que hacer el sábado a la noche…

La miré asombrado. ¡En realidad ella me está invitando a mí a una cita! ¿Por qué me persigue? ¿Qué quiere de mí? ¿Estará buscando ansiosamente otra oportunidad para humillarme? Loco y repugnante. Miro mi reloj y frunzo los labios. Es hora de irse.

—No estoy seguro —le digo—. Quizá tenga algún trabajo que hacer.

—¿Trabajo?

—Investigación —contesto—. Te avisaré.

Una noche de experimentos felices. Desenrosco un foco de luz, lo hago flotar de un lado a otro de 1a habitación, lo vuelvo al artefacto y eficientemente lo enrosco otra vez.

Control de precisión. Me voy techo y lanzo otra lata de cerveza a la Luna, sólo que esta vez la levanto a trescientos metros, 1a traigo de vuelta, la empujo aún más alto, la traigo de vuelta, la envío una tercera vez con una energía cinética tremendamente acumulada y no tengo ninguna duda que penetrará el espacio, Levanto basura de la calle, a unos cien metros y la arrojo al cesto de basura. Al fin —lo que me da más miedo de todo— me levanto a mi mismo. Levito un poco, levantándome un metro y medio en el aire. Es lo más que me animo. (¿Qué pasaría si perdiera poder y me cayera?). Si tuviera el coraje, podría volar. Yo puedo hacer cualquier cosa. Dénme el punto correcto de apoyo y moveré el mundo. ¡Oh, potentia! ¡Qué viaje fantástico es éste!

Después de dos días terribles de debate interno, telefoneo a Cindy y hago una cita para el sábado. No estoy seguro de que sea una buena idea. Su nueva y repentina agresividad me despista levemente, pero, sin embargo, es una novedad que una chica me persiga, ¿quién soy yo para despreciarla? Me gustaría saber qué es lo que se propone. Mostrarse tan interesada en mí después de descargarse conmigo sin piedad en nuestra última cita Todavía estoy enojado con ella por eso, pero no puedo ser rencoroso, no con ella. Tal vez quiera hacer las paces. Nosotros tuvimos una relación bastante decente, en el sentido no-físico, hasta esa estúpida noche. Dios, ¿qué pasaría si ella realmente quisiera hacer las paces del todo? Me da miedo. Creo que soy un poco cobarde. O muy cobarde.

No entiendo nada de esto, chico. Creo que me estoy metiendo en algo muy peligroso.

Hago malabarismos con tres pelotas de tenis y las mantengo en el aire todas juntas con las manos en los bolsillos. Veo a una mujer tratando de estacionar su automóvil en un espacio que es demasiado pequeño, y al pasar le doy una ayudita empujando el automóvil estacionado detrás; se mueve como cuarenta centímetros y ella tiene lugar para estacionar. El viernes por la tarde, en mi clase de gimnasia, me meto en un partido de básquetbol y en cinco ocasiones distintas cuando Mike Kisiak viene dispuesto a una de sus jugadas certeras, hago desviar la pelota del cesto. Él no puede entender cómo está tan fuera de entrenamiento y eso lo mata. Parece que no hay límites para lo que puedo hacer. Yo mismo me asusto. Gano en experiencia día a día. Tal vez sea un auténtico superhombre.

Cindy y Harry, Harry y Cindy, calentitos y juntitos, sentados en el sofá de la sala. ¡Dios, creo que me están seduciendo! ¿Cómo puede suceder esto? ¿A mí? Dios. Dios. Dios. Cindy y Harry, Harry y Cindy. ¿Hacia adónde apuntamos esta noche?

En el cinematógrafo Cindy se acurruca junto a mí A la mitad de la película recojo la insinuación. Un gran paso adelante: deslizo mi brazo sobre sus hombros. Ella se mueve de modo que mi mano se desliza por su axila y llega a detenerse tocando su seno derecho. Mis mejillas encendidas. Hago como si la fuera a retirar, como si hubiera tocado una estufa encendida, pero ella aprieta su brazo sobre mi antebrazo. Atrapado. Exploro su carne complaciente. No hay relleno allí, sólo la auténtica Cindy. Está tan deseosa y tan dispuesta que me aterroriza. Después vamos a tomar una gaseosa. Es la confitería, ella pone a funcionar un lenguaje corporal que me asusta… ojos brillantes, sonrisas sugestivas, pequeños encogimientos de hombros. Quisiera decirle que no sea tan evidente. Es como vivir uno de mis propios sueños húmedos.

De vuelta en su casa, ahora. Empieza a llover. Estamos afuera, en el mismo lugar donde estuve parado cuando la empujé la última vez. Puedo escribir el guión sin esfuerzo: ¿por qué no pasas por un rato, Harry? Me encantaría. Ven, sécate los pies en el felpudo. ¿Te gustaría un poco de chocolate caliente? Lo que tú tomes, Cindy. No, lo que tú quieras. Chocolate caliente me sentaría bien, entonces. Sus

padres no están en casa. Su hermano mayor está fornicando en Scarsdale. La lluvia martillea las ventanas. La casa es grande, cara, alfombras gruesas, cortinas elegantes. Cindy en la cocina, preparando.

Harry en la sala revolviendo las estanterías. Luego Cindy y Harry, Harry y Cindy, calentitos y juntitos en el sofá. Chocolate caliente, dos tragos cada uno. Sus labios cerca de los míos. Implorándome en silencio. Vamos, estúpido, acuéstate. Sé hombre. Nos besamos. Nos hemos besa do antes, pero esta vez es con lenguas. Dios. Dios. No lo creo. El elegante viejo Casanova Blaufeld se entrega a la acción como una máquina de seducir bien aceitada. Su perfume en mis narices, mi lengua en su boca, mi mano en su suéter, y entonces, inesperadamente, mi mano está debajo de su suéter, mi otra mano está en su rodilla y subiendo por debajo de su pollera y su muslo es satinado y fresco y yo estoy sentado allí, sintiendo esta extraña sensación bidimensional de que no soy un ser humano autónomo, sino alguien en la pantalla de una película pornográfica, consciente de que allí en la audiencia hay miles de personas que me están mirando con la respiración contenida y no me animo a defraudarlos. Continúo, no dejándome pausa para examinar lo que esta pasando sin pensar para nada, desconectando completamente mi mente, sólo siguiendo adelante paso a paso. Sé que si me parara a preguntarme si esto es real todo explotaría en mi cara. Ella me esta ayudando. Sabe mucho más de esto que yo.

Murmurándome suavemente. Animándome. Mis dedos escarban en nuestra ropa interior.

No te apures, susurra Tenemos todo el tiempo del mundo. Mi cuerpo presiona con energía el suyo. Por alguna razón ahora no estoy preocupado por la mecánica de la cosa.

Así que sucede de esta manera. ¡Qué milagro de evolución que estemos diseñados para encajar juntos de esta manera! Ten cuidado, me dice, de la manera que las chicas siempre lo dicen en las novelas y quiero tener cuidado, ¿pero cómo puedo tener cuidado cuando estoy cabalgando en una carroza desbocada? Empujo, no con mi mente sino con mi cuerpo, y de repente siento esta maravillosa suavidad aterciopelada que me envuelve y empiezo a moverme rápido sin poder controlarme y ella se mueve también y nos abrazamos y yo me siento arrojado a un remolino. Abajo y abajo y

abajo. ¡Harry!, suspira ella y yo exploto sin control y sé que todo ha terminado. Recién comenzó y ya ha terminado ¿Eso es todo? Eso es todo. Eso es todo lo que hay, el movimiento, el abrazo, el suspiro, la explosión. Me siento bien, pero no tan bien, no tan bien como en mis febriles y virginales alucinaciones yo esperaba que fuese y la depresión me invade ante el descubrimiento de que no es trascendental después de todo, no es algo místico, es sólo una cuestión corporal que empieza, continúa y termina. De repente quiero retirarme y estar solo para pensar. Pero sé que no debo, tengo que ser amable y agradecido, ahora.

La tengo en mis brazos, le susurro palabras suaves, le digo lo bien que estuvo, ella me dice lo bien que estuvo. Los dos mentimos, ¿pero qué? Estuvo bien. Mirando hacia atrás empieza a parecer fantástico, irresistible, todo lo que yo quería que fuese. La idea de lo que hemos hecho explota en mi mente. Si sólo no hubiera terminado tan rápido. No importa. La próxima vez será mejor. Hemos cruzado una frontera; ahora estamos en terreno desconocido.

Mucho después ella dice:

—Quisiera saber cómo haces mover las cosas sin tocarlas.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Me fascina. Tú me fascinas. Por un largo tiempo pensé que eras un tipo cualquiera, sabes, un poco torpe, un poco inmaduro. Pero entonces este don que tienes. ¿Es un poder extrasensorial, no, Harry? He leído mucho sobre eso. Yo sé. En el momento en que me hiciste caer, supe lo que debía haber sido. ¿Era eso, no? ¿Por qué ser tímido con ella?

—Sí —digo, orgulloso de mi nueva masculinidad—. Realmente es una clásica manifestación poltergeist. Cuando te di ese empujón, fue la primera vez que supe que tenía ese poder. Pero lo he estado desarrollando. Deberías ver algunas de las cosas que he podido hacer últimamente. —Mi voz es grave, mis modales seguros. Me he graduado de mi propia fantasía esta noche.

—Muéstrame —dice—. ¡Mueve algo, Harry!

—Cualquier cosa. Dime tú cuál.

—Esa silla.

—Por supuesto. —Investigo la silla. Convoco mi poder. No

viene. La silla se queda donde está. ¿Acaso el pocillo? ¿La cuchara? No.— Cindy, no lo entiendo, pero, parece que esto no funciona ahora.

—Debes estar cansado.

—Sí. Eso es. Cansado. Dormiré bien esta noche y lo tendré otra vez. Te telefonearé por la mañana y te daré una buena demostración.

Rápidamente me abotono la camisa. Buscando mis zapatos. Sus padres entrarán en cualquier momento. Su hermano.

—Mira, fue una velada maravillosa, inolvidable, brutal.

—Quédate un rato más.

—Realmente no puedo Afuera, a la lluvia.

En casa. Atónito. Empujo… y el zapato se queda allí. Miro el artefacto de luz. Nada. El foco no da vueltas. El poder se ha ido. ¿Qué pasará conmigo ahora? ¡Comandante Blaufeld, héroe del espacio! No. No. Nada. Volveré a caer en la rutina común de la humanidad. Seré… un esposo. Seré… un empleado. Y no empujar más. Y no empujar más. ¿Puedo acaso levantar mi camisa y deslizarla hacia el suelo? No. No. Desapareció.

Cada partícula, desapareció. Cubro mi cabeza con las frazadas. Pongo las manos en mi masculinidad desflorada. Eso sólo responde. Sólo allí soy todavía potente. Como todo el resto. Sólo uno del montón ahora. Enfrentémoslo; no empujaré más. Soy común otra vez.

Luchando contra las lágrimas me enrollo en mí mismo en la oscuridad y sudando, lamentándome un poco, trabajando mucho, desciendo torpemente a las arenas movedizas, a los primeros momentos de los largos años descoloridos del futuro.

Error genético

Harvey L. Bilker

A las cuatro de la mañana, en el solario de un hospital de Filadelfia, un hombre joven aplastó nerviosamente su septuagésimo tercer cigarrillo y se hundió aún más en un sillón de cuero rojo. Ojeroso, con la vista nublada, vio aparecer un médico vestido de blanco entre un par de puertas giratorias.

El doctor se detuvo, apartó la máscara de su cara y se quitó un guante de goma.

El hombre, fatigado, con olor a nicotina, se levantó vacilante. Mostrando la clásica expresión del futuro padre, se acercó al doctor y le miró a los ojos con tensa expresión.

—¿Es un chico? —preguntó.

El médico se quitó el otro guante.

—No.

El joven espiró, sonrió orgulloso y se perdió en un extasiado abandono.

—Entonces es una niña…

El médico se secó pausadamente el sudor de la frente con el antebrazo doblado.

—No.

El joven fijó nuevamente los ojos en el ginecólogo y abrió la boca para hablar. Pero no le salió ni un sonido. Volvió a intentarlo y oyó su propia voz, débil y desconocida, que preguntaba tragando saliva:

—Entonces… ¿Qué es…?

El médico se rascó la cabeza, incómodo, y frunció el entrecejo.

—No lo sé.

A esa misma hora, en un hospital de Nueva York, otra pareja —

sin ningún parentesco con los padres de Filadelfia— pasaba por una experiencia parecida. Cuándo las enfermeras presentes en el quirófano de emergencia interrogaron sobre el desusado acontecimiento al desconcertado interno que había atendido el parto, éste emitió un sonoro bufido de superioridad, como si quisiera poner de relieve la ingenuidad de las enfermeras. Con una sonrisa burlona sugirió que lavaran con cuidado al bebé y lo examinaran mejor; él no tenía por qué revelar el sexo de la criatura si ellas no ponían más cuidado. El joven interno y una de sus enfermeras se desmayaron cuando, una vez cumplidas estas órdenes, no cupo ya la menor duda de que le faltaban los genitales.

Un médico anciano, que por casualidad se encontraba en el hospital a esa hora, tuvo que acudir a hacerse cargo del bebé y también del interno.

El futuro médico tuvo que ser asistido de un grave shock.

En cuanto al recién nacido, un detenido examen reveló que su estado de salud era bueno, aunque se creía que no tardaría en morir porque la vejiga, naturalmente, no podía evacuar su contenido dada la carencia del equipo excretor que normalmente se da por descontado. Sin embargo, como pronto descubrió el médico, la naturaleza, por un proceso tan milagroso como la producción de un feto de sexo neutro, había conectado la vejiga al extremo inferior del conducto intestinal.

—Muy ingenioso, ciertamente —dijo el sorprendido investigador, frunciendo irónicamente su arrugado rostro.

Un veloz periodista, el primero de los muchos que acudieron presurosos al lugar después de recibir una serie de misteriosos comunicados telefónicos, tomó nota de esas palabras.

A las siete de la mañana, las agencias internacionales de noticias habían transmitido el caso a todos los puntos del planeta y se difundía en todas las lenguas.

Una hora después, la humanidad estaba informada.

Locutores de radio y televisión anunciaron la noticia con voces tensas a los sorprendidos norteamericanos de ojos legañosos, recién levantados de sus calientes camas. Los pasajeros de los trenes de cercanías leyeron entre bostezos detalladas descripciones bajo titulares que anunciaban tajantemente: ¡NACE UN NIÑO SIN SEXO!… ¡NIÑOS ASEXUADOS!… Un diario sensacionalista

anunciaba ¡NACEN CRÍOS FALLIDOS! Y otro: ¡DOS MUJERES CIERRAN LA HISTORIA DE SU FAMILIA!

Los periódicos comenzaron a recibir solicitudes de pensadores de fama mundial, dirigidas a los famosos progenitores. La mayoría de los mensajes eran del tenor de uno remitido por un profesor de filosofía de un instituto del medio Oeste de Estados Unidos, que escribía: «Prestarán ustedes un gran servicio a la humanidad si permiten que sus hijos sean examinados hasta la pubertad, suponiendo, naturalmente, que alcancen esa fase. En cualquier caso, sea cual sea la transformación, cuando los niños alcancen la madurez la ciencia podrá oír de este modo una opinión imparcial sobre las debilidades del hombre».

Varias organizaciones de estudios médicos convocaron reuniones de urgencia y de ello resultó la decisión de telegrafiar a Europa solicitando a los mejores cerebros en el campo de la endocrinología y otros afines.

De pronto, un periódico ruso publicó un artículo en el cual se aseguraba que tres niños de esas características habían nacido en la Unión Soviética, en 1940.

Los habitantes del mundo entero estaban ávidos por conocer nuevas noticias sobre los casos, por escuchar opiniones cualificadas que tal vez pudieran explicar el fenómeno.

Pero las autoridades de los hospitales que habían admitido a las desafortunadas madres se negaron a hacer públicas ulteriores observaciones, temerosas de que ello pudiera afectar al bienestar de los niños. Una vez dadas de alta, decían, los padres podrían hacer lo que quisieran con sus «hijos o hijas, o lo que sean».

La familia de Nueva York, que ya había pensado los posibles nombres en cuanto tuvieron noticia de la concepción, había decidido bautizar al niño con el nombre de Richard o Jeanette. Pero, ya que ni uno ni otro parecían aceptables, recurrieron a una combinación: Richette.

En Filadelfia, el nombre escogido fue Sylvestigail: la fusión de Sylvester y Abigail. Pero como a las Abigail a veces se las llama Abbie, Sylvestigail acabó reducido a Sylvestie.

Una vez finalizada su estancia en el hospital, las familias regresaron a lo que esperaban sería la quietud sus hogares. Pero se vieron acosados por reporteros, fotógrafos, llamadas telefónicas,

cartas y telegramas. Caóticas multitudes histéricas se habían reunido frente a las dos pequeñas casas, pisoteando verjas y setos. Al principio, las respectivas ciudades enviaron policías como una atención; más tarde lo harían por necesidad. El gentío estaba formado en su mayoría por mujeres temerosas que preguntaban preocupadas qué alimentos habían tomado las famosas madres durante el embarazo.

Los padres de Richette (y también los de Sylvestie) tuvieron que resolver el problema de cómo vestir a su hijo: si de rosa o de azul. Ya que su padre deseaba un varón, se decidió arbitrariamente que Richette sería un chico, o al menos causaría esa impresión.

Pero con una condición: puesto que la madre de Richette hubiera querido tener una niña, más adelante podría efectuarse un cambio de sexo con el consentimiento de ambos padres. También se consideró la posibilidad de cambiar el sexo una vez al año.

Los padres de Sylvestie se enteraron de esta decisión al día siguiente por los periódicos de la mañana. Movidos por una inconsciente necesidad de simetría, organizaron la apariencia superficial de su hijo para presentarlo como si fuera del sexo opuesto.

El primer hombre con una formación erudita que recibió autorización para examinar a los dos recién nacidos fue el doctor Klingdorfendorff, profesor de anatomía en una de las principales facultadas de Medicina de Estados Unidos. Se tendieron cuerdas para mantener a raya a la prensa y otros espectadores mientras el doctor Klingdorfendorff visitaba la casa de Filadelfia. Dos horas más tarde, el doctor salía estupefacto y decía estas palabras para la posteridad:

—Esto es imposible.

Un famoso psiquiatra, a quien trajeron en avión desde el Oeste contra su voluntad (creía que se trataba de una broma), declaró a los periodistas:

—He observado a los niños y pienso que cabe la posibilidad de una atrofia de los genitales o de su regresión a la fase de blástula. Sin embargo, su id funciona normalmente, sin ningún indicio de traumas psíquicos prenatales.

A ulteriores preguntas sobre el significado de la malformación, el psiquiatra replicó:

—¡Cómo demonios voy a saberlo! (Esta información no se hizo pública). Al fin llegaron los fisiólogos, farmacólogos, patólogos, cardiólogos, biofísicos, endocrinos, ginecólogos y un proctólogo, procedentes de Europa. Su presencia fue acogida con agrado en los medios periodísticos. Cada uno de sus pasos merecía un titular en primera página. Los diarios informaban de sus recorridos por las ciudades, sus visitas a instituciones científicas, los banquetes a los que asistían, las listas de sus lecturas y los itinerarios que les había preparado el Gobierno.

Pero las quejas del público pusieron fin a sus goces.

Se distribuyó a los científicos en dos equipos y se los envió, con los gastos pagados, a Filadelfia y Nueva York, donde tenían reservadas habitaciones en los mejores hoteles. Se trasladaban en taxi desde estas residencias oficiales para efectuar sus revisiones diarias a los niños. Los confusos padres, huelga decirlo, estaban agradecidos de recibir gratuitamente esa atención médica especializada.

Las revistas nacionales fueron mantenidas al margen durante todo este tiempo. Los padres y los médicos sólo hacían declaraciones muy simples, y únicamente a los periódicos; las revistas querían reportajes completos, que hubieran exigido una exposición más detallada de la causa de las preocupaciones de los desgraciados padres. Un comité especial del Congreso había decidido que ello podría resultar inoportuno. Su explicación:

«Consideramos que algunas mentes licenciosas podrían relacionar de algún modo el error de la naturaleza con una relación dudosa».

Los científicos continuaron realizando intensos estudios. Pero al cabo de dos meses comprobaron que no habían llegado a ninguna conclusión. En una reunión, desesperados, acordaron abandonar el caso. Después de pedir excusas a sus benefactores, solicitaron ser devueltos a sus respectivos países. Su petición fue concedida calladamente.

Antes de embarcar en un trasatlántico de lujo en el puerto de Nueva York, un investigador declaró a la prensa:

—Ha sido revigorizante disfrutar de unas generosas vacaciones en este espléndido país. Realmente, ha sido una oportunidad maravillosa de presenciar los métodos de laboratorio de los

científicos norteamericanos, para no citar los musicales de Broadway.

Me han gustado especialmente los perros calientes.

Cuando le preguntaron por sus estudios sobre la progenie anómala, se encogió de hombros y empezó a subir la pasarela, con la cabeza tristemente gacha.

Los desconcertados padres, que por fin podían estar a solas con sus hijos, descubrieron los primeros momentos de intimidad en casi tres meses. Prácticamente habían olvidado esa sensación. Y ahora, una vez reanudada su soledad, la encontraron absolutamente deliciosa, a pesar de la deprimente situación que había pasado a formar parte de sus vidas y en la que en adelante se verían implicados. Pero incluso esta pacífica quietud duró poco, siendo como era un compromiso ante la catástrofe. Las revistas volvieron a clamar pidiendo entrevistas, que les fueron denegadas.

Sin arredrarse, las publicaciones apelaron al Tribunal Supremo. La vista del caso requirió tres días de encarnizado debate y constituyó una publicidad en primera página para las revistas. El tribunal dictaminó que éstas tenían todo el derecho de informar al público de cualquier hecho que constituyera noticia.

A pesar del nuevo dictamen del alto tribunal, los padres no concedieron la autorización a las revistas. Pero ello no frenó sus esfuerzos. Ofrecieron cheques por cantidades cada vez más elevadas. Como era inevitable que ocurriera, en un momento de debilidad los padres de un niño, Sylvestie, cedieron ante la oferta de un contrato sumamente tentador.

Los progenitores de Richette, firmes y decididos a no rendirse, habían creído —a pesar de no haberse encontrado nunca con la otra familia— que en cierto modo existía una especie de pacto tácito y no escrito de preservar las vidas privadas de sus hijos. Pero ahora que el mundo de Sylvestie se había abierto a las miradas de la curiosa ciudadanía, todo lo que hasta entonces había sido sagrado estaba ya perdido. Y, en consecuencia, también Richette fue ofrecido a la observación de los legos.

Escritores y fotógrafos se precipitaron sobre los dos hogares. Hubo preguntas, cámaras, luces, flashes. Los padres, después de ser explotados, se convirtieron en personajes secundarios del drama y fueron relegados a segundo plano. Enfermeras privadas, contratadas

por las publicaciones, pasaron a ser madres sustitutas, excepto para dar de mamar a los niños; en esos momentos, por necesidad, las reemplazaban las madres verdaderas. Sin embargo, el amamantamiento se realizaba bajo la estricta supervisión de un especialista cuyo deber era cuidar de que las criaturas mantuvieran constantemente un aspecto fotogénico.

Los niños fueron expuestos por primera vez ante las cámaras como nunca lo habían sido antes: desnudos. Los disparadores cliquetearon excitados, y fueron amontonándose los rollos de película. Se fotografiaron las anatomías de las criaturas desde todos los ángulos.

La emulsión impresionada se llevó corriendo a las salas oscuras, se reveló, se encuadró, se fotograbó. Las máquinas de escribir teclearon a altas horas de la noche bajo las luces fluorescentes de las oficinas. Se prepararon velozmente los originales. Y, en un plazo de pocos días, los distribuidores dejaron caer los paquetes de revistas en todos los quioscos del país.

El público examinó las fotos, leyó los textos y reaccionó. Las cartas, a favor y en contra, llovieron sobre las redacciones de las revistas. Una de ellas, representativa de muchas otras, decía: «¡Esas fotos son indecentes! Aunque los niños no tengan órganos, ¡esa no es razón para exhibir esa desagradable zona del cuerpo! ¿Es que redactores inteligentes y educados como ustedes no tienen ningún sentido de la decencia? Sírvanse anular mi suscripción«. La firmaba: «Una mujer que, por la gracia de Dios, es hembra».

Otro comentario, remitido por un religioso, se quejaba así: «Han mostrado las nalgas, una zona erótica. Esto es un pecado, como exhibir las partes reproductoras (aunque no sean reproductoras), sobre todo teniendo en cuenta que, en este caso, la citada superficie puede resultar más significativa», a lo cual un psicólogo replicaba en el siguiente número:

«Yo pensaba que las personas religiosas como usted no creían en las teorías sobre la fase anal del desarrollo».

Los padres de Nueva York fueron entrevistados en la pantalla. Consiguieron una audiencia del 98,2%, la mayor jamás registrada, aunque las preguntas no se emitieron en su totalidad. Cuando le preguntaron a la madre cuál podía ser, en su opinión, la causa del extraño fenómeno, replicó inocentemente:

—No lo sé. Mi marido y yo hicimos lo mismo que hace todo el mundo para tener hijos.

Tal vez la posición…

Se interrumpió la emisión del programa. Transcurrieron varios meses antes de que fuera posible convencer a la Comisión Federal de Comunicaciones de que su declaración era normal dadas las condiciones.

A consecuencia del programa televisado, dos enanitos varones ofrecieron donar, a su muerte, sus cuerpos a un banco de órganos, a fin de que pudiera hacérseles un trasplante a los niños. Uno de los donantes fue rechazado por impotente.

En un rasgo publicitario, unos grandes almacenes de Nueva York ofrecieron un contrato para emplear a los niños como maniquíes humanos en el plazo de quince años.

No se prestó atención a la oferta, pero al mes siguiente, las ventas de la empresa habían aumentado en un 15%.

Varios meses después del nacimiento comenzó a calmarse la excitación. Los policías fueron retirados y las familias de las curiosidades humanas intentaron llevar una vida lo más razonable posible dentro de las circunstancias.

De vez en cuando, en alguna revista aparecía un artículo con una nueva ocurrencia.

Uno de ellos se titulaba: «¿Qué debo decirle a mi hijo sobre el sexo, si no tiene sexo?».

Pasó un año, luego dos.

Los padres fueron abordados por agentes teatrales que deseaban organizar una tournée con sus vástagos, ahora que podían caminar. Su oferta fue rechazada. A pesar de ello, muchas organizaciones religiosas, enteradas de la oferta, emitieron prontamente declaraciones como ésta: «La comercialización de esta catástrofe exigiría un exhibicionismo del cuerpo desnudo: un pecado«. "¡Y qué! —replicó un airado joven comentarista de Nueva York—. No tienen nada de qué avergonzarse. ¡Podrían comer del árbol de la sabiduría y seguir siendo ignorantes! A lo cual replicaron rápidamente los teólogos: «¡Ello es una advertencia del cielo para que pongamos fin a nuestros pecados!».

Transcurrieron otros dos años, durante los cuales algunos influyentes grupos de censores argumentaron que los niños estaban

llegando a una edad en que empezaba a ser indecente seguir fotografiándoles sin ropas. Presionaron hasta conseguir que su petición tuviera éxito. Se prohibieron las fotografías de los niños desnudos. Aumentó el valor de las revistas atrasadas.

Inmediatamente después de cesar la publicación de fotos de los niños, un grupo de California distribuyó, a precios exorbitantes; dos millones de fotografías supuestamente de uno de los niños sin sexo. Resultaron ser un fraude. El Departamento de Correos localizó a una madre soltera que para no morirse de hambre había permitido que su hija —una niña de dos años que poseía un sorprendente parecido con el original— sirviera de modelo para una fotografía trucada. La madre fue detenida finalmente, superada ya la fase de desnutrición, en una suite nupcial de cinco habitaciones de un lujoso hotel de Hollywood.

Una organización internacional de noticias se anticipó al mundo del periodismo y firmó un contrato con ambas parejas de padres por el cual se les concedía la exclusiva de los relatos sobre sus hijos durante diez años. Fueron descritos todos los aspectos de interés humano de las vidas de Sylvestigail y Richette. El público devoraba los reportajes.

El primer día de Sylvestie y Richette en la escuela fue noticia de primera página. Los fotógrafos pasaron toda la mañana registrando cada uno de sus movimientos, el más importante de los cuales fueron las dudas de sus maestros sobre qué lavabo debían usar los nuevos alumnos.

En la escuela de Sylvestie, decidieron que «ella» utilizaría el lavabo de las niñas, dada la manera en que habían decidido vestirla sus padres.

Los maestros de la escuela de Richette también decidieron que «él» debía utilizar el lavabo de las niñas, pero en este caso debido a que la similitud anatómica posiblemente les pasaría inadvertida a sus pequeñas compañeras. De todos modos, en ambos casos, se previó que ningún otro niño podría estar en el lavabo junto con ellos.

Los primeros planos de las caras de los niños sin sexo, al salir por primera vez de los lavabos de la escuela, revelaban extrañeza por su aislamiento y sorpresa ante las multitudes de fotógrafos, alumnos y maestros que aguardaban su histórica aparición.

Cuando por fin expiró el contrato con la organización internacional, éste fue prorrogado al doble del precio anual anterior por exigencias del agente recién contratado para las niños.

Exactamente el día del decimotercer cumpleaños de los niños —el cual marcaba su teórico acceso a la pubertad—, los diarios rusos publicaron un artículo sobre su propio Homo cipherens. La noticia decía que los científicos soviéticos habían conseguido implantar quirúrgicamente con éxito sistemas reproductivos en los cuerpos antes asexuados. Habían creado, eso decía la noticia, un varón, una hembra y un hermafrodita, que podía funcionar en uno u otro sentido, a fin de que si uno de los otros no sobrevivía pudiera crearse una pareja para el superviviente a base de aplicar una simple serie de inyecciones. Según el Departamento de Estado de Estados Unidos, esta declaración era una jugada política.

Los cineastas decidieron aprovechar el caso de Sylvestie y Richette. Iniciaron negociaciones con el agente de los niños para la filmación de un largometraje en el cual una haría el papel de chica y el otro el de chico.

—Sabemos que puede parecer raro que hagamos aparecer a estos chicos en un relato normal —declaró el presidente de los estudios a los periodistas—, pero a los espectadores no les importa el vehículo empleado para presentar a esas estrellas Lo que quieren es ver a esos chicos.

Un periodista que había iniciado una campaña contra el proyecto desenterró unos datos archivados en una pequeña ciudad de Alabama y que hacían referencia al agente de los niños. El periodista descubrió un viejo expediente de depravación moral. Los padres consideraron de cara a la sociedad que el pasado del agente podría perjudicar la reputación de sus hijos. Sentían tener que deshacerse de su representante, declararon, pero era preciso.

Aun así, se firmó el contrato para que los niños hicieran la película. (Los padres donaron el equivalente de los honorarios que habría cobrado el agente a una fundación recién creada para el estudio de la mutación genética).

Camino de Filmilandia, las dos familias fueron arrolladas por la prensa en el Aeropuerto Kennedy. Tras unas breves cuatro horas y media de pacífico vuelo, fueron asaltados otra vez a su llegada a Los Ángeles, donde tuvieron que abrirse paso a través de una masiva

concurrencia para refugiarse en un elegante y destacado hotel ya reservado.

Al día siguiente se inició el rodaje.

Pero las extrañas manifestaciones comenzaron a aparecer en los niños al finalizar la primeras escenas de rodaje. Lo que les apareció en la mano derecha no podían denominarse propiamente llagas; eran más bien como excrecencias sensibles: una especie de conductos.

Estas poco naturales modificaciones fueron haciéndose más aparentes cada día. Al principio se pensó que debían ser erupciones causadas por una alergia o producto del nerviosismo que provocaba el rápido ritmo de la filmación.

Finalmente, fue imposible seguir ignorando las erupciones. Por algún motivo que los niños no sabían explicar, una inconsciente timidez les hacía ocultar sus manos derechas.

El director de la película perdió la paciencia y les explicó a las dos estrellas que la producción estaba costando dos millones de dólares y que más les valdría sacar las manos del bolsillo si no querían ser expulsados del estudio y tener que pagar además una multa. Cuando al fin mostraron las manos, sus caras encendidas destacaban demasiado en la película en color, en medio de las aglomeraciones. Ello creó interminables problemas al departamento de maquillaje para uniformar el tono de sus mejillas y cubrir con crema los extrañas orificios de sus manos derechas.

Finalmente, una vez terminada la película, y ya sin el impedimento de los gastos, se siguió la recomendación del médico del estudio quien había aconsejado consultar a un especialista.

El médico acudió a la consulta, examinó detenidamente las erupciones y sugirió la presencia de un endocrino.

Vino el endocrino. No cabía la menor duda, diagnosticó, casi sin acabar de creérselo él mismo; se habían formado órganos genitales en las manos de los niños.

Sylvestigail era varón.

Richette era hembra.

Los periódicos se inundaron otra vez de reportajes:

La noche en que debía celebrarse el estreno de la película de Sylvestie y Richette, las celebridades asistentes —rodeadas de focos — fueron interrumpidas por el ulular de sirenas y centelleo de luces

rojas de la policía, que se abrió paso hasta el local llamativamente decorado y secuestró la película. Varios poderosos grupos de censores habían presionado para impedir la exhibición de la «vergonzosa» película.

Pero los estudios no se desanimaron. En una noche, sin reparar en gastos, trasladaron en avión a Hollywood a los representantes de la censura de las más importantes ciudades de Estados Unidos y les hicieron ver la película en cuestión.

Pese a una gran cena gratis con champán, los censores opinaron que los primeros planos revelaban con demasiada claridad las partes intimas de las manos. No, dijeron, escarbando los restos de filet mignon que se les habían quedado entre los dientes y eructando burbujas de champán, no podían permitir que el pueblo norteamericano presenciara un espectáculo tan obsceno. Pero era imposible cortar las escenas «licenciosas», argumentaron los productores, pues casi todos los planos mostraban las manos. La respuesta fue negativa.

—Muy bien —dijo el presidente de los estudios—. Repetiremos el rodaje. Ahora llevarán guantes.

Los censores volaron a sus casas con los estómagos llenos, orgullosos de haberse mostrado inflexibles.

Cuando el público tuvo noticia del compromiso, comenzaron a llegar a los estudios sacas llenas de cartas quejándose de que era absurdo tapar unas manos. ¿Cómo demonios podía ser lascivo ese espectáculo?, protestaban.

En cambio, una mujer de 92 años, miembro de la SCAEBKPNN (Sociedad Censora de Abuelas de East Burgeville, Kansas, Para la Protección de Nuestros Nietos), decía: «Si cubren las manos, no veo razón alguna para impedir que los niños aparezcan desnudos puesto que ello tiene un significado distinto para ellos. A fin de cuentas, la película ha de tener algún atractivo«. Ello hizo aflorar una sospecha que sus colegas abrigaban desde hacía años, a saber, que poseía acciones de la compañía cinematográfica. Se investigaron sus antecedentes, se descubrió que era accionista y fue expulsada de la SCAEBKPNN. «Pravda» anunció rápidamente que había interpretado mal las declaraciones de sus científicos. A los niños rusos no se les habían implantado órganos reproductores; éstos habían aparecido naturalmente en sus manos, en ambas manos, a decir verdad, a

diferencia de la progenie norteamericana.

La película no resultó ser un éxito de taquilla tan importante como se esperaba. Por alguna razón, como coincidieron en señalar los hombres de Wall Street, había algo asexuado en el hecho de que los niños llevaran guantes, En el acto, la organización internacional de noticias que detentaba los derechos en exclusiva de los artículos sobre Sylvestie y Richette votó por la extinción del contrato.

Siguieron varios meses sin noticies. Gradualmente, fue hablándose cada vez menos de los niños malformados. Con el tiempo pasaron casi inadvertidamente al anonimato.

Richette y Sylvestigail se casaron al cumplir los veintiún años: no tanto porque estuvieran enamorados —aunque se tenían afecto — como por necesidad. ¿Quién les hubiera querido si no otro de su misma especie?, razonaban.

Resurgió un débil interés por ellos y el hecho apareció en los periódicos.

Una romántica velada, mientras hacían manitas con Sylvester (se había cambiado el nombre), Jeanette (nombre también cambiado) quedó encinta.

El mecanismo de su concepción podría compararse con el maíz y su pelusa, analogía en la cual el brazo sería el tubo que comunicaba con el óvulo no fertilizado. El factor masculino fue trasladado al lugar donde debía estar la matriz, y sin duda estaba, y el niño fue tomando forma.

Pero durante el último mes de su embarazo, el cuerpo de Jeanette se fue transformando gradualmente (debido a una modificación fisiológica del equilibrio estrogénico) en lo que generalmente se considera un cuerpo femenino normal. («Maldita sea, cómo me gustaría que Walt Disney hubiera filmado a diario, fotograma a fotograma, la película de la metamorfosis», se quejó su médico al director de un suplemento dominical). Jeanette dio a luz un niño normal de tres kilos trescientos. La mañana siguiente, su padre besó a la madre (recibiendo, según concluyeron los endocrinos, una hormona desconocida a través de su saliva); esa noche se acostó con fiebre y al día siguiente, al despertar, descubrió que comenzaba a aparecer un aditamento en su anatomía.

Nuevamente el mundo tuvo noticia de las vidas de Sylvester y Jeanette, esta vez de su mutación a la normalidad. La humanidad

lanzó un suspiro de alivio.

Veinticuatro horas más tarde, Rusia declaraba que el fenómeno norteamericano era un truco. Decían que el crédulo público norteamericano había sido engañado. «Hace veinte años —bramaba Moscú— tuvieron noticia de nuestros partos asexuados a través de sus espías y no quisieron ser menos. De modo que inventaron todo el asunto de Sylvestergail y Richette, con fotos y anécdotas incluidas. Ya les habíamos derrotado en la carrera espacial y estaban desesperados pero no quedar atrás otra vez, ni aun tratándose de casos patológicos».

El Departamento de Estado norteamericano replicó diciendo: «Es evidente que, a base de realizar innecesarias pruebas nucleares en su continente, los rusos han provocado una aberración irreversible en sus propios niños asexuados».

Finalmente, todo el mundo acabó olvidando el asunto, y también lo olvidaron Sylvester y Jeanette, quienes en lugar de guantes, usaron calzoncillos y bragas, respetuosamente y respetablemente.

Primer amor, primer temor

George Zebrowski

Hacía frío en el agua. El sol se ocultó detrás de unas nubes en el oeste y bajó la temperatura del aire; el cielo se tiñó de un azul más intenso, el mar se tornó más oscuro.

Tim caminaba por el agua, mientras contemplaba al disco anaranjado del sol entre las nubes agrupadas en el horizonte, un sol que ya no calentaba, un globo de cadmio rodando entre cenizas, otra señal de que por fin acababa el largo segundo verano de Lea.

La estrella volvió a emerger de pronto, iluminando el cielo calentándole los hombros mojados. Tim miró la roca dentada que asomaba fuera del agua frente a él; estaba cubierta de relucientes algas verdes. Nadó hacia ella con renovadas energías.

Su padre le había prohibido alejarse demasiado de la costa, pero nunca se enteraría.

Había ido al astropuerto a cien millas de distancia sobre la costa para recoger a una pareja y su hija que iban a compartir su casa, y tardaría una semana en regresar.

De pronto Tim tuvo miedo de las profundidades que se abrían debajo de él. El agua fría subía con fuerza y se arremolinaba en torno a sus pies, haciendo temblar todo su cuerpo.

Recordó la madre pólipo que había desenterrado en la playa el verano anterior. Era el caparazón muerto de una criatura cuyos pequeños se habían abierto paso a mordiscos en primavera, dejando a la progenitora abierta y corroída. Las entrañas llevaban un tiempo pudriéndose cuando él la encontró, y tenían el aspecto de hongos rojos e hígado fresco cubierto de arena, una mezcla con olor a arena y a descomposición. La cubrió a toda prisa y su estómago tardó un día en recuperarse. ¿Tendría ahora alguna de esas cosas nadando

bajo sus pies?

El planeta era un enorme océano, de varias millas de profundidad en algunos puntos, cálido y poco profundo a lo largo de miles de millas cuadradas en el resto. Nueva Australia era el único continente, con un astropuerto situado hacia el interior, junto a la costa oriental, al sur del lugar donde se encontraba la casa rural de la familia, y dos docenas de poblados dispersos en semicírculo, más alejados del astropuerto, el más distante de ellos a ciento cincuenta millas de la costa. El interior permanecía inexplorado, a excepción de los mapas fotográficos obtenidos por satélite. Era una enorme meseta boscosa cubierta de altos árboles, algunos de ellos con miles de años de antigüedad. Esa tierra era única entre los mundos explorados, pues no contaba con una población nativa como ocurría con la mayoría de los planetas habitables para el hombre. La población de aquel mundo vivía en el mar.

Tim nadó más rápidamente a medida que se aproximaba a la roca, todavía preocupado por la idea de lo que le podía estar acechando bajo el agua. Sus manos y sus pies tocaron las resbaladizas rocas sumergidas; se agarró a las plantas acuáticas que crecían de trecho en trecho y se izó hacia delante, medio nadando, medio arrastrándose sobre las rocas ocultas. Por fin se puso de pie en el agua, en precario equilibrio.

Fue avanzando con cuidado, adelantando primero un pie, luego el otro, hasta situarse frente a la aguja rocosa. Un cangrejo extraterrestre echó a correr hacia el agua, a sus pies. Tim se volvió y miró la playa a sus espaldas, pero no podía oír el rompiente, y las altas rocas cubiertas de arena se veían pequeñas a un cuarto de milla de distancia. Los nudosos árboles de negra corteza aferrados a las rocas de la playa se dibujaban nítidamente contra el cielo.

Apartó la mirada de la playa justo a tiempo para ver desaparecer el sol anaranjado tras las nubes oscuras que se iban acumulando sobre el borde del mundo; comprendió que no volvería a emerger antes de ponerse el sol.

Se agarró a las plantas trepadoras que crecían sobre la aguja y comenzó a circundarla por la derecha, con la intención de dar la vuelta a su alrededor. Avanzaba despacio, mirando a todos lados mientras se movía. El azul acerado del agua le daba una tonalidad más oscura al mismo cielo. La brisa iba secando rápidamente su piel

y su bañador, y se detuvo para apartarse unos cabellos de los ojos. Por un instante, su mano le pareció más oscura, casi como si en cierto modo el mar la hubiera teñido.

La playa quedaba ahora a su izquierda y pudo ver la primera luna que asomaba detrás de las rocas, un pequeño espejo plateado, el objeto más brillante del cielo una vez desaparecida la luz directa del sol. Sabía que cuando nadara de regreso, el agua estaría más fría. En invierno podría intentar llegar hasta allí andando sobre el hielo.

Bordeó la roca hasta donde ya no se divisaba la playa. El aire tenía un olorcillo penetrante, producido por una tormenta en alta mar y arrastrado por el viento. Una pequeña ola rompió contra la roca, salpicándole de espuma, y Tim paladeó su frescor con un estremecimiento.

Se frotó los ojos, apartando de ellos un poco de agua, y vio la muesca superficial en la base de la roca. La miró más de cerca. Era casi como una pequeña cueva. Se inclinó y se puso de rodillas para verla mejor.

Cuando descubrió la oscura sombra agazapada ahí dentro le empezó a latir con fuerza el corazón. Ella se inclinó hacia delante y clavó la vista en él. Las pupilas eran de un rojo encendido, rodeadas de un blanco perfecto. El vio cómo se abrían y cerraban lentamente las agallas de sus espaldas, absorbiendo el aire, jadeantes. Miró con más precisión y advirtió que el interior de las agallas era de un delicado color rosa. Era una muchacha, una habitante del mar; estaba seguro de que así era, a pesar de no haber visto nunca a una muchacha viva, ni humana ni nativa, que él pudiera recordar. Había visto fotografías de mujeres y también de su madre, quien había muerto de parto. Su padre le había criado con ayuda de Jak, su empleado, que era amigo de Tim y le había enseñado a utilizar la máquina de aprender traída de la vieja Tierra.

Se incorporó y retrocedió mientras ella extraía su cuerpo de la baja cueva, dejando caer sus cabellos hasta la cintura. Casi tenía la misma estatura que Tim, un metro y medio aproximadamente. Desprendía un cálido y agradable olor húmedo que le hacía desear permanecer cerca de ella. Se detuvo a sólo medio metro de él y Tim sintió y oyó su aliento que removía el aire junto a su cara.

Tenía los pies palmeados; sus piernas eran largas y delicadas

para su estatura y constitución. La cintura era fina, pero tenía las caderas llenas; el vello púbico era una masa de rizos de ébano, entre los que colgaban, gotitas de agua y espuma como lechosas perlas blancas. Sus largos cabellos negros le tapaban parcialmente los senos.

Él sintió una vaga expectación. Se estaba levantando el viento, secándole el bañador y la piel y poniéndole carne de gallina. Su único pensamiento era que debía permanecer quieto y mirarla sin apartar los ojos de su figura hasta que ella dejara de prestarle atención. Sintió un nudo en el estómago y una gran alegría de que ella también le mirara.

Empezó a oír su pulso, que palpitaba en sus oídos, por debajo del susurro del viento. El placer iba acompañado de una sensación de fuerza. No le importaba la fría travesía de regreso a nado; no le importaba el viento cada vez más fuerte y la creciente oscuridad. La roca, el cielo, el viento y el hogar de donde había venido eran irreales; su padre era una imagen distante, muy alejada de la vívida realidad que le rodeaba.

Ella se le acercó un paso, con los ojos fijos en él, su mirada atenta y curiosa. Le sonreía. Él observó que no tenía cejas y su piel gris estaba cubierta de una película viscosa que captaba curiosamente la luz. Desprendía un olor embriagador.

Adelantó una pierna, doblada a la altura de la rodilla, y le rozó con ella en un gesto que le hizo suspirar profundamente y estremeció todo su cuerpo. Después abrió la boca y emitió una apaciguadora nota de soprano, casi como un fragmento de una canción que no cantaría. Tim olió el frescor del agua de mar en sus cabellos.

Permaneció totalmente inmóvil, comprendiendo que debía hacer algo. La presencia de ella parecía milagrosa, y tal vez jamás volviera a repetirse un momento como ése. Tendría que intentarlo.

Ella alargó una mano palmeada y palpó su vientre, desnudo, por encima del bañador; esto quebró la voluntad de Tim. Luego palpó con curiosidad el verde tejido sintético, como si pensara que tal vez formaba parte del cuerpo del muchacho.

De pronto ella avanzó, pasó rozándole con todo su cuerpo y se zambulló en el agua entre las rocas. El se volvió y la siguió en el acto, se adentró en el agua y se lanzó veloz en su persecución. Nadó

un par de metros y tocó fondo, esperando que ella saliera a la superficie.

Sin nada que lo anunciara, ella se apretó contra Tim bajo el agua y su cabeza apareció enfrente de él. Nuevamente sonreía; sus cabellos eran una maraña de negras algas rebosantes de agua. Su cuerpo se apretó tenso contra él por un instante y Tim acarició sus redondos senos con los dedos. Y entonces ella desapareció otra vez.

Por el oeste, el horizonte estalló en distintos matices de rojo y azul oscuro sobre el agitado océano. El puño cerrado de las nubes que retenían al sol poniente se abrió sólo un instante para revelar la hinchada y deforme esfera que ya se hundía en el mar, tiñendo las nubes y ensombreciendo el agua con su rojo apagado.

Ella volvió a emerger a un par de metros de distancia. Expulsó el agua por las agallas y él sintió un deseo desesperado de tenerla cerca, de alargar la mano y tocar sus largos cabellos, su vientre y sus largas y gráciles piernas.

Nadó hacia ella, pero la chica se sumergió y salió a la superficie detrás de él, cerca de la roca. Él la vio salir del agua, con el cuerpo reluciente, y la visión de sus nalgas fue un nuevo deleite, algo de lo que se habría burlado si simplemente se lo hubieran descrito.

Recordó cómo se reía imaginando qué aspecto tendrían las mujeres de las fotografías de la tierra si pudiera desvestirlas y darles la vuelta. La contempló mientras se sentaba de espaldas a la roca. Sus agallas vertieron un poco de agua sobre su pecho en el proceso de adaptación al aire.

Tim nadó hacia la roca, contemplando cómo ella extendía las piernas hacia delante y las separaba un instante con los ojos fijos en él. Se sumergió un momento y comenzó a bracear más rápido para mantener la cabeza fuera del agua. Se dio un golpe cortante en la rodilla contra la roca.

Por fin consiguió izarse otra vez sobre la roca. Parecía más fría y más resbaladiza bajo sus pies. Permaneció de pie, mirándola, confuso, con la respiración entrecortada, satisfecho de sí mismo, con los ojos fijos en ella como si pudiera desvanecerse en cualquier instante. No podía apartar la mirada; los ojos de ella le mantenían clavado a la roca.

Un enorme rugido llegó de la playa. Tim se volvió al oír el primer eco y estuvo a punto de perder pie. Recuperado el

equilibrio, miró hacia la playa. Ahora la luna mayor comenzaba a elevarse sobre las rocas, arrojando su mortecina luz dorada sobre la arena gris. La luna pequeña, un brillante disco plateado casi encima de sus cabezas, daría otra veloz vuelta al mundo antes de que apareciera la luna grande. Las rocas proyectaban largas sombras dentadas de sólida negrura sobre la playa, dientes estigios adentrándose entre los rompientes. Las sombras retrocederían cuando la luna mayor se elevara en el cielo. El océano se había tragado el sol putrefacto por el oeste y las oscuras nubes habían reconstruido su rompecabezas de ébano que cubría una tercera parte del cielo. Ahora la marea iba subiendo rápidamente y pronto cubriría toda la roca, a excepción de la punta de la aguja. Arriba, brillaban unas cuantas estrellas cerca de la luna pequeña.

Se oyó otra vez el rugido, un grito imperioso algo enfadado que chocó contra las rocas de la playa y rebotó hasta él sobre las aguas. La muchacha se levantó y se le acercó, pero tenía la mirada fija en la playa. El la agarró e intentó retenerla, pero ella se mantenía más firme que él sobre la roca. Tim resbaló y cayó de costado, con los pies en el agua.

Ella se zambulló y echó a nadar hacia la playa, deslizándose veloz entre las aguas, asomando sólo la cabeza. Un instante después había desaparecido en el interior oscuro del agua. El permaneció sentado con la mirada fija en la costa; se sentía desolado, como si aquello fuera el fin de su vida.

Al cabo de algunos minutos vio aparecer en la playa una silueta negra procedente del agua, como si el mar en sombras hubiera tomado forma. Otra figura se desprendió de la negrura de las rocas y salió a su encuentro sobre la arena iluminada por la luna, precedida de una larga sombra. Las dos siluetas se fundieron, formando una criatura de dos cabezas que proyectaba una única sombra en dirección al mar. La vio alejarse del agua hasta que se confundió con las rocas y se hizo invisible.

Se sentía vacío, incapaz de moverse, inundado por la pérdida. Se estremeció, consciente del frío, y todo el mundo estaba vacío a su alrededor, a excepción del viento que lo cruzaba como un apresurado intruso. Sobre la playa, las sombras eran consistentes, nítidamente dibujadas, y sólo cedían su terreno ante la luz de la luna que iba levantándose. En las zonas altas, los árboles enanos se

inclinaban hacia atrás en dirección a la tierra y sus hojas se desprendían una a una…

Se incorporó y entró en el agua, sin prestar atención a las afiladas rocas, y se zambulló. Estuvo nadando lo que le pareció un largo rato y durante unos minutos se tendió de espaldas sobre las aguas oscuras como la tinta y se impulsó con las piernas mientras contemplaba el cielo cada vez más opaco de nubes y de niebla.

Por fin hizo pie en el agua y vadeó hasta la orilla. Una ola le derribó, pero se incorporó rápidamente y logró salir antes de que pudiera darle alcance la siguiente.

Con los brazos apretados contra el cuerpo mojado, siguió la doble huella de pies palmeados hasta las rocas. Comenzó a trepar y siguió adelante incluso después de que desaparecieran las huellas que le servían de guía. Llegó a lo alto y comenzó a descender por el otro lado; durante un rato sólo percibió su jadeo y el dolor de los dedos de los pies heridos y la rodilla magullada. Lentamente fue tomando conciencia de otro sonido apenas perceptible para el oído normal.

La única luz procedía ahora de la luna grande. La luna pequeña había desaparecido entre las nubes que cubrían el cielo por el oeste. Tim fue bajando entre las rocas a paso más acelerado.

En algún punto de allí abajo oyó un suave murmullo del mar, distinto del amortiguado estallido de las olas sobre la playa. Se detuvo, perfectamente inmóvil, y escuchó. Su cuerpo se puso tenso. Le dolía el pensamiento de que había perdido a la muchacha. El mar se introducía por alguna parte entre las rocas, tal vez a través de un canal abierto por las mareas, y desembocaba en una charca que una vez al día se llenaba con la marea alta. No le permitían explorar las rocas y comprendió que en realidad ésa era la primera vez que se encontraba a una distancia considerable de la casa después de oscurecer, y solo.

Avanzó cuidadosamente paso a paso, cada uno de los cuales le hacía descender un poco, le acercaba un poquito más al sonido del agua. Luego, por un instante, se situó en la perspectiva adecuada y vislumbró el reflejo platinado de la luna flotando sobre una charca de agua. Bajó de las rocas a la arena lisa y la luz desapareció.

Intuyó que estaba sobre una gran depresión arenosa circundada por las altas rocas. La charca y el canal que atravesaba las rocas se

encontraban en algún lugar de la penumbra que se extendía frente a él, tal vez a unos treinta metros de distancia. Siguió avanzando.

La arena estaba aún caliente y ello fue un consuelo para sus pies.

Unas nubes avanzaron sobre la luna grande y la cubrieron. Se detuvo. Allí mismo, delante de él se oía otro sonido. Forzó la vista intentando ver algo. En esa zona resguardada no había viento, sólo el sonido del agua que se agitaba en la charca y el otro son casi inexistente.

Avanzó cinco pasos más y volvió a detenerse.

Las nubes se abrieron de pronto. Enormes moles desintegradas flotando en torno a la luna. Dentro de unos instantes llegaría todo el frente nuboso procedente del mar. Tim avanzó otro paso y vio las formas oscuras sobre la arena. Siguió avanzando hasta que pudo verlas bajo la luz de la luna.

El macho la tenía cogida por las agallas, abriéndoselas mientras se movía arriba y abajo. La muchacha del mar respiraba pesadamente; con esos gemidos musicales que Tim ya conocía y pudo verle la cara cuando se volvió en su dirección. Solo se distinguían los blancos de los ojos mientras hacía rodar la cabeza de un lado a otro. Sus cabellos formaban una negra maraña en torno a su cabeza sobre la arena.

Los dos parecían incapaces de prestarle atención. Por lo que Tim alcanzaba a ver, el gran macho era igual a ella, pero su piel parecía más áspera y tenía un olor desagradable.

Sus enormes pies palmeados se hundían en la arena.

La forma oscura se desprendió del cuerpo de la muchacha y rodó sobre la arena.

Luego se puso de cuatro patas, acercó la boca al vientre de ella y mordió su carne trazando aproximadamente el contorno de un círculo. Ella extendió las manos palmeadas y las hundió en la arena.

Cuando hubo terminado, el macho levantó la vista y Tim vio dos rojos carbones encendidos fijos en él. La criatura rugió y Tim retrocedió un par de pasos. La muchacha siseó. El macho se incorporó alcanzando una fantástica estatura. Tim dio media vuelta y echó a correr. La criatura continuó rugiendo pero no le siguió.

Tim subió a trompicones por donde había venido. Cuando había trepado hasta media altura, las nubes ocultaron la luna y se hizo muy oscuro. A tientas se abrió peso hasta la cima.

Agradeció la escasa luz que se filtraba de la luna y gracias a la cual pudo encontrar el camino hasta la playa. Corrió en dirección al sendero que se abría en el otro extremo de la media luna de la línea costera. Subió velozmente por el familiar atajo hasta el camino polvoriento y mantuvo un paso rápido y uniforme hasta que divisó las luces de su casa engarzadas entre los árboles en la ladera de la colina y escuchó el débil zumbido del generador eléctrico en el galpón contiguo. La fresca hierba fue un consuelo para sus pies magullados mientras ascendía por la colina hasta la puerta de entrada.

Jak estaba sentado fumando su pipa junto a la mesa de madera, en el centro de la habitación. Tim pasó por su lado y cruzó la puerta abierta en dirección a su cuarto. —¿Dónde has estado?— preguntó Jak en tono amistoso a sus espalda.

Tim no se sentía con ánimos para explicárselo y, puesto que su padre no estaba en casa, consideró que no era necesario decir nada. Se dejó caer en la cama y permaneció callado. Su respiración fue haciéndose regular y se durmió.

Cuando despertó, la aurora se anunciaba en forma de luz pardusca sobre la ventana del este. Apartó la manta con que Jak le había cubierto durante la noche y se levantó de la cama.

Todavía llevaba el bañador y observó los esparadrapos sobre sus pies lavados.

El recuerdo de ella estaba agradablemente presente en su mente mientras se ponía a toda prisa un par de tejanos limpios y una camisa. Entró en el cuarto principal donde Jak roncaba sonoramente frente a las ascuas mortecinas. Se detuvo junto a la puerta, cogió una antorcha y unas cuantas cerillas del estante y salió.

La mañana estaba húmeda. La hierba castigada por el sol aparecía muy mojada sobre la colina. Bajó al camino y recorrió los dos kilómetros que le separaban del sendero de la playa. Sólo una leve brisa agitaba el aire húmedo.

Bajó rápidamente por el sendero y atravesó la playa en dirección a las rocas altas.

Mientras caminaba miró hacia el mar, donde la aguja rocosa se elevaba entre la bruma sobre el agua y se sintió orgulloso de haber llegado por fin hasta allí. Ahora parecía estar más próxima, no tan

alejada como le había parecido un año atrás cuando tenía trece años.

Trepó rápidamente por las rocas bajo la luz del día. Cuando empezó a bajar por el otro lado, la hondonada rocosa parecía vacía, vulgar incluso. Saltó a la arena y avanzó hacia el lugar donde estaba la charca de agua. Era un lisa cavidad en la roca, ahora vacía.

Imaginó que si había una gran tormenta, la cavidad se desbordaría convirtiendo toda la depresión en una profunda laguna.

Miró de soslayo el oscuro túnel a través de las rocas por donde entraba el mar durante la marea alta. «Tal vez se fueron por allí», pensó. Miró hacia atrás y vio una única huella de pisadas que avanzaban hasta el borde, próximas a las suyas. Rápidamente dio media vuelta y volvió al lugar donde les había observado la noche anterior. La arena estaba sucia y revuelta.

Sacó las cerillas y encendió la antorcha. La clavó en la arena y se calentó las manos en cuclillas. Luego se puso a cuatro patas y empezó a cavar. La arena estaba húmeda tras la primera capa de la superficie y se desprendía con facilidad, como si acabaran de ponerla allí.

Siguió cavando más de prisa al encontrar el mechón de negros cabellos. Cuando la descubrió tenía lágrimas en los ojos. Contempló la textura cubierta de arena de su piel, sus grandes ojos cerrados y muertos, los cabellos llenos de pequeñas piedrecitas y trozos de concha. Dio un puñetazo en la arena y se sentó sobre los talones, sollozando en la húmeda mañana. La antorcha crepitaba en el aire húmedo a su lado.

Cuando se hubo recuperado, observó las señales sobre el vientre de la muchacha, un círculo de perforaciones muy próximas unas a otras. Parecía hinchado, como si la hubieran apaleado, y en su vello púbico había unas gotitas color vino. La miró más detenidamente y advirtió que… parecía que la hubieran llenado de algas y arena. Tocó su vientre. Milagrosamente, todavía se conservaba caliente y blando. Recordó qué lozana y mágica le había parecido allí fuera, sobre la roca, y cuánto la había deseado. Entonces comprendió que no estaba muerta y la desesperanza de toda la situación le pesó como una piedra fría en el estomago.

Tenía que taparla en seguida o moriría antes de concluir su

sueño invernal. Era todo lo que podía hacer, ahora que sabía que estaba llena de pequeños. Todos los pequeños fragmentos de información recogidos adquirían ahora un sentido. En primavera, los pequeños saldrían al exterior y se abrirían camino hasta la charca de agua, pequeñas criaturas en forma de lagarto que con el tiempo se transformarían en habitantes marinos.

El líquido del vientre de la muchacha estaba llenos de huevos que el macho le había insertado. Dormiría mientras alimentaba a los pequeños seres en fase de desarrollo y por fin estos se abrirían paso con los dientes a través de la sección perforada de su vientre.

Pero aunque no estaba muerta, la muchacha no volvería a despertar. Fue arrojando arena sobre su cuerpo. ¡Los pájaros! Las aves marinas acudirían allí en primavera para devorar a los pequeños que huían. Recordó el ruido que hacían sobre las rocas en años anteriores. «Yo estaré aquí con una escopeta —pensó—, estaré aquí y al menos podré hacer eso». Y tal vez volvería a encontrar otra como ella.

Su miedo se fue aplacando y terminó de enterrarla. Se incorporó y apagó la antorcha en la arena. Se alejó a través del claro, en dirección a las rocas y comenzó a subir lentamente, y durante todo el camino hasta su casa estuvo pensando en la nueva vida enterrada allí en la arena.

Cuando estuvo a la vista de la casa, descubrió el remolque y el pesado tractor aparcados frente al galpón. Su padre había regresado pronto. Corrió colina arriba desde el camino, olvidada casi su melancolía. Se detuvo a mitad de la colina al ver a su padre que charlaba con otro hombre frente a la puerta de la casa. El otro hombre apartó la vista de su padre y Tim siguió su mirada hacia la izquierda. Vio a la muchacha allí de pie observando cómo el sol intentaba abrirse paso entre la bruma matutina. Sus largos cabellos flotaban movidos por la brisa que ahora soplaba del mar. Tim vio que su padre le saludaba y le devolvió el saludo. En ese mismo momento, la muchacha se volvió a mirarle y Tim vio que sonreía. Al instante decidió cambiar de rumbo y continuó colina arriba, en dirección a la muchacha.

El mundo bien perdido

Theodore Sturgeon

Todo el mundo les llamaba pájaros de amor, aunque desde luego no eran pájaros, sino humanos. En fin, digamos que eran humanoides. Bípedos sin plumas. Su permanencia en la Tierra fue breve, un prodigio de nueve días. Cualquier prodigio que resista nueve días sobre una Tierra de trideoespectáculos orgásmicos, píldoras para congelar el tiempo, campos sinápsicos de inversión que permiten transformar una puesta de sol en perfumes o un masoquista en un acariciador de pieles y mil euforizantes más…, en fin, un prodigio que dure nueve días sobre una Tierra así, es un auténtico prodigio.

La peculiar magia de los pájaros de amor surcó la superficie de la Tierra como una inesperada primavera. Se crearon canciones sobre los pájaros de amor y bisutería, sombreros y agujas de sombrero, pendientes y colgajos, monedas y bebidas y galletitas con ese tema. Pues los pájaros de amor tenían algo que cautivaba profundamente. Nadie puede sentir este curioso deleite al escuchar una descripción de los pájaros de amor.

Muchos son inmunes incluso a una solidografía. Pero contemplad a los pájaros de amor, sólo un instante, y veréis qué pasa. Es la sensación que tuvimos cuando teníamos doce años, y estábamos empapados de sol, y besamos por primera vez a una chica y comprendimos lo que era quedarse sin aliento de una forma que sin duda no volvería a repetirse. Y realmente no se repetirá…, a menos que uno contemple a los pájaros de amor. Entonces uno entra en trance durante cuatro callados segundos y de pronto todo el corazón se retuerce, unas lágrimas incrédulas queman los ojos y permanecen allí; y el primer movimiento que uno hace a

continuación, lo hace de puntillas, y dice su primera palabra en un susurro.

Esta magia se transmitía muy bien a través del trideo y todo el mundo tenía trideo; de modo que durante un breve periodo la Tierra quedó embrujada.

Sólo había dos pájaros de amor. Descendieron del cielo en un solo destello de bronce y bajaron de su nave cogidos de la mano. Sus ojos estaban llenos de admiración, cada uno admiraba al otro y los dos juntos admiraban el mundo. Parecieron quedar paralizados en un momento lleno a rebosar de descubrimiento; se cedían el paso gravemente y con cortesía, miraban a su alrededor y, por el mero acto de mirar, se ofrecían presentes el uno al otro: el color del cielo, el sabor del aire, las presiones de las cosas que crecían y se encontraban y cambiaban. Nunca hablaban. Simplemente estaban juntos. Observarlos era conocer la manera amedrentada con que subían las escalas de las notas musicales de los pájaros, la manera como cada uno conocía el calor del otro mientras su carne absorbía calladamente la luz del sol.

Bajaron de su nave y el más alto la espolvoreó con un polvo amarillo. La nave se desmoronó y se convirtió en un montón de escombros, que se deshicieron en un montón de brillante arena, la cual se apisonó hasta convertirse en polvo y luego en una emulsión suspendida tan fina que el mismo movimiento browniano la elevó, la dispersó y la hizo desaparecer. Saltaba a la vista de todos que su intención era quedarse. Bastaba observarlos para comprender que, después del admirado deleite del uno en el otro, lo más importante para ellos era su deleitada admiración de la propia 'Tierra, con todas las cosas y todas las gentes que la poblaban.

Ahora bien, si la cultura terrestre fuera una pirámide, en su cúspide (donde está el poder) se sentaría un hombre ciego, pues estamos hechos de tal forma que sólo una paulatina ceguera nos permite elevarnos por encima de nuestros semejantes. El hombre de la cúspide está inmensamente preocupado por el bienestar de todos, pues considera que éste es la fuente y estructura de su elevación, lo cuál es cierto, y una extensión de sí mismo, cosa que es falsa. Y fue un hombre como éste quien, ante la inconmensurable evidencia, decidió encontrar una manera de defenderse contra los pájaros de amor e introdujo las matrices y coordenadas de su imagen en la

calculadora más maravillosa jamás construida.

La máquina absorbió los símbolos y los trasladó de un lado a otro, los comparó, esperó, los equiparó y se quedó quieta mientras su abultada memoria, célula tras célula, permanecía callada, callada…, y de pronto resonó en un apartado extremo. Cogió esta resonancia con fórceps hechos de matemáticas, la extrajo (traduciendo furiosamente mientras la extraía) y emitió una febril lengua de papel con esta palabra mecanografiada:

DIRBANU

Y esto cambió por completo el orden de las cosas. En efecto, las naves terrestres habían recorrido el cosmos a lo largo y a lo ancho, topando con pocos obstáculos. Y fue posible salvar todos estos obstáculos excepto uno, y ése era Dirbanu, un planeta transgaláctico que se rodeaba de impenetrables campos de fuerzas cada vez que una nave terrestre se aproximaba a él. Había otros mundos capaces de obrar así, pero en todos los casos las tripulaciones conocían el porqué de ese proceder. Tras su descubrimiento, Dirbanu había prohibido desde el principio cualquier aterrizaje hasta que pudieran enviar un embajador a Terra. A su debido tiempo, éste llegó (así informaba la calculadora, que era la única entidad que recordaba el episodio) y resultó patente que la Tierra y Dirbanu tenían mucho en común. Pero el embajador manifestó un desdén sumamente desusado hacia la Tierra y todas sus obras, frunció las labios regresó a casa sin decir palabra, y desde entonces Dirbanu se había cerrado a cal y canto a las exploraciones terranas.

En razón de ello, Dirbanu adquirió valor, se convirtió en una presa legítima, pero nada pudimos hacer para romper la blanda superficie de sus defensas. A medida que esta impenetrabilidad se iba corroborando una y otra vez, Dirbanu fue evolucionando en nuestra mente colectiva a través de las fases habituales de la existencia: la Curiosidad, el Misterio, el Desafío, el Enemigo, el Enemigo, el Enemigo, el Misterio, la Curiosidad, y finalmente Eso-que-está-demasiado-lejos-para-darle-importancia, o lo Olvidado.

Y de pronto, después de todo ese tiempo, la Tierra albergaba a dos auténticos nativos de Dirbanu, quienes tenían cautivada a la población y no ofrecían ninguna información.

Esta intolerable circunstancia comenzó a dejarse sentir en todo el mundo; pero poco a poco, pues esta vez el clamor del hombre ciego quedaba amortiguado y absorbido por la magia de los pájaros de amor. Podría haber sido preciso mucho tiempo para convencer a las gentes de la amenaza que tenían entre ellos, de no haberse producido un hecho verdaderamente sorprendente.

Se recibió un mensaje directo procedente de Dirbanu.

El impacto colectivo del material sobre los pájaros de amor que emanaba de los transmisores de la Tierra había atraído la atención de Dirbanu, que se apresuró a informarnos de que los pájaros de amor eran efectivamente súbditos suyos y que además eran fugitivos, y que Dirbanu no vería con buenos ojos que la Tierra se ofreciera como un refugio para los criminales de Dirbanu pero, en cambio, estarían sinceramente complacidos si la Tierra accedía a su extradición.

De modo que saliendo de las profundidades de su encantamiento, Terra se encontró en situación de poder calcular un curso de acción. Por fin se le ofrecía una oportunidad de confraternizar amistosamente con el gran Dirbanu que, como poseía unos campos de fuerzas que la Tierra era incapaz de reproducir, con seguridad debía tener también muchas otras cosas que podrían ser útiles a la Tierra; el poderoso Dirbanu ante el cual podíamos arrodillarnos suplicantes (con bombas sólo-para-la-defensa escondidas en los bolsillos) con las cabezas inclinadas (invisible el cuchillo entre nuestros dientes) y mendigar las migajas de su festín (a fin de extrapolar la localización de sus cocinas).

De este modo, el episodio de los pájaros de amor pasó a ser un ejemplo más dentro de la fatigosa procesión de pruebas de que la muy razonable intolerancia de Terra es capaz de conquistarlo prácticamente todo, incluida la magia.

Sobre todo la magia.

Conque los pájaros de amor fueron detenidos, se adaptó el «Starmite 439» como nave prisión, se seleccionó una tripulación muy cuidadosamente escogida para manejarla, y la nave partió rumbo a las estrellas con el cargamento que nos permitiría conquistar un mundo.

Dos hombres componían la tripulación: un pintoresco gallito y un torazo sombrío. Se llamaban, respectivamente, Rootes, que era

capitán y miembro del Estado Mayor, y Grunty, que era brigadier del ejército interior. Rootes era descarado, saltón, pálido y quebradizo. Tenía el cabello castaño, al igual que los ojos, y estos tenían una mirada dura. Grunty era un hombre de paso vacilante con grandes y suaves manos y gruesos hombros cuya anchura era la mitad de la estatura de Rootes. Debería haber vestido un capuchón y un hábito atado con una cuerda. Tal vez debería haber vestido un albornoz.

No llevaba ni lo uno ni lo otro, pero el efecto persistía. Sólo él conocía el hecho de que las palabras y las imágenes, los conceptos y las comparaciones formaban un eterno torbellino en su cabeza. Sólo él y Rootes conocían el hecho de que tenía montones de libros, y a Rootes no le importaba que los tuviera o no. Desde que aprendió a hablar le habían llamado Grunty (Gruñón), y con ese nombre le bastaba, pues las palabras que tenía en la cabeza se resistían a dejarle, excepto en grupos de una o dos a la vez; con largos intervalos entremedio. De modo que había aprendido a condensar sus mensajes verbales reduciéndolos a temblorosos gruñidos, y cuando no lograba condensarlos, no decía nada.

Los dos eran hombres primitivos, es decir, que eran hombres de acción en tanto que el hombre moderno es un pensador o un hombre de sensaciones. Los pensadores componen nuevas variaciones y permutaciones de euforia y los hombres de sensaciones les corresponden reaccionando ante sus inventos. El hombre moderno no tenía cabida en las naves y sólo muy raras veces hacia uso de ellas.

Los hombres de acción son capaces de cooperar como la palanca y el álabe, como la rueda dentada y el trinquete, y esta relación crea un fuerte vínculo. Pero Rootes y Grunty eran un caso único entre todas las tripulaciones por el hecho de que en su caso se trataba de piezas mecánicas no intercambiables. Cualquier buen capitán puede dirigir cualquier buena tripulación en circunstancias equivalentes. Pero Rootes no quería y no podía navegar con nadie excepto Grunty y éste manifestaba la misma dependencia. Grunty entendía el lazo que los unía y sabía que la única forma de que tal vez se rompiera sería que él se lo explicara a Rootes. Rootes no lo entendía, pues nunca se le había ocurrido intentar comprenderlo, y de haberlo intentado, no lo habría conseguido pues estaba

inherentemente mal dotado para esa tarea. Grunty, sabía que ese vínculo exclusivo era una cuestión de vida o muerte para él. Rootes no lo sabía y habría rechazado violentamente la idea.

De modo que Rootes trataba a Grunty con tolerancia y un moderado regocijo. La moderación venía de una percepción no articulada en palabras de la absoluta dependencia de Grunty. Grunty trataba a Rootes con…, bueno, con la incesante y callada confusión de palabras que tenía en la mente.

Además de la armonía de las funciones y del otro vínculo que sólo Grunty comprendía, había un tercer elemento que explicaba su fenomenal eficiencia como tripulación. Era algo orgánico y estaba relacionado con la propulsión estelar.

Los reactores habían quedado olvidados hacía tiempo. El llamado propulsor de arrastre sólo se utilizaba de forma experimental en ciertas naves de guerra donde lo prioritario era la caída y los costes de operación no intervenían como factor determinante. El «Starmite 439», como la mayoría de las naves interestelares, estaba accionado por una planta ER.

Como el transistor, el generador de Estatismo Referencial es de construcción muy simple y realmente muy difícil de explicar. Sus matemáticas rozan la mística y su teoría contiene algunas imposibilidades de las que se prescinde en la práctica. Su efecto consiste en desplazar de un punto de referencia a otro la zona de estatismo de la nave y todo lo que ésta lleva dentro. Por ejemplo, la nave en reposo sobre la superficie de la Tierra permanece estática en relación al terreno sobre el cual reposa. Si se dirige el estatismo de la nave con referencia al centro de la Tierra, el vehículo adquirirá en el acto una velocidad efectiva igual a la velocidad superficial del planeta en torno a su núcleo, alrededor de mil millas por hora. Un estatismo referido al Sol hace que la Tierra se mueva debajo de la nave a la velocidad orbital de la Tierra. El estatismo EG «mueve» a la nave a la velocidad angular del Sol con respecto al Eje Galáctico. Puede utilizarse la referencia galáctica, al igual que cualquier otro centro de masa simple o complejo en este universo en expansión. Hay resultantes y hay multiplicadores, y las velocidades efectivas pueden ser enormes. Sin embargo, la nave está constantemente en posición estática, de modo que nunca interviene un factor de inercia.

El único inconveniente del propulsor ER es que los desplazamientos de un punto de referencia a otro invariablemente hacen perder el conocimiento a la tripulación, por razones psiconeurales. El período de inconsciencia varía ligeramente de un individuo a otro y oscila entre una y dos horas y media. Pero alguna anomalía en el gigantesco corpachón de Grunty hacia que sus periodos de inconsciencia duraran sólo de treinta a cuarenta minutos, mientras Rootes siempre estaba inconsciente durante dos horas o más.

Grunty tenía esa necesidad vital de unos momentos de aislamiento, pues un hombre tiene que poder ser él mismo alguna vez y Grunty no podía serlo en compañía de nadie. Pero después de cada desplazamiento del punto de referencia estático, Grunty disponía aproximadamente de una hora para él solo, mientras su comandante yacía paralizado y despatarrado sobre la litera y dedicaba ese rato a comuniones de su propia creación. A veces eso significaba sólo un buen libro.

Ésta era, pues, la tripulación escogida para manejar la nave prisión. Llevaban más tiempo juntos que ninguna otra tripulación del Servicio Espacial. Su expediente revelaba una eficiencia métrica y una resistencia a la debilitación física y psíquica sin precedentes en una profesión en la cual al confinamiento en un espacio reducido durante viajes prolongados había llegado a considerarse un riesgo profesional. En el espacio, los desplazamientos iban sucediéndose monótonamente y la caída en los planetas se efectuaba según el horario previsto y sin incidentes: una vez tocaban puerto, Rootes corría a los lugares de placer, donde se revolcaba ruidosamente hasta una hora antes del despegue, mientras Grunty buscaba la oficina comercial primero, y luego una librería.

Les alegraba haber sido escogidos para el viaje a Dirbanu. Rootes no sentía ningún remordimiento por estarle arrebatando, a la Tierra su nuevo placer, pues era uno de los poquísimos que eran inmunes a él. («Bonitos», comentó al verlos por primera vez). Grunty se limitó a gruñir, lo cual, a fin de cuentas es lo que hizo todo el mundo. Rootes no advirtió, y Grunty no comentó, el obvio detalle de que aun cuando su expresión de atónita admiración por la presencia del otro no había variado en absoluto, más bien si acaso se había intensificado, los pájaros de amor habían perdido su

extremo deleite en la Tierra y las cosas de la Tierra se habían desvanecido. Estaban encerrados, a buen recaudo pero cómodamente, en la cabina de popa, de modo que podían vigilar todos sus movimientos desde la cabina central y el panel de mandos. Permanecían sentados muy juntos, abrazados, y aunque en ningún momento disminuyó su radiante satisfacción con el contacto, sobre su placer se proyectaba una sombra, y aquél tenía una belleza lacrimosa como la desgarradora música del muro de las lamentaciones.

El propulsor de Estatismo Referencial tocó la Luna y salieron dando tumbos. Cuando Grunty salió de su coma lo encontró todo muy tranquilo. Los pájaros de amor seguían abrazados, con un aire muy humano, a excepción del pliegue de sus párpados cerrados que se corría hacia arriba en vez de hacia abajo como en el caso de los terranos. Rootes estaba inerte sobre la otra litera y Grunty hizo un gesto de satisfacción al verlo. Apreciaba profundamente el silencio, pues Rootes había llenado la cabina con una grosera cháchara sobre las conquistas que había hecho en el puerto, con pelos y señales, durante dos buenas horas antes del despegue. Era una rutina que a Grunty le resultaba particularmente fatigosa en parte debido a su contenido, que no le interesaba en absoluto, pero sobre todo porque era inevitable. Grunty había observado hacía tiempo que esas peroratas, pese a todos los detalles, tenían más connotaciones de sed que de saciedad.

Había sacado sus conclusiones al respecto y se las había guardado para sí mismo, como era característico en él. Pero por dentro, sus torbellinos de palabras podían organizarse muy bien para expresarlo, y lo hacían. «¡Y cómo jadeaba ella! —exclamaba Rootes—. ¿Y del dinero qué? Incluso me ha dado dinero. ¿Y qué he hecho con él? Pues he comprado un poco más de lo mismo. «¡Y lo que podrías comprarte con un ciclo de ternura, mi príncipe!" canturreaban sus mudas palabras—. Por el suelo y en la alfombra hasta que, maldita sea, creí que íbamos a subirnos por la pared. ¡Como una cuba, Grunty, chico, te lo digo yo, estaba como una cuba! «Pobre pequeño —decían los acallados susurros—, tu pobreza es tan grande como tu alegría y una décima parte de tu ruido». Uno de los mayores placeres de Grunty se debía al hecho de que este tipo de cháchara se limitaba al primer día después de la partida y

apenas se escuchaba otra palabra sobre el variado tema hasta el siguiente despegue, por muchos meses que éste tardara en repetirse.

«Háblame del amor, ratoncito querido —reían sus palabras—. Levántate sobre tu queso y mordisquea tu sueño. —Luego, tristemente—: Pero, ¡oh, este tesoro que llevo es una carga demasiado pesada, con toda su plenitud, para que así tire de él tu ruidoso vacío!».

Grunty se levantó de la litera y se acercó a los controles. Las trayectorias coincidían con los indicadores. Tomó nota en el libro de bitácora y fijó el control de búsqueda para localizar un cierto nexo de masa en la nebulosa de Cáncer. Tocaría un timbre cuando lo tuviera. Colocó en posición la palabra de cambio junto al botón que tenía al lado de su litera y se fue a esperar a popa.

Se puso a mirar a los pájaros de amor porque no tenía nada más que hacer.

Yacían muy quietos, pero estaban tan impregnados de amor que sus mismas poses lo expresaban. Sus cuerpos fláccidos se tendían el uno hacia el otro y la mano del más alto parecía fluir hacia los dedos de su amado, y luego retroceder, como los jirones desgarrados de un tejido desgarrado se esfuerzan por unirse otra vez. Y puesto que en su ánimo también había una tristeza, su pose, la de cada uno y la de ambos, unidas y por separado, la expresaban, y cada uno hablaba individualmente y en silencio a través del otro, expresando la pérdida que habían sufrido y cómo ésta anticipaba mayores pérdidas por venir. El cuadro fue impregnando lentamente el pensamiento de Grunty y sus palabras lo recogieron, lo penetraron y lo alisaron, y por fin murmuraron: «Sacudid el polvo de tristeza del futuro, brillantes seres. Bastante tristeza tenéis ya por el momento. El dolor sólo debe vivir una vez realmente ha nacido, y no antes».

Sus palabras cantaban:

Ven, llena la copa y al fuego de la primavera tu ropaje invernal del arrepentimiento arroja.

El ave del tiempo tiene poco espacio para aletear; y el ave está volando.

Y añadió: «Omar Khayyám, nacido hacia 1073», pues ésta era también otra función de las palabras.

Y luego quedó paralizado de horror; sus grandes manos se

levantaron convulsivamente y se aferró al cristal que los aprisionaba…

Le estaban sonriendo.

Le sonreían y en sus caras y en sus cuerpos no había tristeza. ¡Le habían oído!

Miró convulsivamente la figura inconsciente del capitán a sus espaldas, luego otra vez a los pájaros de amor.

Que se recuperaran tan rápidamente del sopor era, cuando menos, una intrusión; pues esos momentos de soledad eran preciosos y más que preciosos para Grunty, y de nada le servirían bajo el escrutinio de aquellos ojos enjoyados. Pero eso era secundario comparado con lo otro, con el terrible hecho de que le hubieran oído.

Las razas telepáticas eran poco corrientes, pero existían. Y lo que ahora estaba experimentando era lo que invariablemente les ocurría a los humanos cuando se topaban con una de ellas. Sólo podía emitir; los pájaros de amor sólo podían captar. ¡Y no debían captarle! Nadie debía hacerlo. Nadie debía saber quién era, qué pensaba. Si alguien se enteraba se produciría un intolerable desastre. Sería el fin de los vuelos con Rootes. Lo cual, naturalmente, significaba el fin de los vuelos con quien fuera. ¿Y cómo viviría?, ¿adónde iría?

Se volvió hacia los pájaros de amor. Tenía los labios pálidos y contraídos, y gruñía de pánico y de furia. Durante un interminable minuto sostuvo su mirada. Ellos se apretaron más el uno contra el otro y al unísono le lanzaron una radiante, ansiosa, amable mirada que le hijo crujir de dientes.

Entonces sonó el localizador en el panel de mandos.

Grunty se alejó lentamente de la puerta transparente y se dirigió a su litera. Se acostó y colocó el dedo sobre el botón, a punto de apretarlo.

Detestaba a los pájaros de amor y no había ninguna alegría en él. Apretó el botón, la nave se deslizó a una nueva referencia estática y Grunty perdió el conocimiento.

Pasó el tiempo.

—¡Grunty!

—¿Eh?

—¿Les has dado de comer después de este desplazamiento?

—No.

—¿Y después del otro?

—No.

—¿Qué demonios te pasa, pedazo de imbécil? ¿De qué esperas que vivan?

Grunty lanzó una mirada de odio hacia popa.

—De amor.

—Dales de comer —le espetó Rootes.

Sin decir palabra, Grunty comenzó a preparar la comida para los prisioneros. Rootes permaneció de pie en el centro de la cabina, con sus puños pequeños y duros en las caderas, la reluciente cabeza rojiza inclinada hacia un lado, vigilando todos sus movimientos.

—Nunca he tenido que recordarte las cosas —masculló, medio pendenciero, medio preocupado—. ¿Estás enfermo?

Grunty movió negativamente la cabeza. Retorció las tapas de dos latas y las puso a calentar, luego sacó los succionadores de agua.

—¿Les has cogido tirria a esos dos tórtolos o qué?

Grunty apartó la mirada.

—Vamos a llevarlos a Dirbanu sanos y salvos, ¿me oyes? Si enferman, tú también enfermarás, válgame Dios. Ya me encargaré yo de eso. No me crees problemas, Grunty.

Te lo haré pagar. Nunca te he azotado hasta ahora, pero lo haré.

Grunty se llevó la bandeja a popa.

—¿Me oyes? —le gritó Rootes.

Grunty asintió sin mirarle. Oprimió un botón y una pequeña ventanilla de comunicación se abrió en la pared de vidrio. Deslizó la bandeja a través de ella. El pájaro de amor más alto se acercó y la cogió ávidamente, con elegancia, y le lanzó una deslumbrante sonrisa de agradecimiento. Grunty emitió un gruñido salido del fondo de su garganta, como el de un carnívoro. El pájaro de amor se llevó la comida a la litera y empezaron a comer, metiéndose el uno al otro pequeños trozos en la boca.

Se produjo otro estatismo y Grunty salió debatiéndose del coma. Se sentó bruscamente y echó un vistazo a la nave. El capitán estaba despatarrado sobre los almohadones, con su cuerpo compacto y el brazo extendido con la lasitud elástica, desbordada que normalmente sólo tienen los gatos dormidos. Los pájaros de amor,

incluso en su profunda inconsciencia, yacían como partes separadas de un todo, el pequeño en la litera, el más alto sobre la plataforma, postrados, anhelantes, suplicantes.

Grunty bufó y se levantó. Cruzó la cabina y se detuvo mirando a Rootes desde lo alto.

«El picaflor es una avispa —dijeron sus palabras—. Zumba y se lanza sobre el blanco, sisea y se aleja veloz. Rápido e hiriente, hiriente…».

Permaneció allí un momento, con los grandes músculos de los hombros en tensión, temblándole la boca.

Miró a los pájaros de amor, que todavía continuaban inmóviles, y entrecerró lentamente los ojos.

Sus palabras daban tumbos y trepaban, y luego se ordenaron:

Tres cosas me ha enseñado el amor, que trae dolor, pecado y muerte.

Pero día a día mi corazón desafía la vergüenza y el dolor, la muerte y el pecado…

Y obedientemente añadió: «Samuel Ferguson, nacido en 1810».

Lanzó una airada mirada a los pájaros de amor y se golpeó la palma con el puño, produciendo un sonido parecido al de un bastón contra un hormiguero. Otra vez le habían oído, y ahora no sonreían, sino que se miraron a los ojos y luego se volvieron a mirarle a él, asintiendo gravemente.

Rootes estaba hurgando entre los libros de Grunty, hojeándolos y descartándolos. Era la primera vez que los tocaba.

—Un montón de basura —dijo en son de mofa—. El jardín de Plynck. El viento en los sauces. Cosas de críos.

Grunty se acercó renqueando y pacientemente recogió los libros que el capitán había arrojado a un lado, colocándolos otra vez en su sitio, uno tras otro, acariciándolos como si se hubieran hecho daño.

—¿No tienes nada con fotos?

Grunty le miró un momento sin decir nada y luego extrajo un gran volumen. El capitán se lo arrebató y lo hojeó.

—Montañas —masculló—. Casas viejas. —Siguió hojeando—. Malditos barcos. —Arrojó el libro contra la cubierta—. ¿No tienes nada de lo que quiero?

Grunty esperó atentamente.

—¿Tengo que hacerte un dibujo? —bramó el capitán—. Me ha

cogido la vieja comezón, Grunty. Pero tú qué sabes. Tengo ganas de ver fotos, ¿entiendes?

Grunty se lo quedó mirando con rostro totalmente inexpresivo, pero en lo más profundo de su ser le acechaba el pánico. El capitán nunca, nunca, había actuado así en plena travesía. Y la cosa iba a agravarse, como comprendió Grunty. Se agravaría mucho. Y pronto.

Lanzó una mirada perversa, llena de odio, en dirección a los pájaros de amor. Si ellos no estuvieran a bordo…

Imposible esperar. Ahora no. Era preciso hacer algo. Algo…

—Vamos, vamos —dijo Rootes—. Por todos los santos, Godfrey, incluso una mosca muerta como tú ha de tener algo excitante.

Grunty le volvió la espalda, apretó con fuerza los ojos durante un torturador segundo, luego se recompuso. Recorrió los libros con la mano, titubeó, y por fin extrajo uno, grande, pesado. Se lo alargó al capitán y se fue hacia el panel de mandos. Allí se derrumbó sobre el archivo de cintas de la computadora y fingió estar ocupado.

El capitán se dejó caer en la litera de Grunty y abrió el libro.

—Miguel Ángel, qué demonios —masculló con un gruñido parecido a los de su compañero de tripulación—. Estatuas —dijo casi en un susurro, lleno de seco desdén. Pero por fin se puso a mirar y pasar las páginas y se calmó.

Los pájaros de amor le miraron con triste ternura y luego ambos lanzaron al unísono suplicantes miradas a la espalda del airado Grunty.

La matriz de Terra se deslizó entre los dedos de Grunty y de pronto comenzó a pasar con furia la cinta una y otra vez. Era un lugar asqueroso, Terra. «No hay nada como el conservadurismo del libertinaje», pensó. Cread una cultura de sibaritas con una selección infinita de incentivos mecánicos, y tendréis un pueblo con una inquebrantable y persistente formalidad, un pueblo con escasos pero macizos tabúes, un pueblo propenso a escandalizarse, estrecho de miras, mojigato, obediente de las normas —incluidas las normas de sus calculadas depravaciones— y protector de sus preciadas y especializadas beaterías. En un grupo así hay palabras que uno no puede usar por temor a sus risas mordaces, colores que uno no puede lucir, gestos y entonaciones que uno debe descartar, so pena de ser hecho trizas. Las normas son complejas y absolutas, y en un lugar así el corazón no puede cantar por temor a que su cálida y

despreocupada alegría nos deje al descubierto.

Y si uno necesita alegrías de esa naturaleza, si uno tiene que ser libre para poder ser su propio aprisionado yo, entonces debe partir al espacio…, a la reluciente y negra soledad. Y dejar que pasen los días, que pase el tiempo, esconderse bajo su impenetrable tegumento y esperar, esperar, y alguna vez, muy de tarde en tarde, uno disfrutará de ese momento de solitaria conciencia sin nadie cerca para espiarle; y entonces podrá dar rienda suelta a todo y podrá bailar, o llorar, o mesarse el cabello hasta que se le inflamen los ojos en las órbitas, hacer cualquiera de las cosas que exige su naturaleza.

Grunty había necesitado media vida para alcanzar esa libertad: ningún precio sería demasiado grande para intentar conservarla. Ni unas vidas, ni la diplomacia interplanetaria, ni le Tierra misma merecían pagar por ellas esa terrible pérdida.

La perdería si alguien se enteraba, y los pájaros de amor ahora lo sabían.

Apretó las pesadas manos enlazadas hasta que le crujieron los nudillos. Dirbanu, enterándose de todo a través de las ardientes mentes de los pájaros de amor; Dirbanu, transmitiendo las noticias a través de las estrellas; el rugido de la reacción, y después Rootes, Rootes, cuando recibiera el enorme y desagradable impacto…

Conque ya podía ofenderse Dirbanu. Terra ya podía acusar a esa nave de negligencia, incluso de traición, cualquier cosa antes que permitir que se conocieran los embarazosos hechos que le habían robado los pájaros de amor.

Un nuevo estatismo y el primer pensamiento de Grunty al volver a la vida en la nave silenciosa fue: «Tiene que ser pronto».

Se incorporó de la litera y lanzó una intensa mirada a los pájaros de amor inconscientes. Los desamparados pájaros de amor.

Les aplastaría la cabeza.

Pero Rootes… ¿Qué le diría a Rootes? ¿Que los pájaros de amor le habían atacado, habían intentado apoderarse de la nave?

Meneó la cabeza como un oso en un panal de abejas. Rootes jamás lo creería. Aun cuando los pájaros de amor pudieran abrir la puerta, que no podían, era más que ridículo imaginar a esas dos vivarachas y frágiles criaturas atacando a nadie, sobre todo a un contrincante tan corpulento y desapacible. ¿Veneno? No. Las

eficientes e infaliblemente beneficiosas reservas de alimentos no contenían nada que pudiera servirle.

Su mirada se posó en el capitán y se quedó sin aliento. ¡Claro!

Corrió al armario personal del capitán. Debía haber sabido que un pequeño perro bravucón como Rootes no podría vivir, no podría contonearse y pavonearse como lo hacía a menos que poseyera un arma. Y era el tipo de arma que previsiblemente escogería un hombre así…

Mientras buscaba advirtió un movimiento.

Los pájaros de amor estaban despiertos.

No tenía importancia.

Se rió de ellos, con una risa fugaz, desagradable. Ellos se acurrucaron muy juntos y sus ojos brillaron intensamente.

Habían comprendido.

Advirtió que de pronto parecían muy atareados, tan atareados como él. Y entonces encontró la pistola.

Era un pequeño objeto, muy manejable, discreto e íntimo en su mano. Era exactamente lo que había intuido, lo que había esperado encontrar… precisamente lo que necesitaba.

Era silenciosa. No dejaría rastro. Ni siquiera era preciso apuntarla con cuidado. Un simple contacto de sus radiaciones ferales bastaría para que los axones de todo el cuerpo se resistieran de pronto a propagar los impulsos nerviosos. Ningún pensamiento saldría del cerebro, no volvería a producirse la más mínima contracción del corazón o los pulmones, nunca jamás. Y luego no quedaría rastro de que se había utilizado un arma.

Se acercó a la ventanilla con la pistola en la mano. «Cuando él despierte estaréis muertos —pensó—. No conseguisteis salir del coma estático. Una desgracia. Pero nadie tiene la culpa, ¿eh? Es la primera vez que transportamos gentes de Dirbanu. ¿Como íbamos a saberlo?».

En vez de temblar, los pájaros de amor se habían acercado a la ventanilla, con rostros implorantes, gesticulando y haciendo signos con las delicadas manos, en un esfuerzo desesperado por comunicarle algo.

Apretó el botón y se abrió el panel.

El pájaro de amor más alto levantó algo como para protegerse. El otro lo señalaba con el dedo, con apremiantes afirmaciones de

cabeza, mientras le lanzaba una de esas condenadas, obsesivamente dulces sonrisas.

Grunty alargó la mano para apartar el objeto, y luego se contuvo.

Era sólo una hoja de papel.

Toda la crueldad humana bulló dentro de Grunty. «Una especie que no es capaz de protegerse no merece vivir». Levantó la pistola.

Y entonces vio los dibujos.

Económicos, precisos y, pese a su tema, ejecutados con la inefable gracia de los propios pájaros de amor, los dibujos representaban tres figuras:

El mismo Grunty, tosco, impasible, con los ojos encendidos, las piernas como troncos de árbol y los hombros encorvados.

Rootes, en una pose tan característica y tan bien reproducida que Grunty se quedó sin aliento. Vigorosa y limpia, la figura de Rootes tenía un pie apoyado en una silla, con los dos codos sobre la rodilla levantada, la cabeza mirando un poco hacia atrás. Los ojos relucían límpidos sobre el papel.

Y una chica.

Era bonita. Estaba de pie con las manos en la espalda, los pies ligeramente separados, la cabeza un poco gacha. Tenía una mirada profunda, pensativa, y al mirarla uno se quedaba silencioso, aguardando que aquellos párpados caídos se levantaran y rompieran el embrujo.

Grunty arrugó el ceño y vaciló. Trasladó su mirada sorprendida de aquellas exquisitas representaciones a los pájaros de amor y topó con la súplica, con la seria ansiosa y esperanzada expresión de sus caras.

El pájaro de amor acercó un segundo papel al cristal.

Eran las mismas tres figuras, idénticas a las anteriores en todos los aspectos, excepto por un detalle: las tres estaban desnudas.

Se preguntó cómo era posible que conocieran tan meticulosamente la anatomía humana.

Sin darle tiempo a reaccionar, apareció otra hoja de papel.

Esta vez los dibujos representaba los pájaros de amor, el alto y el bajo, cogidos de la mano. Y junto a ellos, una tercera figura, con un cierto parecido, pero diminuta, muy redonda y con unos brazos grotescamente cortos.

Grunty miró las tres láminas, una tras otra. Tenían algo…, algo…

Y entonces el pájaro de amor exhibió el cuarto dibujo y lenta, lentamente, Grunty empezó a comprender. En el último dibujo aparecían los pájaros de amor exactamente como antes, pero desnudos, al igual que la pequeña criatura a su lado. Nunca había visto un pájaro de amor desnudo. Posiblemente nadie lo había visto.

Despacio fue bajando la pistola. Se echó a reír. Metió la mano por la ventana y apretó las manos de los dos pájaros de amor entre la suya, y ellos se pusieron a reír con él.

Con los ojos cerrados, Rootes se desperezó satisfecho, apretó la cara contra la litera y se volvió. Dejó caer los pies al suelo y bostezó con la cabeza entre las manos. Sólo entonces advirtió que Grunty estaba de pie justo frente a él.

—¿Qué te pasa?

Siguió la dirección de la apesadumbrada mirada de Grunty.

La puerta de cristal estaba abierta.

Rootes se levantó de un salto como si la litera se hubiera puesto al rojo vivo.

—¿Dónde…? ¿Qué…?

La accidentada cara de Grunty miraba hacia la mampara de estribor. Rootes se volvió hacia allí girando sobre la punta de los pies, como si estuviera boxeando. El rojo resplandor de la lámpara que colgaba sobre la cámara de aire iluminó su rostro bruñido.

—El bote salvavidas… ¿Quieres decir que han cogido el bote salvavidas? ¿Han escapado?

Grunty asintió.

Rootes se llevó las manos a la cabeza.

—Oh, estupendo —gimoteó. Luego se volvió velozmente hacia Grunty—: ¿Y dónde demonios estabas tú mientras esto ocurría?

—Aquí.

—Bueno, en nombre de Dios, ¿qué ha ocurrido? —Rootes se estremecía al borde de una espumeante histeria.

Grunty se golpeó el pecho.

—¿No irás a decirme que tú les has dejado escapar?

Grunty asintió y esperó… no demasiado.

—Voy a quemarte vivo —rugió Rootes—. Voy a hacerte caer tan bajo que te pasaras doce años trepando antes de que te dejen barrer

un barracón. Y cuando haya terminado contigo te denunciaré al Servicio. ¿Qué crees que van a hacer contigo? ¿Qué crees que van a hacer conmigo?

Se abalanzó sobre Grunty y le lanzó un duro y seco golpe en la mejilla. Grunty mantuvo los brazos caídos y no intentó esquivar el puño. Permaneció impertérrito y esperó.

—Es posible que no fueran criminales, pero en todo caso eran ciudadanos de Dirbanu —rugió Rootes cuando pudo recuperar el aliento—: ¿Cómo vamos a explicárselo a Dirbanu? ¿Te das cuenta de que esto podría significar la guerra?

Grunty negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Sabes algo… Será mejor que hables ahora que todavía puedes hacerlo. Vamos, luminaria… ¿qué vamos a decirles a los de Dirbanu?

Grunty señaló la celda vacía.

—Muertos —dijo.

—¿Y de qué nos servirá decir que están muertos? No lo están. Algún día volverán a aparecer y…

Grunty negó con la cabeza. Señaló el mapa de las estrellas. Dirbanu era el cuerpo estelar más próximo. No había ningún otro planeta habitable en miles de parsecs.

—¡No han ido a Dirbanu!

—No.

—Maldita sea, sacarte algo es como arrancar un clavo remachado. O bien se dirigen a Dirbanu en ese bote salvavidas, lo que no harán, o bien se alejan, tal vez durante años, rumbo a las estrellas fronterizas. ¡No tienen otra opción!

Grunty asintió.

—¿Y crees que Dirbanu no les perseguirá, no les derribará? ¡Tienen naves!

—No tienen naves.

—No.

—¿Te lo han dicho los pájaros de amor?

Grunty asintió.

—¿Quieres decir que sólo tenían la nave en que ellos vinieron y que ellos destruyeron y la que utilizó el embajador?

—Sí.

Rootes fue hasta el fondo de la nave y volvió.

—No lo entiendo. No lo entiendo en absoluto. ¿Por qué lo has hecho, Grunty?

Grunty permaneció inmóvil un momento, observando la cara de Rootes. Luego se acerco a la computadora. Rootes no tuvo más remedio que seguirle. Grunty desplegó los cuatro dibujos.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho estos dibujos? ¿Ellos? Quién iba a decirlo. ¡Diablos! ¿Quién es la tía?

Grunty le indicó pacientemente el conjunto de los dibujos. Rootes le miró desconcertado. Miró uno de los ojos de Grunty, luego el otro, meneó la cabeza y volvió a concentrar su atención en los dibujos.

—Esto ya está mejor —murmuró—. Ojalá hubiera sabido que eran capaces de dibujar así.

Grunty volvió a llamar su atención sobre el conjunto de los dibujos, desviándola de la única figura que le tenía fascinado.

—Ese eres tú, ése soy yo. ¿Correcto? Y después está la tía. Bien, aquí estamos de nuevo, todos en cueros. Maldita sea, qué cuerpo. Bueno, bueno, ya sigo. Y éstos son los prisioneros, ¿correcto? ¿Y quien es este gordito?

Grunty le señaló la cuarta lámina.

—Oh —dijo Rootes—: Aquí están todos también desnudos.

De pronto lanzó un chillido y acercó más la cabeza. Luego, con la mirada, recorrió rápidamente las cuatro láminas, una tras otra. Se le sonrojó la cara. Examinó larga y detenidamente el cuarto dibujo. Finalmente señaló con el dedo el boceto del redondo extraterrestre pequeñito.

—Esto es…, un…, un Dirbanu…

Grunty asintió.

—¡Conque era eso! —Rootes temblaba claramente de rabia.

—¿Quieres decir que hemos estado navegando todo este tiempo con una pareja de condenados maricas? ¡Si lo sé, los mato!

—Sí.

Rootes alzó la mirada hacia él con creciente respeto y bastante divertido.

—¿Y te los has quitado de encima para que yo no los matara y no lo enredara todo? —Se rascó la cabeza—. Bueno, que me cuelguen. Sabes pensar, después de todo. Si hay algo que no puedo soportar, es un mariquita.

Grunty asintió.

—Cielos —dijo Rootes—, la cosa cuadra. Realmente tiene sentido. Sus hembras no se parecen en nada a los machos. Comparadas con ellas, nuestras mujeres son prácticamente idénticas a nosotros. Conque el embajador viene y descubre lo que parece ser un planeta lleno de invertidos. Sabe que no es así pero no puede soportar esa imagen. Conque regresa a Dirbanu y le cierran la puerta en las narices a la Tierra.

Grunty asintió.

—Entonces estos mariquitas huyen a la Tierra, pues imaginan que allí estarán a sus anchas. Y casi lo consiguieron, por cierto. Pero Dirbanu los hace volver, pues no desea que gentes como ellos representen a su planeta. No se lo reprocho en absoluto. ¿Cómo te sentirías tú si el único terrano que hubiera en Dirbanu fuera un invertido?. ¿No querrías sacarle de allí cuanto antes?

Grunty no dijo nada.

—Será mejor que comuniquemos la buena nueva a Dirbanu —dijo Rootes.

Se acercó al comunicador.

Le costó sorprendentemente poco comunicar con el bien guarecido planeta. Dirbanu respondió y mandó un saludo en clave. El descodificador del panel de mandos imprimió este mensaje para ellos.

SALUDOS STARMITE 439. ESTABLECIDA ÓRBITA. ¿PUEDEN DEJAR CAER LOS
PRISIONEROS SOBRE DIRBANU? NO SON PRECISOS PARACAÍDAS.

—Huy —dijo Rootes—. Una gente simpática. Hey, ¿has notado que no nos invitan a acercarnos? Nunca tuvieron intención de dejarnos aterrizar. Bueno, ¿qué les decimos de sus perfumados muchachos?

—Muertos —dijo Grunty.

—Sí —dijo Rootes—. Eso es lo que quieren de todos modos.

Transmitió rápidamente.

Al cabo de unos minutos el descodificador mecanografiaba la respuesta.

ESPEREN REGISTRO TELEPÁTICO. DEBEMOS COMPROBAR.
LOS PRISIONEROS
PODRÍAN FINGIRSE MUERTOS.

—Oh, oh —dijo el capitán—. Ahora se descubre el pastel.

—No —dijo serenamente Grunty.

—Pero su localizador detectará… Oh, ya veo a donde quieres ir a parar. No hay vida, no hay señal. Igual como si no estuvieran aquí en absoluto.

—Sí.

El descodificador traqueteó.

DIRBANU AGRADECIDO. CONSIDEREN MISIÓN CUMPLIDA.
NO QUEREMOS
CUERPOS. PUEDEN COMÉRSELOS.

Rootes sintió ganas de vomitar.

—Es su costumbre —dijo Grunty.

El descodificador siguió traqueteando.

AHORA PREPARADOS PARA PACTO MUTUO CON TERRA.

—Regresaremos a casa con una aureola de gloria —dijo Rootes radiante. Transmitió:

TERRA TAMBIÉN DISPUESTA. ¿QUÉ SUGIEREN USTEDES?

El descodificador hizo una pausa, luego:

TERRA NO MOLESTA A DIRBANU Y DIRBANU NO
MOLESTARÁ A TERRA. ESTO
NO ES UNA SUGERENCIA. ENTRA EN VIGOR
INMEDIATAMENTE.

—¡Ese atajo de cerdos!

Rootes insistió con el codificador y aunque estuvieron cuatro días dando vueltas en torno al planeta, a una distancia respetuosa,

no recibieron más respuesta.

La última cosa que dijo Rootes antes de establecer el primer estatismo camino de regreso a casa fue:

—En fin, me reconforta pensar en esos dos maricas, alejándose lentamente en ese bote salvavidas. Ni siquiera tienen la posibilidad de morirse de hambre. Se pasarán años ahí enjaulados antes de llegar a algún lugar donde al menos puedan sentarse.

Sus palabras todavía resonaban en la mente de Grunty cuando salió del coma. Miró la partición de cristal de popa y sonrió lleno de reminiscencias.

—Años —murmuró. Sus palabras se enroscaron y giraron, y dijeron: …Sí; el amor requiere el espacio focal del recuerdo o de la esperanza, donde poder medir su propio alcance.

Pronto, demasiado pronto viene la muerte y demuestra ¡que amamos más profundamente de lo que creemos!

Luego, obedientemente, siguieron las palabras: «Coventry Patmore, nacido en 1823».

Se incorporó lentamente y se desperezó, regocijándose en su preciosa intimidad. Se acercó a la otra litera y se sentó al borde de ella.

Permaneció un rato contemplando el rostro inconsciente del capitán leyendo en sus facciones con gran ternura y la máxima atención, como hace una madre con un niño.

Sus palabras decían: «¿por qué debemos amar donde el azar nos indica y no donde nosotros decidimos?».

Y luego añadieron: «Pero me alegra que seas tú, pequeño príncipe. Me alegra que seas tú».

Alargó las grandes manazas y acarició los labios dormidos, con un toque leve como una pluma.

¿Sueñan en el amor eléctrico los androides?

Walt Leibscher

El psicodroide entró en la habitación y se detuvo a cierta distancia de su paciente.

—He venido para ayudarle —dijo.

—Nadie puede ayudarme —dijo el paciente, y volvió el rostro hacia las estériles paredes blancas de la celda del hospital-prisión.

—Por favor, déjeme intentarlo. Soy completamente humano a todos los fines prácticos.

Sin embargo, una pequeña parte de mí es una máquina. Tal vez esa parte pueda comprender.

El androide se sentó en una silla.

—No es cuestión de comprender. Sé muy bien que van a convertirme.

El humano suspiró.

—Eso podría depender de mí.

—¡De usted! Usted no es más que otra máquina chupasesos. Le conté mi caso a uno de sus hermanos. ¿Hermanas? ¿Cohortes? ¿Cómo demonios se llaman las máquinas entre ellas? —Se interrumpió un instante y añadió—: Sin ánimo de ofender.

—Lo sé, puedo detectar sus mentiras.

—¿Tan sofisticado es?

—Psiquiatra del Estado Modelo II, Marca III. Soy el más moderno y el mejor.

El hombre se rió al oír la casi arrogante declaración; luego preguntó:

—¿Sabe llorar?

La pregunta no pareció surtir ningún efecto.

—Puedo sentir ganas de llorar, pero no estoy preparado para verter lágrimas. ¿Qué psiquiatra lo está?

—Usted me gusta —dijo el hombre—. ¿Qué le parece si jugamos al ajedrez; o es un juego reservado a los teradroides?

—Normalmente sí, pero estoy programado para todo tipo de juegos terapéuticos.

Cualquier cosa que le haga sentirse más cómodo, o menos tenso. Voy a decirle una cosa.

Le cambio una partida de ajedrez por una declaración, una anécdota, lo que usted quiera contarme.

—Juega al ajedrez infaliblemente.

—Podría, pero no lo haré. Conozco sus cocientes de inteligencia y de razonamiento. Me adaptaré a su nivel para que el juego tenga color.

—¿Subirá o bajará para conseguirlo?

—No se burle —dijo el androide.

El humano estalló en carcajadas. Cuando se le pasó el ataque, el rostro habitualmente inexpresivo del androide estaba sonriendo.

—No se crea tan listo —dijo el hombre—. Y bien, me he reído por primera vez desde hace semanas. ¿Satisfecho?

—Me gusta la risa. Me gustaría poder reír yo también.

El hombre reflexionó un momento; luego dijo:

—Muy bien, Hal, canta Daisy, Daisy.

El androide se estremeció un instante y esbozó una ancha sonrisa.

—Ha sido muy placentero.

El hombre estaba satisfecho.

—Ya me parecía que podría conseguirlo.

—Ahora me toca a mí decirle que no se crea tan condenadamente listo. Y bien, me ha hecho reír. Toda una hazaña.

—Estamos iguales —dijo el hombre—. Dejemos la partida de ajedrez. De todos modos, sólo era un ardid. ¿Qué quiere que le diga?

—Todo.

—Bueno, para empezar, ¿supongo que sabe por qué estoy aquí?

—Porque a todas luces cometió un acto que incluso en esta era ilustrada está considerado, ¿cómo diría?, excesivo.

—Es suficiente para empezar.

Y el hombre le contó su caso.

Cuando hubo terminado, el androide se lo quedó mirando fijamente durante largo rato.

—Es todo un caso y, si no le molesta que se lo diga, me ha parecido muy sensual.

—Gracias. Pero lo importante es si me cree usted.

—Ya le he dicho que podía detectar sus mentiras. Sin embargo, dadas las circunstancias, en realidad carece o carecerá de importancia. Van a absolverle.

—¿Así de sencillo?

—Muy sencillo. Yo soy ostensiblemente una máquina sin sentimientos. No me costará convencerles de su inocencia. El hecho de que yo le encuentre provocativamente deseable no pesará en absoluto.

Dicho lo cual, el androide se levantó y se dispuso a salir de la habitación.

—Volveré a verlo, no lo dude.

—Una última pregunta —dijo el hombre, sorprendido.

—Sí.

—¿Los androides están equipados…? Quiero decir, ¿tienen sexo?

—Eso deberá averiguarlo usted mismo —dijo juguetón el androide. Luego dio media vuelta, cruzó la puerta cimbreándose y se alejó por el pasillo.

Cena con Helen

William Carlson

Tintinean las campanillas de la puerta. Ella entra en el Fixitorium con una radio en la mano. La desnudo, la acuesto. Satisfactoria: cortos cabellos negros y elegantes facciones enmarcadas por la almohada, firmes senos pequeños que apuntan hacia el cielo, largas piernas extendidas, etcétera. Se acerca, deja la radio sobre el mostrador.

—Hola.

Añadid una voz sensual que murmura palabras de amor.

—Hola, ¿en qué puedo servirla?

La veo vestida otra vez; tiene demasiada presencia.

—¿Podría arreglarme esto? Tiene un molesto zumbido.

—Desde luego.

Un aparatito sencillo que probablemente necesita una placa electrolítica; podría arreglarlo con los ojos cerrados. Cojo la pluma y escribo: Marca. Modelo. Problema.

Sonrío, hago preguntas, escribo lentamente pienso deprisa. Nombre: Helen Williams.

Soltera, sin romances, inteligente, directa. Dirección: 2221 Washington. Pacific Heights (dinero y clase). Teléfono: 346-4729. Sonríe, me da las gracias, se dispone a marcharse. ¡Ahora o nunca!

—Una última pregunta, ¿ha comido alguna vez en Lyon's?

Mira el albarán de entrega.

—¿Es necesario este dato?

—Vital.

—No, nunca.

—Entonces jamás ha saboreado su cangrejo Louie. ¿Sabe una cosa? En cuanto ha entrado usted en esta tienda me he dicho:

Jordan, esta adorable muchacha y el cangrejo Louie de Lyon's fueron hechos claramente la una para el otro…

—¡Qué conmovedor!

—… y es evidente que tienes el deber de presentarlos. —Exhibo mi sonrisa de chiquillo, ella sonríe a su vez; es cosa hecha—. ¿Qué le parece? ¿Mañana?

—Lo siento.

Fracaso. Pero, realmente, parece sentirlo un poco. Decido probar la frase que aprendí en hippielandia.

—¿El miércoles, entonces? No debemos resistirnos; está escrito en nuestros karmas; estamos predestinados a almorzar juntos.

Me mira a los ojos.

—No le servirán de nada esos trucos, señor Jordan.

Permanece quieta, pensando.

Yo también me quedo quieto, furioso. ¡Me las pagará! Pero por ahora todo lo que puedo hacer es callar y esperar. Al fin se decide:

—¿Le iría bien el jueves? ¿Puede recogerme en la esquina de Divisadero y Washington a las doce y cuarto?

—Encantado de que… —me trago el disparate que iba a soltar—. Sí…, me va muy bien. Gracias.

—Gracias a usted. —Toca su radio—. ¿Cuándo estará lista?

—El viernes. —Sonríe y se vuelve para marcharse—. Eh… ¿Señorita Williams?

—Sí.

—Jordan es mi nombre de pila.

—¡No me diga! ¡Adiós, Jordan! ¿Por qué tengo la sensación de que ya sabía que era mi nombre de pila? Algo me lo dice.

El jueves, Helen llega a la hora convenida. El único aperitivo que acepta es un zumo de tomate. Pido dos, aunque necesito un trago. Farfullo unas cuantas trivialidades, ella me mira, me taladra con la mirada, no dice nada, empiezo a ponerme nervioso. Llega el zumo de tomate; yo pongo sal, pimienta, limón y unas gotitas de Perrins en el mío, lo cual divierte a Helen, pero de todos modos no le da el sabor de un Bloody Mary. Helen se bebe el suyo sin nada. No lo bebe lo saborea, lo paladea, se concentra en ese zumo de tomate como si fuera el néctar más raro jamás preparado. Lo mismo ocurre con el cangrejo Louie. Yo también me concentro en el mío; no tengo otra cosa que hacer.

Comienzo a recordar cierta comida que hice en Vietnam, después de la peor patrulla que jamás me tocó. Aquella tarde vi a una niñita con las tripas fuera a consecuencia de un tiroteo, y una bala de los vietcongs me rozó la cabeza. Estuvo a punto de darme. ¿Un aperitivo poco indicado? ¿No? El mejor de todos. Empecé a babear en cuanto olí ese rosbif. Recuerdo exactamente el aspecto que tenía; tostado por fuera con el centro sonrosado cómo lo corté, cómo brotó el jugo cuando le hinqué el diente. ¡Y el sabor!

Disfruté con cada bocado, hasta el último. Helen parece comer de esta forma; ¿será alguna especie de maniática de la buena cocina?

Suspira un poco después de tragarse el último bocado.

—Tenía usted razón —dice—, estábamos hechos la una para el otro.

Se me atraganta el café ¿Y ahora qué? ¿Se me está declarando? Empiezo a tartamudear algo, y entonces comprendo que se refiere al cangrejo Louie.

—Me alegro que le haya gustado —digo. Comienzo a animarme, lo cual parece divertirla.

No entiendo en absoluto su sentido del humor. Le ofrezco un cigarrillo.

—No, gracias.

—¿No fuma?

—No.

—¿Pero no le importará que yo lo haga?

—No.

Esta mujer es una conversadora nata. Bebe apreciativamente un sorbo de te. Yo me exprimo el cerebro.

—¿Sabe una cosa? Al verla disfrutar con esa comida he recor… —me interrumpo. ¡Jesús, no quiero hablar de eso!— ¡Disfruto con todo lo que hago! ¿Pero usted iba a hablarme de una comida que le hizo disfrutar una vez?

—Algo así.

—Me gustaría oírlo.

—Pues…

—Por favor.

Se lo cuento. Me escucha tan atentamente que empiezo a escucharme a mí mismo y advierto que mi descripción de la

patrulla es demasiado gráfica.

—No…, por favor, cuéntemelo todo.

Se lo cuento. Cuando llego al rosbif, lo huelo, lo veo, lo paladeo.

Helen está sentada muy callada, pero hay energía en su silencio; es evidente que está juzgando mi relato.

—Creo que comprendo —dice. Ese día estuvo tan cerca de la muerte que ello le sensibilizó hacia la vida. La comida le pareció excelente porque estaba completamente receptivo a ella; pero ¿sabe una cosa? El rosbif siempre sabe así cuando uno lo capta, con su verdadero yo.

Bueno ¿Qué clase de chica es ésta?

—No tiene que creerme a ciegas; de todos modos ya lo sabe…, lo ha leído en docenas de libros. Cualquiera que realmente busque la verdad acaba descubriéndola por sí mismo.

Y usted la busca, ¿no es cierto?

En realidad, así es. No suelo desnudar mi alma ante los extraños, sobre todo cuando son hermosas mujeres, pero es evidente que a Helen no le interesa hablar de fruslerías, y su interés es un imán que me obliga a contárselo todo. De modo que le hablo de mi educación fundamentalista, de que estudié ingeniería en el estado de Iowa y estaba dispuesto a convertirme en una rueda bien engrasada de la maquinaria del sistema cuando me metieron el Vietnam entre los rodamientos. Describo algunas de las cosas que vi y algunos hechos que comuniqué por mi radio, y lo que me hicieron. Le hablo de mi año de hippy y cómo finalmente abandoné la comuna cuando comprendí que nuestra jerga y los collares y las drogas no eran más que un reflejo deformado del sistema. Le hablo de los decepcionantes seis meses en que colaboré con el programa de lucha contra la pobreza, la imposibilidad de cambiar los valores de los demás cuando uno no está seguro de los propios. Luego le digo a Helen lo que me ocurre ahora, que no formo parte del mundo de los hippies ni de los integrados, que mi trabajo no significa nada para mí, que no creo en nada (excepto, tal vez en el placer sensual), que no encuentro seguridad en ninguna parte. En resumen, me presento como el confuso, alienado joven moderno (supongo que tener veinticinco años es todavía ser joven), un papel que detesto. Pero ése es mi papel.

A la una y media ella ya lo sabe todo. Salimos, la acompaño y

me detengo en Golden Gate Park camino de Irving Street. Paseo bajo los eucaliptos y me pienso. Llego a la conclusión de que estoy otra vez en el rollo. Esta chica casi me entusiasma tanto como mi primera colección de cristales.

Llego al Fixitorium con dos horas de retraso. Mi jefe se descarga contra mí. Yo me descargo contra él. Me despiden.

Al día siguiente, llamo a Helen. Su voz de bajo resulta particularmente sensual por teléfono. Es imperativo que me acueste con ella lo más pronto posible. Sugiero que nos veamos el domingo por la noche; ¡me invita a cenar a su apartamento!

El viernes y el sábado los paso pensando en ella. Fantaseo. Me masturbo. ¿Estoy enamorado?, me pregunto. Un instante la respuesta es sí, al siguiente es no.

El domingo estoy tenso, llego cuarenta minutos antes de la hora. Paseo por las calles, subo y bajo las colinas, pienso en muchas cosas. Llega la hora, toco el timbre.

Helen lleva pantalones chinos de seda. Oh, cielos. Su apartamento es como el resto de su persona, ligeramente increíble. Contiene una mullida alfombra azul, algunos grabados orientales, varios estantes llenos de libros, una curiosa mesita de unos veinte centímetros de altura, y eso es todo, excepto por algunos cojines esparcidos por el suelo. A petición suya, me quito los zapatos y me siento en el suelo, lo cual probablemente les resulta muy natural a los niños y a los hindúes.

—Estás incómodo, ¿verdad?

—En absoluto.

—Dígame la verdad.

—Está bien. Sí.

Se afana con unos almohadones y un respaldo y pronto estoy cómodo. De entrada, ha preparado gambas y pequeños trocitos de pescado que mojamos en diversas salsas y la cena consiste en sukiyaki, preparado y servido en la mesita. Yo tengo un tenedor, pero Helen maneja sus palillos con tanta destreza como yo manipulo un par de pinzas largas.

Nada de aperitivos, nada de sake, pero tiene una botella de medio litro de cerveza Asahi para mí, que le agradezco. Prefiero sentarme en una silla de verdad a una mesa de verdad y comer un jugoso entrecot, pero todo esto resulta muy exótico, la comida es

bastante buena y aprecio todas las molestias que se ha tomado y así se lo digo.

Ella me ofrece una amable sonrisa irónica que parece responder más a mis pensamientos que a mis palabras. Me ofrezco a ayudarla a quitar la mesa, pero Helen se mueve con la eficiencia de una máquina de precisión y ha terminado la tarea casi antes de que yo consiga desenredar mis crujientes extremidades.

Bueno, ha llegado mi hora; este lugar está hecho para el amor. Ella se deja arrastrar hasta un rincón lleno de cojines y permite que la rodee con el brazo. Su contacto es agradable, huele bien. Permanecemos así sentados unos minutos, luego intento besarla.

No hay suerte. Entonces deslizo la mano sobre su blusa de seda en dirección a sus senos. Su mano se posa sobre la mía, la retiene. No tengo nada en contra de hacer manitas en la calle. Estoy caliente, frustrado.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—A ver, creo que debes decirme que me quieres.

Lo dice irónicamente, claro. ¿O no? Pero, qué demonios, pienso que así no voy a llegar a ninguna parte, y decir «te quiero» probablemente es una manera tan buena como cualquier otra para describir el estado en que me ha puesto.

—De acuerdo, te quiero.

—¿Y ahora qué? —pregunta ella.

—Es lo que quisiera saber yo.

—¿Me quito la ropa, me tiendo de espaldas y abro las piernas?

—Parece una espléndida idea. ¿Lo harás?

—¿Te gustaría?

—Sí.

—¿Crees que eso te hará feliz?

—Sí.

—Mmm. —Intento besarla otra vez—. Espera… Tengo que ir un momento al dormitorio. —Empiezo a protestar pero ella ya se ha metido dentro y ha cerrado la puerta.

Espero. No entiendo qué pasa. Tal vez se esté preparando para hacer el amor. Eso confío. Espero.

Se abre la puerta.

Aparece alguien. Me levanto de un salto. El se acerca a la pila de almohadones y se deja caer. Va informalmente vestido, con unos

pantalones y un suéter. Sus ropas y toda su actitud —la manera cómo está allí recostado— son completamente masculinas.

—Jordan.

La manera de saludar, la inflexión, incluso el tono de la voz son masculinos. Le miro fijamente; no puedo hablar.

—¡Vamos, no te pongas así! Siéntate, hablaremos de todo esto.

Casi no le oigo.

—¿Cómo…, cómo te llamas?

Estúpido, pero es todo lo que se me ocurre.

—Allen. —Sonríe—. He pensado que debías conocer esta faceta de mi carácter.

No puedo evitar mirar su entrepierna. Tiene el mismo aspecto que cualquier otra entrepierna. Me froto la frente.

—¡Siéntate, por Dios!

Arreglo unos cuantos cojines e intento ponerme cómodo.

—A este lugar no le vendrían mal un par de sillas —dice.

Comienzo a recuperar la voz.

—Ya lo creo.

He preguntado cuán profunda habrá sido su transformación; se me ocurre una forma sencilla de comprobarlo.

—¿Cómo crees que quedarán clasificados los Forty-Niners este año? ¡Puedo imaginar lo que haría Helen con una pregunta así!

—En tercer lugar, tal vez segundos si Wilcox y Brodie no se duermen. Claro que si tuviéramos a Y. A.Tittle en sus buenos tiempos detrás de la actual alineación…

Hago un gesto de asentimiento. Procuro pensar, no se me ocurre nada.

—¿Y qué me dices de los Giants? —pregunta él—. ¿Crees que Willie Mays podrá jugar otra temporada?

—No me hables de Willie Mays.

—¿Te has cansado ya del jueguecito?

—¡Mira quién habla de jueguecitos! —digo con rencor—. ¿Y a ti qué te importa de todos modos? ¿Quién eres tú?

Me mira pensativo, como midiéndome.

—¿De verdad no lo sabes?

—Eres un tipo raro, es todo lo que sé.

Silencio, y otra larga mirada de Allen.

—¿Raro? No. Digamos que soy completo. Me considero un ser

completo.

Trato de digerir eso.

—¿Quieres decir que yo soy incompleto, entonces? ¿Quieres decir que todas las personas normales son incompletas?

—Yo no digo tal cosa. Y prescindamos de la palabra «normal». Es lo que hace la mayoría de los psiquiatras inteligentes.

—De acuerdo, pero ya sabes a qué me refiero… Contesta a mi pregunta.

—¿Has pensado alguna vez qué sensación debe producir ser una chica, Jordan…? ¿Has imaginado serlo, tal vez?

—Bueno…

—Todos los hombres lo han hecho. Y viceversa. Es inevitable pues los sexos eran uno antes de que se dividieran y todo ser posee esa memoria genética. El mito de Hermafroditus y Salmacis es una profunda verdad psicológica, y también una profecía.

Algún día los sexos volverán a unirse.

—Estás loco.

—¿Lo estoy? ¿Te has fijado en las recientes maneras de vestir y en los peinados, en todas esas operaciones de cambio de sexo, en la nueva militancia de los homosexuales y toso el interés que despiertan, todas las obras de teatro y películas sobre ellos? Te diré una cosa, los hombres empiezan a aceptar a la mujer que llevan dentro, y las mujeres al hombre que hay en ellas.

Vuelvo a mirar su entrepierna.

—Es posible, pero no puedes ignorar los hechos biológico. Ningún ser humano puede reproducirse solo.

—No estés tan seguro. Existen considerables pruebas en favor de la partenogénesis y debes tener en cuenta el potencial de la ingeniería genética. Sé que conoces estos dos hechos.

Vuelve a mirarme fijamente. ¿Qué sucede? Aquí se está desarrollando una especie de comedia y yo no sé de qué va.

—Sí, los conozco. —He estudiado un poco los dos temas, sabe Dios por qué. De pronto me sorprende observar que Allen parece mayor que Helen—. ¿Cuántos años tienes? De mujer se te veía más joven.

—Parecer joven o viejo, hombre o mujer, guapo o feo, es algo que depende de lo que yo me proponga.

Soy sólo un ingeniero, tardo unas minutos en asimilar todo esto.

Cuando lo he asimilado digo:

—Ahora vamos al grano, ¿no?

Sonríe, se recuesta y se pone las manos en la nuca.

—Parece que empiezas a comprender. Por fin.

—No fue casualidad que vinieras al Fixitorium.

—No, no lo fue.

—No te escogí yo a ti; tú me escogiste a mí.

—Así es.

—Tengo una rara sensación en el estómago.

—Hace tiempo que me conoces; me has estado observando; quieres algo de mí.

—Digamos que quiero algo para ti.

Estoy muy tenso; quiero acercarme a él y darle una buena tunda, pero no deseo tocarlo.

—¡Maldito monstruo! —grito—. ¿Qué significa todo esto? ¿Quién eres?

Él sacude la cabeza.

—Jordan, Jordan. —Parece un padre sermoneando a su hijo—. ¿No lo entiendes? ¿No sabes dónde estamos? ¿No recuerdas haberme visto antes? ¿No sabes quién soy?

—¡No, no lo sé! Jamás te había visto hasta el jueves pasado. —Estoy empezando a enfadarme; aparto los condenados cojines y me levanto—. ¡Y, espero no volverte a ver jamás, por Cristo!

Allen se sienta muy tieso, habla suavemente, con una voz a medio camino entre la de Allen y la de Helen:

—Pero me verás, Jordan, tu lo sabes, verdad.

No es una pregunta. Se quita los zapatos y los calcetines.

Le observo, incapaz de moverme. Se levanta, se quita el suéter. Sus movimientos me hipnotizan, no puedo quitarle la mirada de encima. ¿No he pasado antes por todo esto? ¿No sé lo que va a pasar?

El suéter de Allen cae sobre la alfombra y luego siguen su camisa y sus pantalones. Sí, he visto antes a Allen, he pasado antes por todo esto pero, ¿donde?, ¿cuándo? Las respuestas están a un milímetro de la conciencia, pero no puedo recordar exactamente…

Allen se quita la camiseta; su cuerpo no tiene vello, sus pechos están excesivamente desarrollado para un hombre, poco desarrollados para una mujer. La última prenda es un asunto

complicado con cierres de prisión y una cremallera. Permanece de con las piernas ligeramente separadas, sus largos dedos blancos abren hábilmente los cierres. Miro sin parpadear cómo introduce los pulgares en la banda elástica de la cintura y hace bajar lentamente la prenda, deslizándola sobre sus estrechas caderas. Al fin, la prenda cae al suelo.

Miro y comprendo.

Comprendo dónde estoy y quién es él. Comprendo por qué me conoce, y durante un cegador instante comprendo lo que quiere de mí.

Pero lo olvido.

Ya lo he olvidado.

El criminal

Joe Gores

Todo comenzó con la denuncia rutinaria de una avería en un transmisor individual.

Estas no son corrientes, pero a veces aparece una fatiga de los componentes. Cuando se produce una avería de este tipo en el circuito miniaturizado del transmisor subcutáneo de algún ciudadano, la computadora de control comunica la pérdida y se realiza una mínima comprobación de seguridad. Telecomuniqué con el sargento 1418; su imagen apareció al instante en mi pantalla.

—Llamada para comunicar avería de un transmisor, informe número 31. ¿Ha localizado ya la cinta personal del sospechoso?

—Ahora mismo iba a llamarle, señor controlador.

En la pantalla apareció el segmento estadístico de una cinta personal. El sospechoso era repulsivamente musculoso, de cabellos y ojos negros, con la cara cuadrada y un feo cuello grueso. Peso, 85 kilos; estatura, 1,87 metros; nombre 36/204/GS/8219. Un ciudadano del estado 36, ciudad 204, empleado en el centro de Comunicaciones.

—¿Cuál es su estación CenCom, sargento?

El sargento parecía preocupado.

—Ah… Controlador, señor, el…, ah… Artefactos, señor.

—¿Artefactos? ¿Trabajaba en Audiovisual, 1418, o era…?

—Negativo, señor controlador. Era.., compilador de material de lectura, señor.

—¿Tenía acceso a las cintas de archivo de libros?

—Afirmativo, señor controlador.

—¿Se le ha advertido a 8219 que dispone de una hora para presentarse en un centro médico y que le cambien el transmisor?

—Nosotros… Negativo, señor 8219 no se presentó a trabajar esta mañana, señor controlador.

El asunto se estaba agravando rápidamente.

—¿Ha dado aviso de enfermedad, 1418?

—Negativo, señor controlador. Enviamos un helitransporte a su unidad de vivienda, pero su informe también es negativo.

De pronto tenía las palmas de las manos húmedas. ¡Habíamos perdido contacto con el ciudadano 8219! Una avería en un transmisor individual era una cosa, sólo una falta leve; pero, una interrupción deliberada del contacto era un delito, pues posiblemente podía implicar una desviación de la norma.

—Órdenes dentro de dos minutos —le espeté secamente.

Apagué la pantalla y, empapado de sudor, pulsé la combinación del control computarizado en busca del manual de acción aplicable. Mientras esperaba, calculé mi nivel de ansiedad y me tomé la dosis de tranquilizante psicotrópico que recomendaba el manual para ese grado de agitación. Las microcintas fueron introducidas en mi audio registrador; cuando las instrucciones empezaron a resonar en mis auriculares, reactivé la pantalla del telecomunicador y se las transmití al sargento 1418.

—Acordonen inmediatamente la unidad de vivienda del sujeto, pero no registren sus dependencias individuales hasta que yo llegue. Detengan e incomuniquen a todos los inquilinos presentes, arresten a todos los restantes en sus centros de trabajo y pongan en marcha el Plan de Acción Amarillo: Búsqueda coordinada intensiva en tierra firme y en todos los puntos del sospechoso 8219.

—A sus órdenes, señor controlador.

—Todos los individuos de su centro de trabajo serán procesados de acuerdo con el apartado 18:9 del Código Criminal: negligencia en la comunicación de una ausencia.

—Afirmativo, señor controlador.

Mis tranquilizantes comenzaban a controlarme la voz.

—Me presentaré al control DESNORM para recibir nuevas instrucciones. Prepárenme un helitransporte en el puerto siete.

Monté en la cinta transportadora para uso del personal y atravesé los amplios vestíbulos de una sedante luminosidad; todavía me temblaban ligeramente las manos. En la ciudad 204 no habíamos tenido un caso de desviación de la norma desde mi acceso

al cargo de controlador de seguridad, cinco años atrás. ¿Y si la Autoridad Superior consideraba que se había cometido una negligencia en la seguridad al autorizar el acceso del sospechoso a las cintas de almacenamiento de libros? Era una perspectiva desagradable. Gozaba de las prebendas de mi cargo; mi televisor, mis actividades sexuales supervisadas, mis medios químicos de placer; incluso había estado considerando la posibilidad de presentar mi esperma al banco de genes para que pudieran seleccionarme una esposa adecuada.

En el control DESNORM, anuncié mi nombre y graduación ante la pantalla; cuando apareció una figura en respuesta a mi llamada, apreté los puños y noté un acre sudor en las axilas: era el médico en persona, jefe de la Sección de Investigación de DESNORM y miembro de la Autoridad Superior.

—Pase, controlador. —Sonrió afablemente en la pantalla—. Seguridad nos ha anunciado por telecomunicador el contenido de su misión.

Su despacho interior poseía ventanas-pantalla en las que se proyectaba la película de las deslumbrantes torres blancas de la ciudad. Muy lejos, en dirección al océano y los extensos cultivos de plancton, se divisaba la franja verde del parque Tres. El médico uno era un hombre bajo, rápido y activo, calvo y con gruesas gafas. Estas y su leve cojera ya habrían bastado para caracterizarle como una Autoridad Superior: tales peculiaridades físicas sólo podían aparecer en una persona nacida de padres genéticamente no controlados, y sólo a un miembro de la Autoridad Superior podía habérsele permitido alcanzar la madurez con esas peculiaridades.

Me invitó a ocupar una silla junto a su mesa de trabajo de plástico, fijó en mí su mirada penetrante y sonrió exhibiendo unos dientes amarillos.

—Ha reaccionado usted con mucha prontitud a esta infracción de las normas de seguridad, controlador. Si el criminal 8219 es aprehendido prontamente, sólo recibirá usted una leve reprimenda.

Sentí una corriente de alivio mientras él apartaba otra vez la vista de la ventana, con discos de luz refleja centelleando en sus gafas.

—Hay varios detalles sugerentes. Los registros del banco de genes indican que su padre era un tipo decente y trabajador

especializado en telemetría de naves espaciales; pero su madre murió de una sobredosis masiva de suplementos químicos después de romper deliberadamente la telepantalla de su casa.

—Comprendo… la importancia de este hecho, señor. Ella…

—¿Lo comprende, controlador? —De pronto había cambiado su estado de ánimo—. Lo dudo, la sobredosis…, la destrucción de la telepantalla…

—Falta leve la primera vez, delito la segunda —dije automáticamente. Después del estallido volvían a temblarme las manos. Pero la breve furia del médico uno parecía apaciguada.

—Exactamente, dado que es obligatorio dedicar cuatro horas cada noche a su contemplación. Ahora bien, pese a la inestabilidad criminal de la madre, 8219 fue un niño brillante: brillante. Y como personalmente no reveló en absoluto ninguna tendencia a una desviación de la norma, al fin Seguridad le dio el visto bueno y se le concedió el puesto en el Índice de Material de Lectura que había solicitado. Lo había solicitado, controlador. Y no es un cargo que ansíen los trabajadores, ¿eh? Debimos haber sospechado algo.

Intenté aprovechar su humor aparentemente más relajado y empecé a decir:

—Sí, señor, comprendo lo que quiere decir, señor. Yo…

—Sinceramente, confío que lo comprenda, controlador.

—¿Señor?

Volvía a tener un nudo en el estómago.

—Su departamento le permitió el acceso a los libros. Su departamento ha llevado la investigación con rotunda incompetencia hasta el momento. —Su mirada malévola hizo desaparecer la sangre de mi cara—. Su informe preliminar, por ejemplo, no dice nada sobre el médico que realizó la operación ilegal.

—¿Operación ilegal, señor? No…

—¡La extracción del transmisor a 8219! —chillo. En una comisura de su boca apareció una manchita de espuma. Pero luego bruscamente volvió a sonreír y apretó los dientes amarillos. Prosiguió en tono académico—. Controlador, existen tres posibilidades en cuanto al criminal. Enumérelas, por favor.

—En primer lugar, señor, yo… —comencé a tartamudear—, yo diría que una sobredosis de un producto químico con un elevado

contenido de metanfetamina. —Su benigno gesto de asentimiento hizo fluir más fácilmente mis palabras—. En segundo lugar: perturbación mental o emocional, señor; ambas son corrientes. En tercer lugar…

Me interrumpí. No había una tercera posibilidad. Pero el rostro del médico uno palideció visiblemente; su delgado cuerpo deforme pareció hincharse. Sus ojos se abrieron grandes y redondos tras los gruesos cristales.

—¡Idiota! —chilló. La espuma volvió a manchar las comisuras de su boca y su cuerpo se puso momentáneamente rígido, como si estuviera a punto de sufrir un sincope catatónico—. ¡Una anomalía genética, imbécil! ¡Puede ser una anomalía genética! ¡Búsquelo! ¡Deténgalo!

Salí corriendo por los retumbantes pasillos rumbo al helipuerto con las maldiciones del médico resonando aún en mis oídos. Sentía nauseas a causa de la tensión. ¿Que podía hacer? ¿Cómo salvar la situación? De algún modo, camino del helitransporte, conseguí tragarme un par de tranquilizantes y así pude llegar a la unidad de vivienda de 8219 al menos con una apariencia de control. Los residentes que estaban allí, en su mayoría esposas y niños, ya habían sido tranquilizados y charlaban animadamente con la policía de seguridad que los había retenido en sus dependencias individuales. Pude oírles mientras subía en el ascensor hasta el piso correspondiente de la vivienda.

El zumbido de la unidad de control ambiental era lo único que rompía el silencio de las habitaciones del criminal. Tal como dictaban las normas, la larga pared de la unidad central estaba ocupada por la telepantalla y las otras paredes estaban desnudas. No había ventanas, como es lógico; sólo la Autoridad Superior está autorizada a tenerlas.

Fue patéticamente sencillo descubrir el material de desviación de la norma: estaba en el dormitorio del criminal, en el cajón de las túnicas. Una libreta sustraída del almacén del CenCom —lo cual ya constituía una falta— y cuidadosamente cubierta de citas y aforismos copiados ilegalmente de las grabaciones de libros.

Creo que existen más ejemplos de reducción de las libertades de la gente a través de un avance gradual y silencioso de quienes ocupan el poder, que no por vía de usurpaciones violentas y

repentinas.

El pueblo jamás renuncia a sus libertades cuando no vive engañado.

Nosotros, y todos quienes poseen nuestra misma fe, preferimos morir de pie que vivir de rodillas. ¿Qué hombre en sus cabales, en nuestra ilustrada y totalmente libre sociedad, correría el riesgo de privación de la existencia por el mero gusto de darle vueltas a esas lamentaciones? Bueno, pronto lo sabría, de eso estaba seguro. Pero no iba a ser tan sencillo. El criminal resultó muy difícil de aprehender. Para empezar, surgieron otros casos que dificultaron aún más las tareas de seguridad. Un peón de una granja de plancton mató, en un arranque de locura, a una docena de compañeros de trabajo y se produjeron una serie da violaciones en los sectores 11:4 y 11:5 del mapa. Evidentemente, el asesinato y la violación no son crímenes graves como sucede con la desviación de la norma; pero su investigación y la recomendación de las multas adecuadas tuvo ocupados a algunos agentes. Asimismo, para demostrarle al médico uno de dónde procedía el relajamiento de las normas en el departamento, recomendé la castración del sargento 1418 y su traslado a las granjas de plancton, por negligencia en sus tareas en el caso de la huida del criminal 8219. El adiestramiento de su sustituto requirió algún tiempo.

Pero el decimoquinto día de la huida de 8219, en mi telepantalla apareció el rostro sereno y eficiente del sargento 1419.

—Tenemos rodeado al criminal 8219, señor controlador. Sector 11:6 del mapa, coordenadas Ac, Bf.

Mi localizador visual hizo aparecer ese sector sobre mi pantalla. El parque Tres, esa densa zona boscosa imitación del «medio ambiente natural» de nuestros primitivos antepasados y que yo había visto desde la ventana del médico uno. ¡No era de extrañar que no le hubiéramos encontrado hasta entonces! ¿Cómo se las habría arreglado para sobrevivir allí? ¡En el parque Tres ni siquiera existen conexiones eléctricas a las que poder acoplar una unidad portátil de control ambiental!

—Iremos directamente allí, sargento.

El manual dice que los criminales acusados de desviación de la norma deben ser aprehendidos sanos y salvos a fin de poder utilizarlos como sujetos experimentales para los diagnósticos

médicos de DESNORM, y esto nos hizo pasar algunos momentos de tensión. En cierto momento, el criminal, un bruto físicamente muy fuerte con desagradables y bien dibujados músculos, rompió el cordón policial, derribó al guardia de la unidad de helitransporte y ya había llegado a la mitad de la escalerilla cuando alguien disparó un rifle de red y le inmovilizó.

Al día siguiente inicié mi interrogatorio preliminar bajo supervisión de los altos oficiales de DESNORM —entre ellos tal vez incluso el médico uno en persona— a través de la telepantalla.

—Criminal 8219, una vez que este interrogatorio preliminar haya establecido su culpabilidad desviacionista con respecto a la norma, los oficiales de DESNORM le examinarán para determinar si es posible adaptarle otra vez a la sociedad mediante una leucotomía, o si debe ser sometido a una disección.

—¿Sin anestesia supongo?

La perspectiva no parecía preocuparle; incluso sonrió simpáticamente cuando lo dijo.

—Desgraciadamente es un imperativo científico. De momento, hoy se iniciará la destranquilización forzosa…

—De todos modos ya no tomo psicotrópicos:

Di un vistazo a su expediente físico, el cual me confirmó el hecho casi increíble, de que no utilizaba ningún recurso químico. ¿Cómo podía soportarlo? Pero este hecho le convertía en un contrincante mucho más formidable. Comencé a presionarle.

—Criminal 8219, debe decirnos el nombre de su cómplice: el médico corrupto que le extrajo quirúrgicamente el transmisor individual de la espalda.

Volvió a dirigirme aquella sonrisa extrañamente seductora:

—Yo mismo lo hice, contro, con un cuchillo para preparar alimentos y dos espejos.

Rápidamente comprobé los informes de laboratorio referentes a sus habitaciones. Se habían encontrado dos pequeños espejos manuales y un cuchillo con restos de su sangre en la hoja. Junto a la base de su unidad de eliminación de excrementos había aparecido un fragmento de una pieza del circuito de un transmisor individual. Pero ¿cómo había podido resistir el dolor?

—¿Duele mucho arrancar algo del tamaño de la uña de un bebé de debajo de la superficie epidérmica, contro?

—Soy un controlador —dije fríamente.

Señaló la telepantalla del monitor con el pulgar.

—¿Teme tener problemas con los chicos de DESNORM? —Sacudió la cabeza—. Saben que usted es incorruptible, contro. Generaciones de control genético lo garantizan. Claro que esa pequeña pandilla de psicópatas endógamos llamada Autoridad Superior me teme precisamente por eso: temen que pueda poseer algún material genéticamente incontrolado…

—¡Los controles genéticos se crearon con toda justificación! —le espeté, molesto por su malévola difamación de la Autoridad Superior.

—¿Porque hace doce generaciones el nivel de población era tan alto, la sobreaglomeración humana tan intensa, que una humanidad con sus agresiones intactas probablemente habría explotado en continuas violencias? Desde luego. ¿Pero cuánto control puede ejercerse sin que las personas dejen de ser personas y se conviertan… en otra cosa?

Interrumpí bruscamente el interrogatorio; aquel hombre me asqueaba. Y sentía una cierta aprehensión, con todos los médicos de DESNORM ahí mirándonos. Pero al día siguiente volvió a las mismas nada más empezar.

—¿Sabe una cosa, contro? Los controles han convertido a la gran masa de la humanidad en una masa de ganado inteligente pero sin voluntad, no más importante para la Autoridad Superior que los dinoflagelados y celentéreos de esas granjas de plancton ahí afuera. Naturalmente, nadie manipula la estructura de quienes forman parte de la Autoridad Superior…

—Hay buenas y suficientes razones…

—Sin duda. Una vez desprovisto de sus agresiones, de su espíritu competitivo, el hombre es incapaz de tomar decisiones; para poder dirigir las casas, la Autoridad Superior debe permanecer incontrolada. Pero hay algo más, los miembros de la Autoridad Superior necesitan esas agresiones para la lucha por el poder que debe desarrollarse constantemente entre ellos.

Aunque me repugnaba, seguí intentando sonsacarle más.

—No tenemos noticia de esa lucha…

—Naturalmente que no —sonrió—. Pero apostaría que quienes salen derrotados son despojados del poder, la descendencia y la

posibilidad de tener más hijos. Conque… eso me convierte en un ejemplar único: la única persona con genes incontrolados fuera de la estructura de poder. Ya comprenderá que era preciso aprehenderme.

—¿En serio? ¿Y cómo ha conseguido tener esos «genes incontrolados», como usted los llama?

—Mutación. Tiene que ser esto. Soy una anomalía natural una reacción. Mis padres, como los padres de todo el mundo, también eran productos del banco de genes, de modo que ésa es la única manera de explicar las diferencias que he observado entre mí mismo y todos los demás.

—Y en cuanto observó esas diferencias, traidoramente comenzó a hurtar material secreto de los textos grabados; interrumpió deliberadamente el contacto con el computador de control; destruyó…

Abrió los brazos y se echó a reír…

—¿Se da cuenta, contro? Un clásico ejemplo de desviación de la norma. En cuanto a por qué lo hice: ¿quién sabe? ¿Quién podía saberlo realmente? Mi interrogatorio había concluido. Le acompañé hasta el Control de DESNORM sobre la cinta transportadora para uso del personal.

Puesto que en el pasillo no existen controles sonoros, le hice una pregunta personal.

—Usted ha hecho todo esto de manera deliberada, criminal 8219; pero, sin embargo, no está loco. ¿Por qué no se contentó con seguir trabajando en el Índice de Material de Lectura, aun cuando ocultara los impulsos desviados de su cerebro?

Esbozó aquella súbita sonrisa y me agarró del hombro.

—Lea la última nota de mi cuaderno, contro. Recuerde los delitos menores y los sectores del mapa. Y luego lea algo sobre las propiedades físicas de los mutantes. Y después, si consigue adivinarlo: felices pesadillas. Pues no hará usted nada para impedirlo.

Como oficial autor de la detención, tenía que permanecer detrás de la ventanilla de observación del laboratorio experimental de DESNORM cuando le trajeron para atarlo a la mesa de disección. ¿Cómo era posible que un hombre, totalmente destranquilizado, fuera capaz de afrontar tan fríamente la extracción quirúrgica

sistemática y sin anestesia de todos sus órganos corporales, uno a uno?

Sin embargo, el criminal parecía extrañamente alegre, incluso se sentó de un salto al borde de la mesa de operaciones, balanceando los pies como un niño. Y durante ese crítico instante, su actitud desafiante atrajo todas las miradas, los pensamientos, de todas las personas presentes en la habitación.

—Apuesto a que no son capaces de arrancarme ni un «ay» —dijo, sonriente.

Y con estas palabras cogió un reluciente bisturí de la bandeja de instrumentos y se atravesó la garganta en un santiamén. La roja sangre arterial escarlata comenzó a brotar, salpicando a los guardias, a los médicos y a la Autoridad Superior, sin distinciones.

Ese suicidio desencadenó una serie de trágicos sucesos. Los agentes de DESNORM responsables del caso fueron sentenciados a privación de la existencia en los crematorios de desechos geriátricos; pero eso era justo. Habían descuidado su deber. Sin embargo, apenas dos días después de la muerte del criminal 8219, un accidente de la unidad de helitransporte, entre la ciudad y la finca rústica del médico uno, le arrebató a su mujer y sus hijos. Y antes de que pudiera recuperarse de la terrible pérdida —al día siguiente mismo, a decir verdad— se quedó encerrado por error en la sala de radiación de DESNORM y quedó accidentalmente estéril. La Autoridad Superior anunció con gran dolor, su permanente retiro prematuro.

Conque pasaron varios días antes de que pudiera disponerme a cerrar el Expediente Criminal 36/204/GS/8219. Desgraciadamente fui pasando las páginas de ese desgraciado cuaderno hasta llegar a la última nota. No había nada especial en ella: uno de esos tontos sentimientos que ya había observado el primer día cuando descubrí el cuaderno.

Nosotros, y todos quienes poseen nuestra misma fe, preferimos morir de pie que vivir de rodillas.

Imaginé que realmente podía ser en cierto modo una explicación para una mente perturbada. Pero, ¿había algo más en esas palabras? Faltas leves. Y sectores del mapa.

Y… ¿las propiedades físicas de los mutantes? Sí.

Se había despertado mi curiosidad. Introduje la rejilla con los

sectores del mapa en el detector visual, al mismo tiempo que ordenaba a la computadora que me pasara una cinta informativa sobre los mutantes por el detector auditivo.

Lo habíamos aprehendido en el sector… ¿qué sector?, ¿el 11:4?, ¿el 11:5? No. Se habían producido una serie de violaciones en esos sectores. El parque Tres estaba en el sector contiguo, el 11:6. Pero, a ver, un minuto. La violación era una falta leve. Y los sectores del mapa eran contiguos. Y las violaciones se habían producido durante los mismos quince días que el criminal 8219 había estado escondido en al parque Tres. Y…

Aberración o mutante, canturreaban mis auriculares. Súbita desviación de la pauta paterna en cuanto a una o más características heredables, debida a una alteración de un gen o cromosoma, lo cual da lugar a un nuevo individuo o una nueva especie.

Presa de un repentino terror, me dejé caer gimoteando sobre la mesa, mientras mi mano hurgaba en busca de un tranquilizante. Características heredables: ¡los mutantes podían reproducir sus propias mutaciones apareándose con hembras de la especie paterna! ¿Pesadillas, había dicho él? ¡Puro terror! ¿Cuántas mujeres violadas y encintas no habrían denunciado el caso? ¿Mujeres casadas, tal vez, en quienes ni siquiera los controles genéticos han conseguido erradicar por completo el instinto maternal? ¿O adolescentes a quienes no les habría preocupado un aborto, pero no querrían ser esterilizadas como se hace automáticamente con todas las víctimas de una violación? ¿Muchachas que podían señalar a un novio como padre, asegurándole así la posibilidad de que el niño naciera y luego fuera criado por al Estado? ¿Cuántas mujeres?

El tranquilizante me permitía volver a respirar, pensar, reflexionar. Y si tan sólo uno de esos fetos salían adelante y vivía, el tejido mismo del Estado se vería amenazado. Podría aparecer toda una raza de los viejos hombres rebeldes. Mi deber estaba claro. Debía dar parte a DESNORM. Luego, una limpieza inmediata de los sectores afectados, abortar todos los embarazos, esterilizar a todas las mujeres.

Telecomuniqué a DESNORM.

—Médico uno, urgente. Control de seguridad.

—Está en una conferencia, controlador. Le avisaremos.

Esperé. Y, entonces, nuevamente fui presa del pánico. ¡El criminal 8219 era responsabilidad mía! Su suicidio me convertía en parte involuntaria de ese monstruoso crimen de desviación de la norma. ¡Sería privado de la existencia como elemento accesorio del crimen del criminal 8219!

—¿Sí, controlador? —El nuevo médico uno me miró fijamente desde la pantalla, con los ojos ligeramente saltones, el cabello lacio pegado al cráneo como fibras de algas arrastradas por la marea.

—Yo…, señor… —¡Pero no era justo!—. Señor, yo… ¿Están previstas nuevas actuaciones relacionadas con el expediente criminal 36/204/GS/8219?

—Expediente cerrado —bramó—. Introduciremos una amonestación en su expediente personal controlador, por solicitar información sobre un expediente cerrado.

La pantalla se apagó y yo permanecí jadeante. Sólo una amonestación, en vez de la muerte. ¿Qué importaba, en el fondo? La Autoridad Superior había decretado que no pasaba nada; el expediente estaba cerrado. Y la Autoridad Superior siempre tiene la razón. Y sin embargo… Y sin embargo…

Todavía ahora, la Autoridad Superior ignora el diabólico plan del criminal. No sabe que él, a sabiendas de que eso significaría su propia muerte, había maquinado un plan para reproducirse, con sus aberraciones genéticas, de la única manera posible sin que se procediera a realizar un escrutinio genético de la prole. Y la Autoridad Superior tampoco ha previsto, como lo había hecho el criminal, que mi código genético, con sus aprensiones incorporadas, me hace incapaz de denunciar su vil complot contra el Estado. ¿Tiene siempre razón la Autoridad Superior?

Me tiemblan tanto las manos que apenas consigo abrir el cajón del escritorio y sacar lo que necesito; luego sigo el único curso de acción posible para mí.

Me tomo un tranquilizante.

La novia mecánica

Gerald Arthur Alper

Salió de un profundo sueño, demoníaco, convencido al fin —diez mil razones subconscientes así se lo murmuraban— que su amada era mecánica, como todas las demás. No era una cosa demasiado extravagante. Según sus recortes de periódicos, en Manhattan se habían descubierto ya tres casos. Aunque en cada uno de ellos había sido precisa una autopsia, solicitada por el engañado aunque nada receloso amante, para descubrir el fulgurante secreto.

—¿Por qué no tiene hijos? —se lamentaba, prisionero ahora de su idea, mientras se paseaba miserablemente por el bonito dormitorio del segundo piso: una de las nueve atrevidas habitaciones de la casa de campo rococó con chimenea, completada con una esplendorosa escalera, grandes vitrinas, relucientes revestimientos de espejos y un augusto patio, que un muro separaba del tráfico.

—¿O por qué está tan maravillosamente contenta? ¿Y por qué también le visitaban a él sonidos prohibidos en sus sueños: distantes aullidos de sirenas, o fuertes maullidos de gato, el tañido de una apagada campana, a veces un melodioso zumbido ascendente? Recordó un remoto sueño difuso en el cual se imaginaba a su amada, con los brazos extendidos frente a ella, el rostro congestionado y azul, babeante en su sueño, sólo que su voz chillona era, repulsivamente, la de un juguete. «¿Había sangrado alguna vez ante sus ojos? —se preguntaba—. ¿Había presenciado él alguna vez su vivo flujo de sangre?».

Sumido en tal perplejidad, apartó el florido y pesado edredón del torso de su amada —la que durante dos años había reposado serenamente así cada noche, hundida de manera parecida entre los

almohadones de satén— y con ansiedad casi metafísica, la examinó desde diversos ángulos: ricitos de cabello rubio como la miel que caían desde las sienes, suaves como las de un niño, hasta los frágiles hombros, sus vehementes labios entreabiertos, una lozanía reluciente en las mejillas, brillantes párpados surcados de venitas, una piel lisa, fresca y resplandeciente.

Impetuosamente le desabrochó el kimono, bajo los reflejos de las extrañas luces de la ciudad que penetraban por la enorme ventana del dormitorio, apretó la oreja debajo del sonrosado montículo de su exquisito seno, en busca del latido de su corazón, y permaneció así tanto rato —sin oír nada excepto su propio jadeo— que por fin ella se despertó.

Perfectos ojos azules, ahora, que se abren como flores, un cuerpo sinuoso que salta carnalmente a la vida y morenos brazos ronroneantes que le atraen hacia ella, que deja desarmado a Zorn; Zorn, el napolitano, embrillantinado, jocundo idolatrador de la espontaneidad, quien, feliz de olvidar, ahoga su compulsión en la letalidad del más bestial amor de toda una noche.

Pero a la mañana siguiente, en ruta hacia la casa de Flacon el Aristócrata, cruzando en monorrail por el Manhattan blanco cabrío, manchado, suavizado con luminiscencias, moteado de minaretes, futurista, volvió a renacer su demonio de dudas pellizcándole una y mil veces. Era absurdo, pero se había estremecido como atacado de parálisis al oír cierto cloqueo en la garganta y un gruñido en el estómago, jamás advertido hasta entonces, que acompañaba la ingestión del desayuno de su amada; después palideció como la harina ante el espectáculo doméstico de su amada lavando un solo plato (sus dedos se habían movido a una velocidad demasiado borrosa para su gusto); quedó trastornado más allá del límite de lo tolerable por lo que hasta entonces le había seducido: su apariencia de muy celebrada, modelada pulcritud de muñeca. Y lo más significativo de todo: a primera hora de la madrugada había explorado, centímetro a centímetro, su epidermis que le había parecido porosa y bastante viable; pero además había descubierto algo con lo que nunca había topado antes en sus recorridos amorosos: en la base de la columna, grabada con el más tenue tatuaje, la palabra «Jane», una anomalía que ella imputó rápidamente a un impulsivo acto infantil que no volvería a repetir.

Todo esto y mucho más le comunicó Zorn, en su animado estilo italianizado, a Flacon, el anciano aristócrata burlón de finos labios. Conversaban sentados en monstruosas sillas mecánicas que, por medio de un botón, podían sobrevolar las innumerables escaleras que jalonaban ese fantástico reino: la superhumana proliferación de surrealistas juegos mecánicos (en realidad, un inmenso taller), esculpida en las entrañas de la vieja Casa de la Risa de Coney Island, con Flacon al frente como capataz. ¿Recuerdan esa antigua cúpula de placer con cara de bufón, la del gigantesco tobogán, el oculto chorro de aire que hinchaba las faldas y el voluble espejo burlón que fascinó a las tristes multitudes del siglo XX? ¿Y quién salvo unos pocos habría profetizado que cien años más tarde se habría cerrado el circulo completo, al menos en este curioso aspecto particular: esto es que las masas desnervadas, arruinadas por los incesantes opiáceos emotivos, se tornarían impotentes, incluso en la ejecución de su prerrogativa de voto; que, correlativamente, el Superestado de Occidente y su presidente adquirirían carácter de dioses en su hegemonía sobre el postrado proletariado; la cual culminaría en la autoproclamación no discutida por nadie de nuestro reciente emperador; su inusualmente indiscutida y pacífica designación de unas clases sociales inflexibles; con aristócratas terratenientes con título nobiliario, tales como Flacon, en la cúspide y, en el lugar más bajo, esclavos como las altas lesbianas marimachos vestidas con chaquetas que ahora flanquean y atienden a Flacon y, curiosamente, embotan el espíritu de Zorn; la conjunción de ambas clases, la más alta y la más baja, contribuiría a hacer realidad el último capricho del emperador: esto es, la creación de un metafórico y estético Coney Island; más concretamente, la conversión de los sucesos soñados al estilo Alicia-en-elPaís-de-las-Maravillas en juguetes y construcciones con una terrible realidad mecánica, para dejarlos correr sueltos por Manhattan?

—Sus ojos podrían ser receptores electrónicos de luz pintados y recubiertos de caucho… Su piel, un trasplante. Su corazón, esto es fácil, una bomba corriente que serviría… su cabello, una fina peluca injertada, tal vez incluso de fibra…

Al llegar aquí, Flacon interrumpió, su enumeración e, incontrolablemente seducido por estas ironías estalló en una risa

crecientemente aguda que, repetida atronadoramente por el eco, fue trepando por las vigas de la cavernosa bóveda vampiresca: más allá de las plataformas-escenario, intercaladas y adosadas a las empinadas escaleras, donde lesbianas mecánicas con gafas y blandiendo soldadores martilleaban cuerpos de maniquíes sin cabeza, vadeaban a través de extravagantes embrollos de exóticas marionetas, soldaban pequeños animalitos robotizados o perversas máquinas de guerra leonardescas, o simplemente inyectaban elementos nutritivos a extrañas masas celulares, que hacían pensar en cerebros humanos en embrión.

—Pero tu temor es absurdamente improbable, inconcebible —le tranquilizó Flacon, que había ahogado apresuradamente su risa. A fin de cuentas, ¿no quería a Zorn, ahora petrificado? ¿No había recogido hace años a ese campesino mediterráneo bajo su protectora ala de petimetre? ¿Y no le había ayudado a alcanzar lo mejor que podía conseguir, un importante cargo en una de las principales fábricas subterráneas del emperador, como bien pagado y despreocupado remachador?—. Los tres casos que me citas —prosiguió fríamente Flacon—, revelan una mentalidad de maníaco. Vas más allá, mucho más allá, de las más extremas fantasías de nuestro adorado emperador. Sin embargo, sigues dudando. ¿Y su cerebro es una computadora?, te preguntas, con sus recuerdos transistorizados y almacenados. Ella no tendría alma, luego, ¿es esto lo que te atormenta? En ese caso debes ponerla a prueba, Zorn, para descartar cualquier posibilidad. Podrías pasarla por los rayos X. Sería difícil. Humm. ¿Cómo podrías averiguarlo?

En el arrugado aplomo da Flacon apareció un aire de enternecida astucia, como si estuviera explorando los más recónditos pozos de su fabulosa experiencia en busca del arcano del alma.

—Hazle oír música, una música majestuosa, cortesana. ¿Cómo podría apreciarla? Obsérvala intensamente. Ella supuestamente no es humana, ¿recuerdas? Finalmente, la querida sangre de su corazón, sobre todo la que fluye por la aorta, no podría ser falsa de ningún modo. Aunque podría resultar peligroso para ti. Pero yo te daré la señal.

Y Zorn, esclavo ahora de la obsesión de que su amante era mecánica, siguió los consejos de su mentor. ¿No soñaba nunca

Jane? Convertido en vigilante de sus sueños, cada noche le ponía electrodos en los párpados y en las sienes. Hasta que, finalmente, un día se despertó cuando su amante le conectaba los cables, emitió un aullido tan largo y penoso que Zorn renunció a su experimento, pidiéndole perdón. ¿Sería traidora su piel, de la que más sospechaba cuanto más la examinaba? ¿Estaría rellena de grasa o sostenida por varillas de alambre? A petición suya, con una elaborada excusa, Jane, que opuso vigorosas quejas fue sometida a un examen múltiple por rayos X. Y sus huesos, más rectos y más compactos de lo que él hubiera deseado, solidificaron su duda.

Para tender una emboscada a su espíritu, el ardiente napolitano dedicó sus ahorros a adquirir una estética trova: una grabación con varios siglos de antigüedad de un maestro violinista ejecutando el más sublime y fantástico solo. ¿Qué música, por Dios, podría conmoverla?, gimoteaba Zorn, pues sus ojos azules permanecían estáticos sin vida mientras sonaba la grabación.

Siete noches después de hablar con Flacon y de realizar su desconcertado experimento, Zorn estaba en su patio, bajo una humeante franja de luna de Manhattan, de pie junto a un níspero partido y ennegrecido, que, fantásticamente, había sido herido por un rayo. Sabía que ese año marcaba el otoño de su amor, que de no ser por su esfuerzo se habría saciado, ineludiblemente, de Jane. Lo cual era la razón de que ahora, más que nunca, le dejara desconsolado pensar que tal vez jamás la había poseído. Mirando el árbol, hizo memoria: meses atrás; mientras sus manos acariciaban la corteza, la alada descarga de un relámpago estival había destrozado maravillosamente el níspero y, en ese ocre resplandor llameante, el brillo fosforescente de la cara de Jane le pareció animado de una inefable belleza sobrenatural. Ahora, hombre condenado, se preguntaba si el rayo no habría brotado del suelo, atraído por algo metálico y macizo en su cuerpo.

Sumido en un doloroso y monótono trance, Zorn comenzó a deambular sin sentido por su pequeña mansión de escaso gusto, adquirida en busca de belleza. Jane había llamado a su puerta tres años atrás, para pedirle huevos y mantequilla; y a él desde el principio le encantó la dulce armonía de su cara y de su cuerpo, y se compadeció de su desventurada y desolada infancia, de la que ella no se dignaba hablar.

Por inercia, Zorn subió la flamante y encumbrada escalera, dando vueltas en vano a estos pensamientos; y una espantosa premonición afloró veloz de su subconsciente y bramó en su conciencia: «No tiene madre». Y le impulsó hacia el pesado libro de pergamino guardado en el armario en lo alto de la escalera: el álbum de familia de Jane, que por algún motivo nunca le había mostrado.

Ahora, mientras pasaba rápidamente las paginas; Zorn recordó: sus huesudas groseras hermanas con sus anchas sonrisas y amables, ansiosos, apretones de manos; todavía podía sentir su viscoso contacto; su persistente sospecha de que eran lesbianas, ambas.

Pero la fotografía de su padre estaba rasgada a la altura de la cabeza y no había ninguna página dedicada a su madre.

Zorn inició una frívola, histérica, ahogada risa cuando vio de reojo la puerta de su dormitorio, varios centímetros abierta; y en el acto supo que Jane se había levantado sonámbula —algo que hacía raras veces, con los brazos extendidos—: su punto de destino, como en otras ocasiones, era el enorme armario donde estaban guardadas, en forma de abanico, las muñecas de porcelana y de plástico que tanto adoraba Jane y que Zorn le compraba devoto con su paga de remachador. Como en otras ocasiones, Jane estaba sentada en el suelo, meciéndose suavemente, mientras iba amontonando con reverencia, uno sobre otro, los diminutos maniquíes en su regazo. Salvo que esta vez sus ojos —lo cual desde entonces atormentó a Zorn—, ni azules ni cerrados, eran pequeñas claras de huevo vueltas hacia arriba y su rostro aparecía animado por la más extraña, más prostituida sonrisa, que lo hacía monstruoso. Un primitivo instinto de protección impulsó a Zorn a tapar la boca de Jane con su mano callosa cuando ella se disponía a hablar. Pues en ese momento, aquella pipeante vocecita de muñeca que poblaba sus pesadillas le habría desquiciado definitivamente.

La presión despertó a Jane, pero sólo parcialmente. Sus brazos seguían hipnóticamente extendidos como si quisieran atraerle o atraparle; y le obligaron a retroceder a través de unas puertas francesas hacia una encantadora terraza descubierta, rociada ahora por la serena luz de la luna que se cernía sobre su patio.

Zorn, con la cabeza echada hacia atrás, al fin apaciguado, inspira profundamente. Ha decidido, con gran dolor, que debe

descubrir la verdad. Arriba, como para contrarrestar su coraje, dos grandes águilas, bañadas de fosforescencia —éste es uno entre la multitud de mandatos del nuevo emperador— glorifican los cielos nocturnos.

Ahora suena el desgarrado silbido chillón que dirige a Zorn hacia lo que ha estado anhelando: la figura encapuchada y vestida de rojo de Flacon, montada a horcajadas sobre el níspero, se señala el corazón con un dedo descolorido y brilla llena de astucia senil.

Casi simultáneamente, Zorn arroja el hacha, que encuentra a punto ya a su lado, en busca del corazón de su bella, su amor, su Jane, cuyos dedos y uñas se aferran a su estómago, con una fuerza que él jamás sospechó. Zorn retrocede y, con borrascosa furia de toro, los angelicales rizos de Jane en el puño, tira de sus cabellos, que se separan de una brillante calva desnuda como una fina peluca implantada. Del hacha, clavada en su pecho, brota un chorro azul eléctrico; sus dientes castañetean. Y ahora, con esa voz de pesadilla, los brazos y las piernas estremeciéndose en enloquecidos espasmos —de su corazón de muñeca solitaria, ahora verdaderamente desdeñada por su amante— brota una triste, femenina, última voluntad:

—Baila, mi amor.

Y Zorn, más locamente enamorado que nunca, estrecha su espléndido cuerpo, llena de besos su cráneo, sus dientes, su herida. Y juntos bailan una danza desenfrenada a través de la enorme casa. Hasta la habitación de los mil espejos.

Suena la música; majestuosas trompetas suenan como si quisieran animar su danza todavía en pleno auge. Sí, y Flacon y otros aristócratas trompetistas entran en imponente desfile, cada uno de ellos gloriosamente encapotado y cubierto con una cabeza de cabra, de lobo, de zorro o de león. Ahora se hace un silencio de muerte. Los aristócratas apuntan al unísono sus trompetas, como rifles, sobre Flacon, cuyos ancianos ojos echan chispas, fijos en Jane, que a su vez le devuelve una intrigante sonrisa.

Pero ahora Zorn, con ayuda del muy evidente y benigno paternalismo de la mirada de Flacon, recuerda lo que siempre supo: el maravillado niño de diez años acurrucado junto a su protector mientras introducía las gelatinosas tripas de Jane en el armazón de acero de su torso. Sus ojos se desvían tristemente de Flacon y este

recuerdo lleno de dolor, y se posan en el alto espejo situado diagonalmente frente a él. Y así, desprevenidamente, por fin acaba descubriéndolo todo: ve sus brazos y sus piernas retorciéndose en enloquecidos espasmos bailoteantes bajo su cara napolitana, llorosa, de robot.

Falso amanecer

Chelsea Quinn Yarbro

La mayoría de los cuerpos estaban cerca de los silos y los depósitos de almacenamiento, donde finalmente se habían replegado los defensores. Acorralados entre los Piratas y el Sacramento, habían sido diezmados hasta el último hombre. Entre los pocos cuerpos de piratas, Thea descubrió algún que otro uniforme. La bofia al fin se había pasado al otro bando.

Avanzó cautelosamente, con cuidado, entre el hedor de los cadáveres derribados, saqueados. No había sobrevivido durante veintiséis años por temeridad.

Ya anochecido, partió rumbo al este; hacia Chico, o lo que quedaba del lugar. Aquí los Piratas se habían tomado la revancha con las pocas gentes que quedaban en la ciudad.

Había hombres terriblemente mutilados, colgados por los pies en los postes de la luz, girando y balanceándose en el aire. Y había mujeres.

Una de las mujeres todavía no había muerto. Su cuerpo destrozado colgaba desnudo de un rótulo roto. Tenía las piernas muy abiertas y atadas con cuerdas. Sus piernas y su vientre estaban ensangrentados; tenía grandes hematomas en la cara y en los pechos, y la habían marcado con una gran «M», de mutante.

Cuando Thea se le acercó, la mujer se agitó en sus ataduras y emitió una risa chillona que acabó en un sollozo estremecido: «Quiera Dios que nunca me vea así —pensó Thea, observando las espasmódicas sacudidas de las caderas de la mujer—. Así no».

Algo se movió al final de la calle y Thea se quedó paralizada. No podía correr sin ser vista ni podía quedarse para comprobar si eran los Piratas. Avanzó lentamente, confundiéndose con la sombra de

un destripado edificio, y desapareció en la oscuridad, siempre en guardia.

Las criaturas que aparecieron eran perros; seres flacos, miserables, con ojos ribeteados de rojo, preparados para la pelea. Thea conocía bastante bien a los perros salvajes para comprender que iban a la caza de carne. Y la encontraron en la mujer. El mayor de los perros se le acercó arrastrándose sobre el vientre, gimoteando un poco. Se acercó un poco y mordisqueó la pierna más próxima a él. Aparte de soltar un largo aullido de risa, la mujer no hizo nada. Envalentonado, el perro avanzó hacia ella e hincó un diente más decidido en la pierna. La respuesta fue una sacudida y un grito, seguido de una risa baja. Los otros perros se envalentonaron. Todos comenzaron a lanzar rápidos, vigorosos ataques, arrancando trocitos de carne de las piernas y los pies de la mujer, cada vez más osados al comprobar que no encontraban resistencia.

Thea lo observaba todo petrificada entre las sombras, mientras ajustaba una punta de flecha en su improvisada ballesta. Luego apuntaló el antebrazo y apretó el gatillo.

La aguda risa sollozante se interrumpió con un burbujeo y un suspiro cuando la flecha penetró en el cuello de la mujer. Luego no se oyó nada, excepto los gruñidos de los perros.

Thea se alejó de los perros envuelta en las profundas sombras del paseo. «No había pensado en esto —se dijo en tono acusador—. Habrá más perros. Y ratas», pensó al cabo de un momento.

Sin detenerse, tensó otra vez la ballesta y le acopló otra punta de flecha.

«Probablemente no era un mutante —reflexionó—. Tal vez sólo era una mujer sana». No quería ni pensar lo que harían los Piratas con la propia Thea, genéticamente modificada como estaba.

El rumor de los perros se extinguió en las sucias calles vacías a sus espaldas. De trecho en trecho descubría montones de cuerpos, algunos muertos en la lucha, otros por causas más siniestras. Muchos estaban marcados con la «M». En dos ocasiones descubrió las señales inconfundibles de la nueva lepra en las caras ciegas, con la piel descamada y con el tinte grisáceo que la asociaba a la antigua enfermedad. Pero a diferencia de la primera lepra, esta nueva variedad era contagiosa. Y los Piratas se la habían llevado consigo.

Se frotó la oscura piel endurecida, a la que el sol había dado hacía tiempo un tinte moreno cobrizo. Hasta el momento había tenido suerte y había logrado resistir a la mayoría de las nuevas enfermedades; pero sabía que, incluso en su caso, algún día acabaría agotándose la buena fortuna. Aun suponiendo que consiguiera llegar al poblado del Gran Lago y ellos la aceptaran.

Llevaba ya más de una hora de camino. Chico había quedado atrás y Thea seguía avanzando hacia el este a través de campos arruinados y tierras cenagosas. Las últimas cosechas habían sido arrancadas del suelo y ahora los tallos pisoteados se entrecruzaban como grandes culebras mojadas. Una densa fosforescencia flotaba sobre la ciénaga, una luz que no iluminaba ni calentaba. Thea conocía la fuente de esa luz, pero esquivó el lugar. El valle había dejado de ser una zona segura desde el desastre del Sacramento, ocurrido cuatro años atrás. Antes de que se hundieran los diques, este valle había sido un refugio contra la polución que lo rodeaba. Ahora, con el delta convertido en un maloliente cenagal químico, el curso alto del río iba cediendo progresivamente al avance de la contaminación.

Tropezó y vio un gato muerto a sus pies. Las alimañas se habían ocupado de él: tenía el pecho desgarrado y las órbitas de los ojos estaban vacías, pero la piel se conservaba en buen estado. Sacudió la cabeza pensando en el despilfarro. Luego se acercó más y observó con sorpresa que las garras delanteras tenían el color tostado-anaranjado del tejido regenerado. Tal vez el animal había experimentado una mutación vírica, como ella.

O tal vez se le estaba contagiando el virus. Sin duda, otras cosas se estaban aferrando al cuerpo. Sacudió otra vez la cabeza y cubrió el pequeño cadáver con tallos podridos, consciente ya en el momento de hacerlo de que era un gesto inútil.

El terreno iba haciéndose más pantanoso a medida que avanzaba, los viejos tallos se habían convertido en una infame masa viscosa y pegajosa. Miró hacia delante en busca de un terreno más firme y descubrió una franja de agua oleosa que se movía morosamente bajo la pálida Luna. Más allá se hallaba la débil pelusa de lo que habían sido eneas. Deslizó el tercer párpado de que estaban provistos sus ojos y avanzó de rodillas, con la ballesta preparada. El río no era un lugar acogedor.

En cierto momento oyó a un cerdo hurgando en la orilla y se detuvo. Los cerdos que aún seguían con vida eran peligrosos y estaban hambrientos. Por fin, el cerdo se alejó margen arriba y Thea siguió vadeando. «Por lo menos el desastre sirvió para algo —pensó con el agua putrefacta agitándose a su alrededor—. Mató a muchos insectos».

Luego llegó hasta las eneas y se ocultó entre ellas. Esa protección le bastaría hasta el alba; después tendría que buscar tierras más altas. Descubrió una hamaca y se acurrucó dentro de ella para dormir un par de horas.

El amanecer atrajo más animales hasta el río y unos cuantos Piratas en busca de presas, que pasaron por allí en sus vehículos descubiertos adaptados. Llevaban rifles y dispararon tres veces cobrando dos piezas: el cerdo de la noche anterior y un viejo caballo con las rodillas rotas.

—¡Súbelos! ¡Súbelos! —gritó el que conducía el vehículo.

—¡Échame una mano, mutante de mierda!

El primero dio un grito.

—Montague dijo que a ti te tocaba subir las piezas esta semana. Y Cox no ha cambiado esa orden. Yo no tenía gusanos en mi mochila.

Soltó un bufido burlón y dio gas al motor.

—Ya sabes lo que te toca si desperdicias la gasolina —dijo alegremente el que estaba subiendo las piezas.

—¡Cállate! —gritó el primero, con voz llena de terror—. No quiero recibir amenazas de ti.

Podría tirarte por la borda ahora mismo.

—Entonces tú tendrías que subir las piezas —le recordó lacónicamente el segundo; luego añadió—: De todos modos, Cox dice que Montague ha muerto.

—El y su guardia —dijo el de la orilla, como si fuera una maldición—. Intentaron detenernos a Wilson y a mi cuando sacamos a ese crío mutante del granero. Dijeron que le dejáramos en paz. ¡Un asqueroso mutante! Montague está loco.

Luego guardaron silencio; sólo se oía el ronroneo de los motores y el rumor de los animales muertos al ser arrastrados por el lodo.

Thea se agazapó entre las eneas, sin atreverse casi a respirar. Había visto a Cloverdale tras el saqueo, antes de que Montague les

organizara bajo ese irónico grito de batalla: «¡Sobrevivid!».

—Esta es buena —dijo el primero.

—Chúpatela.

Nuevamente se hizo el silencio, hasta que el que estaba izando los cuerpos exhaló un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó el de los vehículos.

—¡Arañas de agua! —gritó el otro, aterrorizado—. ¡Docenas de arañas de agua! —Y emitió un horrible sonido gutural.

Thea lo miraba todo con ojos aterrorizados, agazapada en su escondrijo entre las eneas. Las arañas de agua no eran una broma, ni siquiera para ella. Se agarró a las cañas que la rodeaban y observó el agua, en espera de los duros cuerpos relucientes con las largas mandíbulas ganchudas llenas de veneno paralizante. Tres de ellas podían matar a una persona en menos de diez minutos. Si aparecían por docenas, no había escapatoria.

Los gritos fanfarrones habían desaparecido y pronto pasó un cuerpo flotando a la deriva, con las arañas trepándole por la cara en busca de los ojos. Thea volvió la cara.

Se oyó una tos en la margen del río y el motor zumbó mientras el pirata de la camioneta anfibia se alejaba a excesiva velocidad.

Thea esperó a que el cuerpo se hubiera perdido de vista en un meandro del río y sólo entonces abandonó las eneas. Echó a correr entre los ralos matorrales, sin pararse a mirar si había Piratas o arañas. Las rodillas le temblaban como gelatina y el miedo la volvía irreflexiva. Corrió frenéticamente hasta llegar a una zona más elevada; una vez allí se paró a respirar.

En esos pocos minutos se había alejado casi un kilómetro del río y había dejado un rastro del tamaño de un cortafuegos entre las hierbas. Eso no la preocupaba: podía ser perfectamente el rastro de un animal y no lo inspeccionarían. Pero la expedición de caza significaba que los Piratas continuaban por allí y tal vez habían levantado un campamento. Tenía que alejarse de ellos o acabaría como la mujer de Chico. Se estremeció. «Así no».

Conjeturó que los Piratas debían de estar acampados cerca del río, no muy lejos de Chico, conque puso rumbo al sudeste, siempre al amparo de los árboles. Las encinas bajas habían desaparecido, pero los árboles frutales más resistentes crecían desenfrenadamente. Thea sabía que en caso extremo podía trepar a los árboles y

derribar a los piratas uno a uno con su ballesta, hasta que la mataran. Eso les llevaría un tiempo. Y Thea necesitaba tiempo.

Hacia mediodía había interpuesto varios kilómetros entre ella y los Piratas. El río se extendía muy abajo, una grasienta mancha marrón. La confluencia oriental del Sacramento yacía moribunda.

Entonces descubrió el silo provisional. Algún granjero de las colinas, tal vez uno de las antiguas comunas, había construido un silo para almacenar su grano, y ahí estaba: inclinado, oxidado, pero seco y seguro. Un refugio para la noche, tal vez, una base para un par de días. Sería un buen lugar al cual regresar después de explorar las colinas en busca del mejor camino para llegar a la sierra y el lago Dorado.

Cautelosamente, dio una vuelta alrededor del silo, en busca de la puerta y de la casa de campo de la que antes debió formar parte. La casa resultó ser un cascarón quemado.

El silo era lo único que quedaba de lo que había sido una casa con gallineros y un establo. Meneó la cabeza y abrió la puerta de un golpe.

Al instante inició la retirada.

—¡Estúpida! —exclamó en voz alta—. Estúpida.

En el silo había un hombre que blandía algo en su dirección. Echó a correr, furiosa y frustrada.

—¡No! ¡No! —gritó la voz tras ella—. ¡No huyas! ¡Espera! —El grito se hizo más fuerte—. ¡Esto es mi brazo!

Thea se detuvo. Su brazo.

—¿Qué? —gritó a su vez.

—Es mi brazo. Me lo cortaron. —Las palabras resonaron de una manera extraña en las paredes onduladas del silo—. La semana pasada.

Ella retrocedió en dirección al sonido.

—¿Quién lo hizo?

—Los Piratas. En Chico. —Estaba urdiendo fuerzas y las palabras brotaban entrecortadas—. He podido llegar hasta aquí.

Ella le miró desde el umbral.

—¿Por qué lo has conservado?

El inspiró profundamente.

—Buscaban un hombre con un solo brazo. De modo que me cosí éste a la chaqueta. No puedo continuar si alguien no me ayuda —

concluyó.

—Bueno, lo mejor será enterrarlo —le dijo ella, echando un vistazo a la cosa.

Él la miró a los ojos:

—No puedo.

Thea le examinó atentamente. Tenía diez o quince años más que ella y un cuerpo fornido, enflaquecido por el hambre y el dolor. Su ancho rostro era melancolía y lo surcaban profundas arrugas. Las ropas que vestía estaban sucias y en harapos, pero se notaba que en su tiempo habían sido caras.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Thea.

—Tres días, creo.

—Oh. —Por el estado en que se hallaba el brazo debía ser aproximadamente cierto. Thea señaló el muñón—. ¿Cómo lo tienes? ¿Infectado?

Él arrugó la frente.

—No lo creo. No mucho. Me pica.

Ella aceptó de momento sus palabras.

—¿A dónde ibas? ¿Tienes algún lugar donde ir?

—Quería intentar llegar a las montañas.

Thea reflexionó, y su primer impulso fue salir corriendo, dejar a ese hombre para que se pudriera o sobreviviera según quisiera la fortuna. Pero vaciló. El lago Dorado estaba muy lejos y seria duro llegar hasta allí.

—Tengo medicinas —dijo, tomada ya una decisión—. Puedo darte un poco. No todo, pues, son mías y tal vez luego las necesite. Pero te daré un poco.

El la miró con expresión de desconcierto en la ajada cara.

—Gracias —dijo; estaba poco acostumbrado a esas palabras.

—Tengo parapenicilina y un poco de esporomicina. ¿Qué prefieres?

—La penicilina.

—Tengo unas cuantas tabletas de ácido ascórbico para más adelante —añadió Thea, mientras miraba pensativa el muñón de su brazo, entrando ya en el silo. Había sufrido una infección, pero se estaba curando y la piel tenía el tinte tostado anaranjado del tejido regenerado—. ¿Eres zurdo?

—Sí.

—Has tenido suerte.

Después de destensar la ballesta y guardarse la punta de flecha en el bolsillo, se despojó de la mochila y la depositó cuidadosamente en el suelo, no demasiado cerca del hombre. Todavía le quedaba un brazo sano y era zurdo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras hurgaba en la mochila.

—Seth Pearson —dijo él con un leve titubeo.

Ella le miró con ojos penetrantes.

—Tus placas ponen David Rossi. ¿Cuál de los dos es el verdadero?

—No importa. El que tú prefieras.

Thea apartó la vista.

—De acuerdo. Así lo haremos, Rossi. —Le alargó un paquete, gastado pero intacto—. Ésta es la penicilina. Tendrás que tragártela, no tengo aguja. —Luego añadió—: Tiene un sabor horrible. Toma. —Le dio una corta barrita plana de charqui—. Es venado, duro. Te ayudará a quitar el mal gusto. —Colocó la mochila entre los dos y se sentó en el suelo. Cuando el hombre consiguió tragarse la pasta blanca, ella le dijo—: Mañana partiré hacia el este. Puedes venir conmigo si eres capaz de seguir mi ritmo de marcha. Todavía nos falta cruzar un mal río y tal vez tendrías que atravesarlo a nado. Es rápido y rocoso.

Conque lo mejor será que decidas algo esta noche.

Luego sacó otros dos trozos de charqui de su mochila y se los comió en cauteloso silencio.

El viento del norte les penetraba las carnes mientras caminaban; lucia un sol brillante pero frío. Poco a poco, la suave pendiente fue haciéndose cada vez más escarpada y empezaron a subir más lentamente, sin decir palabra y con mirada desconfiada y fija en los matorrales que cubrían las laderas. Mediada la tarde empezaron a avanzar entre los descompuestos troncos de altos abetos caídos, víctimas de la niebla malsana. El polvo de los árboles muertos se arremolinaba a su alrededor, escociéndoles los ojos y obligándoles a estornudar. Pero continuaron subiendo.

La marcha se hizo progresivamente más lenta hasta que hicieron un alto al amparo de un enorme tronco tronchado. Rossi se apoyó con el hombro bueno y extendió su raída chaqueta como protección

contra el viento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Thea cuando consiguió recuperar el aliento—. No tienes buen color.

—Sólo un poco jadeante —dijo él con un gesto afirmativo de la cabeza—. Todavía… estoy débil.

—Sí —dijo ella, y miró el muñón de soslayo. El color era ahora más intenso—. Te estás curando.

Sus pies se deslizaron de pronto sobre la tierra movediza y se agarró a ella para no caer.

Ella retrocedió.

—No hagas eso.

Cuando hubo recuperado el equilibrio, él la miró con una cierta sorpresa.

—¿Por qué? —le preguntó suavemente.

—No me toques.

Ella cogió su ballesta y se puso a la defensiva.

El frunció el ceño, con mirada confusa; luego su frente se relajó.

—No lo haré.

En esas palabras había una gran comprensión. Conocía el mundo en que vivía Thea tan bien como ella misma.

Ella ajustó las correas de la ballesta a su brazo con gesto de desafío, sin apartar ni un instante la mirada del hombre.

—Soy muy rápida disparando, Rossi. No lo olvides.

Cualquiera que fuese su respuesta, nunca llegó a pronunciarla.

—No te muevas —dijo una voz a sus espaldas.

Aparte del rápido intercambio de miradas asustadas, no hicieron ni un movimiento.

—Así me gusta. —Se levantó una nube de polvo, luego otra, y al fin un joven que vestía un raído uniforme de policía se plantó frente a ellos, con un rifle entre los brazos—. Sabia que os atraparía —dijo para sí mismo en voz alta—. Os he estado siguiendo toda la mañana.

Thea se acercó más a Rossi.

—Venís de Chico, ¿verdad? —preguntó blandiendo el arma que llevaba.

—No.

—¿Y tú? —le preguntó a Thea.

—No.

Miró otra vez a Rossi con una desagradable sonrisa en la cara.

—¿Y tú…, Rossi? ¿Seguro que no has pasado por Chico? Oí que habían matado a un tipo llamado Rossi en las afueras de Orland.

—No sé nada de eso.

—Dijeron que estaba intentando salvar a Montague cuando Cox se apoderó del mando. ¿Sabes algo de eso, Rossi?

—No.

El hombre joven se rió.

—Eh, no me mientas, Rossi. Miénteme y te mataré.

En la sombra, Thea puso lentamente una flecha en la ballesta, disimulándola cuanto pudo:

—Vas a matarnos de todos modos, conque ¿qué más da que mintamos? —preguntó Rossi.

—Escúchame —empezó a decir el tipo de la policía—. ¿Qué es eso? —exclamó, mirando furioso a Thea—. ¿Qué haces? —Alargó la mano, la agarró por el brazo y la hizo caer al suelo—. ¡Condenada! —Le pateó salvajemente el hombro, sólo una vez. Entonces Rossi se interpuso entre los dos—. ¡Apártate!

—No. Tendrás que matarme si quieres que me aparte. —Luego le dijo a Thea, sin volverse a mirarla—. ¿Te ha hecho daño?

—Un poco —reconoció ella—. No será nada.

—¿Es tu mujer? ¿Lo es?

Rossi se incorporó poco a poco e hizo retroceder al hombre con el rifle.

—No. No es la mujer de nadie.

Al oír eso el otro hombre soltó una risita.

—Apuesto a que lo necesita. Apuesto a que está hambrienta.

Thea cerró los ojos para ocultar, la indignación que la embargaba. Si iba a violarla, a hacer uso de ella… Abrió los ojos cuando la mano de Rossi lo tocó el hombro.

—Intenta hacer otra vez una tontería de esas, bruja, y todo habrá terminado. ¿Entendido?

—Sí —murmuró ella.

—¿Y qué dirá Cox cuando descubra lo que has hecho? —preguntó Rossi.

—¡Cox no dirá nada! —El hombre de la policía escupió las palabras.

—Conque eres un desertor, ¿eh? —Rossi hizo un gesto de

asentimiento al ver la cara culpable del hombre—. Ha sido una estupidez.

—¡Cállate! —Se inclinó hacia ellos—. Vais a sacarme de aquí, iré con vosotros a donde sea. Si alguien nos descubre, o si nos atrapan, haré con vosotros una carnicería. ¿Entendido?

—Hueles mal —dijo Thea.

Por un instante los jóvenes ojos endurecidos la miraron airados, luego le cogió la cara con una mano.

—Todavía no, todavía no. —Apretó con fuerza—. Si quieres un poco de eso, vas a tener que pedírmelo de rodillas. Vas a tener que chupármela. ¿Entendido? —Miró desafiante a Rossi—. ¿Entendido? —repitió.

—Suéltala.

—¿La quieres para ti?

—Déjala en paz.

—De acuerdo —dijo el otro con un leve gesto de asentimiento. Se apartó de ella—. Más tarde, ¿eh? Cuando te lo hayas pensado.

Rossi miró al hombre de la policía.

—Yo andaré cerca, Thea. No tienes más que llamarme.

Mientras los dos hombres se miraban fijamente, Thea sintió deseos de huir de los dos, de refugiarse en el bosque destruido. Pero no podía escapar por una ladera desnuda. Se frotó cautelosamente el hombro y se puso al lado de Rossi.

—Yo soy mejor partido —se burló el hombre de la policía—. Me llamo Lastly. Puedes llamarme así, perra. No me llames otra cosa.

Ella no dijo nada y miró hacia lo alto de la colina. Rossi le habló dulcemente:

—No lo intentes ahora. Más adelante estaremos a cubierto y le obligaré a pelear.

Ella le miró profundamente sorprendida.

—¿En serio? ¿Lo harás?

Él quería decirle algo más, pero Lastly los separó de un empujón.

—Si no quieres que te haga nada, no murmures delante mío, ¿entendido? Si tienes algo que decir, dilo en voz alta.

—Quiero mear —dijo Rossi.

Lastly volvió a reír.

—Oh, no. De momento no. No vas a dejar un rastro. ¿Está claro?

Rossi se encogió de hombros e inició la larga marcha en dirección a los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —Lastly apuntó el cañón de su rifle hacia el sonido que se filtraba entre los matorrales.

El ulular subió de tono y se adentró entre los árboles, solitario y terrible.

—Perros —dijo secamente Rossi—. Están cazando.

Los árboles dispersos parecían apretarse entre las profundas sombras del crepúsculo, rodeando a las tres personas que avanzaban en la penumbra. Se repitió el sonido, más próximo y agudo.

—¿Dónde están?

Thea se volvió a mirarle.

—Lejos todavía. No podrá darles hasta que se acerquen.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lastly, asustado—. ¿No creéis? Tenemos que buscar un lugar seguro.

Rossi escudriñó el cielo apenas visible.

—Yo diría que todavía podemos seguir durante una hora. Luego, lo mejor será subirnos a los árboles.

—Pero están podridos —protestó Lastly.

—Más vale eso que los perros —le recordó Rossi.

Pero Lastly no le escuchaba.

—Antes había campamentos por aquí, ¿no? Tenemos que encontrarlos. Ningún perro se meterá en un campamento.

—Imbécil —dijo Rossi sin pasión.

—No digas nada. No quiero oírlo.

Lastly agitó el fusil frente a Rossi.

—Entonces lo mejor será que os calléis los dos —terció tranquilamente Thea—. Los perros pueden oíros.

Todos guardaron silencio, al cabo de un instante, Rossi dijo:

—Thea tiene razón. Si no hacemos ruido tal vez consigamos encontrar uno de vuestros campamentos a tiempo.

—Andando, pues —dijo Lastly apresuradamente—. Ahora mismo.

En su tiempo había sido una cabaña de veraneo, cuando la gente todavía tenía cabañas de veraneo. El panorama que se extendía a sus pies había sido de bosques de pinos que fundían con la fértil franja del valle. Ahora se alzaba en un claro rodeado de árboles podridos sobre la creciente contaminación del río. Curiosamente, las ventanas todavía se conservaban intactas.

—Podemos quedarnos aquí —dijo Rossi después de dar una vuelta alrededor de la cabaña—. El porche trasero tiene persianas y podemos sacar la puerta de los goznes.

—Podemos entrar por la ventana —dijo ansiosamente Lastly.

—Si está rota, también podrán entrar los perros. —Rossi esperó a que estas palabras surtieran su efecto y prosiguió—: El porche de atrás es seguro. Podremos protegernos.

—Vosotros dos, abridlo —ordenó Lastly, señalando hacia el porche con el rifle—. Moveos.

Mientras Thea y Rossi forcejeaban con la puerta, Lastly se encaramó sobre los restos de una valla.

—Eh, ¿sabes lo que le hizo Cox a ese mutante en Chico? Le arrancó toda la piel. Cox va a liquidar a todos los mutantes, ya veréis.

—Sí —dijo Rossi tirando de un gozne oxidado.

—¿Sabes una cosa? Montague quería salvarlos. ¿Me oyes, Rossi? ¿Por qué querría savarlos? ¿Eh? ¿Qué hombre de verdad querría salvar a un mutante?

Rossi no respondió.

—Te he preguntado algo, Rossi. Contéstame.

—A lo mejor pensó que eran los únicos que valía la pena salvar.

—¿Y tú que me dices, zorra? ¿Salvarías a un mutante?

Se balanceo sobre la valla, acariciando el rifle.

—Sólo a mí misma, Lastly. A la única que quiero salvar es a mí —dijo Thea con un gesto de absoluto desdén.

—¿Salvarás algo para mí? Yo tengo una cosa para ti…

—La puerta está abierta —le interrumpió Rossi, al tiempo que la arrancaba—. Podemos entrar.

Los ratones habían entrado en la casa y se habían comido los frutos secos y la harina almacenada en la amplia cocina. Pero quedaban algunas latas de alimentos que Thea apenas podía recordar. De la pared colgaban unas cuantas ollas y sartenes, la mayoría oxidadas, pero algunas estaban esmaltadas todavía, podían usarse. La cocina era de leña.

—Mirad —dijo Rossi, regalándose la vista con los armarios y su preciado contenido—. Suficiente para llevárnoslo mañana.

—Demonios, es perfecto. Voy a comérmelo esta misma noche. Comida caliente y un baño, y todo como a mí me gusta.

Paseó una astuta mirada de Rossi a Thea.

—El humo puede atraer a los Piratas —dijo Rossi con una amarga sonrisa—. ¿No lo habías pensado?

—Es de noche. No vendrán hasta la mañana.

Thea había inspeccionado la cocina:

—Además, no hay leña. La mesa es de plástico.

Todos permanecieron inmóviles un momento; luego Lastly anunció:

—Ya has oído a la dama, Rossi. No hay leña. Vas a ir a buscar un poco para ella, ¿verdad?

—Yo iré —dijo rápidamente Thea.

—Oh, no.

—Pero él no puede recogerla con un brazo.

—Si va despacio, sí, perra.

—¿Y por qué no vas tú, Lastly? —preguntó Rossi sin inmutarse —. Estás en buena forma y tienes el rifle.

—¿Y dejar que los dos me dejéis fuera con los perros? No soy estúpido, Rossi. —Se colocó al otro lado de la mesa—. Vas a ir tú,

Rossi. A ti te toca—. Le acercó una silla—. Tómate un descanso porque después vas a salir.

—No, si no me acompaña Thea.

Lastly soltó una risita que ahora ya les era familiar.

—La quieres para ti, ¿eh? No va a darte nada. Ella quiere un hombre. No un tipo como tú.

Thea miró a Rossi con ojos suplicantes.

—Deja que me encierre en la habitación de al lado. Luego podéis iros los dos.

—¡Eso es! —dijo inesperadamente Lastly—. La perra tiene razón. La encerramos y vamos a buscar la leña. ¿Qué te parece, Rossi?

—¿Quieres que hagamos eso, Thea?

Ella asintió.

—¿Te veré luego? —le preguntó él, con sus profundos ojos fijos en los de ella.

—Eso espero —respondió ella.

—Ven aquí, perra. Vamos a encerrarte. —La cogió por el brazo y casi la arrastró a través de la pieza principal de la cabaña hasta la habitación contigua—. Ya está —dijo empujándola adentro—. Un tocador para ti. Estarás calentita mientras esperas.

Lastly cerró dando un portazo, al que siguió el sonido característico del cerrojo echado por Thea.

Permaneció sentada en el dormitorio, acurrucada sobre el colchón desnudo, en el centro de la habitación, escuchando los pasos de los hombres. Su intención era huir de ellos, pero ahora se sentía cansada e impotente. Al cabo de un rato empezó a amodorrarse y se deslizó hasta caer dormida en la cama.

—Debías estar preparada. Te dije que te prepararas —dijo una ruda voz sobre su cabeza—. Ya sabías que regresaría.

La volvieron bruscamente boca arriba; y un peso inesperado sobre su cuerpo la obligó a permanecer así tendida.

Todavía medio dormida, Thea se debatió contra el hombre, buscando sus puntos vulnerables con las manos y los pies.

—¡Calla! —bramó Lastly, y le cruzó la cara de un bofetón. Cuando Thea gritó volvió a golpearla—. Escucha, cerda; eres para mí. ¿Crees que voy a dejar que te coja un jodemutantes como Montague? ¿Eh? —Le inmovilizó los brazos a la espalda, atándole las muñecas con un trozo de cuerda—. Él y sus compinches

recibieron una lección en Chico. ¿Me oyes? —Tensó la cuerda sobre las tablas de la cama—. Ahora me toca a mí. ¿Entendido?

Thea se abalanzó sobre Lastly con un sollozo de pura furia, mostrando los dientes y agitando las piernas.

—No, no podrás —se burló Lastly. Esta vez su puño le dio en la sien y Thea cayó de espaldas, mareada y con náuseas—. No me crees problemas, cerda. Será peor para ti. —La cuerda pasó por su tobillo izquierdo y después por el derecho; luego quedó atada bajo el colchón. Thea tiró furiosa de las cuerdas.

—No hagas eso —dijo Lastly acercándosele mucho—. Si sigues portándote así voy a hacerte daño. ¿Ves esto? —Le acercó un pequeño cuchillo a la cara—. Lo he encontrado en la cocina. Está muy afilado. Si me creas más problemas, te corto unos cuantos pedazos, hasta que aprendas a comportarte.

—No.

Sin prestarle atención, Lastly empezó a cortarle la chaqueta. Cuando se la hubo arrancado, cortó las costuras de sus pantalones de cuero. Ella se retorció en sus ataduras mientras él se los quitaba.

En el acto estuvo encima de ella.

—Te lo advertí. —Le acercó el cuchillo, colocando un pezón entre la hoja y su pulgar—. Podría arrancártelo, ¿sabes? —Apretó más. El cuchillo se clavó en la carne—. Ni un ruido, cerda. Estate quieta o te lo corto.

El intenso e inesperado dolor hizo bajar el tercer párpado sobre sus ojos. Y Lastly lo vio.

—¡Una mutante! ¡Mierda! ¡Una asquerosa mutante!

En su voz había algo así como una nota de triunfo. Ella gritó mientras él le arrancaba el arrugado trocito de carne. La sangre le cubrió el pecho.

Con un grito, Lastly se bajó los pantalones hasta las rodillas y la penetró con un rápido movimiento. Se introdujo a la fuerza todavía más y riendo le dijo:

—¡Mutante de Montague! Te voy a destrozar.

Cayó de bruces e hincó los dientes en su seno intacto. Él levantó la cabeza.

—Si vuelves a chillar, mutante, te lo arranco con los dientes.

Le golpeó en la boca y en el mismo momento eyaculó.

Un segundo después estaba fuera de ella, arrancado por la fuerza

y aplastado contra la pared.

—¡Puerco…! —Rossi, la mano aferrada a los cabellos de Lastly, lo golpeó otra vez contra la pared. Se oyó un claro crujido y Lastly se desmoronó.

Luego se acercó nuevamente a la cama.

—Oh, cielos, Thea —dijo suavemente—. No quería que fuera así. —Se arrodilló a su lado, sin tocarla—. Lo siento Era como si se estuviera excusando en nombre del mundo. La desató dulcemente, sin dejar de hablarle mientras lo hacía. Cuándo él la hubo soltado, Thea se acurrucó en la cama y derramó calladas lágrimas que sacudían todo su cuerpo.

Por fin se volvió hacia él, con una mirada avergonzada.

—Yo te quería a ti. Te quería a ti —dijo, y volvió la cara.

Él se incorporó admirado.

—Tengo un solo brazo y un precio sobre mi cabeza.

—Te quería a ti —repitió ella, sin atreverse a mirarle.

—Mi nombre —dijo él muy despacio— es Evan Montague.

Aguardó, evitando su mirada.

Entonces sintió la mano de Thea sobre la suya.

—Te quería a ti.

Se volvió a mirarla, su mano entre las suyas, sin atreverse a tocarla. Ella le atrajo hacia él, pero luego se apartó.

—Me ha hecho daño —dijo con voz inexpresiva.

—Y yo que quería salvar a todo el mundo y ni siquiera he podido salvarte a ti —susurró él con amargura. La miró, contemplando sus senos ensangrentados y su cara hinchada, los profundos arañazos sobre sus muslos—. Voy a buscar tus medicinas…

—No —ella se aferró frenéticamente a su mano—. No me dejes.

El se sentó, esbozó una sonrisa que más bien era una mueca y le sostuvo la mano mientras ella temblaba y la sangre dejaba de fluir, hasta que oyeron ruido de motores, como un distante enjambre de abejas.

—Le están buscando. O tal vez me busquen a mí —dijo Montague.

Ella asintió.

—¿Tenemos que irnos?

—Sí.

—¿Y si nos quedamos?

—Me matarán. Pero no a ti… Y eres una mutante, ¿no?

Ella comprendió y se puso a temblar espasmódicamente.

—No les dejes hacer eso. Mátame. Mátame. Por favor.

El terror de su cara le alarmó. Se llevó sus dedos a los labios y los besó.

—Así lo haré. Te lo prometo, Thea. —Luego cambió de opinión —. No. Vamos a huir de aquí. Viviremos mientras podamos.

Lastly expiró con un leve suspiro, la cabeza caída en un curioso ángulo.

—Vamos —dijo Montague.

Thea se incorporó con un esfuerzo y se apoyó en su brazo hasta que se le pasó el mareo.

—Necesito ropa.

Él buscó en la habitación, sus ojos se fijaron en el armario atado con cuerdas.

—¿Ahí? —preguntó.

Empezó a abrir los cajones. Eran ropas de niño, pero Thea era lo bastante pequeña como para poder ponerse algunas de ellas. Se enfundó con determinación unos gruesos tejanos de lona, pero se resistió a ponerse un suéter o una chaqueta.

—No puedo —susurró.

—Chisst —dijo él. Oyeron el ruido de los motores, cada vez más próximos.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Temprano. El horizonte todavía está gris.

—Tenemos que marcharnos. Mi mochila…

—Déjala —dijo bruscamente él—. Ni tú ni yo podemos llevarla.

—Mi ballesta…

—Está en la cocina. Ponla en mi brazo. Si tú la cargas, yo podré dispararla. —Se puso una chaqueta bajo el brazo—. Te vendrá bien más tarde.

El ruido de los motores se hizo más intenso.

—Pensé que ésa era la manera —dijo irónicamente Montague—. Fui un estúpido. —Se acercó a la ventana y la abrió—. Por aquí. Y rápido, hacia los árboles.

—¡Evan! —exclamó ella cuando el frío aire matutino acarició las zonas desgarradas de sus senos—. ¡Evan!

—¿Podrás caminar? Tienes que poder —dijo él mientras se le acercaba.

—Sí. Pero despacio.

—Está bien. —Le cogió la mano, palpando sus dedos y la ballesta, calientes en medio del frío amanecer—. Iremos despacito durante un rato.

Los ruidos de los motores fueron creciendo a sus espaldas, apagando los sonidos de su huida y obligando a los perros salvajes a escapar aullando, mientras ellos se alejaban montaña arriba, rumbo al bosque moribundo, bajo la fría luz gris que precede al amanecer.

Estoy contigo en Rockland

Jack Dann

Pues por otra de esas circunstancias misteriosas, tengo acceso al mencionado libro «El hombre máquina» y puedo reproduciros aquí la mencionada poesía en cuestión (que tampoco es ninguna maravilla de las letras inglesas). Queda aquí, aunque sólo sea para completar el relato:

Estoy contigo en Rockland donde despertamos electrizados y salimos del coma mediante nuestros propios aeroplanos del alma.

Estoy contigo en Rockland en mis sueños caminas chorreante después del viaje por mar sobre la autopista que atraviesa América bañada en llanto hasta la puerta de mi cabaña en la noche del Oeste. ¡Aullido!

Allen Ginsberg Flaccus disminuyó la presión en el pedal del acelerador, y la aguja del cuentakilómetros retornó a los ciento cincuenta kilómetros por hora. «Así es mejor», pensó. La lluvia nocturna hacía resbaladizo el camino. Miró a la autoestopista sentada a su lado y reclinó la espalda contra el asiento acolchado, con un brazo apoyado sobre la pierna y la palanca de dirección sostenida distraídamente con el pulgar y el índice. Tenía los ojos entrecerrados. Podía sentir el cemento aspirado debajo del coche, a pocos centímetros de sus pies. Casi sentía que sus pies se fundían con el suelo mientras él mismo intentaba fundirse con el coche.

Así era como mejor conducía. No necesitaba mirar al costado para calcular la distancia; podía sentirla. Caminaba con un nuevo cuerpo que era mejor y más fuerte que el propio.

Pero esto no era suficiente. El coche no podía satisfacer a Flaccus; sólo lograba recordarle un cuerpo más fuerte y mejor.

Durante las últimas dos horas, Flaccus había trabajado mucho

apilando travesaños de acero. Usaba un arnés dermatoesquelético, una armazón de metal ligero provista de sensores que captaban todos sus movimientos y los transmitían a los músculos artificiales. Con el arnés, Flaccus podía sostener más de mil kilos en cada mano.

Flaccus realizó uniformemente su trabajo, inclinándose y empujando, levantando y arrastrando, con movimientos regulares y sencillos. Imaginó que sus músculos se rizaban a medida que se balanceaba de un lado a otro. Extendió los brazos. El arnés le caía bien.

Lo rodeaba por completo: delgadas y ligeras cintas de armadura corporal que le proporcionaban todo el poder y la seguridad que necesitaba. Él era de tejido fino y estaba rodeado por un caparazón de acero y plástico. A quince metros de distancia se alzaba el nuevo proyecto de construcción, un esqueleto serrado de plástico y acero.

—Claro que te quiero —afirmó Flaccus mientras miraba por la ventana el perfil de Nueva York.

La reciente inversión térmica había recubierto la ciudad de una bruma invisible. Sería difícil respirar ese aire saturado de contaminantes. Y los medios de comunicación manipularían el aumento de muertes por asfixia y enfisemas. La humedad extrema exacerbaba los nervios de Flaccus.

—Bueno, te aseguro que no lo demuestras —respondió Clara, y se puso el camisón de seda sintética.

Flaccus siguió mirando a través de la ventana. Veía la imagen de ella reflejada en los cristales: llevaba otro camisón con ringorrangos. Él detestaba los camisones de encaje y floridos. Clara se había convertido, precisamente, en el tipo de mujer que los usaba. A través de la imagen de su rostro distinguió una hilera de luces próximas al río. El pesado smog desdibujaba la ciudad, fundía la definida interacción de luz y sombra en un mar gris.

Sólo las luces más brillantes se veían claramente.

—Sencillamente, no puedo. No puedo amarte de ese modo. Yo soy así. No me molesta que tengas un amante. Comprendo que tienes necesidades y que yo no puedo satisfacerlas.

—Pero yo no quiero un amante. Eres tú quien me interesa —rodeó con sus brazos la cintura de Flaccus.

Flaccus la ignoró, simuló que no sentía las manos de ella masajeándole el estómago.

Percibió la ciudad que lo rodeaba. Podía sentir que él mismo se fundía con el smog gris, y caía lentamente hacia el cemento de la calle. El piso era una cárcel que le impedía llegar al exterior, le obligaba a hacer comedia con esta desconocida atrapada.

—¿Podrías poner en marcha la calefacción? Realmente, me estoy congelando.

Flaccus desconectó el Control de Adelantamiento y adelantó dos coches. La divisoria luminiscente de la carretera se deslizaba de un lado a otro y Flaccus aferró con más fuerza la palanca. Las delgadas cintas de metal de su mano reflejaban las luces camineras. Flaccus aumentó la corriente de aire y subió ligeramente la calefacción.

«No debí subir a una autoestopista —se dijo—. Pero, ¡qué demonios!, estaba de fiesta».

La miró: cabello castaño hasta los hombros, rostro quemado por el sol, nariz aguileña. Su blusa onduló mientras su cuerpo buscaba una postura más natural. La rodilla tocaba el tablero de mandos, la mano reposaba en su regazo.

«Esfuérzate. Intenta conversar con ella, necesitas hablar. Tienes que hablar». Pero había olvidado su nombre o quizá no se lo había preguntado. «Bueno, podrías preguntárselo —pensó—. Podrías decirle: ¿Puedes decirme otra vez cómo te llamas?».

Después agregarías: «Nunca recuerdo los nombres, y seguirías a partir de ese punto».

Pero Flaccus la ignoró.

«Prueba con un árbol —pensó—. Podría ser más sencillo. Si lograras sentirte cómodo junto a un árbol, eso podría ser un buen principio». Rió entre dientes. La muchacha enarcó las cejas —evidentemente, una costumbre adquirida— y se acurrucó contra la portezuela.

Los árboles formaban una muralla a ambos lados de la carretera. Bajo la luz artificial, aparecían preternaturalmente verdes. Aunque cada kilómetro podía ver las salidas a la ciudad, Flaccus todavía sentía que se encontraba en el páramo. No le gustaba estar fuera de Nueva York.

«¿A quién demonios le importa? —pensó—. No necesitas de Nueva York. Necesitas unas vacaciones». Un anuncio de una salida de la carretera guiada parpadeaba intermitentemente por encima de la carretera. Cogió la salida siguiente. Flaccus no lograba

concentrarse en la Conducción: estaba demasiado atento a la muchacha.

Se detuvo en la estación de control, insertó su tarjeta de crédito en el contador del borde de la carretera y luego siguió al coche delantero por la rampa de acceso. Frenó el vehículo, desconectó el motor y accionó un botón del tablero de instrumentos para poner en marcha el brazo guía.

—Por la carretera guiada es mejor —comentó la muchacha—. Quiero decir que no debes estar atento al camino que escoges, siempre y cuando vayamos en la dirección general.

«Respóndele». Pensó acercar la mano a su regazo, pero encendió un cigarrillo. «Es demasiado joven; no, no es eso», pensó. Pensó en sus pechos apretados contra su rostro.

La masturbación sería mejor.

Fijó la vista en el coche de delante. Un pequeño brazo retráctil surgió del costado y se aferró a uno de los dos rieles laterales de la carretera guiada. Después, el coche aceleró y se internó en el tráfico de la carretera guiada principal.

Flaccus recordó que llevaba puesto el arnés. Podía sentir que estaba fuertemente arrollado alrededor de su cuerpo, aguardando una señal que transmitiría a sus propios músculos. Pero durante los últimos veinte minutos, Flaccus se había olvidado del arnés.

Era su propia fuerza la que empujaba y equilibraba los travesaños de acero; era su toque firme y delicado el que lo dirigía todo hasta su lugar correcto: vigas, enormes planchas de cristal, maquinaria pesada. Nada necesitaba salvo a sí mismo. Pero experimentó el temor claustrofóbico de ser tragado cuando pensó en el arnés que le envolvía. Se encogió de hombros para olvidarlo e intentó recuperar el ritmo de su tarea. Para Flaccus, el arnés tenía que ser su libertad.

—Vamos —dijo Clara—, duerme esta noche conmigo. No tenemos que hacer nada, sólo estar juntos.

Lo apartó de la ventana y lo ayudó a meterse en la cama. El seguía pensando en el exterior. El aire frío y recirculado le provocaba dolor de cabeza. Quiso sudar; prefería estar en el trabajo.

Clara se acurrucó junto a él y apoyó la pierna en su muslo. Su cuerpo se había tornado fofo suave allí donde otrora fuera lozano y erguido. Dejó que ella lo tocara; era mejor que oírla gritar durante

la mitad de la noche. Flaccus intentó lograr una erección. Clara sabía tocarlo, pero él no podía responder. Intentó pensar en otras mujeres. Se imaginó en un coche con una muchacha de cabellos castaños. Ella le rogaba que se detuviera, echaba la cabeza hacia atrás y gemía. Pero él era tan fuerte, tan potente… Con frecuencia fantaseaba que hacía el amor en un coche.

Clara estaba debajo de Flaccus; él sostuvo su peso con los codos. «¿También ella simula?», se preguntó. Ahora tenía que hacerlo. Podía hacerlo. Clara se acomodó debajo de él. «Si logro entrar —pensó—, me sentiré bien».

Se relajó. Ella dijo:

—Vamos, por favor.

«Piensa en el arnés, piensa en el trabajo en los edificios. Eres fuerte, potente. Tienes que hacerlo. Piensa en la muchacha del coche, en sus pechos apretados contra ti. Estás rodeado de acero, aplastas su vida».

—Dios, ¡qué frío hace! —dijo la autoestopista. Acababa de despertar después de dormir a intervalos durante una hora—. Cristo, puedes ver tu propio aliento. —Elevó la temperatura sin pedir permiso.

Flaccus encendió las luces del tablero de mandos y miró a la muchacha que tiritaba a su lado, con los brazos apretados contra el pecho para entrar en calor.

—¿Cómo puedes soportar tanto frío? —preguntó.

«En el coche sería más fácil —se dijo Flaccus—. Sobre todo ahora. Sería mucho más erótico si sólo pudiera tocarla, acariciar sus pechos, sin hablar ni entrar en juegos de seducción».

Se estiró y le tocó un pecho. Ella estudió las delgadas cintas de metal de sus manos, pero no lo detuvo.

—¿Te lastimaste el brazo en un accidente? —inquirió. Flaccus no respondió. Ella apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos —. ¿Por qué no reclinas los asientos? —propuso.

No intentó acercarse cuando él se estiró para acariciar su otro pecho.

Flaccus no quería que ella se acercara. Sólo deseaba que permaneciera inmóvil mientras la tocaba. Y no le preguntaría el nombre. Ella estaba allí y así era como él quería las cosas.

Y ella accedió. Aguardó el tiempo adecuado para quitarse la

blusa y entablar una conversación.

—No me has explicado por qué bajaste tanto la temperatura. Creo que ahora tengo neumonía —se quitó los pantalones.

Flaccus limpió las ventanillas y vio que las sombras trazaban dibujos en su rostro y en su pecho. Siguió con el dedo los rayos de luz que, intermitentemente, la dividían en pedazos. La muchacha se tocó a sí misma, pero no intentó tocarlo.

Era casi la hora de salida. Dentro de cinco minutos, alrededor de dos mil obreros se marcharían a casa a comer, pero Flaccus no sería uno de ellos. Esperó mientras los demás operarios con arnés se despojaban de su equipo en la barraca de construcción.

Flaccus permaneció oculto el tiempo suficiente para que Tusser, el guardián, se impacientara lo necesario. Cuando finalmente Flaccus decidió entrar en la barraca, Tusser maldecía y caminaba de un lado a otro. Flaccus le dijo que se ocuparía de cerrar. Conocía el sistema de alarma y otrora había sido, durante algún tiempo, guardián. Cuando Tusser tenía hambre, no le molestaba quebrantar las reglas con sus amigos.

En cuanto Tusser salió, Flaccus desconectó el sistema de alarma. Se quitó el arnés y lo colocó sobre los ganchos de apoyo, por lo que colgaba de la pared como un esqueleto en una mazmorra. No se quitó el paquete energético. Después, Flaccus se quitó la ropa de trabajo y volvió a calzarse el arnés. Nuevamente se sintió fuerte y auténtico, y también limpio, como si acabara de descansar y lavarse. Se puso la ropa de calle. Había algunos salientes, pero no eran demasiado evidentes. Ahora el arnés formaba parte de sus músculos y sus huesos; era tan familiar como su piel. Flaccus metería las manos en los bolsillos cuando saliera de la barraca.

Era fin de semana. Flaccus contaría con tres días de tiempo. Las únicas personas del recinto serían los vigilantes nocturnos, y no se darían cuenta de las anomalías.

Clara dormía. Flaccus la tocó, se sintió más osado, la besó. Ella gimió y comenzó a despertar. Flaccus se levantó y caminó hasta la ventana para observar la ciudad. El smog lo cubría todo con un gel gris. Flaccus imaginó que su edificio era una palanca de acero envuelta en algodón de azúcar de color gris.

—¿Vas a reclinar los asientos o prefieres hacerlo así? —La autoestopista se inclinó hacia Flaccus—. No me importa cómo sea

pero hagámoslo. —Puso una música suave pero dejó en blanco la pantalla.

El parabrisas se cubrió de vaho, pero después se despejó. Flaccus observó las líneas divisorias del camino. «Directo a la ciudad», pensó. Experimentó una sensación de poder: «Directo a la ciudad», se repitió. Había coches a su alrededor y todos avanzaban a la misma velocidad. Pero no lograba ver a mucha distancia: todo estaba cubierto por el smog o la bruma. El smog significaba la ciudad.

—Vamos —dijo ella.

Se acercó a sus ingles y tocó la parte carnosa de su pierna. Encontró una cinta de metal y siguió el borde con el dedo. Flaccus le apartó la mano.

—Y eso es todo —dijo Clara mientras encendía un cigarrillo con la colilla del anterior—. Hace más o menos seis meses que le veo y no supe cómo decírtelo antes. De modo que, viviré un tiempo con unos amigos hasta que decida qué hacer. ¿Estás de acuerdo?

Había decidido hablar con él en el salón en lugar de hacerlo en el dormitorio. Llevaba el pelo recogido y bastante maquillaje. Repentinamente, a Flaccus le pareció deseable.

—Creo que esto es lo mejor. Es lo que tu siempre quisiste, ¿no? —Hizo una pausa. Su respiración era agitada—. ¿No te altera lo que estoy diciendo?

Flaccus no encontró motivos para tranquilizarla.

Ahora Flaccus podría poseerla. Era bastante fuerte. El arnés ya no era una extensión de Flaccus: era Flaccus. Tocó con suavidad el hombro de la autoestopista, luego lo retorció y lo aplastó entre sus dedos. La muchacha chilló y se desmayó. Flaccus sacudió salvajemente la cabeza, buscando una salida. Golpeó el picaporte, pero se quebró en su mano. Destrozó la ventana y miró a Clara.

Ella respiraba agitadamente y emitía ruiditos estúpidos.

—Métela —dijo Clara con los dientes apretados. Clara le recordó el gato de Cheshire, que le sonreía y lo miraba burlonamente.

Sintió que él mismo desaparecía hasta que no quedó nada salvo su pene, y éste se redujo cada vez más hasta que también desapareció.

El doctor Pájaro-ratón

Reginald Bretnor

El doctor Pájaro-ratón aprendió el inglés en sólo dos semanas. Cada mañana se encontraba con Vandercook en la puerta del bote espacial y se alejaban caminando, o al menos Vandercook caminaba, mientras el doctor Pájaro-ratón revoloteaba y brincaba sobre la fresca hierba azulada en dirección a los árboles rosáceos del seto, donde se sentaban sobre mullidas hierbas llamadas tirmlings y trogs. A Vandercook le gustaban los trogs porque no chirriaban como los tirmlings y además estaban secos.

Evidentemente, la relación no era de hecho tan informal como pudiera parecer.

Vandercook no caminaba realmente sobre la hierba. Los extraños amiguitos del doctor Pájaro-ratón extendían siempre una espléndida alfombra roja desde la puerta del bote espacial a través de la arboleda exterior y del lugar reservado a las gesticulaciones, hasta la arboleda interior. Allí servían el gran banquete de la mañana, una especie de ensalada de frutas con verduras y Smorgasbord y desplegaban sus más bonitos gestos mientras Vandercook comía, y continuaban gesticulando hasta que la duodécima Luna de Eetwee —la más rápida, la verde— pasaba por tercera vez sobre sus cabezas.

Vandercook atribuía todo esto a su propia abundancia de recursos y velocidad de pensamiento. En cuanto el doctor Pájaro-ratón hubo aprendido inglés suficiente para preguntarle a qué se dedicaba, se presentó como enviado extraordinario y embajador plenipotenciario de la Tierra en Eetwee. Con este ardid se evitó tener que explicarle su verdadera profesión al doctor Pájaro-ratón, cómo había viajado de planeta en planeta tocando el piano y cómo

brillaba la luz de las tres viejas, románticas y retorcidas lámparas de aceite sobre su lustroso cabello ondulado, su chaqué listado, su sonrisa roja y sus blancas manos velludas; y cómo las mujeres, delgadas, jóvenes y solitarias, o hambrientas y de mediana edad, o anhelantes y viejas, habían permanecido sentadas muy quietas, escuchándole y devorándole con sus estúpidos ojos humedecidos.

Pasó un mal rato cuando la personalidad del doctor Pájaro-ratón, que había florecido al amparo de su locuacidad, comenzó a presentar un inquietante parecido con la de su propio tío Edwin, una persona anciana, de sexo indeterminado, con unos ingresos suficientes para permitirse revolotear en el círculo exterior de las Artes. Cuando el doctor Pájaro-ratón le hubo llamado varias veces «querido muchacho», para ofrecer a continuación una reproducción perfecta de la risita de soprano del tío Edwin, Vandercook le preguntó francamente:

—¿Está leyendo mis pensamientos?

El doctor Pájaro-ratón volvió a reír, emitió un silbido y respondió:

—Querido e ingenuo muchacho, me encantaría poder leerlos y saber todas las dulces ideas que le pasan por la mente. Pero no puedo. Aquí, en el querido pequeño Eetwee, somos todos muy intuitivos, pero, simplemente, no soy telepático.

Vandercook se acomodó en su trog, aceptablemente seguro de que las dulces ideas que ocupaban su mente se hallaban ocultas en lugar seguro. Esas ideas hacían referencia a lo que había estado haciendo desde su llegada y a sus planes para el futuro, formados a los quince minutos de aterrizar en Eetwee. Su profesión no ofrecía tantas compensaciones como al parecer brindaba en los días más substanciosos del siglo XX y había estado esperando la oportunidad de dejarla. Además, estaba harto de mujeres ardientes pero desagradables, por separado o llenando salas enteras. Estaba aburrido y cansado de las bromas vulgares que constantemente le hacía al respecto su gordo hermano, Hughie, sobre todo cuando eran en público y delante de sus ruidosos amigotes de cara colorada. Hughie era transportista y disponía de toda una serie de actrices, modelos y artistas de cabaret absolutamente pornográficas. Vandercook había estado reflexionando al respecto. De pronto tomó una decisión; abandonó a su empresario y piloto y emprendió la

huida con el bote espacial y sus bártulos. Luego, no tardó en extraviarse hábilmente y fue a parar por casualidad a Eetwee.

En fin, muy pronto, si quería, estaría en condiciones de comprarse el harén más exquisito del mundo. Se las imaginaba morenas, rubias y pelirrojas, todas en un lujoso decorado de baño turco, mientras Hughie babeaba de envidia al otro lado de la puerta. ¡Chico, sería toda una lección para él!

En el acto comprendió que los amigos del doctor Pájaro-ratón valían dinero. Tanto valían que incluso con los que pudieran caber en su bote espacial tendría ya una fortuna.

En general, no valía la pena dedicarse a exhibir extraterrestres; eran demasiado distintos.

Un par de monos sacados de un zoológico podían robarles el espectáculo en cualquier momento. Además, precisaban atmósferas y temperaturas especiales, sin hablar ya de los menús. Pero todos los amigos del doctor Pájaro-ratón respiraban oxígeno y cada uno de ellos tenía un aspecto casi tan familiar que era posible permanecer horas enteras mirándolos e intentando descubrir dónde estaba la peculiaridad, tal como le había ocurrido al principio a Vandercook. Luego, uno acababa llegando a la conclusión de que cada uno de ellos constituía una especie distinta.

Vandercook sabía que si uno coge una copa alta, vierte en ella un vasito de coñac y otro de tequila, y luego la llena de champán, el resultado es algo único. Tal vez el cóctel recuerde un poco los ingredientes, pero pose nuevas y especiales características propias y éstas son claramente funcionales. El doctor Pájaro-ratón era así. A primera vista, a Vandercook le hacía pensar en la mezcla de un ave bastante grande, tal vez de la familia de los faisanes, y un ratón bastante grande, no un cruce forzado, ni una unión antinatural de genes hostiles, sino una sutil fusión, que a su vez modificaba los ingredientes. El doctor Pájaro-ratón no era un ratón más un pájaro. Era algo de una categoría superior. No tenía plumas ni pelo, pero poseía la resultante de ambos, una suave capa que revelaba los brillantes dibujos del plumaje ancestral bajo su gris superficie. Tenía alas que se plegaban discretamente para no interferir con su aspecto ratonil una vez posado en el suelo. Tenía un pequeño pico oscuro que se arrugaba, manos en las extremidades anteriores y posteriores y un abanico en forma de parasol, que le servía de

estabilizador, en el extremo de la cola. Y en este aspecto particular, el de su total singularidad, todos sus amigos eran como él.

En cuanto pudo hacerlo, Vandercook le preguntó la razón de este hecho.

—¿Dónde está el resto de cada especie? —le preguntó—. ¿Por qué sólo he visto uno de cada clase?

—¿Especies? ¿Qué resto?

El doctor Pájaro-ratón parecía sorprendido.

—Claro —dijo Vandercook—. Todas las criaturas iguales entre sí, todos los osos o tigres o caballos o lechuzas, todos los…, bueno, todos los Pájaros-ratones.

—Quiere decir… —de pronto el doctor Pájaro-ratón pareció muy excitado—. ¿Quiere decir que todavía tienen especies en la Tierra?

—Pues sí, naturalmente —respondió Vandercook.

—¡Cielo santo! Y… ¿no son infecundas?

Soltó una gran carcajada despreocupada a costa de Vandercook. Éste, cogido un poco por sorpresa, echó un rápido vistazo a los amigos del doctor Pájaro-ratón que tenía a su alrededor, abrió la boca y sacudió la cabeza sin decir palabra.

—¡Dios mío, Dios mío! —El doctor Pájaro-ratón empezó a aletear, a silbar y a dar saltos sobre su tirmling. Luego se calmó un poco y palmeó la rodilla de Vandercook.

—Pobre, pobre criatura —murmuró—. ¡Qué aburrida debe de ser su vida, querido muchacho!

Después el doctor Pájaro-ratón le hizo muchísimas preguntas y Vandercook le dijo todo lo que consideró que podía revelar sin riesgo sobre la reproducción en la Tierra, poniendo gran cuidado, como es lógico, en no herir sus sentimientos.

Cuando hubo terminado, el doctor Pájaro-ratón intentó consolarlo lo mejor que pudo.

—Debe procurar no preocuparse demasiado —dijo amablemente —, pues estoy seguro de que algún día también ustedes llegarán a estar civilizados. Nosotros éramos primitivos, antes de la intervención del apreciado señor Gibón. Teníamos toda clase de especies, que se iban reproduciendo absolutamente sin ningún motivo.

Vandercook le preguntó quién era el amable señor Gibón, y el

doctor Pájaro-ratón señaló de inmediato a uno de sus amigos, el cual el entregó una pesada bolsa marrón que llevaba. El doctor Pájaro-ratón extrajo de ella un bonito retrato tridimensional, en un estuche de plástico, de lo que parecía ser un serio mono listado con sobrias gafas y un trasero de color rojo intenso.

—Gibón es la mejor aproximación posible de su nombre en su lenguaje —declaró el doctor Pájaro-ratón—. Hizo toda clase de maravillas, pero lo más maravilloso de todo fueron sus medicinas. La primera se llamaba Fortificante mental del señor Gibón y lo vendía en deliciosas botellitas azules, rectangulares, y los otros gibones las agotaron todas y las repartieron a todos los demás para ver qué pasaba. Lo que pasó, naturalmente, fue que pronto los gibones dejaron de ser la única especie inteligente y civilizada, pues los demás eran ahora tan listos como ellos. Los leones, tigres y demás animales dejaron de matar y devorar a sus nuevos amiguitos y se hicieron ingenieros civiles, violinistas, peritos de seguros, y se doctoraron en las más interesantes ramas del saber. Todo el mundo estaba muy contento, querido muchacho.

Por unos minutos, Vandercook acarició la idea de conseguir unos cuantos cientos de litros de tónico mental y administrárselo a los leones, tigres y demás animales de la Tierra; y después tomaría el poder y se erigiría en dictador con su ayuda. Luego recordó que, en Eetwee, su único efecto había sido transformarlos a todos en pacifistas y volvió con alguna reticencia a su más modesto plan inicial.

—Pero no eran ni la mitad de felices de lo que llegarían a ser después —siguió diciendo el doctor Pájaro-ratón, pues entonces salió a la venta el Catalizador genético del señor Gibón. Tenía sabor a regaliz, y era buenísimo y se vendía en coquetonas botellitas cuadradas de color verde, con un retrato del querido señor Gibón en la etiqueta, conque naturalmente todo el mundo lo compró. Pero lo mejor de él fue que en el acto hizo infecundas a todas las especies.

—¿A todas? —le interrumpió Vandercook, ligeramente incrédulo.

—A todas excepto a los peces, querido muchacho, y con ellos no habría tenido ninguna gracia. Actúa sobre los genes y los cromosomas y esas cosas; y en cierto modo los modifica y los adapta, de modo que sólo quedan las características más agradables

y todo resulta simplemente hermoso por muy distintos que seamos. Actualmente, como es lógico, las especies están completamente mezcladas, pero cada nueva persona que nace sigue presentando lo que llamamos caracteres dominantes, dos de ellos como Pájaroratón, por ejemplo, que nos recuerdan los malos, viejos tiempos. ¡Y es tan artístico! Aquí en Eetwee, querido muchacho, lo último que se nos ocurriría es separar las ovejas de las cabras. Y aquí… —el doctor Pájaro-ratón soltó una risita y guiñó un ojo—, aquí el león realmente yace con la oveja. Sí, de verdad.

Vandercook empezaba a comprender todo el alcance del proyecto de vida del señor Gibón. Incluso él estaba anonadado.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó—. Quiero decir…, al fin y al cabo…, los meros problemas mecánicos…

El doctor Pájaro-ratón le aseguró que no había habido absolutamente ningún problema.

—El fortificante mental del señor Gibón nos hizo muy inteligentes a todos —dijo con sencillez; y entonces, antes de que Vandercook pudiera insistir en el tema, lo abandonó con la promesa de que ya le ofrecería mayores detalles más adelante—. Pero primero, querido muchacho… —Hizo un gesto a tres de sus amigos, que se acercaron, caminando, reptando y a saltos, y tomaron asiento—, quiero presentarle a nuestro joven señor Serpiente-cerdo…, ¡una persona tan dulce y sensible! Se presentó ante la Academia Nacional y ganó el primer premio. Y el doctor Leopardo-oveja, que preparó la combinación, y la querida señorita Alce-buitre. ¿No es espléndida? Un espécimen notable que contribuyó en el arreglo. Ahora es la señora de Leopardo-oveja…

El joven señor Serpiente-cerdo enroscó la cola con embarazo; el doctor Leopardo-oveja tenía un aire de imperturbable orgullo y su consorte resultaba más bien monstruosamente recatada. Y, al contemplar el resultado, Vandercook advirtió que si bien Serpiente-cerdo eran claramente los caracteres dominantes, podían detectarse ecos y resonancias de Leopardo-oveja aquí y de Alce-buitre allá. Comprendió, asimismo, que el arte de la combinación genética en Eetwee era equivalente al arte de los arreglos florales en el Japón, pero todavía más acentuado. Por ello comentó educadamente que el señor Serpiente-cerdo era una verdadera obra de arte, que los genios que lo habían concebido merecían toda clase de

felicitaciones y que estaba encantado de conocerlos.

El doctor Pájaro-ratón tradujo todo esto y sus interlocutores se mostraron visiblemente complacidos. La combinación se retorció avergonzada. Los genios se rieron tontamente y movieron inquietos los pies. Luego todos se pusieron a hablar al unísono.

—Están sencillamente encantados, querido muchacho —declaró el doctor Pájaro-ratón— y están seguros de que usted debe haber producido toda clase de deliciosas combinaciones en su pequeño planeta y quisieran que les explicara cómo las hizo y cuántos premios ha ganado.

La mayor parte de las breves aventuras de Vandercook habían sido transacciones comerciales con admiradoras bien situadas, las cuales, se estremecía sólo de recordarlo, invariablemente intentaban casarse con él o adoptarlo. Incluso cuando había permanecido a su lado el tiempo suficiente para averiguar si se trataba de lo uno o de lo otro, ello nunca había dado lugar a ninguna pequeña combinación. Sin embargo, astutamente, decidió no mencionar este hecho a sus oyentes y se declaró padre de unas cuantas docenas de criaturas. Estas, fanfarroneó, habían ganado toda clase de premios y estuvo a punto de declarar que arias de ellas habían llegado a ser Águilas de los Muchachos Exploradores, pero decidió que era muy posible que interpretaran mal esa expresión. Todos sus hijos, dijo, eran apuestos, sanos y normales. Al oír esto, la señorita Alce-buitre quiso saber qué significado tenía la palabra normal: y cuando el doctor Pájaro-ratón se lo explicó, ella le rogó que tuviera a bien expresar sus más sinceras condolencias a su desgraciado visitante.

Vandercook los examinó a los tres y se imaginó las largas, rentables colas de visitantes alineados ante la taquilla. Se dijo que aquellas gentes de Eetwee eran listas; se precisaría un poco de lobotomía para solventarlo… Luego agradeció muy cortésmente a la señorita Alce-buitre y dijo que demasiado bien sabía él cuán monótona resultaba la vida en la Tierra, teniendo que hacer siempre las mismas combinaciones, año tras año. Explicó que ello era inevitable, pues el hombre era superior a todos los animales inferiores, hecha salvedad de sus presente compañía, naturalmente. Sin embargo, en su opinión, ambas culturas podían aprender mucho una de otra; y esa era la razón, dijo, de que la Tierra le hubiera enviado a Eetwee, a fin de invitar a una misión cultural de Eetwee

para que le acompañara en su viaje de regreso y realizara una larga y agradable visita a su planeta.

Sugirió que tal vez el doctor Pájaro-ratón y sus tres amigos, con otros ocho o diez más, podrían formar un buen grupo para empezar.

El doctor Pájaro-ratón parecía tener ciertas dificultades para traducir sus comentarios, y el motivo resultó evidente cuando hubo terminado. Todos rompieron a reír. El doctor Pájaro-ratón brincaba de un lado a otro. El joven señor Serpiente-cerdo se enroscaba y se retorcía. El doctor Leopardo-oveja y la señorita Alce-buitre se bamboleaban sobre sus tirmlings.

—¡Mi querido, absurdo, buen muchacho! —balbuceó el doctor Pájaro-ratón cuando se hubo recuperado lo suficiente para pronunciar algunas palabras—. ¡Pretende que vayamos a la Tierra! ¿Para qué diantres? Nos divertimos tanto aquí…

Vandercook controló su impaciencia como buenamente pudo. Pasaba gran parte del tiempo imaginándose rodeado de las más apetecibles jovencitas que quepa imaginar y mirando con desdén no sólo a Hughie y todos sus vocingleros amigotes, sino también a sus antiguas protectoras, embadurnadas y teñidas, voraces, plañideras y marchitas. Esas fantasías le hacían sentirse muy viril.

El resto del tiempo lo dedicaba a largas conversaciones con el doctor Pájaro-ratón y a seguir el ritmo de la marejada social de Eetwee, expresión que sólo tuvo que tomar al pie de la letra en una ocasión, cuando le invitó a cenar el anciano señor Gaviota-marsopa.

Esas conversaciones aburrían al doctor Pájaro-ratón. Las descripciones que le hacía Vandercook de la vida de un embajador plenipotenciario y enviado extraordinario le parecían sencillamente ridículas. A fe suya, decía con retintín, no lograba comprender cómo podía quedarle ningún momento para dedicarlo a actividades artísticas. Era completamente antinatural.

Y Vandercook le replicaba que si todo ello le parecía tan raro a su anfitrión era debido a que él era un hombre, no un Pájaro-ratón, y no había disfrutado de las ventajas del fortificante mental del señor Gibón, y de todos modos iba pasando el tiempo y él tenía que emprender el regreso. ¿No querrían el doctor Pájaro-ratón y sus amigos hacerle un favor a la Tierra y acompañarle en su viaje?

Entonces el doctor Pájaro-ratón volvía a repetirle una vez más que el viaje simplemente no ofrecía ningún incentivo para ellos, que

no deseaban conocer la poesía de Ezra Pound, ni los secretos de la fisión nuclear, ni The pines of Rome, ni tan sólo la versión en comics de El amante de lady Chatterley, pues ninguna de esas cosas, pese a su posible valor intrínseco, guardaba ninguna relación con la producción de pequeñas combinaciones.

Siempre que Vandercook intentaba oponer alguna objeción era la hora de un banquete o de un desfile, y el doctor Pájaro-ratón le decía que no se preocupara, que todo sería por su bien, puesto que Eetwee realmente era el mejor de todos los mundos.

Se celebraban cinco banquetes diarios en el jardín intramuros, e interminables rituales en el lugar reservado a las gesticulaciones, y meriendas al aire libre en el jardín extramuros, entre una y otra comida. Hacían visitas a ciudades vecinas y paseaban pausadamente por sus suaves calles reticuladas, en cuyas zonas sombreadas, verdes arañas agitaban su lánguido follaje. Y luego recorrieron las galerías de arte y los museos, los cuales podrían haber resultado más entretenidos si el doctor Pájaro-ratón no hubiera insistido en presentarle a todas las piezas en exhibición, obligándole a inventar un cumplido trivial tras otro para no desentonar en su calidad de embajador.

La existencia comenzaba a hacérsele bastante monótona a Vandercook. Exprimió su ingenio en busca de nuevos argumentos en favor de una misión cultural, sin conseguir nada. Luego, con la esperanza de que el fortificante mental tal vez pudiera aguzar su inventiva, comenzó a insinuar, cada vez más descaradamente, que una dosis del mismo sería bien recibida. Sus insinuaciones pasaron inadvertidas. Por fin, durante una fiesta en casa del doctor Pájaro-ratón, descubrió la pequeña botellita azul sobre una repisa del cuarto de baño, justo debajo de la bañera empotrada y se la bebió de un trago. Al día siguiente consiguió arreglar sin ninguna dificultad una cremallera que se había quedado atascada, un problema que siempre le había desbordado en el pasado. Por lo demás, la pócima no parecía haber surtido ningún efecto y se sintió bastante desalentado.

Se tornó irritable e impaciente y comenzó a perder color; y el doctor Pájaro-ratón no hizo más que empeorar las cosas preocupándose por él. Adquirió la costumbre de aletear compasivamente sobre su hombro, mientras le miraba de un modo

extraño y decía:

—¿Se siente bien, querido muchacho? ¿Seguro que es perfectamente feliz? ¿No tendrá algún pequeño problema que quiera confiarme?

Hubo un momento en que Vandercook, que ya empezaba a desesperarse, consideró la posibilidad de formular un ultimátum: o bien enviaban la misión o serían atacados por una flota espacial dotada de las armas más modernas. Pero algo, tal vez el fortificante mental del señor Gibón, le hizo sospechar que ello no les impresionaría. A cambio, optó por un ultimátum de carácter menos violento.

—Me marcho el próximo martes —le dijo al doctor Pájaro-ratón en tono casual—. Confío en que para ese día algunos de ustedes se hayan decidido a acompañarme. Pero, tanto si vienen conmigo como si no, ahora me toca a mí ofrecerles una fiesta, sólo para usted, el presidente Oso-zarigüeya y su familia y un par de amigos íntimos, el señor Serpientecerdo y sus padres, usted ya me entiende. La fiesta tendrá lugar en mi bote espacial algunas horas antes del despegue y serviré setas, corazones de alcachofa, champán y dulce de chocolate.

Naturalmente, no dijo palabra de que pensaba encerrarlos en la cabina y bombear luego una buena dosis de un fuerte anestésico, pero el doctor Pájaro-ratón se asustó mucho a pesar de todo.

—¡Mi querido, querido muchacho! —dijo con voz chillona—. No es posible que quiera hacer eso… cuando todavía no hemos tomado tan sólo una decisión. Nos ha causado tantas preocupaciones; hemos estado considerando su caso y hemos hablado de usted. Y queremos proceder correctamente, mi buen muchacho. Queremos asegurarnos de que será feliz. ¿No podría esperar un par de días, por favor? Me gustaría que tuviera una larga charla íntima con la señorita Vaca-tortuga antes de decidirse. Ella es muy dulce y comprende todos esos problemas…

Al cabo de quince minutos de oírle hablar de esa guisa, Vandercook aceptó entrevistarse con la señorita Vaca-tortuga y dijo que aplazaría su partida hasta el jueves por la noche. No estaba dispuesto a esperar más.

—Está usted cambiado, querido muchacho —dijo con tristeza el doctor Pájaro-ratón—. Supongo que nadie le habrá dado unas

gotitas de fortificante mental, ¿o se lo han dado? ¿La querida señorita Alce-buitre o alguien por el estilo?

Vandercook soltó una risita, le confió lo ocurrido en su cuarto de baño y se disculpó diciendo que sólo tenía un poco de sed.

El doctor Pájaro-ratón se secó la transpiración de su cuarzada lengüita y dijo:

—¡Cielo santo! Y se bebió todo eso de un solo golpe. ¡Y no se desintegró! Me alegro mucho, querido muchacho.

Durante unos instantes, Vandercook se sintió claramente conmocionado; al parecer, el uso incontrolado de los elixires del señor Gibón tenía sus riesgos. Luego rechazó virilmente esas preocupaciones y se concentró en la puesta en práctica de su plan que, de momento, consistía en seguirles la corriente a las gentes de Eetwee y minimizar al máximo sus sospechas.

Tuvo una larga charla muy aburrida con la señorita Vaca-tortuga. El doctor Pájaro-ratón le había enseñado un poco de inglés y ella le hizo muchas preguntas en voz tenue y mugiente, se interesó por su carrera y quiso saber si realmente se había adaptado y por qué la Tierra enviaba embajadores a viajar de un lado a otro cuando podrían resultar mucho más útiles si se dedicaban a hacer combinaciones en sus casas. El le respondió con gran astucia y le repitió su historia sólo con leves variaciones; y se abstuvo de manifestar el menor desagrado por la molesta costumbre de la señorita Vaca-tortuga, que retraía los cuernos y hundía la cabeza en su caparazón siempre que tenía que anotar algo. Cada vez que ello ocurría, él se limitaba a pensar en las actrices, las modelos y en los celos que tendría Hughie.

Después de eso, aceptó diplomáticamente la invitación del presidente para que pasara los pocos días que le restaban de estancia con la familia Oso-zarigüeya en la mansión del ejecutivo. Se dirigió a la ciudad en compañía del doctor Pájaro-ratón y el joven señor Serpiente-cerdo. Aunque la ciudad estaba aún más alejada de los jardines que el bote espacial, las alfombras rojas cubrían cada milímetro del recorrido y el público había acudido para hacer gestos aún más eetwianos que de costumbre. Los cuatro días que siguieron no parecían tener fin. De vez en cuando, Vandercook abordaba al presidente, o a uno de los ministros, o al doctor Pájaro-ratón en persona y les preguntaba si habían tomado

una decisión; siempre respondían que lo sentían tanto, pero no habían tenido tiempo, y en esa momento se iniciaba justamente un banquete en la habitación contigua y ¿no querría acompañarles?

Vandercook engordó cuatro kilos. Estaba casi a punto de estallar cuando el presidente Oso-zarigüeya le estrechó la mano después del tercer banquete del jueves y le dijo que había sido un placer tenerle como huésped en su casa —ninguna molestia, en absoluto— y le aseguró que todos estarían encantados de asistir a cuantas fiestas decidiera celebrar, cuando él quisiera, y le palmeó la espalda y le susurró que el doctor Pájaro-ratón tenía noticias muy placenteras que comunicarle sobre la decisión que habían tomado.

Vandercook se sentía muy animado cuando emprendió el camino de regreso sobre las espléndidas alfombras rojas en compañía del doctor. Su animación no le abandonó a pesar de que el doctor no paraba de reír por lo bajo y se negaba a decirle nada excepto:

—Es una sorpresa adorable…, simplemente demasiado adorable para expresarla en palabras.

Llegaron al jardín intramuros, al rincón donde los árboles que formaban la verja se abrían sobre el claro.

—Ahora tiene que cerrar los ojos, mi querido muchacho —anunció el doctor Pájaro-ratón—. Así tendrá mucha más gracia.

Vandercook cerró los ojos, esperando ver aparecer dentro de un instante a los amigos del doctor Pájaro-ratón, bien con las maletas hechas para partir en misión cultural o bien formando un grupo ansioso de asistir a la fiesta. Tanto le daba que fuera lo uno como lo otro. Entonces el doctor Pájaro-ratón le hizo doblar la esquina y luego avanzaron varios metros. Vandercook abrió los ojos…

—¡Mire! —exclamó el doctor Pájaro-ratón—. ¿No es una belleza? ¡Le hemos construido una casa!

Vandercook miraba anonadado. La misión cultural no se divisaba por ninguna parte.

Ante sus ojos se alzaba una casa circular de metal que recordaba un hongo muy grueso, con un porche saliente y un par de ventanas en forma de ojo de buey. Mientras el doctor Pájaro-ratón le instaba a seguir adelante tuvo la horrible sensación de que ya había visto eso antes en alguna parte.

—¿De do-dónde han s-sacado e-ese metal? —balbuceó.

—De su desagradable y viejo bote espacial —replicó orgulloso el doctor Pájaro-ratón—. Lo hemos fundido. Estábamos seguros de que a usted no le importaría, querido muchacho.

Vandercook le siguió a través de la puerta. Contempló las mesas y las sillas de la nave espacial a su alrededor y vio nuevas piezas de mobiliario fabricadas a partir de sus piezas antes útiles. Divisó su piano cromado y chapado en oro, con las atractivas lámparas de aceite a la antigua usanza. El doctor Leopardo-oveja, la señorita Alce-buitre y el joven señor Serpiente-cerdo, le esperaban allí reunidos, luciendo en sus rostros las expresiones satisfechas típicas de todos los comités de recepción.

—¡Cielos! —graznó Vandercook—. ¡E-estoy varado!

—Mi querido muchacho —exclamó el doctor Pájaro-ratón—. ¡Qué inteligente es usted! ¡Ha dado exactamente en el clavo!

Todos parecían terriblemente complacidos, a excepción de Vandercook, que en el acto comprendió la enormidad de lo sucedido. Los años luz que separaban Eetwee de la Tierra dejaron de ser simplemente un breve salto de tres semanas para alcanzar toda su terrible extensión. La perspectiva de enriquecerse fácilmente con la venta de los amigos del doctor Pájaro-ratón se desvaneció en una desolada, fría oscuridad. Y otro tanto ocurrió con las damitas que debían impresionar a Hughie.

Era demasiado. Vandercook comenzó a pasearse a grandes zancadas, delirante y enfurecido. Agitó sus hirsutas manos regordetas y amenazó destruir Eetwee con todos sus habitantes. Empleó expresiones poco educadas para referirse al doctor Pájaro-ratón y todos los demás habitantes de Eetwee y habló en términos muy desagradables de la superioridad del hombre sobre todo el restó de la embrutecida creación, de la cual ellos también formaban parte, pese a toda su inteligencia.

El doctor Pájaro-ratón y sus amigos no le interrumpieron en ningún momento. En una ocasión, el doctor Pájaro-ratón comentó sotto voce:

—Pobre chico, está delirante de alegría.

El doctor Leopardo-oveja le susurró a su mujer algo sobre sedantes. Pero, excepto eso, no dijeron nada hasta que él se hubo apaciguado, lo que ocurrió de forma muy repentina.

Un minuto casi parecía a punto de cometer una violencia

personal y al minuto siguiente había comprendido que, aun siendo pacifistas, el doctor Leopardo-oveja, la señorita Alcebuitre y el joven señor Serpiente-cerdo estaban dotados de horribles colmillos, o bien de impresionantes cascos, o de una terrorífica musculatura. Bruscamente se sentó.

La señorita Alce-buitre se le acercó en el acto y comenzó a acariciarle la mano. El doctor Leopardo-oveja tosió y rió suavemente en señal de simpatía. El doctor Pájaro-ratón aleteó, revoloteó y dijo:

—Mi querido, querido muchacho. Todo ha sido por su bien. Hemos hablado muchísimo de su caso y hemos decidido hacer lo más conveniente.

Siguió explicando que desde el momento de su primer encuentro le habían tomado afecto a Vandercook, pero que durante largo tiempo habían dudado sobre la conveniencia de retenerle en Eetwee. Comprendían que en él fondo de su corazón era un artista y que no había sido feliz durante todo ese tiempo, obligado a trasladarse siempre de un mundo a otro, pero, aun así, se trataba de su profesión y le veían siempre muy ansioso de emprender nuevamente el vuelo. Era un verdadero enigma. Los mejores cerebros de Eetwee se habían dedicado día y noche a desentrañarlo.

—Y nunca diría —comentó el doctor Pájaro-ratón con una risita — qué cosa más absurda sugerí yo al principio. Creí que a usted le gustaba la diplomacia y deambular de un planeta a otro. ¡Imagínese! Realmente debí adivinar desde un comienzo que usted detestaba todo eso y lo que de verdad deseaba era instalarse en alguna parte y hacer toda clase de graciosas combinaciones…

La idea de unas graciosas combinaciones evocó un vívido cuadro mental. Vandercook se estremeció.

—¿Qué sabe usted de eso? —dijo bruscamente—. ¡Dentro de un instante me dirá que es capaz de leer mis pensamientos!

—Cielos, no —replicó el doctor Pájaro-ratón—. Yo no puedo hacerlo pero la señorita Vaca-tortuga sí puede. ¡Bendita sea! Es tan buena persona…, realmente lo hizo muy bien, teniendo en cuenta cuán extraño era todo para ella. Logró vislumbrar varios detalles de unos planes que tenía usted. Eran terriblemente románticos, pero por alguna razón usted no parecía verdaderamente demasiado satisfecho con ellos. Quiero decir que no parecía terriblemente

entusiasmado. Pero ella comprendió la razón al primer atisbo: quienquiera que usted tuviera en mente, parecía tan desaliñado y poco atractivo. Y entonces… en fin, ella averiguó cuánto deseaba usted poder llevarse a algunos de nosotros y tuvo la impresión de que usted nos apreciaba muchísimo. Nos sentimos muy conmovidos, querido muchacho. Después de oír eso, el presidente Oso-zarigüeya, el doctor Leopardooveja, el joven señor Serpiente-cerdo y yo mismo, todos coincidimos en que usted se debatía realmente entre el amor y el deber y que, en el fondo, lo que de verdad deseaba era quedarse aquí en el querido pequeño Eetwee…

Se oyó un breve, tímido golpecito en la puerta y el doctor Pájaro-ratón exclamó:

—Adelante.

Entró la señorita Vaca-tortuga.

Vandercook la miró con abierta hostilidad.

—¿Y me está diciendo que esa cosa leyó mis pensamientos? —preguntó—. ¿Ese… maldito monstruo de vaca-tortuga?

—Oh, ya no es la señorita Vaca-tortuga —le corrigió el doctor Pájaro-ratón—. Ahora es la señora Vandercook.

—¿Qué? —bramó Vandercook.

—La señora Vandercook —repitió el doctor Pájaro-ratón—. Podrán hacer sus combinaciones los dos juntos. ¿No será hermoso?

Vandercook miró a su alrededor en busca de una salida. Sólo había una y el doctor Leopardo-oveja estaba mostrando los dientes apostado justo a ella. Vandercook recordó los buenos viejos tiempos y las innumerables hileras de dulces y delgadas jóvenes, dulces y jadeantes mujeres maduras y cariñosas y anhelantes ancianas, y cómo todas le devoraban con sus adorables ojos humedecidos. Rompió a llorar.

El doctor Pájaro-ratón y el joven señor Serpiente-cerdo en el acto le ayudaron a acomodarse en una silla.

—No debe tomárselo así, querido muchacho —dijo el doctor—. Ya sé que es una noticia maravillosa, maravillosa, pero no debe dejar que le afecte tanto. A fin de cuentas, le hemos traído cada día a los jardines de la luna de miel, sobre las alfombras rojas de rigor y todos los pajes y damas de honor gesticularon de la manera más adorable, y le hemos construido una casa aquí, en el mismo centro para prepararle psicológicamente. Incluso hemos conservado su

piano para usted. Y ahora, querido muchacho… —Le tendió una pequeña copita de licor—. Bébase esto y se sentirá mucho mejor.

Vandercook alargó a ciegas la mano para coger la copa.

—De un solo trago —le indicó el joven señor Serpiente-cerdo.

Vandercook se lo bebió de un trago; en el acto se sintió mejor y ya era demasiado tarde cuando advirtió que la bebida estaba aromatizada con regaliz.

La señorita Alce-buitre aplaudió con sus manos en forma de alas.

—¡Lo ven! —exclamó encantada—. ¡Les dije que no se desintegraría! Estaba seguro de que todas esas supuestas diferencias del hombre eran una tontería.

—Me alegro mucho —mugió ardientemente la señorita Vaca-tortuga.

—Es estupendo —declaró el doctor Leopardo-oveja—. Por primera vez después de siglos podemos trabajar con una especie completamente nueva. Pasará usted a la Historia, señor Vandercook.

Vandercook vislumbró el futuro en todas sus cuatro dimensiones, y todas y cada una le parecieron absolutamente detestables. Puso los ojos en blanco y apuntó un pálido dedo en dirección a la señorita Vaca-tortuga.

—No, no, n-n-no —farfulló—. ¡N-no p-p-puedo quedarme aquí encerrado con eso!

El doctor Pájaro-ratón sonrió amablemente.

—No lo estará, querido muchacho. Le comprendemos mejor de lo que cree. Al fin y al cabo, esta dulce personita… —Hizo una reverencia—, advirtió que su papel de embajador no era más que una sublimación y que en realidad lo que usted deseaba era pasarse el resto de su vida revoloteando de una compañerita a otra como una querida abejita. La señorita Vaca-tortuga es sólo la primera. Mire por esa ventana.

Vandercook giró la cabeza como un robot. Afuera, junto a la puerta, esperaban pacientemente la señorita Camello-murciélago y la señorita Hipo-jirafa, la señorita Gansomono y la graciosa y pequeña señorita Rana-terrier; la señorita Yak-paloma y la señorita Foca-zorro y la gorda y madura viuda Caballo-conejo con todas sus simpáticas amigas.

La cola se extendía desde la puerta, a través del lugar reservado

a las gesticulaciones y a lo largo del jardín extramuros, hasta la parcela donde antes se encontraba el bote espacial.

Poco a poco, en medio de su desesperación, Vandercook advirtió que su aspecto le era terriblemente familiar. Poco a poco, comenzó a sentirse extrañamente reconfortado.

Sollozó por última vez. Luego se dirigió al piano y exhibió su famosa, tierna sonrisa y, sin apartar ni un momento los ojos de las damas, comenzó a tocar la Sonata del Claro de Luna.

El mar del espejo

Lawrence Yep

Cielo irreal.

Mar irreal.

Cuando se puso el sol enano y se enfrió la superficie del mar de cristal, fueron apareciendo jirones de una piel oscura y arrugada, y, entre ellos, pude ver mi propio reflejo. La imagen del ser humano con su traje espacial era tan perfecta que podría haber sido mi propio cuerpo real aprisionado dentro del mar, y mi persona sobre el mar podría ser sólo un objeto etéreo, un espíritu humano suspendido sobre los grandes y oscuros misterios de otro mundo, empeñado en recuperar su antiguo cuerpo.

El aire color sangre pareció tornarse más oscuro y más sólido, como si el cielo se hiciera carne para envolverme. Incesantes ondulaban las olas desde el horizonte: marejadas de fluido resinoso se extendían perezosamente pendiente arriba, se detenían un instante como gigantescas amebas de transparente vidrio violeta para escurrirse luego otra vez hacia el mar.

Las constelaciones desconocidas comenzaron a aparecer en el cielo violeta a mis espaldas y avisté la estrella blanca que era mi nave, la «Regina Coeli», deslizándose velozmente entre ellas. Sólo cien millas me separaban de mi propia especie y de un pasaje de retorno a la Tierra, pero en una distancia vertical. Palpé la radio destruida en la parte posterior de mi equipo de respiración. Sin medios para comunicarme con la nave, tanto daría que estuviera a un año luz de ella.

Luego sentí a Llyth invadiendo mi mente: reconfortando mi espíritu, dispersando las sombras. Ahora veo el mundo de Llyth a través de sus ojos y ya no me resulta tan extraño: es un bello mundo

cristalino, tan frágil y tan delicado que apenas me atrevo a respirar. Es un mundo de silencios donde las palabras son armas peligrosas y es preferible no pronunciarlas.

—¿Estás bien? —me transmitió telepáticamente ella—. ¿Has comido?

Miré hacia la cámara hemisférica donde ella había pasado todo el día, aquejada de una misteriosa enfermedad.

—Es un día propicio para el ayuno —mentí.

El agua reciclada de mi traje espacial estaba tan putrefacta que no podía seguir bebiéndola menos que estuviera muy sediento. Acababa de recoger mi hilo de nylon, suavemente, para que no se desprendiera ni un poquito del plancton que se había acumulado sobre él. El plancton alcanzaba un par de centímetros de espesor, pero era todo de un color inadecuado. Pasé los dedos por el hilo y oí crujir los cuerpos de cristal.

Durante un cierto tiempo había podido recoger un poco de plancton de base orgánica, que luego transformaba en una pasta e introducía a través de una válvula de expulsión de mi casco, pero ya había terminado la temporada. Había sido un error pensar que podría llegar a adaptarme al mundo de Llyth.

—Tú… —comenzó a decir Llyth, pero sus palabras se disolvieron en un intenso estallido blanco de dolor. Empecé a subir apoyándome en la barandilla.

—No, no. No te acerques —dijo exasperadamente ella.

Permanecí impotente en la cubierta de su nave de cristal. Sólo Llyth era capaz de controlarlo. Nave es una palabra humana que yo empleaba para facilitar la descripción.

En realidad, el casco era una colonia de gusanos a los que habían hecho crecer de manera forzada en torno a los compartimentos y el generador, formando una semiesfera.

Los gusanos vivían en tubos de vidrio y cada generación se había ido superponiendo a la anterior hasta transformar el casco en un panal de diminutos tubos de escaso peso. La capa exterior todavía seguía con vida y sólo Llyth era capaz de hacer salir a los gusanos de sus tubos y filtrar el agua, con lo cual impartían un lento movimiento perezoso a la nave. Los gusanos estaban dotados de la inteligencia suficiente para actuar colectivamente e impedir que la nave se hundiera.

Entonces divisé tres luces que pasaron rozando la superficie del mar en formación triangular, proyectando sus reflejos sobre los montículos casi solidificados. Eran varios bólidos de mi nave. Excitado, busqué a tientas la linterna de mano que llevaba colgada del cinturón del traje.

—Llyth, se acercan —dije—. Llegará ayuda para ti y para mí.

—Nos separarán —dijo Llyth asustada.

Naturalmente, Llyth tenía razón. Yo sólo había estado posponiendo el momento en que tendría que dejarla. Ningún capitán humano, y especialmente Christie, permitiría que Llyth me acompañase. No sabía demasiado bien qué hacer. A fin de cuentas, le debía la vida a Llyth.

—Estás herida. Tal vez incluso moribunda —dije en tono poco convincente—. Necesitas ayuda.

—Por favor. Espera sólo un poquito más y… —El resto de su frase se descompuso y los fragmentos de las palabras se perdieron en otro estallido de dolor.

—¿Llyth?

Como respuesta me llegó un suave resplandor pero ella era incapaz de formar ideas claras. Avancé cautelosamente sobre la cubierta de cristal. Aunque le habían dado una textura rugosa, mis botas espaciales a duras penas lograban la suficiente tracción. La puerta de su camarote estaba cerrada y la golpeé sintiéndome frustrado.

—¿Llyth?

Sólo recibí una débil respuesta, apenas consciente. Nuevamente intentó formar un pensamiento coherente, pero el dolor era demasiado grande. Los bólidos estaban casi al alcance de mis señales, de modo que me dispuse a coger la linterna. Un minuto más y podrían verme, pero Llyth no podía esperar ni siquiera eso.

Sólo se me ocurría una salida: Llyth me había dicho que sus gentes empleaban un procedimiento de cura mental, no un encantamiento de brujos, ni un dominio de la mente sobre la materia, sino una especie de animación mental suspendida. Cuando el dolor de un paciente era tan intenso que amenazaba con desintegrar la matriz de su identidad, un telépata experimentando abría su propia mente al paciente y absorbía su identidad conmovida por el dolor para integrarla en sus propias memorias. El

telépata mantenía al paciente en su propia mente hasta que desaparecía el dolor físico.

Yo no era un gran telépata, pero decidí hacer lo que pudiera. Me senté y comencé a reconstruir nuestro primer encuentro tan vívidamente como me fue posible. Recurrí a todo: imágenes, sonido y tacto, y sentí penetrar a Llyth dentro de mí. No tenía muchos otros buenos recuerdos que pudiera emplear. Llyth siempre me impulsaba a hablarle de la Tierra, pero cuando uno ha nacido en el Noveno Círculo, la esfera más baja de la Tierra, lo único que uno desea es olvidarlo. Muchas personas —como mi familia— ni siquiera han visto nunca el Sol.

Esa es la razón de que yo no fuera capitán explorador, la tarea más peligrosa de la flota. Una nave exploradora está formada en su mayor parte por el motor y los medidores, con una envoltura tan condenadamente fina que bastaría una ballesta para derribarla. Por lo general sólo salía en vuelo de reconocimiento una vez cada cuatro semanas terráqueas corrientes para comprobar si el mundo merecía ser «ilustrado» por nuestra flota y era digno de recibir las bendiciones de nuestra civilización. Cada veintiocho días pasaba doce horas convertido en blanco flotante; pero hasta el momento había sobrevivido a todos mis compañeros de promoción. Había salido con vida de ocho colisiones, todo un récord. En la flota incluso habían comenzado a llamarme Jack «el Gato». Cleland y dejaron de cruzar apuestas sobre la fecha de mi muerte.

El mundo de Llyth era teóricamente una misión sencilla. Según los informes preliminares obtenidos a través de los comerciantes, el pueblo de Llyth estaba en el nivel tecnológico 4, preatómico, y su inmovilidad social les hacía propicios para la ilustración.

Estaban organizados en familias matriarcales y sólo las mujeres que habían cumplido una cierta edad podían aparearse con los escasos zánganos supervivientes. Al parecer, empleaban drogas para mantener en funcionamiento a los zánganos hasta que éstos caían exhaustos, pero aun así había sido preciso fijar la edad de la pubertad social de las mujeres en los veinticinco años, aunque la mujer tal vez ya estuviera físicamente madura a los diez años. A las mujeres de edades comprendidas entre los diez y los veinticinco años las mantenían apartadas del serrallo, dedicadas a trabajar o combatir duramente.

La «Regina Coeli» se alzaba negra y enorme sobre mi cabeza cuando me lancé en mi nave exploradora. Christie, o la capitana Christina, no dijo nada, pero lo cierto es que ya nos habíamos despedido la noche anterior en su camarote. Christie, que había logrado algunos rescates que estuvieron a punto de hundir su fuselaje o de hacer caer un proyectil en el puente, era en parte la causa de que yo aún siguiera con vida.

Desvié la nave exploradora a través de un enorme banco de nubes, con el sol a mis espaldas, en dirección a la cara nocturna. Sabía que debía haber un mar a mis pies, pero los datos que recibía lo situaban a una distancia que podía ser tanto de un metro como de tres millas. En aquel momento no lo sabía, pero los reflejos procedían de una bandada de pájaros-sol. Cometí el error de descender para efectuar una inspección visual.

Llyth me habló luego de los pájaros-sol. En realidad son animales, con una fina membrana silícea que recubre un esqueleto muy rudimentario. Tienen una forma como de barriles huecos. Por las noches flotan sobre las corrientes de aire y se alimentan de insectos voladores y durante el día permanecen en la superficie del mar. Lo primero que noté fueron los chirridos de los tubos de entrada al succionar los cuerpos de vidrio.

Cuando la maldita nave empezó a saltar, encendí las luces y casi quedé cegado por el reflejo. Concentré los retropropulsores a toda velocidad e hice subir la nave casi en vertical. Tenía que ponerme en órbita antes de que los conductos del combustible estuvieran hechos del todo jirones. No importaba que la órbita fuera muy próxima: si conseguía dar dos o tres vueltas al mundo, con toda seguridad me recogerían.

Puse todo mi empeño en hacer subir la nave remolona y estaba a punto de salir de la atmósfera —casi veía ya las estrellas— cuando sentí que la nave daba una sacudida y se detenía en seco. De nada hubiera servido enviar una señal por radio con el mundo interpuesto entre la nave madre y yo. Permanecí un largo instante mirando las estrellas; había estado tan cerca de la salvación… Luego accioné la cápsula de eyección. Nunca me había sentido tan solo como cuando sentí el contacto de la espuma amortiguadora en torno a mis tobillos, allí sentado en la oscuridad.

La cápsula salió proyectada con una explosión ensordecedora

que desperdigó los fragmentos de mi nave por el firmamento. Tenía la esperanza de que la «Regina Coeli» encontrara algunos de los restos y pudiera hacerse una idea general de dónde me hallaba. Las envolturas de metal fueron desprendiéndose con agudos chirridos, mientras una pesada mano intentaba aplastarme; las placas contragravitatorias entraron en funcionamiento cuando ya empezaba a notar el olor a quemado de los circuitos. Aterricé con un choque seco y me estuve balanceando un rato.

Cuando la cápsula se detuvo, aparté la espuma con las manos y busqué la puerta.

Cuando asomé la cabeza al mundo, me quedé sin aliento. Me parecía estar flotando en el espacio. La superficie solidificada reflejaba casi a la perfección el cielo nocturno, excepto en las grandes hendiduras causadas por mi caída. La cápsula estaba en una grieta de unos tres metros de ancho, pero un fluido resinoso ya empezaba a rellenar el hueco a su alrededor para congelarla en una gran cicatriz. Volví a mirar fascinado las estrellas reflejadas; cada rayo parecía una fina aguja, como si apuntara a mis ojos. Me sentí como un dios, de pié sobre el piso del cielo. Era bello y aterrador, encantador y, sin embargo, tan remoto…

Estaba en el centro de la oscuridad, donde la verdad y la belleza y el honor no significaban gran cosa. No había arriba ni abajo, ni izquierda ni derecha, ni delante ni detrás. Bajo la superficie estrellada descubrí unos objetos dorados semejantes a serpientes, borrosos como espectros, que subían hasta darse de narices contra la superficie. Apretaban sus hinchados vientres blancos contra el vidrio para mirarme, antes de desaparecer nuevamente en las sombras.

Entonces vi a Llyth. Le hablan ordenado recoger una especie de lirio marino que sus gentes tomaron en otros tiempos por estrellas caídas y que aún eran considerados un delicado manjar. Al principio Llyth era una silueta contra las estrellas, una sombra que avanzaba a través del cielo nocturno. Su cuerpo era más alargado y con menos curvas que el de un ser humano y ello le daba en cierto modo un aspecto más grácil, como si su cuerpo fuera una purificación del cuerpo humano. Su cara azul parecía extraña y salvaje, como si el frío páramo desconocido respirara al unísono con ella. No tenía cabellos y eso confería una apariencia suave e infantil

a su rostro.

Intenté salir con cuidado de la cápsula, pero mis manos parecían como engrasadas sobre la superficie casi sin roce. Salieron despedidas bajo mi cuerpo y me deslicé fuera de la cápsula. Apoyé lentamente las manos para incorporarme del suelo y sentarme, pero descubrí que no me era posible. Una brisa me arrastró y comencé a deslizarme hacia adelante. El tejido de mi traje siseaba contra la superficie helada y mi casco chirriaba. La radio rota dejó una estela de diodos y trocitos de circuito a mis espaldas.

De no haber sido por Llyth, podría haber seguido deslizándome hasta que el amanecer iniciara el deshielo. Al principio, mi aspecto y mi voz le parecieron los de un demonio, pero cuando vio mi impotencia, deslizándome allí sobre el hielo, empezó a considerarme una larva encerrada en su capullo, en vez de un ser de otro mundo con una piel extraña. Llyth llevaba pequeñas hojas aserradas acopladas a la suela de sus botas que le permitían patinar sobre la superficie.

Me recogió y me sostuvo, acariciándome como en su caso habría consolado a una larva. Cuando sintió que respondía a su gentileza con sentimientos de gratitud y de paz, supo que no era un monstruo; pero también sintió algo más (no quiero pensar en ello); bajo la superficie serena latía una corriente oculta. Era algo que Llyth sólo lograba comprender a medias. Yo no, ella veía una confusión de cuerpos y de rostros que se encendían y se apagaban entre las sombras, ora aflorando casi a la superficie, ora ocultos en la oscuridad. No quiero pensar en ello, pero pude sentir que Llyth me empujaba a recordar las imágenes reales…

Eva me había tocado. Aunque sólo tenía dieciséis años, era una mujer de la noche desde hacía dos. Yo tenía quince años cuando le di la rosa que había robado durante la visita informativa a los jardines botánicos del Círculo Uno. Ella me cogió de la mano y me condujo a través de la hierba de polietileno y entre los macizos de luminiscentes flores de plástico hasta el tubo de servicio que se elevaba junto a los gigantescos tubos de los ascensores. Pude ver su triste sonrisa bajo la pálida luz verdosa.

—Eres tan bello —dijo—. Pareces un ángel.

No dije nada mientras su mano bajaba y mis entrañas se encabritaban…, pero no quiero seguir recordando.

Marie tenía cabellos plateados que flotaban en torno a su cuello movidos por la brisa del bólido descapotado. Nos deslizábamos a ritmo lento por el espacio de aire privado de su padre. Había conectado el piloto automático para que el aparato no cesara de moverse en círculos. Las luces del Círculo Uno resplandecían muy abajo, como los ríos de monedas de oro, y arriba, casi al alcance de mi mano, estaban las estrellas. Ya había estado otras veces en el Círculo Uno, pero las luces ahogaban siempre el resplandor de las estrellas. Marie se reía de la mirada hambrienta con que yo contemplaba las estrellas, como si fuera a comérmelas…, pero quiero olvidar…

No quería continuar. Había recordado algunas cosas de la Tierra y lo vívido de su aspecto me asustaba. Después levanté la vista para mirarla y comprobé que lo que yo había tomado por unos ajustados pantalones era, en realidad, una gruesa capa aislante de silicona. Su esqueleto recubría su cuerpo por fuera y todas sus partes blandas estaban dentro. Su cara era como un cristal azul oscuro a través del cual podía distinguir finos cables, como de oro, acabados en pequeñas estrellas que eran sus terminaciones nerviosas. Con ellas podía captar pequeñas descargas eléctricas, incluso a través de su traje, desde las reacciones galvánicas de la piel para los animales hasta la electricidad estática de los objetos inanimados.

Emitió un leve zumbido con su garganta, pero dejó de tocarme cuando advirtió que eso me ponía muy nervioso, sobre todo después de lo que acababa de ocurrir. De pronto me sentí inundado por una oleada de confianza que me reconfortó y me hizo sentir a salvo.

Imposible sentirme solo o tener sentimientos de duda o de culpabilidad. Ella tenía ahora los poderes de una madre.

Sacó del bolsillo un dado negro de aproximadamente un centímetro de arista. Era una piedra de la memoria, el tesoro más preciado de Llyth, su alma, a decir verdad; y me lo entregó impulsada por lo que había podido presenciar por azar. Mientras yo lo sostenía en mis guantes, ella inició una queda cantinela, que era la clave para liberar la energía almacenada en el corazón, del cristal.

Cuando la energía tocó la matriz de cristales que la rodeaban, comenzaron a proyectarse imágenes tridimensionales hacia el exterior y éstas activaron la capa contigua, que se hizo transparente

durante algunos segundos para que pudiera atravesarla la imagen. Luego, también esa capa se excitó, liberando sus imágenes. El proceso continuó, hasta que la energía hubo activado la matriz más externa. Después seria preciso recargar el cubo haciéndolo absorber la luz del sol.

De pronto me encontré mirando, no un mar de cristal, sino un magnífico patio de cristal lechoso fundido. Había árboles como varitas mágicas, que habrían cabido en la palma de mi mano, y sus hojas, como fragmentos de rubí, arrojaban su luz sobre el empedrado.

Había pájaros de espumoso plumaje y vi los congéneres de Llyth bajo un sol blanco e intenso. Era un mundo en el cual todas las mujeres podían tener hijos y no era preciso compartir los zánganos, un mundo que había desaparecido varios eones atrás. La luz centelleaba y parpadeaba como velos tendidos sobre el mar. Esas hermosas gentes y esa sol intenso eran sueños, antiguos sueños de belleza que se resistían a abandonar el mundo de Llyth: recuerdos que insistían en atormentar a los actuales habitantes de aquel mundo moribundo.

El mundo de Llyth estaba impregnado de un silencio mayestático, de modo que cualquier sonido, cualquier palabra, poseía una delicada belleza. Parecía necesario contemplar, atesorar y pulimentar cualquier sonido hasta hacerle alcanzar una pureza que yo jamás conocería. Sentí un dolor dentro de mí cuando Llyth depositó el cubo sobre el hielo del mar y empezó a canturrear cada vez más alto y más fuerte la tonada, aumentando así la cantidad de energía desprendida. Las imágenes adquirieron su tamaño real y nos convertimos en dos espectros entre aquellas hermosas gentes.

Llyth tenía un aspecto tan anhelante y fantasmagórico que tuve que rodearla con los brazos. Sensibilicé mis guantes. Los electrodos conectados a los puntos de contacto mecánico transmitirían señales a mi piel y me darían una ilusión de tacto. Su traje parecía tan compacto, suave y cálido como cualquier carne humana. Deslicé mis manos por sus costados. Llyth parecía el espíritu mismo de ese mundo oscuro, extraño, tan adorable y, sin embargo, tan inalcanzable. Me causó verdadero dolor no poder tocarla realmente.

Luego su mano volvió a encontrarme…

Oí el rugido de los bólidos cuando pasaron a una milla de

distancia. Había llegado el momento de hacerles una señal.

—Llyth —pregunté con cautela—, ¿estás bien?

Sentí cómo emanaba de ella una cálida oleada de gratitud.

—Te quiero —dijo, y los recuerdos, unos recuerdos dolorosos, insistieron en retornar… «Te quiero», le había dicho yo a Eva. La cara de Eva se endureció y ella se incorporó, alisándose el vestido.

—No sabes lo que dices —dijo—. Ahora vas a ese colegio elegante del Círculo Dos para las gentes refinadas. Este ya no es tu sitio. No el Nueve… Marie y yo dormimos uno en brazos del otro como chiquillos, imaginando que nos alejábamos flotando en nuestra cama rumbo a las estrellas; pero llegó el amanecer.

Cuando le dije que la quería, Marie se quedó muy callada y no dijo nada hasta que hubo hecho aterrizar el bólido junto al ascensor más próximo:

—Tal vez será mejor que no volvamos a vernos, Jack.

—Pero, ¿por qué? —pregunté, aunque ya sabía amargamente que, a pesar de toda mi inteligencia y mis capacidades, yo seguía siendo un habitante del Círculo Nueve para ella… Y Eva murió un año más tarde de una sobredosis de píldoras del paraíso verde y un año después Marie se casaba con un subalterno, un descendiente de una antigua estirpe de generales; que tenía la absoluta confianza de llegar a ser general a su vez cuando cumpliera los cuarenta…

Quería dejar de recordar. Quería regresar a casa. Quería a Christie, la loca Christie…

—Tranquilo ahora —dijo Christie—. Tranquilo.

Se alejó aproximadamente un metro, flotando, desnuda, con los cabellos agitados como un animal salvaje, en la gravedad cero. Pensé que aun considerándome bastante buen luchador en los enfrentamientos en el vacío, después de la última hora pasada en ese pequeño camarote debía reconocer la superioridad de Christie:

—¿Qué es lo que quieres, Christie? —pregunté finalmente exasperado.

Las facciones de Christie se habían dulcificado.

—No me gusta que me toquen, Jack.

—¡Demonios! —Alargué el brazo para coger mis ropas que pasaron flotando por mi lado.

—No me has entendido. —Me cogió la muñeca y la retuvo firmemente—. Deseo compartir contigo algo mejor y más limpio

que el sexo. Cuando hayas usado un catex, no querrás volver a hacer nunca el amor.

Sacó apresuradamente una fina varita negra de la caja fuerte del capitán. Un catex transmitía una pequeña descarga eléctrica que sacudía e inmovilizaba las defensas de la mente, permitiendo aflorar los recuerdos dotados de una carga emocional. Yo había visto catatéticos en otras ocasiones con las mandíbulas caídas y los rostros babeantes, o arrastrándose a cuatro patas y gruñendo como animales.

—No quiero, Christie.

Christie agitó levemente una pierna y se interpuso entre la puerta y yo.

—Esta es la primera vez que comparto mi catex con alguien.

Había un tono de muda súplica en su voz.

—De acuerdo, Christie —dije al fin.

Vi la varita acercándose a mi sien como una serpiente. Una explosión de luz inundó mi cabeza y disolvió mi conciencia…

—Lo sé. —Llyth se movió en su camarote y me transmitió cálidos sentimientos—. Esa primera vez cuando pude sentir la promesa que encerrabas a través de ti, comprendí lo que era ser madre. Fue un gran regalo, algo que jamás podría tomarme a la ligera.

Aquella primera ocasión, Llyth había tenido que excitarse a través de mis asociaciones, pero por fortuna más adelante pudimos prescindir de ellas. Sin embargo, Llyth había comprendido cuánto me avergonzaba compartir con ella esos recuerdos e hizo todo lo que pudo por recompensarme. De no haber sido por Llyth, yo habría muerto en el plazo de una semana. Fue ella quien encontró el plancton orgánico que yo podía comer, y si yo le había revelado a Llyth los secretos de mi mente, ella me mostró los misterios de su mundo. Algunos días nos sumergíamos, Llyth nadando delante como una foca, mientras yo la seguía más patosamente en mi traje espacial.

Por la noche, cuando el mar se helaba y se fundía con el cielo nocturno, Llyth le cantaba a su dado y reconstruía ese antiguo mundo dorado. Durante un tiempo me pareció haber trascendido las leyes humanas para entrar en un universo separado, en el cual era lo más natural del mundo que hiciéramos el amor de la única

manera a nuestro alcance, aunque ésta fuera cuando menos desmañada.

Estuvimos ideando maneras de poder estar juntos desnudos, pero ninguna resultó practicable. Yo llevaba un contador de atmósferas en el guante derecho y los colores de la franja me decían qué gases componían el aire de Llyth. El verdadero problema era que éste no contenía suficiente oxígeno para los humanos. A través de cautelosas pruebas dimos con una combinación que ambos podíamos respirar, basada en el aire de mi reciclador y la atmósfera de Llyth. El compartimento de su nave era hermético y calculé que podría permanecer allí durante toda una noche si iba renovando de vez en cuando el ambiente con aire de mi reciclador. El único inconveniente era que una vez sacado el aire de mi reciclador no podría comprimirlo otra vez y, sin posibilidad de acceso a un nuevo suministro, moriría a la mañana siguiente.

—Creo que ya es hora de que salga —dijo recatadamente Llyth.

Se detuvo tímidamente en el umbral, bajo las estrellas. Yo sabía que Llyth podía remodelar su traje para adaptarlo a la forma que deseara, pero ello solía hacerse bajo anestesia y con aparatos especiales. Sin embargo, Llyth, valiéndose sólo del pequeño soplete manual de mi cinturón, había modelado dolorosamente su traje para darle la forma de un cuerpo humano, con detalles obtenidos de mis recuerdos.

Sus senos eran pequeñas y firmes aureolas lisas y pezones. Tenía una fina cintura moldeada que, se ensanchaba para formar unas caderas y nalgas bien contorneadas con unos muslos llenos y otras cosas. Se había introducido en todos los misterios de la femineidad con un abandono que me asustó. Se había configurado de una manera que le permitiera conocer la completa consumación del amor humano.

Giró tímidamente sobre sí misma para que pudiera admirarla por todos lados.

—¿Te gusto?

—¿Por qué te has transformado? —pregunté.

Deslizó sus brazos alrededor de mi cintura y apretó sus pechos contra mí.

—Porque no quiero vivir sin ti. Cuando tú mueras, quiero morir yo también.

Los bólidos habían desaparecido del cielo nocturno y sólo veía las extrañas estrellas desconocidas. Miré hacia donde suponía que estaba la Tierra y de pronto comprendí que ya no me importaba si regresaba o no a casa. Al diablo la humanidad. ¿Qué ser humano había hecho nunca tanto por mí? Con quién más me había aproximado a un amor como ése había sido con mi viciosa Christie.

La noche de ese mundo extraño parecía tan fría y tan dura, tan inmensa y terrorífica…

Abracé a Llyth un instante porque era tan cálida y suave, tan serena y amable.

—Sí —dije—. Yo deseo lo mismo.

¿Y nosotros qué?

Mel Gilden

Del sótano subía el hedor de una horripilante mezcla de brebajes de otros mundos.

Lerd se detuvo en lo alto de la escalera y atisbó en la oscuridad. Sus ojos, ya saltones de natural, adoptaron una especie de simetría esférica. Y luego, con el rígido andar con tres piernas, habitual en los droshi cuando tenían prisa, Lerd bajó las escaleras de un salto y se abrió paso entre las mesas dispersas hasta la barra.

El dragón que estaba de servicio esa noche le preguntó:

—¿Qué le sirvo? —Su voz era un agradable contralto.

—Busco un grundy y un furble —susurró Lerd.

—¿Qué?

El dragón se inclinó sobre la barra e hizo tintinear las escamas contra el acabado de madera de imitación. Sus dientes relucían cuando incidía sobre ellos la escasa luz de la estancia.

Lerd se apartó para no recibir el mal aliento que despedía la boca forrada de cuchillas que colgaba medio metro por encima de su cabeza. Intentando controlar sus náuseas, cogió del brazo al dragón y lo condujo hacia el extremo más apartado de la barra. El dragón comenzó a hurgarse los dientes con un dedo acabado en una garra.

—Oiga —dijo Lerd—, busco un grundy y un furble. Los necesito en seguida. Esta misma noche. ¿Sabe dónde podría encontrarlos?

El dragón le lanzó una mirada feroz.

—¿Dónde se ha creído que está? —Y comenzó a alejarse.

Lerd depositó un billete de cinco créditos sobre la barra.

El dragón se volvió atrás. Ensartó experimentadamente el billete con una uña y se lo guardó en algún lugar oculto entre sus escamas.

—¿Qué estaba diciendo?

—Necesito un grundy y un furble para esta noche. Antes de que yo mismo me metamorfosee en un grundy.

—Muy interesante.

El dragón se llevó la mano a la boca con un estudiado gesto de fastidio, mientras intentaba ahogar un bostezo.

—Ya tengo un tibbit, pero no sé si ella resistirá mucho tampoco.

—Su situación es difícil —dijo el dragón—. Resulta bastante difícil encontrar parejas para los droshi aquí en la Tierra.

—Y que lo diga.

El dragón sé hurgó las escamas. Levantó una de ellas y se rascó la delicada piel encarnada que tenía debajo, dejando caer luego otra vez la escama con un chasquido metálico.

Lerd sacó otro billete de cinco créditos.

El dragón cogió el dinero tal como había hecho antes. Luego dijo:

—¿Ve ese tipo de ahí, en el rincón?

—¿El que tiene unas cicatrices fluorescentes en el cuerpo?

—El mismo. Es un pilto y uno de los mejores suministradores del centro de Los Ángeles.

Sin duda él podrá ayudarle.

—Gracias —dijo Lerd y se dirigió hacia el pilto caminando sobre sus tres piernas huesudas.

—Oiga, señor. El dragón me ha dicho que usted podría ayudarme a solucionar un problema que tengo.

El pilto levantó sus ojos compuestos. Los triángulos luminiscentes que cubrían su rostro apuntaban todos hacia el centro de su cabeza y le daban un aspecto listado como el cuerpo de un abejorro.

—¿De qué se trata? —Sorbió un poco de una especie de fango marrón con su lengua hueca.

—Necesito urgentemente un grundy y un furble.

—No será difícil —dijo el otro—. Puedo concertar una cita para mañana por la tarde.

—Para entonces será demasiado tarde. Mi tibbit y yo nos habremos transformado ya.

—¿Y no puede copular en la próxima fase?

—Claro que sí. Pero nunca lo he hecho en forma de cachi.

El pilto meneó la cabeza.

—Bueno, en ese caso… —Se interrumpió y, sus luces parpadearon—. Un momento. —Sus ojos adquirieron un tono lechoso.

Lerd observó fascinado cómo el pilto bamboleaba la cabeza y agitaba sus brazos de insecto. Luego sus ojos volvieron a aparecer límpidos otra vez y le dijo a Lerd:

—Hay posibilidades. —Garabateó unas palabras sobre un papel —. Conozco a alguien que puede ayudarle.

Lerd agarró ansiosamente el papel.

—¿Cuánto le debo?

—Ya le pagará al señor Herbinger en esta dirección.

El vestíbulo era una pesadilla de algodón de azúcar. Las paredes, los suelos y el techo se fundían sin solución de continuidad, lo cual le daba la forma de un elipsoide. Todo estaba recubierto de una pelusa rosácea.

Lerd acarició la suave piel que cubría el centro de la espalda del tibbit.

—No debes preocuparte en absoluto, Sava —dijo—. Me han dicho que ese pilto es el mejor alcahuete del centro de Los Ángeles.

—Confío en ti, Lerd. De verdad.

Avanzaron cogidos de las garras a través del gran mar plumoso que les separaba de una hilera de puertas cerradas. La tercera de ellas tenia un rótulo que decía «SEÑOR HERBINGER» en letras doradas.

Lerd llamó a la puerta.

—Adelante —dijo jovialmente una voz, y la puerta se descorrió. Entraron en el despacho.

Un hombre les recibió de pie tras una gran mesa de caoba.

—Ah, sí —dijo el señor Herbinger—. El pilto ha llamado y me ha hablado de su problema. —Miró a Sava, cuyo rostro se tiñó inmediatamente de verde—. Y usted debe ser el tibbit. ¡Qué simpático!

El hombre se frotó las manos y se sentó detrás de su mesa. Del suelo brotaron como setas dos sillas para el droshi.

—¿De verdad podrá ayudarnos? —preguntó Lerd.

El hombre rió.

—Claro que sí. Nuestra compañía, Amor y Satisfacción

Universales, ha resuelto casos mucho más difíciles que el suyo. Por ejemplo, el volcuna de anillos rojos tiene ocho sexos, cada uno de los cuales tiene su temporada de celo coincidiendo con una de las distintas lunas de Rigel VII. Los pupús con plumas de Gamma Hidra IV, aunque son asexuados, necesitan que un miembro de su propia raza les ayude a separar los vástagos que brotan de ellos, de lo contrario éstos matan al padre. Pero, sin duda, el caso más interesante de todos es el del flonx de la región de las Pléyades. El flonx no sólo necesita un macho y una hembra para copular, sino también un trozo de raíz de ziml. Esta raíz no tiene ninguna otra utilidad, ni siquiera para un flonx. Sin ella, un flonx hambriento de sexo acaba muriendo realmente de carencia sexual.

—¿Y a todos les han resuelto el problema? —preguntó Lerd.

—Sí, así es; como puede ver, su problema no es realmente tal, en absoluto.

Lerd miró a Sava con ojos llenos de deseo.

—¿Entonces tiene un grundy y un furble? —dijo en tono de alivio.

El señor Herbinger dejó de contemplar con ojos benignos el espacio que mediaba entre ellos y volvió la cabeza hacia Lerd.

—¿Un furble? Nadie me habló de un furble.

Lerd sintió como se le erizaban los pelos del lomo.

—¿No le dijo el pilto que también necesitamos un furble?

—No.

Lerd se levantó y comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante como es habitual en los droshi cuando están furiosos.

—¡Pero, no es posible! Le dije claramente al pilto que necesitaba un grundy y un furble.

El señor Herbinger cogió un lápiz y comenzó a escribir rabiosamente.

—De verdad, no sé cómo excusarme por el descuido del pilto. Pero es un agente autónomo y no podemos hacer gran cosa para disciplinarle.

—¿Y qué puedo hacer ahora?

El señor Herbinger golpeó nerviosamente a la mesa con la estilográfica.

—Pues bien —dijo—, ya tiene usted el tibbit y nosotros podemos proporcionarle el grundy. A pesar de la aparente informalidad del

pilto, él es realmente el único que tiene experiencia en la obtención de compañeros de cama para los droshi. Le sugiero que vaya a verlo otra vez. Tal vez a él se lo ocurra algo. —Meneó tristemente la cabeza—. La demanda de parejas droshi es tan escasa. Sabía que esto acabaría ocurriendo algún día. Se lo dije a los de la dirección. Les dije: «Un día vendrá alguien que…».

—Gracias por su ayuda —dijo Lerd cuando ya cruzaba la puerta en compañía de Sava.

Y salieron.

Del sótano subía el hedor de una horripilante mezcla de brebajes de otros mundos.

Lerd bajó rápidamente las escaleras de un brinco y cruzó la sala en dirección al lugar donde seguía sentado el pilto. Se dejó caer en una silla y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El pilto le lanzó una mirada inocente.

—¿Qué quiere decir con eso de qué ha pasado?

—Quiero decir, ¿cómo es que el señor Herbinger no sabía que yo necesitaba un furble?

—¿No lo sabía? Qué raro. Le dije claramente que usted necesitaba las dos cosas: un grundy y un furble.

Lerd se rascó la garra derecha y se le desprendió un trocito escamoso de tegumento.

Lo miró aterrorizado.

—¡Gran Froth! —exclamó aterrorizado.

—¿Qué sucede?

—Nada. —agitó las garras en el aire con desesperación—. Absolutamente nada. Pero debe conseguirme un furble sin tardanza.

—Si los de Amor y Satisfacción Universales no pueden ayudarle, no sé quién podrá hacerlo. Ya sabe usted cuánto cuesta conseguir parejas para los droshi.

Lerd se inclinó sobre la mesa, agarró al pilto por su collar espinoso y empezó á sacudirlo.

—¡Tiene que encontrarme un furble ahora mismo! —gritó.

Las garras, todavía aferradas al cuello del pilto, se desprendieron del cuerpo de Lerd.

Cayeron sobre la mesa con un chasquido. Lerd le lanzó una extraña mirada y dijo:

—Demasiado tarde…

Sus ojos saltones se aplanaron y se deslizó de la silla para caer al suelo.

Un grupo de gente se aglomeró en torno al droshi caído.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo el barman.

El pilto hincó suavemente una garra en el cuerpo inmóvil.

—Ha iniciado la metamorfosis. Probablemente ya sabía lo que iba a sucederle. Pobre cachi. Cuando se levante mañana por la mañana será un grundy.

—Eso es lo que andaba buscando, ¿no? —preguntó el barman.

—Sí. Pero ahora ya no le servirá de nada. Cuando se haya aclimatado su tibbit se habrá convertido en un furble.

El barman meneó la cabeza.

—Entonces necesitará otro tibbit y también un cachi.

—Es complicado esto del sexo —dijo el pilto, y se arrancó un parche fluorescente de la cara y lo pegó debajo de la mesa.

El dragón pasó por encima del cuerpo caído de Lerd y arrancó el parche de la mesa.

Se lo devolvió al pilto.

—¿Te has creído acaso que todavía estás en la escuela?

Capullo en flor

Brian W. Aldiss

Una tarde del año trescientos uno del segundo milenio de la Bondad Universal, Lob Inson Mik hizo una profunda reverencia ante su patrón, el comisario de tribunales de justicia, Bur Ton, se deslizó su máscara de calle y echó a andar por Piccadilly Circus a pleno sol.

A simple vista, nadie hubiera adivinado que guardaba un secreto mortal. En muchos aspectos, era un funcionario corriente de la capital de la República China de Gran Bretaña, de cuerpo delgado, con oscuros ojos almendrados, una cara lisa y redonda y una mata de cabello castaño rizado. No llamaba la atención entre la muchedumbre que se daba de codazos en el Circus.

La actitud de Lob Inson tampoco se diferenciaba en ningún modo de su conducta habitual. Al llegar a la esquina, se detuvo junto al puesto de diarios donde la viejecita de costumbre estaba sentada vendiendo periódicos, cigarrillos, grabados, flores y anticonceptivos. Con una sonrisa, escogió una xilografía de un antiguo monorraíl, del tipo que había quedado en desuso un siglo atrás, con un fondo de gigantescas cascadas y el monte Snowdon. Mientras la viejecita se lo envolvía en un papel de periódico, Lob Inson dijo:

—Es para mi mujer; hoy es el cumpleaños de nuestro hijo mayor.

Con su rollo en la mano, se abrió paso entre la densa multitud. Antes de coger su autobús se detuvo, como tantos otros, para levantar la mirada hacia la gran pantalla que cubría parte de un edificio y donde se proyectaban las noticias. Por la pantalla pasaban grandes carros de combate que desembarcaban de unos gigantescos submarinos en las playas del norte de África, un gran número de

carros de combate y tras ellos las tropas de la Gloriosa República Universal. La guerra contra África Unida, la única otra gran potencia que quedaba en el mundo, entraba ya en su décimo mes y parecía estar bastante claro quién la ganaría. Ello tal vez explicase el aire impertérrito de los espectadores.

La escena cambió para mostrar la contrainvasión, con el ataque de los africanos al sector albanés. Este sector, uno de los más antiguos y leales de la República Universal, era objeto de una dura contienda. Se vio una imagen de una casa de campo. Un gigantesco soldado africano apareció en la pantalla. Arrastraba a una muchacha china por un brazo. Con la otra zarpa se desgarró la parte delantera de los pantalones. El auditorio contuvo el aliento. Primer plano de su rostro sudoroso, las fosas nasales dilatadas, gritos de la muchacha. Le arrancan el vestido, sus senos quedan al descubierto. El negro la viola. Detallados enfoques de la acción.

—¿Y el fotógrafo por qué no hace algo? —preguntó un hombre de la multitud. Luego echó un vistazo a su alrededor por si lo había oído la policía secreta y se escabulló.

Cuando Lob Inson dirigió la mirada hacia el lugar por donde había desaparecido el hombre, descubrió una muchacha al borde de la multitud, con los ojos fijos en la gente más que en la pantalla. La miró atentamente al cabo de un minuto se le acercó.

Era una típica muchacha londinense, con cabellos lisos y oscuros, ojos azules, mejillas regordetas, pulcramente vestida con un provocativo traje azul noche que le llegaba hasta los tobillos. Descubrió a Lob Inson cuando éste ya se le acercaba. Ladeó la cabeza, su barbilla se levantó ligeramente, le lanzó una mirada modosa pero inconfundible.

Lentamente esbozó una ancha sonrisa para mostrarle que tenía los dientes sanos.

Lob Inson se detuvo frente a ella e hizo una amable reverencia sin quitarse su máscara de calle. Con ello manifestaba que la consideraba de rango inferior. Ella lo aceptó y le correspondió con una reverencia más profunda que la de él.

Ella le gustó. El corazón comenzó a latirle un poco más fuerte, pero nada manifestó exteriormente. Ella se movía lenta y cortésmente con una inclinación a la voluptuosidad. Y no tenía la piel áspera y blanca como otras chicas de placer. Resultaba tan

sensual como le había parecido a primera vista.

Amablemente, de acuerdo con las normas prescritas para esos casos, él le hizo algunas preguntas. Era una chica autorizada, pero sólo llevaba una semana en Londres, adonde había acudido procedente de la región agrícola de los alrededores. Había recibido una preparación adecuada en el arte de dar placer y tenía diplomas en movimiento físico, terapia posicional y psicología. Su precio era razonable y su aliento era bueno. Su nombre profesional era Capullo en Flor.

Una vez cerrado el trato bajo la escena de la gigantesca violación, que fue transmitida con tanto detalle como la campaña africana, Lob Inson se dirigió al autobús y Capullo en Flor le siguió a corta distancia.

Subir al autobús era siempre una lucha. Los buenos modales de la muchedumbre desaparecían cuando se trataba de subir a un vehículo, como si una locura pasajera aflorara a través de la controlada calma habitual. En el metro era todavía peor. Lob Inson se abrió paso a empellones hasta el compartimiento de hombres, mientras Capullo en Flor subía a la parte trasera.

Dejó vagar su mente, olvidándose de la muchacha para mirar los carteles murales.

Aparte de alguna publicidad de artículos de uso doméstico, la mayoría de ellos eran exhortaciones al odio: odia a los confidentes, odia a los murmuradores, odia a los especuladores, odia a los enemigos. Aunque el odio era la única forma de preservar la Bondad Universal, Lob Inson se estremeció al pensar en la información secreta que poseía.

Lob Inson tenía su hogar en Erscort, un nidito de pequeñas habitaciones, en el quinto piso de un bloque de apartamentos. Mientras subían en el ascensor, Lob Inson se quitó la máscara de calle y le hizo un leve gesto a la muchacha, dándole a entender que ya podían actuar de manera menos impersonal.

—Es una zona muy agradable para vivir —dijo ella—. El edificio parece muy resistente y este ascensor es el más silencioso que he utilizado en mi vida. Quisiera poder seguir subiendo eternamente si ello no supusiera renunciar al placer de acompañarle hasta su casa.

—Por desgracia, es un ascensor algo antiguo y temo que mi pequeño hogar te parezca también un poco pasado de moda, pero

mi familia te dará una buena acogida, Capullo en Flor.

—La idea de ver a su esposa me deslumbra, Lob Inson Mik.

El ascensor se detuvo y los dos bajaron. Lob Inson sacó la llave de su casa mientras avanzaban por el pasillo, abrió la puerta e hizo pasar a Capullo en Flor. Entraron en la pequeña sala de estar. Entonces apareció Lob Inson Lu, vestida con ropas de estar por casa y saludó a su esposo con una reverencia.

Él le ofreció el rollo con el grabado. Lu lo abrió y sonrió.

—Es una obra de una gran belleza, Mik. Tu percepción habla muy bien de ti y llena de placer todas nuestras vidas.

—Concedes excesivas alabanzas a tan modesto gesto, esposa mía. Permite que te presente a la señorita Capullo en Flor, que pasará parte de esta velada conmigo. Señorita Capullo en Flor, ésta es mi honorable esposa.

Capullo en Flor hizo una profunda reverencia.

—Por favor, levántate para que pueda admirar tu rostro además de tu peinado —dijo Lu.

—Para mí es un placer inclinarme ante tan augusta serenidad y madurez como las vuestras.

—Pero llevas un vestido muy bonito, Capullo en Flor, y también lujoso. Debes haber tenido que trabajar largo y duro para obtenerlo.

—No tanto, señora, pues con mi juventud, un corto tiempo ofrece altas aunque no merecidas recompensas.

Un poco incómodo con esta conversación, Lob Inson se alegró cuando su cuñado favorito, Claw Fod Jon, entró, colgó su chaqueta y se sentó en una silla mientras Lu echaba una mano a la criada que estaba preparando el té.

—Buenas noticias sobre la guerra, naturalmente —dijo Claw Fod con la vista en el periódico; luego añadió en voz mas baja—: si puede darse crédito a lo que dicen. Entre los jefes de mi departamento, hoy corría el rumor de que no hay ninguna guerra.

—Pero nos han bombardeado —dijo Lob Inson también en voz baja.

—Una vez, cuñado, una vez. Tal vez intentaran dar así más realismo a la cosa. En el Ministerio de Propaganda son verdaderos artistas. El racionamiento de alimentos y la escasez de viviendas en Londres podrían ser otras muestras de sus dotes artísticas. Tal vez tú y yo, querido amigo, no seamos más que el público sobre el cual

proyectan nuestros gobernantes sus neuróticas fantasías de dominación. ¿Qué me dices?

—No deberíamos hablar de este modo, Claw Fod. Permite que te presente a mi nueva amiguita.

—Con mucho gusto. He hablado neciamente. Su aspecto es agradable.

—Claw Fod Jon, ésta es la señorita Capullo en Flor.

—¿Te portas bien en la cama, cariño?

—Algunos hombres han tenido la amabilidad de asegurarme que sí, señor, pero la exageración es un defecto corriente y el deseo de ser amable puede pesar más que la sinceridad.

—¿Conoces la posición de la yegua blanca fugitiva?

En las mejillas de Capullo en Flor se formaron unos hoyuelos secretamente seductores.

—Pese a las limitaciones que impone mi edad y mi experiencia, aunque no, espero, mi flexibilidad, me consideran especialmente experta en la posición de la yegua blanca fugitiva, señor.

Claw Fod se frotó las manos y dirigió unos sonidos guturales de felicitación a su cuñado.

Entonces llegó el té y, con él, Mar Len, la criada, Lu y su hijo mayor, Lob Inson Piter, que ese día cumplía años y estaba jugando con una pelota roja. La conversación se generalizó en torno a las fragantes tazas. Los hombres hablaban entre sí, las mujeres charlaban entre ellas y Piter hablaba con todos. Fueron llegando del trabajo otros miembros de la familia y la pequeña habitación estuvo pronto repleta. Capullo en Flor fue presentada sucesivamente a todos los que iban llegando y en cada ocasión supo decir algo agradable.

Escudándose en la charla de las mujeres, Claw Fod le dijo a Lob Inson:

—¿Y si lo que te he dicho fuera cierto, cuñado? ¿Y si no estuviéramos en guerra con África?

Claw Fod hacía constantemente preguntas escabrosas como esa desde que había entrado a trabajar en uno de los departamentos más jóvenes del Ministerio de Propaganda.

—Si nos dicen una cosa, debe haber una buena razón para ello —dijo Lob Inson.

Era imposible replicar a eso. Pero Claw Fod se limitó a decir:

—Deberíamos saber qué sucede realmente. ¿Has oído alguna nueva noticia hoy en la oficina?

—Me he enterado de una cosa que te contaré después, cuando estemos a solas.

La captación de informaciones había llegado a constituir una especie de afición para los dos hombres, aunque Claw Fod siempre llevaba la iniciativa del juego. Las restricciones impuestas a los viajes eran tan grandes, la reconstrucción de la historia estaba tan avanzada, el adoctrinamiento de los niños era tan meticuloso, que resultaba casi imposible conocer la situación mundial.

Claw Fod suspiró al pensar en las dificultades que sufrían y dijo:

—Al menos, con los años, parece que hemos logrado recoger algunos resquicios de información clara. Es evidente que antaño la Gran China existía sólo en Asia. Tal vez nació del vientre de Marx y Mao Tse-tung.

—Prefiero creer la otra leyenda, la de que existía antes que ellos, pero era un lugar eternamente sumido en la oscuridad hasta que ellos llegaron para iluminarla con la antorcha del comunismo.

—Podría ser una explicación adecuada, cuñado. Tu sabiduría me convence. Luego, el resto del mundo adquirió la clarividencia suficiente para pedir ser aceptados bajo su sagaz dominio y la primera en aceptar tal honor fue la bárbara tribu rusa.

—Permíteme un segundo, Claw Jon. Si esa tribu rusa era tan bárbara, debió ser la última en aceptar el dominio ilustrado.

—Tal vez era la que estaba más próxima.

—Tal vez los rusos también tenían una doctrina comunista.

—¿Cómo es posible que fueran bárbaros?

—¿Tal vez existen dos tribus distintas con el mismo nombre de rusos?

Nuevamente, como tan a menudo les ocurría, se habían perdido en un laberinto de contradicciones. Pero discutían sin apasionamiento. Era sólo un ejercicio intelectual; cualquiera que fuera la verdad auténtica, entre las muchas que les rodeaban, ello no afectaría para nada sus vidas ni su bienestar. Y, al menos algunos aspectos estaban claros. Por ejemplo, en términos generales se sabía que finalmente los británicos, otra tribu bárbara, habían aceptado el dominio de China, siguiendo el ejemplo de sus vecinos, y así se había iniciado sobre la Tierra el primer milenio de la

Gloriosa República Universal.

Los británicos habían sido la tribu de diablos extranjeros que había actuado de manera más civilizada; el sistema los había asimilado, no por aniquilación, sino a través de matrimonios mixtos hasta llegar al momento presente en que, dadas las superiores capacidades reproductoras del pueblo chino, habían quedado anulados. Algo distinto había ocurrido con los norteamericanos, y la mayor parte de los esfuerzos del primer Plan Milenario Celestial habían estado encaminado a la educación forzosa de los norteamericanos. Finalmente, durante el Siglo de las Coronas de Flores y la Radiación, se habían resuelto radical y definitivamente sus problemas, para gran provecho de toda la humanidad. Así lo creían los dos hombres, guiándose por lo que decían las leyendas.

La agradable charla de la hora del té fue interrumpida por Lu quien anunció que Piter debía ir a desnudarse, pues era su hora de acostarse.

Como si la señal también fuera dirigida a él, Lob Inson se levantó al mismo tiempo, saludó con una reverencia a varios de los parientes que le rodeaban y se acercó a Capullo en Flor.

—¿Tal vez ahora podrías seguirme al dormitorio?

—Será un exquisito placer para mí.

Le siguió con modestia hacia el dormitorio.

Una vez allí, Capullo en Flor abrió su pequeño bolso, sacó una barrita de incienso, que colocó en el quemador situado junto a la cama, bajo el retrato del abuelo de Lob Inson, y la encendió. Lob Inson se instaló en la cama y contempló sus movimientos. Ahora que se disponía a hacer lo que mejor sabía, Capullo en Flor parecía dotada de una gracia hipnótica. Cada uno de sus gestos parecía una conspiración con el espectador. Todavía no se había despojado de su traje azul noche cuando Lob Inson ya se derretía de placer.

Fue doblando ostentosamente sus ropas a medida que se las iba quitando, depositándolas sobre una silla de mimbre, hasta quedar completamente desnuda. Era una prostituta modesta. Se acercó a la cama tan tranquilamente como si estuviera en la calle con todas sus ropas puestas, sin exhibirse, con plena presencia, sonriendo un poco.

Se enroscó junto a Lob Inson sobre la cama y se inclinó a besar sus pies, para darle ocasión de observar el blanco de sus deseos, tan

fresco como una ostra recién sacada del agua. Ansioso de explorar las perlas que ésta encerraba, él alargó una mano e introdujo un dedo, que ella aprisionó, mientras se volvía ligeramente en la cama para comprobar si él estaba disfrutando con su éxito. Su rostro le ofreció amplias muestras de que así era.

Capullo en Flor retiró su mano, se volvió hacia él y comenzó a desnudarlo mientras él permanecía allí tendido. Los movimientos que tuvo que hacer para zafarse de sus ropas y la sensual destreza que demostró la muchacha en su tarea, hicieron que ese proceso resultara aún más erótico que cuando se desnudó ella. Por fin se encontraron uno frente a otro, sin barreras.

Cuando estaban así tendidos y Lob Inson se regocijaba en la contemplación de las suculentas formas llenas de la muchacha, entró Lu, hizo una reverencia ante su señor, y preguntó:

—¿Puedo tener el placer de preparar un refresco para los dos?

—Gracias, amable esposa. Y trae también un plato de esos chiles verdes, por favor.

Lu se retiró, mientras su esposo se disponía a hacer exactamente lo contrario. Chupó las puntas de canela de los senos de Capullo en Flor y giró la cara hasta que pudo hundir la nariz en su sobaco e inhalar la deliciosa fragancia de su carne. Ella le cantaba en voz suave, como el arrullo de las palomas; dejó que se apagara la música para susurrarle a Lob:

—¿Queréis que hagamos juntos la yegua blanca fugitiva? ¡Se nota que sois un buen jinete, que no necesitará silla ni espuela!

—¡Si, sí, seré tu jinete, Capullo en Flor, y juntos recorreremos veloces las llanuras salvajes del éxtasis!

Ella le introdujo una lengua afilada en la oreja y le mordisqueó el lóbulo.

—Os debo advertir que soy una cabalgadura difícil de fatigar.

La postura de la yegua blanca fugitiva no era fácil, a pesar de que Capullo en Flor era tan flexible como aseguraba. Sólo cuando él sintió la fina superficie interior de los muslos de la muchacha contra sus caderas sus tobillos se enlazaron en su nuca obligándole a acercar su rostro al de ella, pudo iniciar Lob Inson su ejercicio ecuestre amatorio, y en ese momento el pequeño Piter entró corriendo en la habitación, completamente desnudo.

—Ya tendrías que estar en la cama, jovencito —dijo su padre—.

Y no me interrumpas ahora. Tu padre está ocupado.

—¡Pero, papá, sólo quiero mirar para ver cómo lo haces! Otras veces me has dejado verlo.

—Es bueno para el niño contemplar el placer de su padre —dijo dulcemente Capullo en Flor—. Así cuando crezca e imite a su padre, sabrá obtener placer y dárselo a las mujeres.

—Puedes quedarte a mirar, Piter, ya que es tu cumpleaños.

La cabalgata empezó. La yegua blanca fugitiva cubrió primero el terreno al más modesto de los trotes, aunque no por eso dejó de demostrar que era briosa y una pura sangre en todos los sentidos. De momento, sólo estaba mostrando su forma sobre terreno llano, pero ya se atisbaba la promesa de las próximas tierras montañosas, con sus cumbres embozadas en la niebla. Lob Inson, que con frecuencia se había ejercitado en esa posición, conservaba un dominio absoluto de la situación.

Cuando comenzaban a iniciar un modesto trote, Lu y Mar Len entraron en el dormitorio con el refresco y los chiles y una fuente de melocotones bañados en miel.

—¡Conque aquí estabas, Piter, bribón! —exclamó Mar Len—. ¡El baño está preparado!

Piter estaba desnudo, de pie junto a la cama, con una mano tímidamente apoyada sobre la bien formada nalga de Capullo en Flor. La pequeña bandera que hacía ondear no sólo demostraba que comprendía lo que estaba haciendo su padre, sino también que algún día llegaría a ser un caballero tan galante cómo él. Mar Len acarició ese reconfortante despliegue exterior y dijo riendo:

—¡Ven, vamos a refrescar eso en el baño!

Mientras la criada se llevaba a Piter en medio de sus protestas, Lu sirvió dos vasos de sorbete a los contrincantes, insertó dos pajitas en los vasos y se los alargó. Lob Inson y su núbil corcel interrumpieron su marcha para sorber la refrescante bebida. Lu salió del dormitorio con un gesto de satisfacción.

Lob Inson cogió nuevamente las riendas, mientras la cálida feminidad de Capullo en Flor le hacía aún más difícil contener el paso.

—Despacio, mi potranca —le advirtió—. Todavía no se divisa la meta. Primero debemos buscar la posición ideal antes de prepararnos para el ataque final.

Obedientemente, Capullo en Flor volvió a adoptar un ritmo más lento.

Diez minutos más tarde, mientras hacían otra pausa, pues ninguno de los dos deseaba llegar demasiado pronto al punto donde el trote se convertiría al fin en desenfrenado galope, Claw Fod Jon entró de puntillas, se disculpó y se sentó junto a la cama.

—Siento interrumpiros —dijo—. Sólo quería ver cómo iban las cosas y admirar vuestro espléndido ritmo. ¿Tal vez luego también yo pueda gustar las delicias de la adorable Capullo en Flor?

—Por supuesto —dijo Lob Inson—. Por nada del mundo desearía que te perdieras una experiencia tan deleitable. Capullo en Flor, me alegra mucho que hayas venido del campo para visitarnos.

—Y yo no sabría deciros cuánto me alegra salir del campo. Es un lugar tan pobre. Todo el mundo vive en chozas.

—En Londres tenemos otras noticias. Se dice que los campesinos viven bien, de la crema de la tierra, a decir verdad.

—No hay crema, mi jinete sólo tierra y todos vivimos como cerdos.

—Pero sin duda debe ser cierto que coméis carne todos los días y pescado hervido en vino y que vuestros hombres se emborrachan como comisarios cada noche.

—Estamos de suerte si vemos el pescado los días de fiesta y la carne una vez al año.

En cuanto al vino, escasea todavía más que la carne. Este año nos han reducido incluso la ración de arroz.

—También nos han contado ese cuento —dijo Claw Fod—. Los periódicos aseguran que los campesinos vivís a base de cordero y cerveza importados de Australia.

—Perdona que me concentre más en los placeres físicos que en los políticos —dijo Lob Inson. Sentía agitarse la yegua que tenía debajo como una criatura salvaje, y una oleada de excitación recorrió su cuerpo. Mientras la seguía hasta su guarida como si fuera un animal, se dijo que, además de física, su excitación era también espiritual. Así lo habían aprendido desde la infancia y el mensaje estaba profundamente arraigado en el corazón de su civilización. Existía el control, y casi toda la vida era control; pero debajo palpitaba una cosa difícilmente controlable casi una locura. Debían ocultarla rígida disciplina, pero bajo las capas artificiales

siempre continuaba latiendo esa cosa salvaje. ¡Y ahora la cosa salvaje había echado a correr! La salvaje yegua blanca estaba revelando por fin su verdadera naturaleza; había rechazado las riendas y el freno, se encabritaba y gritaba, trepaba como el viento por las laderas del gran volcán. Había perdido el control. ¡Huía, huía, fugitiva!, y la personalidad se perdía absorbida por la locura de momento.

Después, Capullo en Flor y Lob Inson se cubrieron con unas batas, descansaron, charlaron y Capullo en Flor entretuvo a su amante y a su amante en potencia con un relato de la vida en el pueblo, muy breve para no hacerse tediosa.

—¡Esas cosas no debieran ocurrir! —dijo Lob Inson—. Hoy estaba revisando unos documentos y he encontrado uno antiguo que desde luego no debía haber estado allí.

Tendrían que haberlo destruido durante una anterior reconstrucción de la historia.

—Me temo que los burócratas no siempre somos eficientes —dijo Claw Fod, mordisqueado un chile y sacudiendo la cabeza—. ¿Qué decía el documento?

—Hablaba de cosas terribles, Claw Fod. Daba a entender que no estamos en el Segundo Milenio de la Bondad Universal. Decía que no derrotamos a los norteamericanos como nos han enseñado, sino que ellos estaban invadiendo nuestra tierra natal china.

Citaba a los bárbaros rusos y sugería que también ellos se habían puesto en contra nuestra.

—Debía tratarse de un documento enemigo, enviado aquí para sembrar el malestar y la confusión entre nosotros, cuñado. Nos han enseñado que todos, todos los norteamericanos murieron. ¿El papel decía algo de los británicos?

—Sí. Decía que bombardeamos Londres, pero los ingleses no quedaron derrotados; ¡y se unieron a los norteamericanos y los europeos para luchar contra nosotros!

—¡Eso es absurdo! Los ingleses no harían nunca una cosa semejante. Nosotros somos mitad ingleses…, su sangre corre por nuestras venas, si podemos dar crédito a la historia.

Lob Inson juntó las manos en un gesto de desconcierto.

—Tú eres el que dice que no puede creerse en ella.

Mientras los hombres hablaban, Capullo en Flor se había

deslizado fuera de la cama y estaba mordisqueando un chile junto a la ventana. Al tiempo que se refrescaba, paseaba la mirada por los tejados de Londres o contemplaba la calle, cinco pisos más abajo.

—¿Y tú has pensado algo al respecto? —le preguntó Lob Inson.

Ella se volvió hacia los dos amigos con los párpados bajos.

—En los pueblos he oído un relato demasiado terrible para creerlo, aunque concuerda con lo que estáis diciendo.

—¡Cuéntanoslo, por favor! Por lo que hemos estado diciendo, puedes ver que no te denunciaremos a la policía secreta.

—He oído decir que tal vez la policía secreta es inglesa y no china —dijo ella con voz temblorosa—. En los pueblos hablan de barreras al otro lado de las tierras que nos rodean.

Dicen que Londres y el campo circundante son sólo un pequeño espacio rodeado de alambradas y guardias. Dicen que Londres no es Londres sino una simple ficción.

—Perdona que te diga que esto que dices es absurdo, Capullo en Flor —dijo Claw Fod. Luego, volviéndose hacia su cuñado, continuó —. Como ves, los campesinos son sólo campesinos y por eso sólo dicen tonterías; y esta muchacha también es sólo una campesina. ¡Esto no es ya una falsificación de la historia; es simplemente mentira!

—Y dicen que el mundo se unió en contra nuestra —siguió diciendo Capullo en Flor— y que todo lo que quedó de nuestra gran raza cuando dejaron de caer las bombas está repartido en varias reservas rodeadas de alambradas. Nosotros simplemente vivimos en la zona de ocupación británica, y ellos se han mezclado con nosotros, no a la inversa. En el próximo valle hay una zona de ocupación norteamericana.

Lob Inson se rió.

—¿Te das cuenta, Claw Fod? ¡Las tonterías que salen a relucir cuando intentamos descubrir la verdad! Tenemos que curarnos de este vicio y buscarnos un pasatiempo más útil. ¡El estúpido relato de Capullo en Flor nos demuestra que somos estúpidos! Su relato es mera invención, otra mentira infiltrada por nuestros enemigos, por los africanos, tal vez.

Su relato tiene un gran fallo que a nadie puede escapar. Si los ingleses nos conquistaron, ¿cómo se explica que todas las otras leyendas coincidan al menos en afirmar que dominamos el mundo?

Capullo en Flor siguió mirando por la ventana.

—Nuestros enemigos dicen que ello se debe a una especie de locura de conquista mundial que tenemos los chinos. Por eso, incluso después de la derrota, fingimos que este pequeño pueblo es el gran Londres.

Los dos hombres intercambiaron una mirada muy solemne. Finalmente, Lob Inson dijo con voz ronca:

—Esta pobre chica es muy peligrosa. Pese a ser núbil, ha traicionado a la Bondad Universal.

—¡Desde luego! La entregaremos en cuanto yo haya probado su yegua blanca fugitiva.

No podemos permitir que la gente escuche estas peligrosas insensateces propias de campesinos.

—Aun suponiendo que fuera cierto —dijo Lob Inson pensativo —, y naturalmente sé que ello no es posible, ¿qué trascendencia tendría eso para nuestras vidas privadas y personales? ¿No conservamos todavía intacta toda nuestra civilización?

—¡Exactamente! Capullo en Flor, ven a mí —la llamó Claw Fod.

Pero la muchacha permaneció inmóvil junto a la ventana abierta, sin prestarle oídos.

Las lágrimas manaban de sus ojos y le empañaban el panorama de apretados tejados, más allá de los cuales se alzaba el gran cono de un volcán apagado. Luego saltó.

Un círculo cada vez más ancho

Richard McCloud

La bella Myrtle Smith, la recepcionista, introdujo a Mervin Worthington en el despacho y, a espaldas del cliente, hizo un gesto de encogimiento de hombros, dirigido a su jefe.

Ahí tiene otro, decía el gesto, refiriéndose a un cliente sin ningún verdadero problema.

El doctor Gresham asintió gravemente con un movimiento de cabeza, pero deseó encontrarse fuera metiendo la pelota en el noveno hoyo.

Diagnosticó que nada le ocurría a Mervin Worthington, un hombre alto, ancho y apuesto. Antiguo as del fútbol, convertido ahora en programador de computadoras, Worthington lucía unas patillas de tamaño medio y un traje de franela gris cortado a medida. Era evidente que, en una escala modesta, tenía todo lo que deseaba. Luego su problema debía ser: «¿Cómo demonios me he metido en semejante atolladero?».

Gresham le indicó una silla. La única satisfacción del doctor ante los fraudes y sus imaginarios problemas era que sus honorarios de psiquiatra eran exorbitantes.

—Doctor —dijo Worthington, una vez superadas las cortesías de rigor—, aprecio muchísimo a mi esposa, pero no creo que nuestro matrimonio pueda durar mucho.

—Un poco contradictorio, ¿no le parece?

—E indigno, doctor. Pero es mi manera de ser. A los treinta años, podría decirse que soy realmente un viejo verde. Verá, he sido marino. Tocábamos puertos donde las chicas lo hacían todo con uno y el sexo oral era simplemente una parte más del trato. Estoy acostumbrado a que me trabajen a fondo. ¿Y qué hacemos mi Lucy

y yo? Ella no quiere ni tocarlo. Sólo procreamos.

Gresham interrumpió juiciosamente el trágico relato.

—Sí, humm, comprendo el problema. Se ha convertido en una obligación. Usted no siente más que una breve comezón. Igual le daría rascarse una pierna. No experimenta una euforia prolongada. Nada por lo cual desear actuar como un adulto con capacidad de discernimiento.

El doctor adoptó una actitud de solemne interés, como si el hecho de que Worthington obtuviera su placer a la manera como suele procurarlo una prostituta de Hong Kong fuera la cosa más importante del mundo.

Pensó en su padre, un médico de cabecera consciente, chapado a la antigua, que con frecuencia les decía a sus pacientes que no tenían nada. Su padre había muerto pobre, en cambio el médico que había sido compañero de habitación de su padre durante los años de carrera había ganado una fortuna con una clínica para enfermedades venéreas, antes de que se inventara la penicilina.

Hombres que acudían preocupados, pero sanos, a la clínica, salían contagiados. El doctor en medicina, convertido en curandero tenía un cultivo de gonococos especialmente destinados a este fin.

La gente buscaba curanderos. Preferían consultar a un farmacéutico antes que a un médico. Salían del país para conseguir remedios de curandero prohibidos por las autoridades. Todavía se podía vender agua del grifo coloreada con todo un montaje médico, si la ley no se lo impedía a uno.

Instintivamente, el doctor Gresham habría despedido a ese personaje. Pero luego vendrían otros como él. Gresham estaba realizando una buena labor en las salas pediátricas de los hospitales mentales. Gratuitamente. Conque, ¿por qué no? Esos imbéciles podían pagar por ello. Si buscaban recetas de curandero, él estaba dispuesto a dárselas.

—¿Y si simulara usted los síntomas del koro, señor Worthington?

—¿Koro? Es una enfermedad china, ¿verdad?

—Sí, está muy extendida en las Indias orientales y en el sur de la China.

—Verá —dijo Worthington—, hace seis años que no he estado en Hong Kong. Un virus no…

—El koro no es un virus —dijo Gresham—. El koro es una fobia, un temor obsesivo de que el pene desaparezca dentro del vientre y con ello sobrevenga la muerte.

—Y el loco entonces no lo suelta nunca. ¿Verdad? ¡Ya me veo paseando por la calle con el pito en una mano!

El doctor se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya. En Oriente, la víctima del koro solicita la ayuda de todo el mundo para que se lo sostengan por turnos. En China, el koro recibe el nombre de shook yong, y es tan frecuente que muchas tiendas venden abrazaderas de metal para esos casos.

—¡Ya me veo en los vestuarios con unas abrazaderas puestas!

—Hay un método más sencillo, señor Worthington. La esposa puede ayudar muchas veces a la víctima del koro a superar su fobia mediante el fellatio.

—¡Fellatio! ¡Pero si Lucy no quiere ni tocarlo con la mano!

—No exagere mucho el koro simulado durante los primeros días. Salga de la ducha fría cuando lo tenga bien arrugado y comience a mostrarse preocupado. Vaya aumentando lentamente los síntomas. Muéstrese tímido, avergonzado, luego atormentado, y acelere sus temores hasta acabar subiéndose por las paredes.

Semanas más tarde, Myrtle Smith, que era toda una hembra, hizo pasar a Lucy Worthington y salió con un sardónico vaivén del trasero.

La señora Worthington, una rubia alta y esbelta con una falda verde plisada y una blusa de seda de colores, era bastante bonita, con un pecho digno de atención y todos los aditamentos que puedan pedirse.

Fue rápidamente al grano.

—Mervin cree que su pi…, su miembro…, está desapareciendo en su ba…, su vientre.

—Ah, sí —dijo el doctor Gresham—. El koro. No cabe duda de que es el koro. En China lo llaman shook yong.

Describió los síntomas y le habló de la difusión de esa enfermedad en Oriente y de las abrazaderas metálicas.

—¿Dónde puedo comprar unas?

—Tal vez en el barrio chino. Pero no son eficaces.

—Entonces, ¿qué sugiere usted, doctor?

—Los estudios realizados demuestran que la terapia más

eficiente es la que puede administrar la esposa. Se llama fellatio. Resulta verdaderamente convincente para el paciente.

—¡Pero eso es feo, doctor!

—Si usted lo dice —replicó Gresham—. ¿Usted es mala, señora Worthington? ¿Lo es su esposo? ¿Es malo el cuerpo humano?

Transcurrieron algunas semanas y Gresham recibió la desinhibida llamada telefónica que había anticipado.

—¡Worthington, doctor! ¿Recuerda? ¡Koro! ¡Fije los honorarios que quiera, doctor! ¡A Lucy le encanta! La verdad es que tocaría el himno nacional con ella mañana y noche si yo pudiera resistirlo. Tal como están las cosas, con unos años de terapia de Lucy me habré convertido en una pieza de museo en el Smithsonian Institute… Voy a enviarle algunos de los muchachos del club, doctor.

Gresham suspiró tristemente. Sólo necesitaban una excusa para su conducta y «¡ahí vamos!».

Lucy Worthington acudió a la consulta.

—Doctor —dijo muy modosa—, creo que mi marido se está recuperando lentamente, aunque tal vez todavía tarde un poco… Pero, una cosa, doctor, ¿las mujeres no sufren nunca el koro?

—Cielo santo, claro que sí —dijo Gresham que ya esperaba que los acontecimientos tomaran ese curso—. En Borneo, el koro es prácticamente epidémico entre las mujeres.

Explicó que las muchachas se volvían absolutamente locas de preocupación, pensando que sus labios vaginales desaparecerían absorbidos en el vientre.

—Según los estudios, el cunnilingus parece tener efectos terapéuticos bastante buenos.

Lucy casi tuvo un orgasmo.

—¿Cree que él querrá, doctor?

—Humm. Worthington es básicamente un hombre amable. No le gustaría ver a su mujer recluida en una celda acolchada.

Bastaba darles una justificación; no necesitaban nada más.

Unas semanas más tarde, Myrtle Smith hizo pasar otra vez a Lucy Worthington.

—¡Le encanta! —exclamó Lucy—. Cuando Mervin se zambulle, parece que ya no vaya a levantarse nunca más. Jamás comprenderé cómo no se ahoga ahí abajo. Me hace sentirme como una yegua

tierna con un ávida semental. ¡Es divino!

El tipo de confidencias que uno; reserva para su médico, pensó Gresham.

—Estoy agotada, simplemente agotada. Diga cuánto le debo, señor, y recibirá su cheque en el correo de la mañana… Tengo intención de mandarle a algunas de mis íntimas amigas.

Poco antes del almuerzo, entró Myrtle Smith con la lista de las visitas de la tarde.

—Todos son pacientes que sufren de koro…

«Myrtle tiene el trasero más sensual que he visto», pensó Gresham. ¿Qué hace que un trasero resulte sensual? Sin duda sería un tema digno de una monografía.

—¡Koro, y nada más que koro! —se lamentó Myrtle—. ¡Estoy harta de las condenadas expresiones de fatua superioridad que adoptan después de empezar el tratamiento en sus casas!

—No te quejes, Myrtle. El negocio va viento en popa. Has recibido tres buenas primas.

—¡Pero mis labios! —exclamó Myrtle—. ¡A nadie le importan un comino! ¡Se me están chupando dentro del vientre! ¡Voy a morirme! ¡Me estoy quedando como una avispa, sin nada en el centro excepto una punta!

—Humm, sí —dijo el doctor Gresham, con un tono de desinteresada seriedad clínica que no consiguió ocultar el destello de su mirada—. Un caso agudo. Se impone un tratamiento de urgencia. Quítese esa bata almidonada, Myrtle, y descanse esa carne dolorida sobre el diván de las confesiones.

Myrtle prácticamente se arrancó de un tirón todas las ropas, mientras el doctor Gresham se quitaba los zapatos y se bajaba la cremallera, canturreando: ¡Nada hay mejor, dice el doctor, que un sesenta y nueve cada ma-ña-a-a-na!

Una rubia en el congelador

Thomas N. Scortia

Ni siquiera su muy proclamada convicción de que los americanos estaban rematadamente locos podría haber preparado al señor Foringham para lo que descubrió esa sofocante tarde del martes en la sección de alimentos congelados del supermercado Henney-Penny próximo a su apartamento.

—Te lo digo yo, señora Foringham —le dijo esa noche a su mujer durante la cena—, los norteamericanos están locos.

La señora Foringham, que tenía un nombre de pila, aunque habían transcurrido tantos años desde la última vez en que la habían llamado por él que con frecuencia tenía que pararse a pensar para recordar cuál era, exhaló un bufido y dijo:

—Francamente, ¿no te parece que podrías prescindir de ese comentario? Acabarás ofendiendo a alguno de nuestros amigos norteamericanos.

—Sin embargo —dijo el señor Foringham—, es una verdad indiscutible. Esto jamás podría haber ocurrido en Sussex.

—Está bien que mi padre lo diga, pero me parece de muy mala educación repetirlo sin cesar.

El padre de la señora Foringham, un vizconde, era el propietario de Victoria Minerals Ltd., empresa de la cual era vicepresidente ejecutivo el señor Foringham.

La señora Foringham diseccionó la chuleta de cordero que tenía en el plato y cortó una fina tajada de jalea de menta del cubito situado junto a la chuleta.

—¿Qué es lo que jamás podría haber ocurrido en Sussex? —preguntó al fin.

—Una inmoralidad sin tapujos —dijo el señor Foringham—. Y

además en un supermercado.

—¿Una inmoralidad? —dijo la señora Foringham—. ¿En un supermercado?

—En el supermercado Henney-Penny de la otra manzana. En la sección de productos congelados para ser exacto.

—Pero seguro que incluso los norteamericanos son más discretos —dijo la señora Foringham.

—¿A qué te refieres? —preguntó el señor Foringham, y luego se sonrojó—. Oh, no, no ha sido eso. Eso ya sería el colmo. No, quiero decir en el congelador.

—Parece un lugar muy curioso para hacerlo —murmuró la señora Foringham—, aunque no sería peor que este apartamento con su terrible aire acondicionado. He estado pensando en desembalar nuestra manta electrónica.

—Creo que tergiversas deliberadamente mis palabras —dijo el señor Foringham algo irritado.

—En fin —dijo la señora Foringham—, no estás hablando demasiado claro.

—Había una mujer en el congelador.

—¿Estaba acompañada? —preguntó la señora Foringham procurando no dar muestras de aburrimiento.

—No, no —dijo el señor Foringham—. Eso es lo que estoy intentando decirte. Estaba sola.

—¿Por qué te preocupas, entonces, señor Foringham?

—Estaba congelada.

—Tenía que ocurrir algún día —dijo la señora Foringham—. Con la cantidad de tiempo que pasan esos compradores con la cabeza metida en la sección de productos congelados.

—No, la habían congelado a propósito.

—¿A propósito? —la señora Foringham depositó el tenedor junto al plato y frunció el ceño mirando a su marido—. Bueno, tienes quo dar parte a las autoridades.

—No estaba muerta —dijo el señor Foringham—. El dependiente así me lo ha asegurado.

Se puede descongelar, ha dicho…, igual que una bolsa de guisantes.

—¡Qué raro! —dijo la señora Foringham.

—Estaba en venta —dijo el señor Foringham.

—Señor Foringham —dijo la señora Foringham, ya un poco exasperada—, sabes muy bien que incluso los norteamericanos tienen leyes que prohíben el tráfico de seres humanos.

—Bueno, verás, no era humana. El empleado ha dicho que era sintética. Fabricada por una compañía que se llama Especialidades Androideas. —La cara del señor Foringham se puso todavía más encarnada—. Era un modelo especializado, eso ha dicho el dependiente.

—Seguro que has estado tomando demasiado el sol estos días —dijo la señora Foringham, e hizo sonar la campanilla junto a su asiento, cerrando definitivamente el tema.

El señor Foringham se quedó cavilando en silencio mientras Susan, la mujer de mediana edad que servía de criada para todo, llegaba de la cocina. A fe suya que no lograba comprender por qué los norteamericanos no observaban más atentamente las normas de urbanidad. Era una de sus más desalentadoras cualidades, esa manera desenfadada de actuar… Un hombre de Eton simplemente no pensaba en esos términos.

—Ya puede servir el postre —le dijo la señora Foringham a la criada. Luego se volvió hacia el señor Foringham con una apretada sonrisa—. Tu postre preferido, cariño…, limón helado.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, el señor Foringham dijo:

—No he podido dormir en absoluto. ¿Dónde crees que acabará?

—¿De qué me hablas? —preguntó la señora Foringham con voz soñolienta.

Normalmente dormía hasta las nueve, pero aquélla era la mañana en que Susan no llegaba hasta las diez y, como proclamaba tan a menudo la señora Foringham, una mujer tenía sus obligaciones para con su marido.

—He dicho: ¿dónde acabará?

—Pues, desde luego no después de abril. Padre espera que estemos de regreso por esas fechas.

—No, no, señora Foringham. Me refiero a esa…, eeh…, esa persona de la sección de congelados.

—Bueno, yo diría que ha sido un proceso lógico —dijo la señora Foringham con aire aburrido.

—¿Lógico? —exclamó el señor Foringham ligeramente

horrorizado.

—Naturalmente. Ahora se encuentra de todo en los supermercados: productos de belleza, artículos domésticos, medicamentos, cosméticos. Parece lógico que el próximo paso haya sido ofrecer lo último en artículos de consumo.

El señor Foringham miró escandalizado a su esposa.

—Bueno, a fin de cuentas —dijo ella—, no puedes esperar que los norteamericanos llevaran hasta ese extremo su manía del «hágalo usted mismo», al menos pudiendo evitarlo.

—Confío seriamente que estés hablando en broma —dijo el señor Foringham con un hilo de voz.

En el metro que le conducía a las oficinas de Victoria Minerals Ltd., el señor Foringham estuvo meditando sobre el nivel de moralidad capaz de permitir cosas tales como la presencia de la rubia en el congelador de Henney-Penny. Decidió escribir al «Times» lamentándose de esas costumbres. «The Times» tomó nota mentalmente, separándolo con cuidado en su cabeza de su más rufianesco homónimo neoyorquino.

El señor Foringham tuvo un día particularmente desgraciado. Parecía imposible lograr hacer nada con rapidez y eficiencia en esta tierra bárbara. Pasó la mayor parte de la mañana encerrado con los abogados de la compañía en Nueva York, intentando encontrar algún sentido a un conjunto de regulaciones aduaneras que, según concluyó finalmente el señor Foringham, debían haber sido promulgadas con la deliberada intención de hacer perder a una empresa extranjera la mitad de su capital líquido en honorarios de abogados.

Cuando tocaron las doce, profirió un suspiro de alivio y aceptó la invitación del joven Richard LaCount para almorzar juntos.

—Esto me recuerda las cosas que solían suceder cuando el señor Attlee era Primer ministro —dijo el señor Foringham mientras tomaba el té.

Richard LaCount, su ayudante administrativo interino, sonrió mirando su taza de café y replicó:

—Sí las cosas son un poco liosas.

—¿Decía usted?

—Quiero decir que las cosas son un poco confusas.

—¿Confusas? —dijo horrorizado el señor Foringham—. Yo diría

que son del todo opacas.

—¿Vendrá con nosotros esta noche? —preguntó el joven LaCount.

—Oh, usted y la señora Foringham no pensarán ir a otra de esas comedias musicales, ¿verdad?

—No, esta noche toca mambo.

El señor Foringham contuvo un estremecimiento.

—Supongo que no le importará —se apresuró a decir LaCount—. Su esposa parece disfrutar con estas salidas. Dice que en Inglaterra es todo tan distinto…

—Ciertamente lo es —dijo el señor Foringham, pasando por alto la pregunta. A decir verdad empezaba a estar un poco cansado de LaCount, a quien culpaba de la creciente americanización del lenguaje y maneras de pensar de la señora Foringham.

—Ciertamente lo es —repitió—. Vamos, ¿creerá usted…? —El señor Foringham inició una detallada descripción del descubrimiento que había hecho el día anterior en HenneyPenny.

—Pues es toda una idea —dijo LaCount entusiasmado—. Justo lo que uno espera de ese tipo de compañía. Tienen imaginación.

—Pero usted no estará de acuerdo, ¿verdad? —preguntó el señor Foringham.

—Verá, personalmente no me interesaría comprar algo así —reconoció LaCount—, pero no me importaría poseer un paquete de acciones de una compañía avanzada como ésta.

—Francamente —dijo el señor Foringham, apurando su taza y haciéndole una señal a la camarera.

—Francamente —repitió por lo bajo cuando salían del restaurante.

No hubiera podido decir con seguridad qué le había impulsado a bajarse del autobús una parada antes de la suya. No lo descubrió hasta que sus pasos le hicieron pasar por delante de Henney-Penny. Era casi la hora del cierre y sólo vio dos compradores en la tienda, y los dos estaban pagando en una de las cajas más alejadas. Los empleados habían abandonado las ocho cajas excepto dos y los dos que allí quedaban le miraron con un cierto fastidio cuando entró. Cogió una barra de pan de un estante y pasó a la sección de productos congelados. Un dependiente estaba cubriendo el aparador con un paño cuando él se detuvo junto al mostrador de

«Especialidades Androideas» y contempló el cartel que decía con relucientes letras rojas:

«EL HUMANOIDE QUE OFRECE LA MÁS PERFECTA
IMITACIÓN DE LA REALIDAD.
NO ACEPTE SUCEDÁNEOS».

—Me pregunto… —dijo mientras miraba la pálida criatura dentro de la cámara—. ¿Alguien compra realmente… estas cosas?

—Her-ma-no —dijo el dependiente, arrastrando las sílabas—. Hoy hemos vendido veintiséis.

—Doce a prueba —se apresuró a rectificar—, pero ya pueden darse por vendidos.

El señor Foringham meneó la cabeza y volvió a dirigir la mirada al congelador. Tuvo que reconocer que el espectáculo era de lo más provocativo a pesar de que la chica…, la cosa (¿cómo debía llamarla?), estuviera fría y callada. Quienquiera que hubiera diseñado ese cuerpo, era un artista.

No un artista literal, como cayó pronto en la cuenta, enrojeciendo ligeramente, aunque las exageraciones de ciertas proporciones eran…, bueno, no exactamente de buen gusto…, ajustadas, diríase, al ideal en boga.

Desde luego, la criatura no se parecía a la mayoría de mujeres inglesas que él había conocido. La señora Foringham no había sido ciertamente nunca así, ni siquiera antes de cumplir los veinte. Debía ser la influencia italiana, pensó. Eran artistas consumados cuando se trataba de llamar la atención sobre ese tipo de cosas.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó el dependiente.

—No, no, no —se apresuró a declarar el señor Foringham.

—Bueno, es hora de cerrar.

—Sí, claro —dijo el señor Foringham, y se humedeció los labios.

—¿Por qué no se lleva uno a casa? —dijo el dependiente haciéndole un guiño.

—Francamente —dijo el señor Foringham irguiéndose en toda su estatura—. Debo decirle que soy muy feliz en mi matrimonio.

—Sin ánimo de ofenderle —dijo el dependiente—. Aunque muchos clientes están casados —añadió.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, si he de serle franco —dijo el dependiente con cierta vacilación en la voz—, en general suelen comprarlos sobre todo las esposas.

El señor Foringham se quedó mirando fijamente al hombre.

—Para sus maridos, ¿sabe? —dijo el dependiente—. Probablemente así evitan que salgan a callejear. La cosa tiene su lógica si uno se para a pensarlo.

—Yo ciertamente no tengo intención de pararme a pensarlo —dijo el señor Foringham, y dio media vuelta.

Esa noche el señor Foringham tomó su cena sumido en un profundo silencio introspectivo. La señora Foringham, a quien una larga experiencia le permitía captar su estado de ánimo no intentó iniciar una conversación, hasta que se hubieron retirado a la sala de estar y el señor Foringham se encontró con la mirada fija en su coñac e imaginando ciertas escenas que le hicieron reaccionar con un sobresalto algo culpable cuando su esposa le habló.

—Me gustaría que salieras un poco —dijo la señora Foringham —. Te haría muchísimo bien.

—No tengo absolutamente ningún interés en aprender danzas tribales primitivas como el mambu —dijo.

—Mambo —le corrigió la señora Foringham—, y no es en absoluto primitiva. Es un baile muy sofisticado y de lo más encantador.

—Supongo que debe serlo, con el joven LaCount —dijo el señor Foringham pensativo—. Realmente tendré que hablar de ese joven con tu padre cuando regresemos a casa.

—Señor Foringham —dijo secamente la señora Foringham—, esto es muy impropio de ti.

A fin de cuentas, un viaje como éste es una oportunidad y detestaría tener que decirles a mis amigas que la he desperdiciado.

—Lo siento —dijo el señor Foringham, paladeando pensativo el último resto de coñac. La verdad es que no sé qué me ha cogido.

LaCount llamó puntualmente a la puerta a las ocho y la señora Foringham salió al vestíbulo a recibirle antes de que Susan pudiera coger su sombrero.

—Temo que vayamos un poquito retrasados —le oyó decir el señor Foringham.

—Entraré a saludar un momento al señor F. —dijo el joven LaCount.

—No se siente muy bien —dijo la señora Foringham—. Estoy segura de que sabrá excusarlo.

Oyó una conversación ahogada y luego la puerta se cerró interrumpiendo las primeras notas de la voz ligeramente risueña de la señora Foringham.

El señor Foringham se acercó a la ventana y miró a la calle. Mientras cenaban había lloviznado un poco y la calzada húmeda todavía relucía bajo el farol de la esquina. Vio las luces encendidas de un taxi que esperaba y la señora Foringham y el joven LaCount aparecieron unos instantes después bajo la marquesina. El conductor del taxi se inclinó para abrir la puerta trasera, mientras LaCount ayudaba a la señora Foringham a instalarse en el asiento. El señor Foringham observó que la tocaba mucho más de lo necesario y que parecía prolongar ese gesto.

Resolló para sus adentros y volvió a desear que ya hubiera concluido ese negocio infernal y se encontraran otra vez en su piso de Londres. ¿Quién habría pensado que a su edad la señora Foringham sería una presa fácil para la temeridad de ese joven? Pero recordó que los americanos no consideraban que uno fuera viejo a los cuarenta y dos, lo cual, afirmó para sus adentros, no hacía más que demostrar su barbarie.

El señor Foringham estaba acostado cuando regresó su esposa. Les oyó charlar un rato en el vestíbulo; luego ella entró en el apartamento, se dirigió al dormitorio y comenzó a desvestirse.

—¿No puedes hacer menos ruido? —preguntó el señor Foringham.

—Lo siento, señor Foringham —dijo su mujer.

—Confío que te habrás divertido.

—Oh, mucho. Richard es un joven encantador.

—Eso diría yo —dijo el señor Foringham.

—Quiere que me fugue con él —dijo ella.

—Bueno, por el amor de Dios —dijo el señor Foringham—, supongo que le has dicho que no.

—Chisst, señor Foringham. Le he dicho que lo pensaría.

—Es una broma de mal gusto, ¿sabes? —dijo el señor Foringham, incorporándose en la cama.

—Bueno, de nada serviría intentar calmarle los ánimos —dijo la señora Foringham con un suspiro—. Estos jóvenes norteamericanos son tan impetuosos —añadió, metiéndose en la cama y tapándose con las sábanas.

—¿Volverá mañana por la noche? —preguntó el señor Foringham.

—Brrr —dijo la señora Foringham—. Hace un poco de humedad. ¿No sería mejor sacar la manta electrónica?

—¿En verano? —preguntó el señor Foringham—. Y no intentes de cambiar de tema.

—Oh, supongo que sí —dijo la señora Foringham, y alargó la mano para apagar la luz—. Ya sabes cuán perseverantes son los norteamericanos.

—Totalmente incivilizados —dijo el señor Foringham en la oscuridad—. Totalmente incivilizados, todos ellos.

—Naturalmente, señor Foringham —dijo la señora Foringham—. Buenas noches —añadió soñolienta al cabo de un momento.

Al día siguiente, cuando el joven LaCount entró en el despacho del señor Foringham, poco después de que tocaran las diez de la mañana, el señor Foringham le dijo:

—Siéntese, señor LaCount.

—Preferiría que me llamase Dick —dijo el joven.

—No soy partidario de los nombres de pila —dijo el señor Foringham.

—Lo siento.

—No se preocupe. Esa es una de las costumbres norteamericanas que preferiría no adquirir, aunque debo reconocer que una de sus mejores cualidades es una cierta franqueza.

—Gracias —dijo Dick LaCount, ruborizándose. Realmente era un

tipo bastante bien parecido, tuvo que reconocer el señor Foringham, si no se prestaba atención a su frente bastante entrada, indicio de que probablemente habría perdido la mayor parte de su cabello dentro de diez años. El señor Foringham estaba bastante satisfecho con su abundante mata de cabello.

—Espero, pues —se decidió a decir al fin—, que no considerará demasiado atrevido que le haga una pregunta.

—Desde luego que no —dijo LaCount.

—La señora Foringham me ha dicho que usted la ha invitado a fugarse.

—Estupendo —dijo LaCount con el rostro iluminado.

—¿Perdón?

—Quiero decir que me alegro de que se lo haya dicho. No me gusta actuar a espaldas de nadie.

—Ya veo —dijo el señor Foringham—. Una actitud muy loable, si puedo decirlo.

—Gracias —dijo LaCount con una amplia sonrisa.

—¿Usted comprende, naturalmente, que eso es de todo punto imposible?

—En aquel momento me pareció una idea bastante buena —dijo LaCount.

—Para empezar, ella es mucho mayor que usted.

—No tanto —dijo LaCount—. No es lo que podríamos decir una relación de «mayo y diciembre».

—Pero no puedo permitir que ocurra algo así. Aunque sólo sea por una cuestión de honor.

—Supongo que tiene usted razón —dijo LaCount.

—¿Y supongo que usted dimitirá de su cargo? Me parece lo más deportivo.

—¿Dimitir? —dijo LaCount—. Claro que no. Más bien estaba considerando la posibilidad de eliminarle a usted.

—Supuse que sus ideas podrían seguir ese derrotero —dijo el señor Foringham—. He tomado la precaución de depositar un sobre sellado en mí banco.

Sonrió como disculpándose.

—Es algo bastante melodramático —dijo el señor Foringham—. Espero que sabrá comprenderlo.

—Bueno —dijo LaCount después de reflexionar un instante—,

creo que estamos enfocando este asunto de manera totalmente equivocada.

—¿En serio?

—Sí. A fin de cuentas, quien debe decir la última palabra es Hermione.

—¿Hermione?

—Sí. La señora Foringham.

—Oh, claro —dijo el señor Foringham un poco confuso.

—Entonces no hay por qué seguir discutiendo.

—Bueno, verá, yo no he dicho…

—Una actitud muy deportiva por su parte, señor —dijo LaCount, levantándose de un salto y estrechando la mano del señor Foringham.

—Bueno, verá… —empezó a decir el señor Foringham.

—¿Esta noche? ¿A las ocho? —dijo LaCount, y antes de que el señor Foringham pudiera responderle, ya había cruzado la puerta.

—Bueno —dijo el señor Foringham a las paredes—, esto ya es el colmo.

El señor Foringham tuvo grandes dificultades de concentración durante el resto del día. ¿Cómo se había dejado atrapar en esa farsa?, se preguntaba. Era como algo sacado de un malísimo número de music hall y desde luego no tenía la menor intención de representar su papel hasta el final. Imaginaba que todo el asunto debía parecerle bastante divertido a su mujer, pero no estaba de humor para satisfacer ese particular capricho suyo.

Hasta las cinco menos diez no se le ocurrió pensar que, a lo mejor, la señora Foringham se tomaba todo el asunto muy en serio. ¿Cabía tal vez incluso la posibilidad de que ella se sintiera en la necesidad de proceder a la ridícula elección? La idea resultaba bastante inquietante.

El señor Foringham apreciaba a su esposa. Su matrimonio había sido concertado por sus respectivos padres en la época en que la familia del señor Foringham gozaba de una posición bastante desahogada. Pero, el partido laborista había acabado con la fortuna de los Foringham y el señor Foringham se había considerado muy afortunado de que ya hubieran concertado un próspero enlace para él. Llevaban diez años casados y durante ese tiempo le había cogido cariño a la señora Foringham, de la misma manera como se coge

cariño a una pipa. Un cariño no exactamente romántico —la señora Foringham nunca le había acabado de impresionar realmente en ese sentido— pero sí cómodo de llevar.

Tenía la certeza de que se sentiría muy trastornado si llegaba a perderla.

A las cinco telefoneó a su apartamento y Susan le dijo que la señora Foringham había salido. Susan también se disponía a marcharse, según dijo, y sólo entonces cayó el señor Foringham en la cuenta de que era jueves y la criada tenía la noche libre. Eso significaba que tendrían que cenar fuera o bien comer en casa una de esas horribles comidas rápidas congeladas.

La idea de la comida congelada le trajo a la mente otra cosa y por una breve fracción de segundo se imaginó en una situación bastante atractiva. Luego la aparto decididamente de su mente y colgó el auricular.

El supermercado Henney-Penny estaba tan vacío como la tarde anterior. El reloj de pared mercaba las seis menos cinco cuando el señor Foringham entro muy decidido. Se ruborizó bruscamente al comprender hacia dónde le habían llevado inconscientemente sus pasos.

El empleado acabó de rociar con agua algunas lechugas para darles un aspecto de recién cogidas y llenas de rocío, y luego se le acercó.

—¿Ha cambiado de opinión, señor? —dijo con una risita.

—¿He cambiado de opinión sobre qué? —le espetó el señor Foringham.

—Sobre las chicas, naturalmente —dijo el empleado, mientras levantaba la tapa de la primera cámara y movía admirativamente la cabeza contemplando el producto cuidadosamente guardado entre las pilas de maíz congelado y comidas preparadas—. Hoy hemos recibido una nueva remesa y solo puedo decirle que la compañía ciertamente se preocupa de ir mejorando su producto.

—La verdad es que no me interesa —dijo el señor Foringham con voz débil, al tiempo que se acercaba para ver mejor. Deberían cambiar, el sistema de embalaje, pensó remilgadamente. Incluso las barras de caramelo venían envueltas en papel de aluminio.

Luego advirtió acongojado que el elemento concreto que había visto el día anterior había desaparecido. Los adorables labios llenos

y el cuidado cabello rubio, que se veía tan crujiente y quebradizo ahí en las profundidades del congelador, como si fuera a desprenderse al menor contacto…

—Sólo se vive una vez —dijo el empleado con un astuto guiño.

El señor Foringham se lo quedó mirando fijamente y luego consiguió graznar:

—Soy feliz en mi matrimonio, gracias.

Lo dijo con todo el entusiasmo que se emplea para leer la columna de defunciones en voz alta.

Cuando por fin salió del supermercado, estaba bastante enervado. Tenía las palmas de las manos mojadas y sentía una clara humedad bajo los brazos. Miro el reloj y observó que eran las seis y media. Echó a andar hacia su apartamento, sintiéndose algo tenso.

El señor Foringham no tenía costumbre de tomar bebidas fuertes, pero de pronto sintió necesidad de beber algo que le diera fuerzas para afrontar el resto de la velada. A una manzana de su apartamento había un pequeño bar; entró en el salón débilmente iluminado y tomó asiento en un reservado de la parte de atrás. Cuando acudió el camarero, pidió un whisky con soda; luego cambió de parecer y lo pidió con hielo.

Permaneció sentado con el vaso en la mano e interrogándose sobre el imposible giro que había tomado su viaje a Norteamérica. Era una situación increíble y tendría que advertir a la señora Foringham que no relatara sus aventuras a sus amigos cuando regresaran a Inglaterra. Empezó a masticar un cubo de hielo medio fundido y pensó brevemente en el supermercado Henney-Penny y en la última novedad que acababan de incluir entre sus especialidades. Sus pensamientos vagaron agradablemente y entonces, de pronto, se dio cuenta de que tenía un cubito de hielo en la boca y lo escupió, embarazado.

Después de la segunda copa, se sintió mucho mejor pero todavía un poco vacío. Echó una mirada al reloj. ¡Las ocho y cuarto! Por un instante se admiró de cómo había volado el tiempo. Pagó rápidamente la cuenta y salió del bar. El aire de la calle le pareció sofocante después del interior refrigerado del bar y caminó lentamente hasta el apartamento con objeto de minimizar su tendencia a transpirar.

Abrió la puerta y entró para encontrarse con el apartamento

totalmente a oscuras.

—Hola —dijo, y esperó una respuesta.

Sin duda, se dijo, no habrían tenido la indiscreción de… Volvió a llamar pero no hubo respuesta.. Al parecer, realmente se habían ido. Pero sin duda no se habrían marchado tan de prisa, se dijo mientras encendía la lámpara junto al diván y consultaba el reloj de la chimenea. Había llegado sólo con veinticinco minutos de retraso. Esos norteamericanos eran imprevisibles. Sería posible que en un momento de arrebato… Pero no, pensó, esa clase de cosas no les ocurrían a las gentes llamadas Foringham.

Encontró la nota sobre la mesa del comedor. Decía: «Señor Foringham: La cena está en el horno. He puesto un cubierto en la mesa y el postre está en la nevera. Richard y yo nos hemos fugado juntos… Hermione (Foringham).».

El señor Foringham no podía acabar de dar crédito a sus sentidos. Volvió a leer atentamente la nota y luego le dio la vuelta. En el reverso había una postdata que decía:

«En el baño encontrarás algo que tal vez te sirva de pequeña compensación. He sacado la manta electrónica y la he dejado sobre el armario del lavabo junto con el folleto de instrucciones. H. Espero que te guste el postre. Es tu favorito, helado de limón. H».

El señor Foringham dejó la nota sobre el aparador y se fue a la cocina. SE sirvió la cena y empezó a comer lentamente, masticando con gran deliberación cada bocado.

Decidió guardarse el postre para más tarde. En cambio se tomó el coñac en la sala de estar. Sólo entonces se dirigió al cuarto de baño.

El pequeño cuarto estaba muy frío, mucho más de lo que podría justificar incluso el aire acondicionado, y no le sorprendió demasiado encontrarse una criatura del supermercado Henney-Penny en la bañera. El ambiente helado se debía a su presencia. Comprobó que la señora Foringham no había intentado descongelarla y que todavía estaba totalmente rígida.

Cogió el folleto de instrucciones. Entre otros recursos, se sugería la utilización de una manta electrónica del tipo que ellos se habían traído de Inglaterra. Pensó que, a fin de cuentas, la señora Foringham había sido considerada en ese aspecto.

Se acercó otra vez a la bañera y sintió extenderse su primer leve

destello de entusiasmo. Las frías pero perfectamente modeladas facciones con leves rastros de hielo sobre las mejillas, el frágil cabello muy corto que relucía húmedo bajo la luz de las bombillas fluorescentes encendidas sobre el lavabo.

Se ruborizó y envolvió la fría figura de la bañera con la manta; luego enchufó el cordón y salió del cuarto de baño silbando una cancioncita ligeramente obscena que casi había olvidado. Incluso empezó a cantar a toda voz mientras hurgaba en el armario para emerger con un bata de terciopelo rojo. La había comprado largo tiempo atrás y olía débilmente a bolas de naftalina pero nunca, pensó, había tenido oportunidad de usarla, nunca había tenido ocasión de hacer el papel de hombre de mundo.

Sólo tardó un instante en poner el champán en hielo y colocarlo sobre el carrito auxiliar.

Retirar el cubrecama y preparar uno de los camisones negros de la señora Foringham le tomó sólo otro instante. Luego se sirvió una copita de coñac, puso en el tocadiscos algo mucho más apropiado que Beethoven y se tendió sibaríticamente en el diván.

Se dijo, contrito, que nunca había apreciado realmente a Hermione. Hasta ese momento, claro.

Saboreó su coñac y se recostó cómodamente a esperar el primer chapoteo en la bañera.

Jartum, chascarrillo en prosa

Anthony Boucher

El último hombre y la última mujer sobre la Tierra estaban sentados junto a la última cama.

Los arcturianos les observaban desde alguna parte, regocijándose de haber hallado al fin dos especimenes, y con marcadas diferencias sexuales. Pero los dos ya eran inmunes a ese benévolo escrutinio.

La figura con los harapientos pantalones se agitó inquieta.

—Eres bonita —dijo la ruda voz rasposa mientras extendía una mano para tocar una rodilla forrada de seda—. Los arcturianos han hecho bien las cosas a mi entender.

Los senos improbablemente salientes subieron y bajaron rápidamente.

—Tú también me gustas —reconocieron los labios fruncidos en un mohín—. Y desde luego vamos a divertirnos mucho… Pero en cuanto a perpetuar la raza… Bueno, me temo que a los arcturianos les espera una terrible sorpresa.

Soltó una risita mientras acercaba la mano, se arrancaba un seno improbablemente saliente y se lo arrojaba juguetón a su compañero.

Las poderosas manos masculinas casi acariciaron el objeto cónico, luego lo dejaron caer con embarazo. El delgado cuerpo alargado se levantó de la cama y comenzó a despojarse del abrigo de paños escocés.

—Va contra mis principios y probablemente también contra los tuyos; pero ha pasado mucho tiempo y al menos será una novedad…, supongo —gruñó mientras liberaba sus propios senos muy probables del sostén excesivamente apretado que los contenía.

Los arcturianos sabían lo que se hacían, a fin de cuentas.

Madre

Philip José Farmer

1

—Mira, madre. El reloj anda hacia atrás.

Eddie Fetts señaló las manecillas de la esfera de la sala de pilotaje.

—El choque debe de haber invertido la marcha —dijo la doctora Paula Fetts.

—¿Cómo es posible?

—No sabría decírtelo. No lo sé todo, hijo.

—¡Oh!

—Bueno, no me mires con tanta decepción. Estoy especializada en patología, no en electrónica.

—No te pongas así, madre. No puedo soportarlo. No ahora.

Salió de la sala de pilotaje. Ella le siguió ansiosa. El entierro de la tripulación y de sus compañeros científicos había sido una dura prueba para él. La visión de la sangre siempre le había producido nauseas y mareos; a duras penas había conseguido controlar las manos en la medida suficiente para ayudarla a ensacar los huesos y entrañas desperdigados.

Su deseo hubiera sido meter los cuerpos en el horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores Geiger situados en el centro de la nave tictaqueaban ruidosamente, advirtiendo la presencia de la muerte invisible en la popa.

El meteorito que les había golpeado en cuanto la nave salió de la

traslación para entrar para entrar en el espacio normal, probablemente había destruido la sala de máquinas.

Eso había deducido de las frases incoherentes y chillonas que pronunció un colega antes de salir huyendo rumbo a la sala de pilotaje. Ella había salido corriendo en busca de Eddie. Temía que la puerta de su camarote continuara cerrada, pues él había estado grabando una cinta del aria Pesado es el vuelo del albatros, del Marinero antiguo de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había desconectado automáticamente los circuitos de las cerraduras. Ella le había llamado por su nombre al entrar, temiendo que estuviera herido. Yacía en el suelo, semiinconsciente, pero no había ido a parar allí debido al accidente. La causa estaba en un rincón: un termo de medio litro con una tetina de caucho. La boca abierta de Eddie desprendía un olor a whisky de centeno que ni las pastillas Nodor con seguían ocultar.

Con voz tajante, le había ordenado que se levantara y se metiera en la cama. Su voz, la primera que jamás había escuchado él, atravesó la bruma de whisky Old Red Star. Se levantó con dificultad y ella, pese a ser más pequeña, concentró todo su esfuerzo para ayudarle a incorporarse y subir a la cama.

Se acostó allí a su lado y ató los cinturones en torno a los dos. Tenía entendido que el bote salvavidas también estaba averiado y que el capitán tendría que arreglárselas para hacer aterrizar la nave sin problemas sobre la superficie de ese planeta, bautizado pero inexplorado, llamado Baudelaire. Todos los demás habían acudido a sentarse detrás del capitán, atados a las sillas de choque, incapaces de ayudarle como no fuera con su silencioso apoyo.

El apoyo moral no había sido suficiente. La nave había bajado con una ligera inclinación. Demasiado rápido. Los motores heridos no habían podido retenerla. La proa había recibido la peor parte del impacto. Y con ella las personas que ocupaban su interior.

La doctora Fetts estrechaba la cabeza de su hijo contra su pecho y rogaba a Dios en voz alta. Eddie roncaba y mascullaba. Luego se oyó un ruido que hacía pensar en el clamor de las puertas del infierno, un tremendo estampido como si la nave fuera el badajo de una campana gigantesca tañendo el más aterrador mensaje que hayan podido escuchar jamás oídos humanos, un cegador estallido

de luz y luego la oscuridad y el silencio.

Segundos más tarde, Eddie comenzó a gritar con una voz infantil:

—¡No me dejes morir, Madre! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Su madre yacía inconsciente a su lado, pero él no lo sabía. Estuvo llorando un rato, luego volvió a sumirse en su estupor lleno de brumas de whisky de centeno —si es que en algún momento había llegado a salir de él— y se durmió. Otra vez la oscuridad y el silencio.

Era el segundo día después del choque, si podía emplearse la palabra «día» para describir el estado crepuscular de Baudelaire. La doctora Fetts seguía a su hijo dondequiera que éste fuese. Sabía que era una persona muy sensible y que se trastornaba fácilmente. Lo había sabido durante toda su vida y siempre había intentado interponerse entre él y cualquier cosa que pudiera causarle problemas. Había tenido bastante éxito hasta tres meses atrás, cuando Eddie se fugó con una chica.

Ella era Polina Fameux, la actriz de cabello rubio ceniza y largas piernas cuya imagen tridimensional, grabada en cinta, había sido remitida a las estrellas fronterizas, donde un escaso talento dramático tenía poca importancia y un pecho grande y bien formado importaba mucho. Puesto que Eddie era un conocido tenor del Metropolitan, la boda causó una gran conmoción cuyos ecos se extendieron por toda la galaxia civilizada.

La escapada le sentó muy mal a la doctora Fetts, pero confiaba en que había ocultado muy bien su dolor bajo una máscara sonriente. No lamentaba tener que dejarle partir: a fin de cuentas, ya no era su niñito, sino un hombre hecho y derecho. Pero, en realidad, aparte de las temporadas en el Metropolitan y de sus giras, desde que tenía ocho años no se había separado nunca de ella.

Entonces fue cuando ella hizo un viaje de luna de miel con su segundo marido. Y en esa ocasión ella y Eddie no habían estado mucho tiempo separados: Eddie se puso muy enfermo y ella tuvo que regresar a toda prisa para cuidarle, pues él insistía en que era la única capaz de lograr que mejorara.

Además, los días que pasaba en la ópera no podían considerarse una verdadera separación, ya que él se videocomunicaba con ella cada mediodía y tenían una larga charla, sin importarles lo elevadas

que fuesen luego las cuentas del vídeo.

Los ecos que provocó la boda de su hijo tenían apenas una semana de antigüedad cuando les siguieron otros aún más sonoros. Estos anunciaban la noticia de la separación de Eddie y su esposa. Quince días más tarde, Polina solicitaba el divorcio por razones de incompatibilidad. Eddie recibió los papeles en el apartamento de su madre. Había regresado a su lado el mismo día que él y Polina decidieron que «la cosa no funcionaba» o, como dijo él a su madre, que «no se llevaban bien».

La doctora Fetts sintió, naturalmente, una gran curiosidad por saber el motivo de su separación pero, como les explicó a sus amigos, «respetaba» el silencio de su hijo. Lo que no decía es que estaba convencida de que llegaría un momento en que él se lo contaría todo.

Poco después comenzó la «depresión nerviosa» de Eddie. Éste se había mostrado muy irritable, malhumorado y deprimido, pero su estado empeoró el día en que un supuesto amigo le dijo que Polina se reía largo y tendido cada vez que oía pronunciar su nombre. El amigo añadió que Polina había prometido revelar algún día la verdadera historia de su breve unión.

Esa noche su madre tuvo que llamar a un médico.

Durante los días que siguieron, ella estuvo a punto de renunciar a su puesto de investigadora en patología con De Kruif y dedicar todo su tiempo a ayudarle a «recuperarse». Prueba de la lucha que tenía lugar en su mente era el hecho de que no hubiera logrado decidirse al cabo de una semana. Propensa de natural a considerar rápidamente los problemas y a resolverlos con celeridad, no podía avenirse a renunciar a su grato estudio sobre la regeneración de los tejidos.

Cuando ya estaba a punto de hacer lo que para ella era algo increíble y vergonzoso —arrojar una moneda—, recibió una videollamada de su superior. Este le dijo que había sido seleccionada para formar parte de un grupo de biólogos que partirían en una gira de exploración de diez sistemas planetarios previamente seleccionados.

Con gran regocijo, tiró los papeles que debían servir para confiar a Eddie a los cuidados de un sanatorio. Y, puesto que él era bastante famoso, se valió de su influencia para conseguir que al Gobierno

permitiera que él la acompañara. Aparentemente, Eddie debía realizar un estudios sobre el desarrollo de la ópera en los planetas colonizados por los terráqueos. Las oficinas correspondientes parecían haber pasado por alto el hecho de que la nave no visitaría ningún planeta colonizado. Pero no era ésa la primera vez en la historia de un Gobierno en que su mano izquierda ignoraba lo que hacía la derecha.

De hecho, su madre, que se consideraba mucho más capaz de curarle que ninguna de las terapias A, F, J, R, S, K o H en boga, se proponía «reedificarle». Sin duda, algunos de sus amigos daban cuenta de los sorprendentes resultados obtenidos con algunas de las técnicas simbólicas. Por otra parte, dos de sus colegas más íntimos las habían probado todas y no habían apreciado una mejoría en ninguna de ellas. Ella era la madre de Eddie podría hacer mucho más por él que ninguna de esas «alfabetías»; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Además tampoco estaba tan enfermo. Sólo se ponía terriblemente azul a veces, pronunciaba teatrales pero insinceras amenazas de suicidio, o bien se limitaba a permanecer sentado con la mirada perdida en el espacio. Pero ella sabía manejarlo.

2

Y ahora ella le siguió en su huida del reloj que andaba hacia atrás, rumbo a su habitación. Y le vio poner un pie en el cuarto, mirar un segundo, para luego volverse hacia su madre con la cara descompuesta.

—Neddie está destruido, madre. Destruido del todo.

Ella echó una mirada al piano. Se había desprendido de los soportes de la pared en el momento del impacto para ir a estrellarse contra la pared contraria. Para Eddie no era simplemente un piano; era Neddie. Les ponía nombres a todas la cosas con las que tenía un contacto algo prolongado. Era como si saltase de un diminutivo a otro, al igual que un antiguo marino que se sentía perdido si no tenía cerca los puntos familiares y de nombre conocido de la línea costera. En caso contrario, Eddie se sentía flotar impotente en un océano caótico, un mar anónimo y amorfo. O, una analogía más

característica de él, era como el asiduo de los clubs nocturnos que se siente sumergido, a punto de ahogarse, a menos que salte de una mesa a la siguiente, pasando de un grupo de caras conocida al otro, evitando las falsas figuras sin facciones y sin nombres de las mesas de los desconocidos.

No lloró por Neddie. Ella hubiera deseado que lo hiciera. Estuvo muy apático durante todo el viaje. Nada, ni siquiera el esplendor único de las estrellas desnudas o el carácter inexpresablemente foráneo de los planetas extraños había parecido reanimarle durante demasiado tiempo. Si al menos llorase o riera con fuerza o diera alguna señal de estar reaccionando violentamente ante lo que sucedía. Incluso le hubiera complacido que la golpeara airado o que la insultara.

Pero no, ni siquiera mientras recogían los cuerpos mutilados, cuando durante un rato pareció a punto de vomitar, cedió a las exigencias de expresión de su cuerpo. Ella pensaba que si él vomitase, eso le haría sentirse mucho mejor, le ayudaría a librarse de buena parte del malestar psíquico junto con el físico.

Pero Eddie no lo hizo. Siguió metiendo los trozos de carne y los huesos en grandes bolsas de plástico con una mirada fija de resentimiento y obcecación.

Ahora ella confiaba que la pérdida de su piano haría brotar las lágrimas y le estremecería las espaldas. Entonces podría estrecharle entre sus brazos y ofrecerle su simpatía. Volvería a ser su niñito, asustado de la oscuridad, asustado del perro muerto por un coche, que buscaría entre sus brazos la protección segura, el amor seguro.

—No te preocupes, Baby —le dijo—. Cuando nos rescaten, te compraremos otro.

—¡Cuando nos rescaten…! —Arqueó las cejas y se sentó en el borde de la cama—. ¿Y ahora qué haremos?

Ella adoptó una actitud muy decidida y eficiente.

—La ultrarradio entró automáticamente en funcionamiento en el instante mismo en que recibimos el choque del meteorito. Si ha resistido el impacto, todavía estará mandando señales de socorro. De lo contrario, nada podemos hacer para remediarlo. Ninguno de los dos sabe cómo repararla. Sin embargo es posible que en los cinco años transcurridos desde que fue localizado este planeta, hayan aterrizado aquí otras expediciones. No de la Tierra, sino de

alguna de las colonias, o de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena probar suerte. Ya veremos.

Un simple vistazo bastó para hacer trizas sus esperanzas. La ultrarradio había quedado rota retorcida hasta hacerle perder todo parecido con el aparato que emitía ondas más rápidas que la luz a través del no-éter.

—¡Bueno, no tiene remedio! —exclamó la doctora Fetts con falso optimismo—. ¿Y qué más da? Hubiera sido demasiado fácil. Vamos al almacén a ver qué encontramos.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. Una vez allí, ella insistió en que cada uno debía coger una panradio. Si tenían que separarse por cualquier motivo, siempre podrían comunicarse y también localizar al otro con los sintonizadores direccionales incorporados.

Ya habían utilizado antes esos instrumentos y por tanto conocían sus capacidades y sabían lo esenciales que resultaban en los campamentos y excursiones.

Las panradios eran cilindros livianos de aproximadamente medio metro de alto y unos veinte centímetros de diámetro. Muy compactos, contenían los mecanismos de dos docenas de utensilios distintos. Sus baterías tenían un año de duración si no se recargaban, eran prácticamente indestructibles y funcionaban bajo casi cualquier tipo de condiciones.

Sacaron las panradios al exterior, procurando no acercarse a la parte de la nave que tenía un enorme boquete. Eddie exploró las bandas de onda larga mientras su madre movía el mando que abarcaba todas las bandas de onda corta. En realidad, ninguno de los dos tenía esperanzas de oír algo, pero era preferible probar que quedarse sin hacer nada.

Como no localizaba ningún ruido significativo en las frecuencias moduladas, Eddie pasó a las ondas continuas. Quedó estupefacto al oír una transmisión en morse.

—¡Eh, mamá! ¡Hay alguien los mil kilociclos! ¡Algo no modulado!

—Naturalmente, hijo —dijo ella un poco exasperada en medio de su entusiasmo—. ¿Qué otra cosa puedes esperar tratándose de una señal radiotelegráfica?

Localizó la banda en su propio cilindro. Ella miró con ojos

inexpresivos.

—No entiendo nada de radio, pero eso no es morse.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Debes haberte equivocado!

—N-no lo creo.

—¿Lo es o no lo es? Cielos, hijo, ¡nunca puedes estar seguro de nada!

Subió el volumen. Los dos habían aprendido galacto-morse mediante técnicas de aprendizaje durante el sueño y de inmediato pudo constatar lo que decía su hijo.

—Tienes razón. ¿A ti qué te parece?

Su rápido oído seleccionó los compases.

—No es un morse simple. Hay cuatro compases de distinta duración.

Escuchó un poco más.

—Sin duda tienen un cierto ritmo. Alcanzo a distinguir unas claras agrupaciones. ¡Ah! Es la sexta vez que oigo ésta. Y ahí va otra. Y otra.

La doctora Fetts movió su cabeza rubio ceniza. No lograba distinguir nada más que una serie de sonidos: sst-sst-sst.

Eddie echó un vistazo al indicador de dirección.

—Proceden del nordeste con inclinación este. ¿Crees que debemos intentar localizarlos?

—Naturalmente —replicó ella—. Pero será mejor que comamos primero. No sabemos a qué distancia están, ni qué encontraremos allí. Prepara el material para la expedición, mientras yo cocino algo caliente.

—De acuerdo —dijo con un entusiasmo como no lo había manifestado en largo tiempo.

Cuando volvió se comió todo el contenido del gran plato que su madre había preparado en el hornillo de la cocina, la cual no había sufrido ningún daño.

—Siempre has hecho el mejor puchero del mundo —dijo Eddie.

—Gracias. Me alegra verte comer otra vez, hijo. Estoy sorprendida. Creí que todo esto te pondría enfermo.

El hizo un gesto vago pero enérgico con la mano.

—El desafío de lo desconocido. Tengo una cierta sensación de que esto va a resultar mucho mejor de lo que esperábamos. Mucho mejor.

Ella se le acercó y olfateó su aliento. El olor era limpio, inocente, sin rastros ni siquiera de estofado. Eso significaba que había tomado Nodor, lo cual probablemente era señal de que había estado bebiendo un poco de whisky de centeno a escondidas. ¿Cómo se explicaba si no su temerario desdén ante los posibles peligros? No era propio de él.

La doctora no dijo nada, pues sabía que si él intentaba ocultar una botella entre sus ropas o en su mochila mientras trataban de localizar las señales de radio, ella no tardaría en descubrirla y se la quitaría. El ni siquiera protestaría; se limitaría a dejársela arrebatar de su mano fláccida mientras sus labios se hincharían en un gesto de resentimiento.

3

Emprendieron la marcha. Los dos llevaban mochilas y las panradios. Él llevaba una escopeta al hombro y ella había añadido a su mochila su pequeño y bien provisto botiquín.

El mediodía de finales de otoño aparecía coronado por un débil sol rojizo que apenas conseguía hacerse visible entre la eterna doble capa de nubes. Su compañero, una mancha lila todavía más pequeña, se estaba poniendo en el horizonte noroccidental.

Caminaban en una especie de brillante penumbra, lo mejor jamás logrado en Baudelaire.

Sin embargo, a pesar de la escasa luz, el aire era cálido. Era un fenómeno común a algunos planetas situados detrás de la nebulosa Cabeza de Caballo, un fenómeno que se estaba estudiando pero que aún no se había podido explicar.

El terreno era ondulado con muchas quebradas profundas. De trecho en trecho se alzaban prominencias lo suficientemente elevadas y de laderas lo bastante empinadas como para considerarlas un embrión de montaña. Sin embargo, teniendo en cuenta lo accidentado del terreno, la vegetación era sorprendentemente abundante. Matorrales, enredaderas y pequeños árboles de colores verde claro, rojo y amarillo se aferraban a cada trocito de terreno, horizontal o vertical. Todos tenían hojas anchas que giraban con el sol para captar la luz.

De vez en cuando, mientras los dos terráqueos avanzaban ruidosamente a través del bosque, pequeñas criaturas multicolores parecidas a insectos o mamíferos se deslizaban de un escondrijo a otro. Eddie decidió llevar la escopeta empuñada y luego, después de verse obligados a subir y bajar dificultosamente los barrancos y colinas y a abrirse paso entre una maleza inesperadamente enmarañada, volvió a colgársela al hombro, suspendida de una correa.

Pese al esfuerzo realizado no se cansaron fácilmente. Pesaban unos diez kilos menos de lo que habrían pesado en la Tierra y, aunque el aire era menos denso, también era más rico en oxígeno.

La doctora Fetts seguía el paso de Eddie. Con treinta años más que el joven de veintitrés, hubiera podido pasar por su hermana mayor, incluso después de un detallado examen. De eso se encargaban las pastillas de longevidad. Sin embargo, él la trataba con toda la cortesía y caballerosidad debidas a la propia madre y la ayudaba a subir por las pendientes, aun cuando las subidas, tal vez por la amplitud de su pecho, no parecían obligarla a inspirar mayor cantidad de aire.

Hicieron un alto junto a un barranco para averiguar su posición relativa.

—Han cesado las señales —dijo él.

—Evidentemente —replicó ella.

En aquel momento comenzó a brincar el detector de radar incorporado al aparato. Los dos levantaron automáticamente la vista.

—No hay ninguna nave en el aire.

—No puede proceder de ninguna de esas colinas —puntualizó ella—. Sólo hay una gran piedra en la cima de cada una.

—Sin embargo, viene de ahí, creo. ¡Oh! ¿Has visto lo mismo que yo? Parecía como una larga vara que ha desaparecido detrás de esa roca grande.

Ella concentró la mirada bajo la pálida luz.

—Creo que lo has imaginado, hijo. Yo no he visto nada.

Entonces, mientras aún continuaba la señal del radar, se inició de nuevo el siseo. Poco después se oyó un fuerte ruido al que siguió un total silencio.

—Subamos a ver qué encontramos —dijo ella.

—Algo raro —comentó él.

Ella no le contestó.

Cruzaron la cañada e iniciaron el ascenso. Cuando estaban a mitad del camino les desconcertó un súbito y denso olor que llegó con una ráfaga de viento.

—Huele como una jaula llena de monos —dijo él.

—Monos en celo —añadió ella. Si él tenía el oído más aguzado, el olfato de ella era más penetrante.

Continuaron subiendo. El detector hizo sonar su diminuto gong histérico. Eddie se detuvo, perplejo. El detector indicaba que las pulsaciones del radar no procedían, como antes, de la cima de la colina por la que subían, sino de la colina situada al otro lado.

La panradio se quedó bruscamente muda.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Terminar lo que hemos empezado. Explorar esa colina. Luego nos ocuparemos de la otra.

Él se encogió de hombros y luego se apresuró a seguir el alto cuerpo delgado de su madre enfundado en su mono de pantalones largos. El olor la había literalmente calentado, y nada podía detenerla. El le dio alcance justo antes de que llegara a la roca del tamaño de un chalet que coronaba la colina. Ella se detuvo a examinar atentamente la aguja del detector, que osciló frenéticamente antes de detenerse en el punto neutro. El olor a monos era muy intenso.

—¿Crees que podría ser algún tipo de mineral generador de radio? —preguntó ella desilusionada.

—No. Esos grupos de notas eran semánticos. Y este olor…

—Entonces, ¿qué…?

El no sabía si alegrarse o no de que ella le hubiera traspasado tan evidente e inesperadamente todo el peso de la responsabilidad y de la acción. Fue presa al mismo tiempo del orgullo y de un curioso encogimiento. Pero, en todo caso, sintió entusiasmo.

Casi se sentía, pensó, como si estuviera a punto de descubrir lo que venía buscando desde hacía largo tiempo. No hubiera sabido decir cuál había sido el objeto de su búsqueda. Pero se sentía excitado y no demasiado asustado.

Descolgó el arma, una combinación de escopeta y rifle con dos cañones. La panradio seguía callada.

—Tal vez la roca sirva de camuflaje a un equipo de espionaje —dijo Eddie. Sonaba absurdo, incluso a sus propios oídos.

Oyó jadear y gritar a su madre a sus espaldas. Giró en redondo y levantó la escopeta, pero no había nada a lo cuál disparar. Temblorosa y diciendo palabras incoherentes, ella estaba señalando la cima de la colina situada al otro lado del valle.

Él logró, distinguir una larga y fina antena que aparentemente se proyectaba de la monstruosa roca allí agazapada. Simultáneamente, dos pensamientos pugnaron por ocupar el primer lugar en su mente: primero, que era más que una coincidencia que ambas colinas tuvieran estructuras de piedra caso idénticas en su cima; y segundo, que debían haber levantado hacía poco la antena, pues estaba seguro de no haberla visto la última vez que había mirado.

Nunca llegó a comunicar sus conclusiones a su madre, pues algo fino, flexible e irresistible le agarró por detrás. Se sintió elevado en el aire y arrastrado hacia atrás. Dejó caer la escopeta e intentó coger los tentáculos que le aprisionaban y zafarse de ellos con sus manos desnudas. Pero fue en vano.

Alcanzó a divisar por última vez a su madre que huía corriendo colina abajo. Luego cayó una cortina y se encontró sumido en la total oscuridad.

4

Eddie se sintió girar, todavía suspendido. Aunque no podía saberlo con certeza, le pareció estar mirando exactamente en dirección contraria. De repente se soltaron los tentáculos que le sujetaban las piernas y los brazos. Sólo su cintura continuaba atrapada.

La presión era tan fuerte que gritó de dolor.

Luego, con las puntas de las botas chocando contra algo elástico, le empujaron hacia delante. Inmovilizado, enfrentándose a no sabía qué horrible monstruo, de pronto se sintió asaltado, no por un afilado pico, unos dientes, o un cuchillo o cualquier otro instrumento cortante o desgarrante, sino por una densa nube de aquel mismo olor a mono.

En otras circunstancias, tal vez hubiera vomitado. En ese momento su estómago no tuvo tiempo de decidir si debía hacer limpieza o no. El tentáculo le izó más alto y le arrojó contra algo suave y muelle —algo carnoso y femenino—, casi como un seno por su textura y su suavidad y calor, y por la suave curva que insinuaba.

Alargó las manos y los pies para protegerse, pues por un instante pensó que iba a hundirse y a quedar cubierto, envuelto, absorbido. La idea de una especie de ameba gargantuesca oculta dentro de una roca hueca —o de un caparazón en forma de roca— le hizo retorcerse y gritar y debatirse contra la sustancia protoplásmica.

Pero no ocurrió nada por el estilo. No se hundió en una gelatina lisa y pegajosa que le arrancaría la piel y luego la carne y por fin disolvería sus huesos. Simplemente se vio empujado varias veces contra la suave prominencia. Cada vez la empujó, la pateó o la golpeó. Después de una docena de esos actos aparentemente sin sentido, le mantuvieron suspendido, como si lo que le estuviera moviendo se sintiera desconcertado por su comportamiento.

Había dejado de gritar. Sólo oía su ronco jadeo y los siseos y golpeteos de la panradio.

Apenas tuvo tiempo de advertir su presencia, cuando los siseos cambiaron de ritmo y formaron una pauta identificable: tres

unidades que resonaban una y otra vez.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

Claro que también podría haberle dicho: «¿Qué es usted?» o «¿Qué diablos pasa?» o «¿No smoz ka pop?» o nada, semánticamente hablando.

Pero no creía que fuera esto último. Y cuando le depositaron suavemente en el suelo y el tentáculo desapareció Dios sabe dónde en la oscuridad, tuvo la certeza de que la criatura se estaba comunicando —o intentaba comunicarse— con él.

Esta idea le impulsó a contenerse y no ponerse a gritar y a dar vueltas por la oscura y fétida cámara, buscando enloquecidamente una salida. Dominó su pánico y abrió una pequeña tapa en un lado de la panradio e introdujo el índice de la mano derecha. Allí lo mantuvo presto sobre el pulsador y, llegado el momento, cuando la cosa dejó de transmitir, repitió, lo mejor que pudo, las pulsaciones que había recibido. No tuvo necesidad de encender la luz y hacer girar el mando para situarse en la banda de mil kilociclos. El instrumento adecuaría automáticamente esa frecuencia a la que acababa de recibir.

El aspecto más curioso de todo el procedimiento fue que todo su cuerpo temblaba de forma casi incontrolable, a excepción de una sola parte: su dedo índice, la única unidad que parecía poseer una función definida en esa situación por lo demás incomprensible.

Era la sección de su cuerpo que le ayudaba a sobrevivir, la única que sabía cómo hacerlo en ese momento. Incluso su cerebro parecía no tener conexión alguna con el dedo. Ese dígito representaba su persona y el resto sólo se hallaba casualmente vinculado a él.

Cuando hizo una pausa, el transmisor comenzó a sonar de nuevo. Esta vez se trataba de unidades imposibles de identificar. Entre tanto, el detector de radar había empezado a sonar. En algún lugar del negro agujero, algo le apuntaba fijamente con un rayo.

Apretó un botón en la parte superior de la panradio y el foco incorporado iluminó la zona situada delante de él. Vio una sustancia como de goma de un color gris rojizo. Sobre la pared había un bulto más o menos circular de color gris pálido y de más de un metro de diámetro. A su alrededor, prestándole un aspecto de medusa, se enroscaban doce tentáculos muy largos y finos.

Aunque temía que si les daba la espalda los tentáculos lo

agarrarían de nuevo, su curiosidad le hizo volverse e inspeccionar con el intenso haz de luz el lugar donde se hallaba. Se encontraba en una cámara de forma ovoide de unos diez metros, por cuatro de ancho y casi tres metros de altura en la parte central. Las paredes estaban hechas de un material gris rojizo, liso a excepción de unas franjas irregulares de tubos azules o rojos. ¿Venas y arterias?

Una porción de la pared, del tamaño de una puerta, presentaba una hendidura vertical, rodeada de tentáculos. Supuso que debía ser una especie de iris y que se había abierto para arrastrarle al interior. Grupos de tentáculos en forma de estrella de mar aparecían de trecho en trecho en las paredes o suspendidos del techo. En la pared situada frente al iris había una vara larga y flexible con un collar cartilaginoso en torno al extremo libre. Cada vez que Eddie se movía, la vara también lo hacía, siguiéndole como un punto ciego con una antena de radar sigue la pista del objeto que está localizando. Y eso era. Y si no se equivocaba, la vara era también un transmisor-receptor de ondas continuas.

Recorrió todo el lugar con su luz. Cuando la enfocó sobre el lugar más apartado de él, se quedó sin respiración. ¡Diez criaturas estaban agazapadas muy juntas y le miraban!

Eran del tamaño de un cerdito y a lo que más se parecían era a unos caracoles sin caparazón; no tenían ojos y la antena que crecía en la frente de cada una de ellas era un duplicado en miniatura de la de la pared. No parecían peligrosas. Sus bocas abiertas eran pequeñas y sin dientes y debían avanzar con lentitud, pues se movían como los caracoles, apoyándose en un largo pedestal de carne, un pie muscular.

Sin embargo, si caía dormido podrían reducirle por la fuerza del número y tal vez esas bocas vertieran un ácido capaz de disolverlo, o a lo mejor encerraban un secreto aguijón emponzoñado.

Sus especulaciones se vieron interrumpidas violentamente. Se sintió agarrado, izado en el aire y traspasado a otro grupo de tentáculos quo lo transportaron al otro lado de la vara-antena y le acercaron a las pequeñas criaturas. Justo antes de llegar a su lado, le dejaron suspendido de cara a la pared. Y en ella se abrió un iris hasta entonces invisible.

Lo iluminó con su foco pero no logró distinguir nada excepto convulsiones de carne.

Su panradio emitió una nueva pauta de dit-dot-dit-dats. El iris se ensanchó hasta adquirir la amplitud, suficiente para dejar pasar su cuerpo si lo metían con la cabeza por delante. O con los pies por delante. Tanto daba. Las convulsiones se calmaron y la abertura se convirtió en un túnel. O una garganta. De millares de pequeñas cavidades emergieron miles de dientes diminutos y afilados como cuchillos. Centellearon un momento y volvieron a hundirse y, antes de que desaparecieran, otros miles de perversos punzones asomaron entre las fauces abiertas.

Un triturador de carne.

Detrás del asesino despliegue, al final de la garganta, había una enorme bolsa de agua. De ella se desprendía un vapor, acompañado de un olor que le recordó el puchero de su madre. Oscuros bocados, presumiblemente de carne, y trozos de verdura flotaban sobre la superficie en ebullición, Luego el iris se cerró y le volvieron de cara a las babosas. Un tentáculo le golpeó las nalgas suave pero significativamente. Y la panradio siseó una advertencia.

Eddie no era estúpido. Comprendió que las diez criaturas no eran peligrosas a menos que las importunara. En cuyo caso ya acababa de ver a dónde iría a parar si no se portaba bien.

Nuevamente se sintió levantado y transportado a lo largo de la pared para quedar apretado junto a la mancha gris claro. El olor a monos, que se había desvanecido, volvió a hacerse penetrante. Eddie localizó su lugar de procedencia, un orificio muy pequeño que se veía junto a la pared.

Cuando no reaccionó —todavía no tenía la menor idea de cómo se esperaba que actuase— los tentáculos le soltaron de forma tan inesperada que cayó de espaldas. La carne cedió bajo su peso y se levantó ileso. ¿Qué debía hacer a continuación? Examinar sus recursos. Hizo un rápido inventario:

La panradio. Un saco de dormir, que no necesitaría si la temperatura se mantenía al nivel actual, demasiado cálido. Una botella de cápsulas de whisky Old Red Star. Un termo con una tetina. Una caja de raciones A-2-Z. Un hornillo plegable. Cartuchos para su escopeta, que había quedado abandonada fuera del caparazón en forma de roca de la criatura… Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Dentífrico. Jabón. Toallas. Pastillas: Nodor, hormonas, vitaminas, de longevidad, para los reflejos y

somníferos. Y un alambre fino como un hilo, que desenrollado tenía treinta metros de largo y cuya estructura molecular encerraba un centenar de sinfonías, ocho óperas, mil piezas musicales de distintos tipos y dos mil grandes obras literarias que abarcaban desde Sófocles y Dostoievsky hasta el último bestseller. La grabaciones podían tocarse en la panradio.

Eddie introdujo la cinta en el aparato, apretó un botón y ordenó:

—«Che gélida manina» de Puccini en grabación de Eddie Fetts, por favor.

Y mientras escuchaba aprobadoramente su propia magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de su mochila. Su madre la había llenado con el resto del puchero que habían comido el último día en la nave.

Ignorante de su situación, pero por algún motivo seguro de que de momento estaba a salvo, Eddie masticó con deleite la carne y las verduras. A veces le resultaba muy fácil efectuar la transición de la nausea al apetito.

Vació la lata y terminó la comida con algunas galletas y una barrita de chocolate. Nada de controlar las raciones. Comería bien mientras le quedara comida. Luego, si no encontraba nada, tendría que… Pero para entonces —se tranquilizó chupándose los dedos— su madre, que estaba en libertad, ya habría encontrado alguna manera de sacarle de apuros.

Siempre lo había hecho.

5

La panradio, que había permanecido callada durante un rato, empezó a sonar. Eddie iluminó la antena y vio que apuntaba hacia las criaturas en forma de caracol a quienes, según su costumbre, ya les había puesto un apodo. Las llamó Sluggos.

Los Sluggos se arrastraron hacia la pared y se detuvieron cerca de ella. Sus bocas, situadas en la parte superior de su cabeza, se abrieron como si fueran otros tantos pajaritos hambrientos. El iris se abrió y dos labios formaron como un pitorro. Por él empezó a caer agua hirviendo y trozos de carne y de verduras. ¡Puchero! Puchero que caía exactamente en cada una de las bocas abiertas.

Así aprendió Eddie la segunda frase en la lengua de la Madre Polifema. El primer mensaje había sido: «¿Qué eres?». Éste decía: «¡Ven y cógelo!».

Decidió experimentar y transmitió una repetición de lo que acababa de oír. Al unísono, todos los Sluggos —excepto el que estaba recibiendo su alimento— se volvieron hacia él y avanzaron un par de pasos antes de detenerse, desconcertados.

Dado que Eddie estaba transmitiendo, los Sluggos debían tener una especie de localizador de dirección incorporado. De lo contrario, no habrían podido distinguir sus pulsaciones de las de su madre.

Inmediatamente después, un tentáculo golpeó a Eddie en la espalda y le hizo caer. La panradio siseó su tercer mensaje inteligible: «¡No vuelvas a hacer eso!».

Y luego un cuarto mensaje: «Por aquí, niños», que los diez pequeños obedecieron dando media vuelta y volviendo a sus posiciones anteriores.

Sí, eran los hijos y vivían, comían, dormían, jugaban y aprendían a comunicarse en el vientre de su madre, la Madre. Eran las crías móviles de ese enorme ente inmóvil que había cazado a Eddie como una rana caza una mosca. Aquella Madre…, la misma que un día había sido un Sluggo como los otros hasta que adquirió el tamaño de un cerdo y fue expulsada del vientre de su madre. Y que se dejó caer, hecha una bola, por la ladera de su colina natal, se alargó al llegar abajo, trepó centímetro a centímetro por la otra colina, rodó ladera abajo y así sucesivamente. Hasta encontrar el caparazón vacío de un adulto ya muerto. O, suponiendo que deseara ser un ciudadano de primera clase y no una ocupante sin prestigio, debía buscar una colina alta con la cima desocupada —o cualquier prominencia que permitiera avistar una gran extensión de terreno— e instalarse allí.

Y una vez allí extendía muchos zarcillos finos como un hilo que introducía en el suelo y entre las hendiduras de las rocas, zarcillos que se alimentaban de la grasa de su cuerpo y crecían y se alargaban hacia abajo y se ramificaban en otros zarcillos. En las profundidades subterráneas, las raicillas ponían en práctica si química instintiva; buscaban y encontraban el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el nitrógeno, los carbonos, acariciaban lombrices

de tierra, gusanos y larvas, sustrayéndoles los secretos de sus grasas y proteínas; descomponían la sustancia extraída en insignificantes partículas coloidales; las succionaban a través de los conductos filiformes de los zarcillos y hasta el pálido y cada vez más delgado cuerpo tendido sobre un espacio plano en la cima de una serranía, una colina, un pico.

Allí, en base a los modelos almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo cogía los ladrillos de elementos y con ellos construía un caparazón muy fino del material más abundante, un caparazón protector del tamaño suficiente para que ella pudiera expandirse hasta llenarlo mientras sus enemigos naturales —los astutos y hambrientos predadores que acechaban en la luz crepuscular de Baudelaire— lo olfateaban y arañaban en vano.

Luego, con su mole entumecida siempre creciente, reabsorbía la dura caparazón. Y si ningún diente afilado conseguía localizarla durante ese proceso que ocupaba algunos días, volvía luego a secretar otro, más grande. Y así sucesivamente, hasta haber pasado por una docena o más de caparazones, hasta convertirse en el monstruoso y muy modificado cuerpo de una hembra adulta y virgen. Por fuera estaba recubierta del material que tanto se parecía a una roca, que realmente era piedra: ya fuese granito, diorita, mármol, basalto o tal vez simplemente piedra caliza. O, a veces, hierro, vidrio o celulosa.

Dentro se encontraba el cerebro de localización central, probablemente tan grande como el de un hombre. Y en torno a éste, las toneladas de órganos: el sistema nervioso, el potente corazón, o corazones, los cuatro estómagos, los generadores de microondas y ondas largas, los riñones, los intestinos, las tráqueas, los órganos olfativos y gustativos, el centro de producción de perfumes que elaboraba olores destinados a atraer a los animales y los pájaros hasta una distancia que permitiera su captura, y el enorme útero. Y las antenas: la pequeña antena anterior, para adiestrar y vigilar a los pequeños, y una larga y potente vara exterior, que se levantaba sobre el caparazón y podía retraerse en caso de peligro.

El paso siguiente era la transformación de virgen en madre, el tránsito del estado inferior al superior, como indicaba, en su lenguaje pulsante, una pausa más larga antes de cada palabra. Para ocupar un lugar destacado dentro de su sociedad, primero tenía que

ser desflorada. Impúdica, sin remilgos, ella misma tomaba la iniciativa, se declaraba y se entregaba.

Tras lo cual devoraba a su pareja.

El reloj de la panradio de Eddie le indicó que ya estaba en su trigésimo día de reclusión cuando recibió esta información. Se quedó horrorizado, no porque ello fuera contrario a su ética, sino debido a que él mismo había sido seleccionado como pareja. Y como cena.

Su dedo tecleó: «Explícame, madre, a qué te refieres».

Hasta ese momento no se había preguntado cómo podía reproducirse una especie que carecía de machos. Ahora descubría que, para las madres, todas las demás criaturas eran machos. Las madres eran inmóviles y hembras. Los seres móviles eran machos.

Eddie era un ser móvil. Luego era un macho.

Se había acercado a esa madre en concreto durante la época de celo, esto es, en la mitad del desarrollo de una camada de pequeños. Ella le había detectado mientras avanzaba por la hondonada del fondo del valle. Cuando estuvo al pie de la colina, ella captó su olor. Era desconocido para ella. La mejor aproximación que pudo lograr en su almacén de memoria fue el de una bestia semejante a él. Por la descripción que le dio, Eddie dedujo que debía ser un antropoide. De modo que emitió el olor sexual de ese animal, seleccionado entre los muchos que componían su repertorio. Cuando él cayó aparentemente en la trampa, ella le atrapó.

Él debía haber atacado el punto de la concepción, ese abultamiento gris claro de la pared. Una vez abierto y desgarrado en la medida suficiente para iniciar el misterioso proceso del embarazo, habría sido arrojado al iris del estómago.

Afortunadamente, no poseía un pico afilado, unos colmillos, unas garras adecuadas. Y ella había oído repetir sus propias señales a través de la panradio.

Eddie no comprendía por qué era necesario recurrir a un ser móvil para el apareamiento. Una madre poseía la inteligencia suficiente para coger una piedra afilada y lacerarse ella misma ese punto.

Ella le dio a entender que la concepción no podía iniciarse a menos que fuera acompañada de una cierta excitación de los nervios, un frenesí y su satisfacción. La madre no sabia por qué era

necesario tal estado emocional.

Eddie intentó hablarle de cosas tales como los genes y los cromosomas y su necesaria presencia en las especies altamente desarrolladas.

La madre no le entendió.

Eddie se preguntó si el número de cortes y rasgaduras en el punto indicado correspondería al número de crías. O si había un gran número de potencialidades contenidas en las cintas hereditarias que se extendían bajo la piel reproductora. Y si la casual irritación y consiguiente estimulación de los genes sería equivalente a la combinación al azar de los genes en el apareamiento entre un macho y una hembra humanos, dando lugar así a una descendencia con características que eran combinación de las de los padres. ¿O el inevitable gesto de devorar al móvil después del acto respondía a algo más que un reflejo emocional y nutritivo? ¿Indicaba tal vez que el móvil recogía nódulos dispersos de genes. como semillas duras, entre sus garras y colmillos, junto con los trozos de piel desgarrada, que estos genes sobrevivían a la ebullición en el estómago-puchero y luego eran expulsados con las heces? ¿Donde los animales y los pájaros los recogían con su pico, sus dientes o sus patas y luego, al ser atrapados por otras madres en ese proceso de violación indirecta, transmitían los agentes portadores de la herencia a los puntos de concepción que atacaban, depositando e implantando los nódulos en la piel y la sangre del abultamiento al mismo tiempo que recogían otros? ¿A continuación, los móviles eran devorados, digeridos y expulsados en ese misterioso, pero ingenioso e interminable ciclo? ¿Se aseguraba así, con la continua aunque azarosa recombinación de genes, la posibilidad de una variación de la descendencia, la oportunidad de que se produjeran mutaciones, etcétera?

La madre le transmitió su desconcierto.

Eddie se dio por vencido. Nunca lo sabría. ¿Y era importante averiguarlo, a fin de cuentas?

Decidió que no y se incorporó de su posición yacente para pedir agua. Ella abrió su iris y vertió un tibio medio litro en el termo de Eddie. El arrojó una pastilla en el agua, la agitó hasta que se disolvió y se bebió una imitación aceptable del Old Red Star. Prefería el whisky de centeno áspero y fuerte, aunque podría haber

obtenido otro de calidad más suave. Deseaba un efecto rápido. El sabor era lo de menos, pues le desagradaba el sabor de todos los licores. De modo que bebía lo mismo que bebían los vagabundos e incluso se estremecía como ellos cuando maldecían el destino que les había hecho caer tan bajo y les obligaba a tomar ese mejunje.

El whisky de centeno le quemó el vientre y difundió rápidamente, a través de sus extremidades y hasta su cabeza, su calor atemperado sólo por la noción de que cada vez le quedaban menos cápsulas. Y cuando se le terminaran, ¿qué? En momentos así era cuando más echaba de menos a su madre.

Al pensar en ella le cayeron un par de grandes lágrimas. Sorbió por la nariz y bebió un poco más y cuando el más grande de los Sluggos se le acercó para que le rascara la espalda, en vez de hacerlo le dio un trago de Old Red Star. Un trago para el Sluggo.

Ociosamente, se preguntó qué efecto tendría la afición al whisky de centeno sobre el futuro de la raza cuando esas vírgenes se convirtieran en madres.

En aquel momento le vino inesperadamente a la memoria lo que le pareció una idea salvadora. Esas criaturas podían absorber los elementos que precisaban de la tierra y reproducir con ellos estructuras moleculares muy complejas. A condición, naturalmente, de contar con una muestra de la sustancia deseada para estudiarla en algún críptico órgano.

Bueno, nada más sencillo que darle a la madre una de las preciadas cápsulas. A partir de una de ellas podría obtener un número infinito. ¡Con ellas y el abundante agua que podía succionar del arroyo próximo a través de los zarcillos subterráneos huecos, podría producir un crudo de maestro destilador!

Chasqueó los labios y se disponía a transmitirle su solicitud, cuando lo que ella le estaba diciendo penetró en su cerebro.

En tono bastante rencoroso, la madre le comentaba que su vecina del otro lado del valle empezaba a darse ínfulas porque también ella tenía prisionero un móvil capaz de comunicarse.

6

Las madres poseían una sociedad tan jerárquica como el

protocolo de las cenas oficiales en Washington o el orden de picoteo en un corral. El factor de peso era el prestigio, y éste dependía de la potencia transmisora, de la altura de la prominencia sobre la cual estaba instalada la madre, la cual determinaba la extensión del territorio que abarcaba su radar, y de la abundancia y novedad e ingeniosidad de los chismes que difundía. La criatura que había capturado a Eddie era una reina. Tenía preferencia con respecto a treinta y tantos de su clase; todas éstas tenían que dejarla transmitir primero y ninguna se atrevía a iniciar su tecleteo hasta que ella hubiera terminado. Luego le tocaba a la siguiente en el orden de jerarquía y así sucesivamente hasta llegar a la última. La número uno podía interrumpir en cualquier momento a cualquiera de ellas, y si alguna de categoría inferior tenía algo interesante que transmitir, podía interrumpir a la que estuviera hablando en ese momento y solicitar permiso de la reina para contar su historia.

Eddie sabía todo esto, pero no podía escuchar directamente los comadreos de colina a colina. El grueso caparazón de falso granito se lo impedía y le obligaba a depender de la antena del vientre de la madre para recibir información de segunda mano.

De vez en cuando, la madre abría la puerta y dejaba salir a las crías. En el exterior, éstas hacían prácticas de transmisión con los Sluggos de la madre del otro lado del valle.

Ocasionalmente, aquella madre se dignaba transmitir las pulsaciones de sus crías y la guardiana de Eddie hacía otro tanto con las suyas. Era un toma y daca.

La primera vez que las crías se deslizaron por la salida-iris, Eddie intentó, a semejanza de Ulises, hacerse pasar por una de ellas y deslizarse fuera confundido con el resto del grupo. La madre, ciega, pero no un Polifemo, le cogió con sus tentáculos y le metió otra vez dentro.

Ese incidente le sugirió la idea de llamarla Polifema.

Eddie sabía que ella había aumentado enormemente su ya importante prestigio por el hecho de poseer ese objeto único, un móvil capaz de transmitir. Tanto había crecido su importancia que las madres situadas en los bordes de su zona habían transmitido la noticia a otras zonas. Todo el continente estaba al tanto de sus noticias, antes de que Eddie hubiera conseguido aprender su lengua. Polifema se había convertido en una verdadera cronista de

sociedad; decenas de miles de ocupantes de las cimas de las colinas escuchaban atentamente sus descripciones de sus relaciones con la paradoja ambulante: un macho semántico.

Todo iba de maravilla. Luego, muy recientemente, la madre del otro lado del valle había capturado una criatura parecida. Y de golpe se había convertido en la número dos de la zona y aguardaba el menor fallo por parte de Polifema para arrebatarle el primer puesto.

La noticia excitó muchísimo a Eddie. Con frecuencia tenía fantasías sobre su madre y se preguntaba qué estaría haciendo. Muchas de estas fantasías acababan de manera bastante curiosa con recriminaciones por lo bajo, en las que le reprochaba casi con voz audible que le hubiera abandonado y no intentara rescatarle. Luego tomaba conciencia de lo que estaba haciendo y se avergonzaba. Pero la sensación de abandono seguía tiñendo sus pensamientos.

Ahora que sabía que ella estaba viva y que había sido capturada, probablemente mientras intentaba rescatarlo, salió del letargo que últimamente le había hecho dormitar de la mañana a la noche. Le preguntó a Polifema si quería abrir la entrada para que él pudiera comunicarse directamente con el otro prisionero. Ella dijo que sí. Ansiosa de escuchar una conversación entre dos móviles, se mostró muy cooperativa. Lo que ambos se dirían le proporcionaría material para un cúmulo de chismorreos. Lo único que empañaba su alegría era que la otra madre también tendría acceso a la conversación.

Luego recordó que seguía siendo la número uno y que sería la primera en transmitir los detalles, lo cual la hizo estremecerse de tal forma, llena de orgullo y de éxtasis, que Eddie sintió temblar el suelo.

El iris se abrió, Eddie lo cruzó y miró hacia el otro lado del valle. Las colinas continuaban cubiertas de verde, rojo y amarillo, como si las plantas de Baudelaire no perdieran sus hojas durante el invierno. Pero algunas manchas blancas revelaban que había llegado el invierno. Eddie se estremeció al contacto del aire frío con su piel desnuda. Hacía tiempo que se había despojado de sus ropas. Las prendas resultaban demasiado incómodas con el calor del vientre; además, Eddie, humano como era, tenía que expulsar sus productos de desecho. Y Polifema, madre como era, tenía que limpiar periódicamente la suciedad con agua caliente procedente de

uno de sus estómagos.

Cada vez que las aberturas de los conductos soltaban chorros que arrastraban los elementos indeseables expulsándolos a través del iris, Eddie quedaba empapado.

Cuando se despojó de sus ropas, éstas también salieron flotando. Sólo a base de sentarse sobre su mochila pudo impedir que ésta corriera igual suerte.

Después, una corriente de aire caliente procedente de las mismas aberturas y creada en la poderosa batería de pulmones se encargaba de secarlo a él y a los Sluggos. Eddie se sentía bastante cómodo —siempre le había gustado ducharse—, pero la pérdida de sus ropas había sido otra de las cosas que le impedían escapar. Una vez fuera, no tardaría en morir congelado a menos que localizara rápidamente la nave. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

Conque ahora, cuando salió fuera, en seguida retrocedió un par de pasos y dejó que el aire caliente que exhalaba Polifema, cayera como una capa sobre sus hombros.

Luego escudriñó el escaso kilómetro que le separaba de su madre, pero no pudo verla.

La penumbra imperante y la oscuridad del interior no iluminado de su carcelera ocultaban su figura.

Eddie transmitió en morse: «Cambia al talkie; la misma frecuencia». Paula Fetts así lo hizo. Empezó a preguntarle frenéticamente si estaba bien.

Él respondió que estaba perfectamente.

—¿Me has echado mucho de menos, hijo?

—Oh, muchísimo.

Incluso en el momento de decirlo se preguntó vagamente por qué su voz sonaba tan falsa. Probablemente debía ser la desesperación de no poder volver a verla jamás.

—Casi me he vuelto loca, Eddie. Cuando te atraparon, huí tan rápido como pude. No tenía idea de qué clase de horrible monstruo nos había atacado. Y entonces, cuando había descendido la mitad de la ladera, me caí y me rompí una pierna…

—¡Oh, no, madre!

—Sí. Pero conseguí arrastrarme cojeando hasta la nave. Y una vez allí, me entablillé y me puse inyecciones para recomponer los huesos. Pero mi sistema no reaccionó como hubiera debido. A

ciertas personas les ocurre, ya sabes, y tardé el doble en curarme. Pero cuando estuve en condiciones de andar, cogí una escopeta y una caja de dinamita. Me disponía a volar lo que creía una especie de fortaleza de roca, una atalaya de alguna clase de ser extraterrestre. No tenía idea de la verdadera naturaleza de estas bestias. Sin embargo, primero decidí reconocer el terreno. Me proponía espiar la roca desde el otro lado del valle. Pero esa cosa me capturó. Escúchame bien, hijo. Antes de que se corte la transmisión, quiero decirte que no debes desesperar. Pronto saldré de aquí y acudiré a salvarte.

—¿Cómo?

—Si recuerdas bien, mi equipo de laboratorio contiene una serie de carcinógenos para estudios de campo. Bueno, sabrás que a veces el punto de concepción de una madre, en vez de procrear crías, después del desgarramiento del apareamiento, experimenta un proceso canceroso, lo contrario del embarazo. He inyectado un carcinógeno en ese punto y se ha desarrollado un bonito carcinoma. Dentro de pocos días habrá muerto.

—¡Mamá! ¡Quedarás sepultada bajo es masa en putrefacción!

—No. Esta criatura me ha dicho que cuando una de su especie muere, un reflejo abre los labios. Se trata de dejar salir a las crías, si las hay. Escúchame bien, yo…

Un tentáculo se enroscó en torno a su cuerpo y le introdujo otra vez a través del iris, luego éste se cerró.

Cuando cambió otra vez a ondas continuas, oyó decir: «¿Por qué no te has comunicado? ¿Qué hacías? ¡Dímelo! ¡Habla!».

Eddie se lo explicó. Siguió un silencio que sólo podía interpretarse como estupefacción.

Cuando la madre hubo recuperado sus sentidos, dijo: «En adelante, hablarás con el otro macho a través de mí».

Evidentemente, envidiaba y detestaba su capacidad para cambiar de onda y, tal vez, se le hacía difícil aceptar la idea.

—Por favor —insistió, sin imaginar cuán peligrosas eran las aguas que estaba vadeando—, por favor; déjame hablar directamente con mi madre…

Por primera vez la oyó tartamudear.

—¿Q-Q-Qué? ¿Tu ma-ma madre?

—Sí. Claro.

El suelo se estremeció violentamente bajo sus pies. Eddie gritó y afianzó los pies para no caer y luego encendió la luz. Las paredes temblaban como gelatina después de una sacudida y las columnas vasculares habían pasado de su color rojo y azul habitual a una tonalidad gris. El iris de entrada colgaba abierto, como una boca fláccida, y el aire se enfrió. Podía percibir en las plantas de los pies el descenso de la temperatura del cuerpo de la madre.

Tardó un rato en comprender lo que ocurría.

Polifema había caído en una especie de estupor.

No llegó a averiguar lo que podría haber ocurrido si ella no hubiera salido de ese estado. Tal vez habría muerto y le habría obligado a salir al mundo invernal antes de que su madre pudiera escapar. En ese caso, y si no hubiera logrado encontrar la nave, habría muerto. Acurrucado en el rincón más tibio de la cámara ovoide, Eddie consideró esa idea y se estremeció de un modo que no justificaba el solo efecto del aire exterior.

7

Pero Polifema tenía su propio método de recuperación. Este consistía en escupir el contenido de su estómago-puchero, que sin duda se había llenado de toxinas secretadas por su sistema a consecuencia del choque emocional recibido. La expulsión de ese material era la manifestación física de la catarsis psíquica. La oleada fue tan salvaje que su hijo adoptivo casi se vio arrastrado con la corriente caliente, pero ella, en una reacción instintiva, había enrollado sus tentáculos en torno al cuerpo de Eddie y de los Sluggos.

Después del primer vómito siguió vaciando las otras tres bolsas de agua, la segunda caliente, la tercera tibia y la cuarta, que se acababa de llenar, fría.

Eddie soltó un grito al contacto del agua helada.

Los iris de Polifema volvieron a cerrarse. Gradualmente cesaron los temblores del suelo y las paredes; fue subiendo la temperatura; y sus venas y arterias recobraron su color rojo y azul. Se había recuperado. O eso parecía.

Pero cuando, después de veinticuatro horas de espera, él volvió a tocar cautelosamente el tema, descubrió que ella no sólo no estaba dispuesta a hablar de ello, sino que se negaba también a reconocer la existencia del otro móvil.

Eddie, abandonada toda esperanza de entenderse hablando, estuvo reflexionando un buen rato. La única conclusión a que supo llegar, y estaba seguro de comprender lo bastante bien la psicología de la madre como para que aquélla fuera válida, era que el concepto de una hembra móvil le resultaba totalmente inaceptable.

Su mundo estaba dividido en dos categorías: los móviles y su especie, las inmóviles.

Los móviles se identificaban con la comida y el apareamiento. Móvil significaba macho.

Las madres eran hembras.

A las ocupantes de las cimas de las colinas probablemente no se les había ocurrido pensar nunca cómo se reproducían los móviles.

Su ciencia y su filosofía se situaban al nivel corporal instintivo. Eddie nunca pudo averiguar si imaginaban que la continuada población de móviles se mantenía a través de algún proceso de generación espontánea o de división semejante a la de las amebas, o si imaginaban que crecían como coles. Desde su punto de vista, ellas eran hembras y el resto del cosmos protoplasmático era macho.

Y no había vuelta de hoja. Cualquier otra idea era más que indecente, obscena y blasfema. Era… inconcebible.

Las palabras de Eddie le habían causado un profundo trauma a Polifema. Y aunque parecía haberse recuperado, en algún punto de esas toneladas de carne inconcebiblemente compleja seguía ocultándose una herida. Esta floreció como una flor oculta, de un color rojo intenso, y su sombra impedía el acceso de determinada memoria; de determinada región, a la luz de la conciencia. Esa sombra dolorosa cubría el tiempo y el suceso que la madre consideraba necesario marcar con las palabras NO TOCAR, por razones inescrutables para el ser humano.

De este modo, aunque Eddie no lo expresó con palabras, en las células de su cuerpo comprendió, percibió y supo lo que luego ocurriría, igual como si sus huesos lo estuvieran anunciando y su cerebro no lo oyera.

Sesenta y seis horas después, según el reloj de la panradio, los labios de entrada de Polifema se abrieron. Sus tentáculos se proyectaron fuera. Cuando volvieron a entrar, sostenían a la madre de Eddie, que se debatía impotente.

Eddie, sobresaltado de un letargo, horrorizado, paralizado, vio cómo ella le arrojaba su equipo de laboratorio y le oyó pronunciar un grito inarticulado. Y luego la vio caer, con la cabeza por delante, en el iris del estómago.

Polifema había escogido el único método seguro para destruir la evidencia.

Eddie permaneció tendido boca abajo, con la nariz aplastada contra la carne cálida y ligeramente palpitante del suelo. De vez en cuando sus manos se cerraban espasmódicamente como si quisiera aferrar algo que alguien pareciera poner continuamente a su alcance para apartarlo luego.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendido, pues no volvió a mirar

el reloj.

Finalmente, se sentó en la oscuridad y se echó a reír como un loco.

—Madre siempre hizo un puchero estupendo.

Eso le hizo perder el control. Se reclinó apoyándose sobre las manos, dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a aullar como un lobo bajo la luna llena.

Naturalmente, Polifema era sorda como una tapia, pero podía detectar su postura a través del radar, y su fino olfato dedujo del olor de su cuerpo que Eddie sufría un miedo y una angustia terribles:

Un tentáculo se deslizó y le abrazó suavemente.

—¿Qué sucede? —siseó la panradio.

Él introdujo el dedo en el agujero del transmisor.

—¡He perdido a mi madre!

—¿Qué?

—Se ha ido y ya nunca volverá.

—No lo entiendo. Yo estoy aquí.

Eddie dejó de llorar e irguió la cabeza como si estuviera escuchando alguna voz interior. Sollozó todavía un poco, se secó las lágrimas lentamente, se zafó del tentáculo, lo acarició, se acercó a su mochila que estaba en un rincón y sacó la botella con las cápsulas de Old Red Star. Dejó caer una en el termo y le dio la otra a ella con el ruego de que la reprodujera, si era posible. Luego se tendió de costado, se recostó sobre un codo como un romano en sus momentos de sensualidad, chupó el whisky de centeno a través de la tetilla y escuchó una miscelánea de Beethoven, Moussorgsky, Verdi, Strauss, Porter, Feinstein y Waxworth.

Transcurrió el tiempo —si allí existía algo así— alrededor de Eddie. Cuando se cansaba de la música o de las obras de teatro o de los libros, escuchaba las emisiones de la zona.

Cuando tenía hambre, se levantaba y caminaba —o muchas veces sólo se arrastraba— hasta el iris del puchero. En la mochila tenía algunas latas de raciones; había pensado comer de ellas hasta tener la seguridad de que…, ¿qué era lo que le estaba prohibido comer? ¿Veneno? Polifema y los Sluggos habían devorado algo. Pero lo había olvidado en algún punto de su orgía de música y whisky de centeno. Ahora comía con bastante apetito y sin pensar

en nada excepto la satisfacción de sus deseos.

A veces se abría la puerta del iris y entraba saltando Billy el Verdulero. Billy parecía un cruce entre un grillo y un canguro. Era del tamaño de un perro pastor y traía un cargamento de verduras, frutas y nueces en una bolsa marsupial.. Los extraía con relucientes garras verdes y quitinosas y se los entregaba a la madre a cambio de una comida de puchero. Feliz en su simbiosis, sorbía alegremente, con sus ojos multifacéticos, que giraban independientemente el uno del otro, fijos el uno en los Sluggos y el otro en Eddie.

Obedeciendo a un impulso, Eddie abandonó la banda de mil kilociclos. Ésa era, aparentemente, su señal natural. Billy transmitía una señal cuando tenía alimentos para la madre. Y Polifema se comunicaba a su vez con él cuando los necesitaba. La actuación de Billy no tenía nada de inteligente; transmitía por mero instinto. Y la madre, fuera de la frecuencia «semántica», estaba limitada a esa sola banda. Pero el sistema funcionaba perfectamente.

8

Todo marchaba estupendamente. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, suministros ilimitados de licor, una mullida cama, aire acondicionado, duchas, música, obras intelectuales (grabadas), conversaciones interesantes (buena parte de ellas sobre su persona), aislamiento y seguridad.

Si no la hubiera bautizado ya, la habría llamado Madre Gracia.

Y no todo se agotaba con la comodidades materiales. Ella le daba una respuesta para todos sus interrogantes, todos…

Excepto uno.

Nunca lo manifestó vocalmente. De hecho, habría sido incapaz de hacerlo.

Probablemente no tenía conciencia de que deseara preguntar algo así.

Pero Polifema lo expresó un día cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si le hubieran ultrajado.

—¡Eso no! ¡Eso no!

Se atragantó y luego pensó que era ridículo… Ella no…

—Pues sí —dijo adoptando una expresión de desconcierto.

Se levantó y abrió el estuche con el material de laboratorio. Mientras buscaba un bisturí, descubrió los carcinógenos. Los arrojó muy lejos a través de los labios entreabiertos y salieron rodando colina abajo.

Luego dio media vuelta y, bisturí en mano, se acerco de un salto al abultamiento gris claro de la pared. Y se detuvo, con la vista fija en él, mientras se le escapaba el instrumento de la mano Lo recogió y lo hundió débilmente y ni siquiera hizo un rasguño en la piel. Volvió a soltarlo.

—¿Qué sucede? ¿Que sucede? —balbuceó la panradio que colgaba de su muñeca.

De pronto, una abertura próxima emitió una densa nube de olor humano —sudor de hombre— en su cara. Y se detuvo, con el cuerpo doblado, medio en cuclillas, aparentemente paralizado. Hasta que los tentáculos lo agarraron con furia y lo arrastraron hacia el iris del estómago, que se abría ancho como un hombre.

Eddie gritó y se retorció, hundió el dedo en la panradio y transmitió: «¡De acuerdo! ¡De acuerdo!».

Y cuando se encontró otra vez frente al punto indicado, se abalanzó con repentina y salvaje alegría y lo apuñaló salvajemente.

—¡Toma! ¡Y toma! P… —gritó, el resto se perdía en un alarido sin sentido.

Siguió cortando desenfrenadamente la piel y podría haber continuado hasta extirpar la zona si Polifema no hubiese intervenido y le hubiera arrastrado otra vez hasta el iris de su estómago. Diez segundos permaneció allí suspendido, impotente y sollozando con una mezcla de gloria y terror.

Los reflejos de Polifema casi fueron más fuertes que su cerebro. Por fortuna, una fría chispa de razón iluminó un rincón de la vasta, oscura y ardiente capilla de su frenesí.

Las convulsiones que daban paso a la humeante bolsa llena de carne se cerraron y los pliegues carnosos se reagruparon. Eddie recibió inesperadamente una ducha de agua caliente de lo que él llamaba el estómago «sanitario». El iris se cerró. El tentáculo lo depositó en el suelo. El bisturí volvió a la mochila.

La madre permaneció un largo rato aparentemente perturbada por la idea de lo que podría haberle hecho a Eddie. No se atrevió a

transmitir hasta que se hubieron serenado sus nervios. Cuando estuvo calmada, no habló del peligro que él había corrido. Y él tampoco lo mencionó.

Eddie era feliz. Se sentía como si, por algún motivo, acabara de dispararse un resorte que había permanecido apretado contra sus intestinos desde que él y su mujer se habían separado. Había desaparecido el vago dolor sordo de abandono y la insatisfacción, la ligera fiebre y el entumecimiento de sus entrañas y la apatía que a veces le afligía. Se sentía estupendamente.

Entre tanto, algo parecido al afecto se había iluminado, como una minúscula vela bajo el esbelto e imponente techo de una catedral. El caparazón de la madre albergaba algo más que a Eddie; ahora se arqueaba sobre una emoción nueva para su especie. Así lo demostró el próximo suceso que llenó a Eddie de terror.

Pues las heridas del abultamiento se cerraron y éste se hinchó hasta convertirse en una gran bolsa. Luego la bolsa se rompió y diez Sluggos del tamaño de un ratón cayeron al suelo. El impacto produjo el mismo efecto que la palmada de un médico en las nalgas de un recién nacido; la sorpresa y el dolor les hizo inhalar su primera bocanada de aire; sus incontroladas y débiles pulsaciones llenaron el éter de informes SOS.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polifema, o escuchando sus transmisiones, o bebiendo, o durmiendo, o comiendo, o pasándose la cinta, jugaba con los Sluggos. En cierto sentido, era su padre. En realidad, cuando adquirieron el tamaño de un cerdo, a su progenitora empezó a resultarle difícil distinguir a Eddie de las crías. Puesto que ya no caminaba casi nunca y con frecuencia estaba gateando entre ellos, la madre no conseguía detectarle demasiado bien. Además, algo en el denso aire húmedo o en su dieta le había hecho perder todo el pelo del cuerpo. Había engordado mucho. En términos generales, era idéntico a las pálidas crías suaves, redondas y pelonas. Tenían un aire de familia.

Pero con una diferencia. Cuando llegó el momento de la expulsión de las vírgenes, Eddie se agazapó, sollozando, en un rincón y no se movió de allí hasta que tuvo la certeza de que la madre no iba a arrojarle al frío, duro y hambriento mundo.

Superada la crisis final, volvió a ocupar el centro de la cámara. El pánico había muerto en su pecho, pero todavía el temblaban los

nervios. Llenó el termo y luego estuvo escuchando un rato su propia voz de tenor cantando el aria de las Cosas del mar de ópera preferida, Marinero antiguo de Gianelli. De pronto rompió a cantar y acompañó su propia voz y se sitió más conmovido que nunca por las palabras finales:

Y de mi cuello tan libre cayó el albatros y se hundió como plomo en el mar.

Luego, con la voz muda pero el corazón todavía cantando, cambió de sintonía y escuchó la transmisión de Polifema.

La madre tenía problemas. No conseguía describir exactamente a sus oyentes de todo el continente esa nueva y casi inexpresable emoción que el móvil había despertado en ella. Era un concepto para el cual no estaba preparado su lenguaje. Y los muchos litros de whisky Old Red Star que circulaban por su corriente sanguínea tampoco contribuían a arreglar las cosas.

Eddie chupó la tetilla de plástico y movió perezosamente la cabeza en señal de simpatía hacia sus esfuerzos por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, el termo se desprendió de su mano.

Se durmió tendido de costado, hecho una bola, con las rodillas junto al pecho y los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia delante. Como el cronómetro de la sala de mandos cuyas manecillas habían comenzado a andar hacia atrás después del choque, el reloj de su cuerpo también marchaba hacia atrás, hacia atrás…

En la oscuridad, en la humedad, caliente y seguro, bien alimentado, muy amado.

La hija del árbol

Miriam Allen de Ford

Lo que más le oprimía a Lee era el silencio. En su casa, en Boston, había aprendido de memoria a Longfellow: «El murmullo de los pinos y los abetos». Allí había pinos y abetos del Canadá, aunque la mayor parte del bosque estaba formado por abetos corrientes y, sobre todo, abetos rojos; pero ninguno de ellos murmuraba. No había pájaros cantores y sólo de tarde en tarde escuchaba la llamada de una tórtola. Incluso echaba de menos el rumor del río Snoqualmie que tanto le había importunado la primera noche. El muchacho depositó en el suelo el hornillo de latón y las sartenes y latas, para dar un descanso a sus hombros, y bebió un largo trago de su botella de agua. Pensó que, tal vez, a fin de cuentas, había sido una insensatez no intentar cruzar ese puente a medio terminar.

Pero jamás hubiera podido cruzarlo. Todas las bromas y burlas de Watt sobre los cobardes jovenzuelos de dieciocho años incapaces de mantener el equilibrio sólo sirvieron para encenderle la cara; no pudieron obligarle a poner un pie sobre ese artilugio tambaleante con los enormes boquetes que se abrían en medio. Nunca había soportado la altura. Cierta vez, cuando era un renacuajo y su padre le llevó a Vermont en verano, descubrió que se mareaba y sentía náuseas cuando no tenía un terreno sólido bajo los pies. Se las arreglaría muy bien solo. Tenía un hacha para cortar la maleza si los matorrales y los rododendros se hacían demasiado espesos. Si se topaba con un puma, o incluso con un oso, lo más probable era que éste retrocediera apresuradamente al verle.

No tenía miedo. Sólo que todo estaba tan terriblemente callado.

Para darse ánimos, empezó a silbar McGinty bajó al fondo del

mar, una cancioncilla en boga en Boston dos años atrás, en 1890, antes de que falleciera su padre y él se encontrara a la deriva. Entonces le había parecido un sueño romántico y aventurero dejar la escuela y dedicar todo lo que le restaba del dinero del seguro para viajar a Seattle con Watt Gibson. Sólo hacía un año que Washington se había convertido en un estado; Watt, con los cinco años que le aventajaba en edad, y un tío que llevaba una década en el Oeste y lo había mandado a buscar, estaba lleno de optimistas historias de futuras perspectivas en las que se mezclaban inextricablemente el dinero y la excitación. Pero los muchachos llegaron a la zaga de un gran incendio que dejó a la pequeña ciudad postrada, con sólo dos edificios comerciales en pie; la gente vivía en tiendas de campaña y había poco trabajo, excepto para carpinteros y albañiles con experiencia. Entonces el tío de Watt se unió a una partida que iba a colonizar el territorio al este del Snoqualmie; y Lee, que había salido raras veces de la ciudad, agradeció abrumado la oportunidad de acompañarles como cocinero.

No había contado con que tendría que recorrer varios kilómetros a lo largo de una quebrada, completamente solo, hasta que ésta se hiciera lo suficientemente estrecha para poder cruzarla, y luego recorrer el camino de regreso hasta el campamento.

Bueno, si los otros eran capaces de sobrevivir todo ese tiempo sin tocino ni tortas, él lograría sobrevivir hasta volver a encontrarlos. Se agachó v volvió a cargarse al hombro la pesada mochila con los utensilios de cocina. No se oyó el menor crujido de ramitas ni un susurro de aire; pero cuando dio un rodeo en torno al enorme tronco de un abeto se encontró cara a cara con un hombre que le aguardaba calladamente.

Lee dio un salto y las latas tintinearon, pero el hombre continuó quieto, esperando. Era un indio, probablemente uno de los indios Flathead de la plantación de lúpulo, pues a veces salían al bosque en busca de bayas, perdices y antílopes durante la temporada baja.

—Klahowya sikhs —dijo tímidamente Lee.

Todas esas tribus indias de orígenes y lenguas diversas hablaban chinook, la jerga comercial; y también lo hablaban todos los hombres blancos que tenían tratos con ellos; y Lee se había entretenido casi dos años en aprender a hablar con fluidez la curiosa mezcla de inglés, francés, castellano y diversos dialectos

indios.

—Klahowya —respondió tajantemente el desconocido.

Lee no hablaba con tanta facilidad como había imaginado. El impasible rostro moreno que tenía delante casi se sonrió mientras él le explicaba trabajosamente hacia dónde se dirigía, eludiendo los motivos del viaje. Esos tipos eran capaces de cruzar el Gran Cañón sobre un tablón; su delicado sentido del equilibrio los emparentaba con los gatos.

Se enteró de que estaba casi a ocho kilómetros del final de la quebrada. Ya había recorrido al menos cinco, de modo que le quedarían trece kilómetros de regreso por el otro lado. Todavía estaba poco avanzado el día; con suerte, podría reunirse con su grupo al atardecer. Si tenían hambre, podían encender una hoguera, calentar café y comer algunas galletas que habían sobrado del desayuno, pero él, a pesar de llevar el hornillo y todos los utensilios de cocina, no llevaba consigo nada comestible, aparte de la sal y la levadura y una pequeña y solitaria lata de harina. Se sintió bastante aliviado cuando el indio inquirió:

—¿Mesika olo?

Sí, tenía mucha hambre, como sólo puede tenerla un muchacho de dieciocho años en perfecto estado de salud. El indio tenía una bolsa llena de bayas y dos tórtolas.

Celebrarían un festín.

Gravemente, sin hablar demasiado, montaron el hornillo y recogieron astillas. Lee preparó unas tortas mientras el indio desplumaba y limpiaba las tórtolas. Se pusieron a comer con buen apetito.

Inesperadamente, las matas de rododendro a su derecha se abrieron sin apenas un sonido y apareció una muchacha. El indio la saludó cortésmente con la cabeza y la muchacha esbozó una tímida sonrisa, pero no pronunció ni una palabra. Lee permaneció sentado con la boca entreabierta, la mirada fija en ella, con un palillo olvidado entre los dedos. La muchacha se dejó caer en el suelo a su lado, con un gracioso gesto, y se dispuso a compartir la comida, sin haber pronunciado aún una palabra.

En medio de su sorpresa, el muchacho se olvidó de la comida. Miró inquisitivamente a su compañero, pero el indio se limitó a menear muy levemente la cabeza y continuó impasible su comida.

La muchacha no emitió ni un sonido y no pareció advertir las miradas subrepticias de Lee.

Iba vestida como una india, pero resultaba evidente que era de pura sangre blanca. Su cabello, que llevaba peinado en dos largas trenzas, era de un suave color castaño, y cuando alargó el brazo para coger una torta, Lee pudo distinguir la blancura de su piel, más allá de la parte bronceada. Una vez le miró de lleno, con una curiosidad equivalente a la suya, y Lee vio que tenía los ojos azul oscuro.

Luego se levantó tan sigilosamente como había aparecido, alzó un momento las manos por encima de la cabeza, en señal de saludo y aparentemente también de agradecimiento, y se alejó en silencio. Sus pasos, con los mocasines de ante, no produjeron ni un sonido, y aunque Lee se levantó de un salto y corrió algunos pasos tras ella, no pudo descubrirla por ningún lado.

Cuando volvió, el indio estaba recogiendo las cosas y enterrando los restos de su comida. Parecía divertido, pero esperó que fuera Lee quien hablara.

—¿Quién es? —preguntó el muchacho en chinook.

El indio estaba atareado encendiendo su pipa. Cuando consiguió que tirara bien, respondió pausadamente, en la misma lengua, aunque sin ir al grano.

—Ella no puede oír —dijo—, pero si hablamos de ella cuando ella está aquí, ella lo sabe y se pone triste.

—¿Pero quién es?

—Okustie stick —dijo el indio y siguió chupando su pipa en silencio.

—La hija del árbol.

Lee se ruborizó: ¿se estaría burlando de él ese hombre? Pero el indio le miró con amodorrada amabilidad.

Un poco ofendido, el muchacho terminó de empacar sus cosas y se dispuso a continuar su viaje. Sentía los ojos del hombre fijos en él, pero no miró hacia donde se encontraba el indio. Cuando hubo terminado su tarea, dijo secamente:

—Gracias por la comida. Adiós, amigo.

Y le volvió la espalda para marcharse.

El indio soltó una risita.

—Espera. Te lo contaré —se ofreció secamente.

Eso era justo lo que deseaba Lee. De inmediato dejó caer la mochila y se instaló en cuclillas al lado del hombre, con la espalda apoyada en el gran abeto.

Se produjo un cómodo silencio. Luego el indio, fumando tranquilamente al tiempo que emitía las palabras guturales de la extraña lengua, dijo:

—Hace mucho tiempo yo vine aquí, yo era un niño. Hace mucho tiempo mi padre venía a veces aquí a cazar. A veces hacía un puchero, quería mucha comida para dar a sus amigos. Entonces vivíamos a la orilla del lago, pescábamos. A veces buscábamos carne de oso, carne de antílope, mi padre recorría muchos kilómetros, cazando aquí en los bosques. Yo era un niño, él me trajo, me enseñó a cazar. Y mucho antes de que ella naciera, yo conocí a la madre de esa chica.

—Es una chica blanca, ¿verdad? —se le escapó a Lee.

El indio arrugó el ceño; había interrumpido el orden de su relato.

—Su madre mujer blanca.

—Pero parece toda blanca. ¿Su padre es un indio?

—Su padre no indio, no hombre blanco. Escucha, no hables. Yo te lo contaré.

Lee se acomodó. Los hombres podían esperar; estarían bastante cómodos y contentos de gozar de un merecido descanso tras varios días de marcar senderos y talar matorrales.

El indio levantó una mano admonitoria para atajar nuevas interrupciones y continuó:

—Esa chica más joven que tú. Esto que te diré sucedió cuando yo ya hombre. Pero empezó hace mucho tiempo, cuando mi padre me trajo aquí de niño, me enseñó a cazar.

Cuando yo mayor, vine solo. Entonces un hombre blanco y una mujer blanca vinieron de muy lejos, a vivir aquí en los bosques. Pronto tal vez muchos hombres blancos vivirán aquí, talarán árboles, construirán casas. Tú vienes hoy, mañana muchos más. Algún día no habrá bosques, todo casas, todo hombres blancos. Pero entonces él primer hombre blanco que vino aquí, y trajo una mujer con él. Por qué vino, no lo sé, mi padre no lo sabía. Tal vez hizo algo malo, escapó. Tal vez estaba enfermo, quería curarse en el bosque. Tú vienes aquí enfermo, los árboles te curan. Pero no, era

un hombre fuerte, trabajaba mucho, no estaba enfermo. Tal vez estaba loco, no sé. Pero vino, y trajo una mujer. Primero acampó, luego taló árboles y construyó una casa. Ahora la casa no está, los árboles crecieron sobre ella. Pero él la construyó y cazó para comer, y la mujer recogía bayas. Ella limpió el terreno e intentó plantar maíz, no pudo. No era mujer para trabajar duro. Cuando la vi noté en sus manos que no era mujer para trabajar. El hombre trabajaba mucho, todo el día, talaba árboles construyó una cerca, cazaba.

Al final del día, estaba muy cansado; comía, se acostaba, dormía. En la mañana se levantaba salía a trabajar. Nunca hablaba mucho; siempre mucho silencio para la mujer.

Lee pensó en el silencio del bosque, que tanto le había oprimido. Imaginó a una mujer blanca de buena familia condenada a vivir para siempre en ese bosque y se estremeció.

—Cada año, el hombre blanco se marchaba, volvía a su tierra. Tal vez no había hecho cosas malas, tal vez sólo vino porque estaba loco. Pero no estaba tan loco, cuidaba muy bien de todo. Estuvo fuera tal vez dos lunas. Esos días, nuestra gente tenía esclavos. Él acudía a nosotros, pedía un esclavo para ayudarle a llevar una carga. Volvía, devolvía el esclavo, nos dejaba regalos. A veces nosotros queríamos cosas, se lo decíamos, las compraba, nos las traía. Siempre volvía muy cargado, todo lo que necesitaba hasta el próximo año. Cuando estaba fuera, dejaba la mujer sola en la casa. Un día vino así a nuestro lugar, habló con mi padre. Dijo:

—Mi mujer ha escapado.

»Mi padre dijo:

—¿La has encontrado?

»El dijo:

—Oh, sí, la he encontrado. Ha escapado dos veces, tres veces, tal vez está loca, creo.

»Mi padre dijo:

—¿Qué hizo para que creas que está loca? El hombre blanco dijo:

—Cuando la encontré, hacía el amor con un abeto. Abrazaba al abeto, le decía como a un hombre: «Tú me entiendes, tú me quieres»». El hombre blanco rió, pero mi padre meneó la cabeza. Sabía que los árboles son buena medicina para los enfermos, mala medicina para los locos. ¿Ves este árbol grande?

Lee asintió con un movimiento de cabeza. El indio rozó levemente el enorme abeto contra el cual estaban apoyados.

—Los árboles quieren a la gente, algunos árboles antes fueron gente, hace mucho tiempo. Este árbol, oye todo lo que decimos. No puede responder, pero oye.

Parecía absurdo, pero a pesar suyo Lee sintió un leve estremecimiento en la espina dorsal. El indio continuó gravemente:

—Tú tratas mal a la mujer, la dejas sola, a lo mejor le pegas, a lo mejor le dices malas palabras, algún árbol lo oye. Ese árbol, llama a esa mujer, se la quita al hombre, tal vez se hace su marido.

Eso era excesivo. El muchacho se rió. El indio arrugó el ceño.

—Tú no rías. El hombre blanco se rió cuando mi padre se lo dijo. Él dijo: «Tú también estás loco, como mi mujer». Él se fue. Entre tanto, yo me hice hombre mayor, iba a cazar solo al bosque. Mi padre era hombre viejo, no iba conmigo. Nos hicimos pobres, dejamos nuestra casa, no más esclavos, salimos a trabajar para los hombres blancos en la plantación de lúpulo. A veces, como ahora, recordaba cuando era niño. Volvía a los bosques, vivía aquí dos, tres días.

Recordaba los buenos tiempos que viví, olvidaba los malos tiempos. Cada vez que venía, cuando era un hombre joven, veía a la mujer blanca aquí. A veces su marido estaba trabajando en el bosques a veces estaba lejos, en su tierra. Pero siempre lo mismo: ella paseaba por el bosque, sin miedo a nada. Los jaguares, los osos, los antílopes: ella hablaba con esos animales, nunca le hacían daño. A veces cantaba. Una vez la vi, hace mucho tiempo. Alguien mató una hembra de antílope, tal vez su hombre, tal vez un indio.

La pequeña cría estaba sola, tal vez tenía un mes. Ella cogió la cría en los brazos como un niño, le cantó. Yo lo vi. Siempre hablaba también con los árboles, como si fueran gente. Eso es malo, hablar con los árboles. Los árboles escuchan, no pueden hablar, pero oyen. Un gran abeto —grande como éste— la vi abrazarlo, besar la corteza, hablarle al árbol. Lo vi y corrí. No quería que el árbol me castigara porque lo vi con la mujer. Tú no me crees, pero yo te lo digo. Luego vino un largo invierno, muy malo. Mucha nieve, muy profunda. No podía trabajar; le dije al patrón; me voy a los bosques, tal vez cace algo para comer, tal vez no.

Hace diecisiete años, tal vez.

Diecisiete años. Juzgando su edad lo mejor que pudo, Lee pensó que la muchacha debía tener unos dieciséis.

—Cacé todo el día, ni una perdiz, ni una tórtola, ni un antílope, nada. La nieve caía fuerte, hacía mucho frío. Me acerqué a la casa del hombre blanco. Ahora la casa ya no está, los árboles han crecido sobre ella. Pero entonces la casa estaba allí. Oí voces dentro. Yo no quería entrar, tal vez se peleaban, no querían que un extraño oyese. Esperé fuera, escuché. La mujer blanca estaba muy enfadada, lloraba, decía: «¡Deja esa hacha!».

Yo miré por la ventana: sólo había un papel en la ventana y el viento había rasgado una esquina, de modo que pude ver. El hombre blanco tenía un hacha, ella le sujetaba el brazo, muy fuerte. Él dijo: «¡Voy a acabar con esta tontería! ¡Acabaré con esto!». Pensé que tal vez iba a hacerle daño, tenía que impedirlo, pero ella le soltó el brazo, corrió a la puerta y él no la tocó. Él dijo: «¿Qué haces? ¿Adónde vas?». Entonces la oí hablar con la voz de otra mujer, no su voz; si no lo veo, pienso que hay otra mujer en la habitación. Aguarda. Recuerdo lo que dijo ella, las palabras. No chinook, las diré en King Chautch le lang.

El indio hizo una pausa, como si intentara recordar exactamente; luego muy despacio, en su voz gutural, dijo en inglés: «He terminado contigo. Me voy a un lugar donde me quieran».

El sonido de esas lentas palabras mal pronunciadas, en la monótona voz del indio, recorrió con un estremecimiento de horror las venas de Lee. Era un muchacho con imaginación —otro sin imaginación, como Watt Gibson, habría cruzado ese puente colgante sin pensárselo dos veces—, y de pronto oyó a esa criatura perdida, desolada, agotada hasta la locura, pronunciando su terrible desafío. En el silencio que siguió, imaginó por un momento que podía oír los ligeros pasos de la muchacha. Pero cuando se volvió bruscamente, no había nadie a la vista.

—Entonces —siguió diciendo el indio con deliberación—, porque habló con la voz de otra mujer, supe que estaba loca de verdad. Prefería quedarme afuera en la nieve que estar con una mujer loca. No escuché más, me fui.

—¿Y no averiguaste qué pasó? —preguntó Lee—. Él debía tener intención de cortar ese gran árbol que tanto le gustaba a ella, ¿no crees? Y ella intentaba impedírselo. ¿Lo cortó?

Con gran turbación, de pronto advirtió que había hablado en inglés, lengua de la cual el indio probablemente no conocía más que un par de palabras. Pero el hombre no hizo caso de su interrupción y siguió hablando plácidamente.

—Me alejé, pero no encontré nada que cazar. Llegó la noche, seguía nevando. Yo tenía mucho frío, no podía hacer fuego en la nieve. No tenía más remedio que pasar la noche con la mujer loca. Volví a la casa del hombre blanco. No había luz. Me acerqué a la puerta para llamar, ni un ruido en la casa. Tropecé junto a la puerta, me agaché. Cogí una rama de árbol, estaba tirada en el umbral. Sacudí la nieve de la rama, la palpé. Era una rama de abeto. Entonces supe.

—¿Supiste qué?

—Supe que el abeto había venido a buscar a la mujer. Supe que la había oído, había venido a buscarla. Supe otra cosa. Abrí la puerta. El hombre blanco estaba tendido en el suelo. Encendí la luz, pero ya lo sabía antes de mirar. Estaba muerto.

—¿Muerto?

—Llevaba cuatro, cinco horas muerto. Miré para ver alguna señal de cómo había muerto, pero lo sabía antes de mirar. La nuca estaba rota.

—¿Con el hacha?

—El hacha estaba en un rincón, estaba limpia. El árbol había oído; había venido a buscar a su mujer, lo había matado.

—¡Pero, por Dios! —explotó Lee. Se contuvo y continuó pausadamente en chinook—: Un árbol no puede entrar en una casa y matar a un hombre.

—El espíritu del árbol puede entrar en cualquier parte, matar a cualquiera. Escúchame. Regresé al rancho, pero volví aquí. Antes del verano vi a la mujer blanca, tal vez dos, tres veces. No lo dije a nadie, ni a mi padre, ni a nadie. No quería que el árbol viniera, me castigara. La primera vez que volví, la luna siguiente, la casa estaba limpia, el cuerpo muerto enterrado. Una mujer puede hacer eso, trabaja lentamente sobre la tierra helada.

Hizo mucho frío todo el tiempo, el cuerpo se conservó hasta que ella hubo terminado. Una vez volví, justo antes del verano. Vi a la mujer, ella dijo: «Vuelve cuando caiga la primera nieve». Yo dije: «Vendré». Cayó la primera nieve, le dije al patrón: no puedo

trabajar, vine aquí, fui a la casa de la mujer blanca. Ahora era su casa, el hombre estaba muerto. Pero ella vivía casi todo el tiempo afuera, en el bosque, con el árbol. Entré en la casa, estaba muy enferma. Iba a morir. Tenía un bebé. Esa niña que has visto. Ella dijo: «Yo voy a morir, tú coge la niña, dásela a tu mujer». Yo dije: «Me quedaré. Esperaré». Me quedé, tal vez dos, tres días, le di comida. Luego, ella murió. Cavé una fosa, la enterré. Luego, le llevé la niña a mi mujer. Era la hija del árbol. El árbol oye demasiado, por eso ella no puede oír, no puede hablar. Pero era una niña muy buena, muy tranquila. Vivió con nosotros, como nuestra hija. Muy bonita, muy buena, pero no podía hablar. Cuando fue una niña mayor, se escapó. Yo sabía dónde estaba. Vine aquí, la encontré, me la llevé. Ella se escapó una y otra vez. Ahora está todo el invierno en nuestro campamento. Ayuda a mi mujer, trabaja en el rancho, es muy buena chica. Pero cuando llega la primavera, se escapa, se queda aquí hasta la primera nieve. Ahora no la sigo, sé dónde está. Vengo aquí, a veces la veo, a veces no. Ella vive aquí, coge bayas, se lava en el río, duerme en el suelo. Está con su padre.

Instintivamente, Lee se apartó del abeto gigante contra el cual se había apoyado. El indio casi se sonrió.

—No este árbol. Yo no me apoyo en ese árbol. Ese árbol está muy escondido en el bosque. Si un hombre blanco corta algún día ese árbol, tal vez lo lamente. Tal vez el árbol le mate al caer.

—¡Todo lo que dices es imposible! —exclamo Lee, en voz excesivamente alta. Luego cambió otra vez al chinook—: Ella es una muchacha mayor. ¿Estará segura en el bosque?

—Está segura —dijo tristemente el indio—. Mi mujer vigila que esté segura en el campamento, su padre vigila que esté segura en el bosque. Yo pienso que tal vez nunca amará a un hombre. Sólo es medio como tú y como yo.

Lee le miró dubitativo. La muchacha era muy bonita.

El indio se levantó. Sin duda debía estar de regreso en la plantación, en Snoqualmie, al amanecer.

—Tú vuelve con tus amigos, tal vez esta noche. Esta noche hay luna llena, será fácil. —Levantó una mano en señal de despedida—: Klahowya sikhs.

—Klahowya —respondió Lee. Luego, cuando ya se había alejado algunos pasos y empezaba a preguntarse con el pulso acelerado si la

muchacha no volvería a aparecer entre los matorrales cuando el hombre se perdiera de vista, le gritó—: No te creo. La mujer blanca mató al hombre. La niña era su hija.

«O la tuya», pensó para sus adentros.

El indio también se volvió y le sonrió con condescendencia. Había vivido con hombres blancos: sabía cómo funcionaba su mente.

—La niña no era su hija —dijo sin pasión—. La niña no era mi hija, tampoco. Yo no toco una mujer que pertenece a un árbol. Tú eres un hombre, no un niño, no hables como un niño. Esa chica no es la hija de ningún hombre. Nació diez meses después de morir el hombre, cuando empezó a caer la nieve. Es hija del árbol.

Lee también sonrió y meneó obstinadamente la cabeza. El indio se encogió de hombros y dio media vuelta para marcharse. El muchacho le vio desaparecer entre los árboles; luego se ajustó la pesada mochila y empezó a avanzar por el sendero. Era cierto lo que le había dicho Watt; esos indios tenían mentalidad de niños. ¡Todas esas historias fantásticas!

Oyó un leve rumor a su izquierda, entre los matorrales. Lee levantó bruscamente la vista y alcanzó a divisar una larga cabellera castaña. ¡Ajá, se dijo, conque se ha fijado en mí! Tenía mucho tiempo; el día todavía era joven.

Deliberadamente depositó la mochila en el suelo ató su pañuelo a una rama para señalar el lugar y se apartó del sendero.

Ella era más ligera que él y el bosque era terreno familiar para ella. Pero se mantuvo lo bastante próxima a su vista y a su oído para seguir atrayéndole. De pronto se detuvo, a menos de veinte metros de él; y sus ojos le miraban invitadores.

—¡Espera! —le llamó Lee, olvidando que no podía oírle. No se oía ningún otro sonido; los árboles le rodeaban como solemnes guardianes. Echó a correr.

Se encontró ridículamente tendido sobre el duro suelo, con las rodillas lastimadas, la mano izquierda ensangrentada.

Se levantó dolorido. Vio tirada en el suelo la rama caída que le había hecho tropezar.

Se agachó y la recogió. Se la quedó mirando durante un largo minuto. De un vistazo comprobó que los árboles que le rodeaban eran abetos rojos, con algunos pinos.

La rama que tenía en la mano era de un abeto corriente.

La muchacha había desaparecido. Sólo había silencio a su alrededor.

Temblando bajo los cálidos rayos del sol, Lee regresó cojeando al sendero. Se cargó la mochila a la espalda, tan rápidamente como pudo, y echó a andar rumbo al campamento.

Sólo deseaba estar junto a Watt y los otros tan pronto como se lo permitieran sus presurosas piernas.

FIN